



Garden of Eden
JUEGA CONMIGO

MALENKA RAMOS

TITANIA

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia •

España

Estados Unidos • México •

Perú • Uruguay • Venezuela 1.a edición Mayo 2015

Copyright © 2015 by Dulce A. Muñiz Ramos All Rights Reserved © 2015 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona www.titania.org

atencion@titania.org

Depósito Legal: B 8176-2015

ISBN EPUB: 978-84-9944-871-8

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Con cariño para mis padres Victor Manuel y María Amor, Miguel B Muñiz, Gabriel Alonso Ferrao, Victor Muñiz Joan y Sandra Bruna A todos y cada uno de ellos; Gracias

¡ Despierta, despierta, mi pequeño !

Tú eras la única alegría de tu madre; ¿Por qué lloras en tu sueño tranquilo?

¡Despierta! Tu padre te protege.

(William Blake)

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

No recordaba Garden Manor de

aquella manera. De hecho, el último recuerdo que guardaba de aquella mansión se remontaba a cuando tenía once o doce años, quizá algo menos, no estaba seguro. En cualquier caso, Garden Manor nunca había estado tan llena de gente como en aquel momento. Cuando su abuelo vivía, como mucho les visitaba algún amigo de la banca o algún extraño y excéntrico diplomático... Y solo en contadas ocasiones se celebraba una comida familiar, acontecimiento

que

básicamente incluía a su abuelo, a su madre y a él mismo. Ahora, veintitres años después, se encontraba delante de la entrada principal, a dos pasos de los cinco peldaños de la puerta, y no era capaz de avanzar más.

Sintió ganas de reírse de sí mismo.

Algo le impulsaba a dar media vuelta y largarse de allí, pero no podía. Un hombre como él, que había estado en la selva colombiana en cinco ocasiones, le habían apuntado con una escopeta en la cara dos veces y había sido secuestrado por las guerrillas otras tantas, no era capaz de dar un paso más.

Ahí estaba la fachada de ladrillo rojo, las ventanas rectangulares de marcos blancos y relucientes, los jardines decorados con jarrones de Florencia, el precioso obelisco, los bancos de madera africana, los setos que delimitaban los caminitos de piedras y el frondoso bosque. Garden Manor no había cambiado en nada.

Incluso el tejado gótico, que tanto miedo le daba de niño, seguía allí. A veces, cuando caía la noche, se imaginaba las gárgolas de Notre Dame sobre aquel parapeto ornamental, y corría asustado a la cama de su madre.

Aquella

mansión

guardaba

demasiados recuerdos para él y ni siquiera había traspasado la puerta...

Se giró y volvió a contemplar los jardines. Calvin seguía haciendo su trabajo a la perfección. Aquel hombre debía de tener ya más de sesenta años, pero podía reconocerlo a kilómetros.

Tenía la espalda encorvada, la piel oscura y llena de arrugas, las cejas pobladas, la nariz ganchuda, el pelo blanco y el ceño fruncido. Siempre había pensado que Calvin Jones dormía con el ceño fruncido y que si alguna vez relajaba su expresión sería porque estaba muerto o se habría desmayado.

Todavía recordaba la forma de perseguirlo,

rastrillo

en

mano,

recriminándole

haber

pisado

las

petunias. Jonás cerró los ojos y se apartó a un lado cuando un grupo de obreros pasó rozándole un hombro con una inmensa plancha de metal, mientras se dirigía a uno de los camiones. Las obras del ala oeste estaban en marcha como él había ordenado.

Seguramente

se

encontraría a Alicia y Colette dentro.

¿Cuántos años tendría la pequeña Colette? Si no calculaba mal le sacaba cinco o seis años, así que ahora mismo rozaría los cuarenta, y su tía tendría más o menos la misma edad que Calvin. Sonrió al pensar en las dos mujeres y entró en la casa. Aspiró el aroma que desprendían las paredes, los tapices y los cuadros, la esencia de la mansión en todo su esplendor. Eso no había cambiado. No había cambiado nada en su interior, todo seguía en el mismo lugar que veinte años atrás.

Todo a excepción de su abuelo, el terrorífico William James, que ya no estaba. Eso y que ahora aquella propiedad era única y exclusivamente de él.

Garden Manor era una mansión del siglo XIX, construida por un arquitecto muy apegado a la reina Victoria.

Coronaba una colina y estaba a trece kilómetros del ferrocarril y a cuatro de la pequeña ciudad inglesa de Hight.

Incluso para Jonás Belanger recorrer dos mil kilómetros y trasladarse a Inglaterra en mitad del año era una ardua tarea y no porque su trabajo no se lo permitiera. Su abuelo lo había mandado a los mejores internados en su juventud tras fallecer su madre, pero cuando Jonás terminó la carrera de periodismo, juró recorrer el mundo y no estarse quieto en una ciudad más de lo necesario, de modo que cogió lo imprescindible a la tierna edad de veinticuatro años y decidió no mirar atrás. Y no lo hizo. Se olvidó de Garden Manor, se olvidó del horrible y receloso William y, no contento con eso, modificó el orden de sus apellidos y usó el de su madre para firmar todos los trabajos que escribía. Jonás Belanger se convirtió antes de cumplir los treinta en un hombre respetado en el gremio. Sus

trabajos periodísticos de guerra, sus columnas polémicas y su pasión por lo que hacía le hicieron ganar mucho dinero, y aunque su abuelo antes de morir intentó ponerse en contacto con él varias veces a través de sus abogados, nunca tuvo la intención de permitirselo.

Jamás le perdonaría que a la muerte de su hijo, Petro James, tratara a su madre como lo hizo. Nunca le perdonó que la encerrara junto a él en aquella mansión, ni que la fuera marchitando poco a poco hasta conseguir que enfermara y muriera. Había demasiadas cosas en aquella casa que le hacían sentir una

profunda

melancolía.

Demasiados malos recuerdos que borrar para siempre.

Colette y Alicia habían ido a comprar al pueblo. Eso le había dicho un aparejador. Jonás frunció el ceño cuando el muchacho le aseguró que la restauradora ya había llegado y que se encontraba en la biblioteca. No recordaba haberla contratado, pero luego cayó en la cuenta de que sí lo había hecho. Martín, su abogado y amigo, se lo había dicho por teléfono.

Mandarían

a

una

persona

a

empaquetar, preparar y enviar las obras de arte y los objetos de mayor valor, incluidos los tomos más antiguos de la biblioteca. Todavía no tenía claro si donar todo o parte de lo que había en la mansión al Nacional Trust, hacer una subasta e invertir los beneficios en algo más importante, o bien quedarse con las cosas que recordaba que habían tenido algún valor para su madre.

Fantaseó también con la idea de hacer una gran hoguera y quemarlo todo en el jardín, con la clara intención de despertar a su abuelo de entre los muertos y hacerlo volver del mismo infierno. Le dio la risa floja y se dirigió hacia la biblioteca. Subió los peldaños de dos en dos, con las manos en los bolsillos del pantalón tarareando una melodía pegadiza que ni siquiera sabía de dónde había sacado. Entró en el amplio habitáculo y se quedó de piedra.

Una enorme escalera sobre raíles telescópicos se desplazó a una velocidad de vértigo empujada por un brazo largo y delgado que a punto estuvo de atropellarlo.

—¡Disculpe! —exclamó la joven—.

¡Sería tan amable de apartarse del raíl!

Frenó en seco. Jonás se desplazó hacia su derecha y se quedó observando la delgada figura que se

parapetaba de un lado a otro, subida en la escalera mientras parecía rebuscar algún tomo de las baldas superiores de las estanterías.

Un rápido análisis de la situación: cabello caoba atado con una cinta en una cola que le llegaba por la cintura, espalda y cadera estrechas, y un vestido demasiado corto para estar en aquella posición. Giró la cabeza y avanzó varios pasos sin sacar las manos de los bolsillos. La muchacha se dio la vuelta sin soltarse de la escalera y lo miró ferozmente.

—Por favor, señor. Intente no pisar esos papeles, tienen mucho valor. No me gustaría que el propietario se enfadara.

—Oh...

Perdón

—contestó

haciéndose el despistado—. Mi nombre es Jonás. ¿Y usted es...?

La mujer sonrió forzosamente y clavó sus ojos castaños en él. Descendió las escaleras muy despacio y soltándose la cinta del pelo se atusó la melena y se limpió las manos con los bordes del vestido.

—Daniela

Cantelli.

Soy

la

restauradora. No debería estar usted aquí. Si necesita hablar con los hombres de la obra, están en el piso de abajo o en el ala oeste.

Aquella mujer era una belleza salvaje de nariz respingona y boca inmensa. Le debía de llegar por la barbilla, así que calculó en milésimas de segundos que mediría un metro sesenta y mucho y que por el aspecto no debía sobrepasar los treinta años. Puso los brazos en jarra y suspiró con nerviosismo al ver que Jonás seguía mirándola sin decir ni una palabra.

—Señor...

—Soy Jonás. Soy... de la familia. Así que si no le importa me gustaría dar un paseo por la biblioteca. Acabo de llegar de viaje y lo cierto es que apenas recordaba la casa y...

—Disculpe. No sabía que el señor Belanger tuviera mucha familia. Lo cierto es que le estoy esperando desde las siete de la mañana y todavía no ha aparecido, supongo que es un hombre muy ocupado.

Le resultó cómico que aquella mujer no le hubiera reconocido. Daniela alzó las cejas y volvió a moverse algo nerviosa. Se notaba que se sentía cómoda y ansiosa por continuar con lo que estaba

haciendo.

—Si me disculpa... —dijo; y al instante se subió a la escalera y comenzó a rebuscar por la estantería.

—En absoluto. Continúe, continúe...

Pensó fugazmente que aquella mujer esperaba a un hombre mayor. Se miró en el espejo. ¿Por qué a un hombre mayor? Tenía el pelo algo largo, muy a la moda, aunque no era un tema que le preocupara lo más mínimo, pues se sentía de maravilla así. Se apartó un rizo de la frente con un movimiento decidido y dando dos saltitos se acercó a la escalera.

«Se te ven las piernas y un poco más...»

Era realmente hermosa. Aquel vestidito estampado por la rodilla era la puerta a los infiernos de Dante. Daniela se giró hacia él con un tomo en la mano e inclinándose le pasó uno, luego otros dos y cuatro más.

—Si no le importa, ¿podría dejarlos encima de la mesa de madera que tiene a su derecha? Su nombre era Jonás, ¿verdad?

—Sí, señorita —contestó sepultado por una pila de libros.

—Aquí hay verdaderas obras de arte, cuadros, libros, esculturas. Mucho trabajo. Meses quizá. Es el paraíso de todo restaurador o amante del arte.

—Sí,

es

una

casa

realmente

interesante.

Se

inclinó

hacia

delante

disimuladamente y observó el final de sus piernas. Pensó durante unos segundos que se estaba volviendo loco y que llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Carraspeó y se acercó a la ventana.

—¿Viene a trabajar para el señor Belanger?

Jonás se giró hacia ella y le regaló su mejor sonrisa.

—Más o menos. Soy periodista.

Daniela se impulsó con la escalera y desplazándola varios metros se enzarzó en otra estantería repleta de libros.

—¿Y también se aloja en la casa? Yo aún no he hablado con el señor Belanger. Me contrató su abogado, un tal Martín Baseti. Bueno, su despacho de abogados. Cuando me dijo que esta casa albergaba uno de los mayores tesoros de Inglaterra, no me lo pensé.

He visto mi habitación y es preciosa, tiene el tamaño de mi apartamento entero y unas vistas al bosque realmente

apasionantes,

y

Alicia

Windwood y su sobrina... No sé si las conoce. La mujer que cuida la casa.

«Ah, señorita Cantelli. Cuando está inquieta es igual que una cotorra.»

—Sí, las conozco...

—Son

encantadoras

—dijo

descendiendo con dos libros en cada mano.

—Se va a caer señorita Cantelli.

Permítame que la ayude.

Jonás se había perdido en su escote, en sus piernas, en la dureza de sus ojos rasgados y en aquellos caracoles en las puntas de su larga melena que parecían bailar sobre sus pechos. Agitó la cabeza para volver en sí y sonrió de nuevo con la sensación de parecer idiota.

—¿Le pasa algo?

—No, en absoluto. Solo estoy cansado.

He

recorrido

muchos

kilómetros.

Tuvo la sensación de que Daniela Cantelli le hacía una rápida revisión física de los pies a la cabeza. Por un momento se sintió algo incómodo cuando detuvo la mirada en su jersey de cuello de cisne y pareció fruncir el ceño. Al instante se movió nerviosa, se inclinó sobre los papeles del suelo y comenzó a recogerlos diciendo entre dientes que si el dueño llegaba en ese momento y veía todo aquel caos posiblemente se enfadaría.

—¿Es agradable el dueño de la casa?

—le preguntó amablemente.

—Bastante. Bueno, creo que sí — respondió Jonás.

La situación era cómica. Daniela era una mujer extremadamente hermosa y, aunque no estaba seguro de que ella fuera consciente de ello, tenía claro que si la tocaba en ese momento, aunque fuera con un solo dedo, recibiría una descarga de mil voltios con total seguridad. Y aquel lacito atado en el pelo como si fuera una adolescente...

—Usted se parece al señor del cuadro —añadió con gesto pensativo—.

Sin duda puedo creer que es de la familia. No tiene pinta de obrero del ala oeste.

—¿El señor del cuadro? —preguntó ofendido—. ¿Se refiere a William James?

—Exacto

—afirmó

Daniela—.

Bueno, tiene un aire. Ya me entiende.

Si se fija, y le aseguro que soy muy observadora, tiene la nariz afilada y respingona, muy similar a la mía, justamente como William, y luego los ojos verdes, y sobre todo el pelo, rizado, castaño...

—Casualidades. Deme esos libros señorita Cantelli.

Su mirada era invariablemente dura.

Jonás sintió un deseo irrefrenable de interrogarla, de saber más de su vida.

Incluso se hubiera sentado durante horas

en

aquella

biblioteca

a

contemplar

cómo

trabajaba.

Sin

embargo no era su belleza lo que le atraía, era más bien la esencia rebelde que desprendía, la forma dura de sus facciones y esa clara sensación de que estaba alerta y de que era una mujer muy inteligente. Luego pensó, mientras dejaba más tomos sobre la encimera de la mesa, que aquella muchacha era la primera mujer hermosa que veía en muchos meses y que, seguramente, sí, se estaba volviendo loco.

—¿Jonás? —se oyó que alguien llamaba en la puerta.

Se giraron al mismo tiempo. Alicia estaba en el umbral de la puerta, con su eterna

sonrisa

de

abuelita

enternedora; su sobrina Colette permanecía inmóvil a su lado. Levantó los horondos brazos al cielo como si se dispusiera a rezar y luego los bajó con firmeza y dijo:

—¡Ah, esos rizos! Sin duda... No puede ser otro. Alto, guapo. ¡Y esos ojos verdes como los de tu madre y tu abuelo! ¡Hijo de mi vida! —gritó ansiosa. Dio varias zancadas y lo palmoteó con cariño para luego abrazarlo con sus rollizos brazos—.

¡Jonás! ¡Cómo has crecido! ¡Eres todo un hombre! —exclamó emocionada, y comenzó a llorar.

—Por el amor de Dios...

—¡Jonás! —exclamó Alicia. Era evidente que aquella mujer no controlaba las emociones.

Daniela Cantelli parpadeó varias veces, apretó su lazo y se frotó la frente.

—¡Veo que ya os conocéis! —Se giró hacia su sobrina y le hizo un gesto—.

¿Te acuerdas de Colette, Jonás?

Colette era como un espíritu de otro mundo, con una mirada cohibida, la piel

muy

pálida

y

unos

ojos

extremadamente grandes y redondos.

—Claro... Nos bañábamos juntos...

—contestó con sorna. Pero lo cierto es que solo se acordaba de la pálida Colette bajo la espuma y de dos o tres ahogadillas que solía hacerle cuando Alicia sacaba la pequeña piscina de plástico al jardín y dejaba que se bañaran durante toda la tarde.

Colette se ruborizó y le besó en la mejilla.

—¡Ay, mi señorito, qué guapo y cómo ha crecido! ¡Daniela! ¿Verdad que es una belleza de hombre? ¿Verdad que llevábamos días y noches hablando de cómo habrías cambiado? Hijo, ¿por qué nunca firmas tus trabajos con una foto? ¿Sabías que guardo todo lo que has publicado en recortes en un álbum y nunca, nunca, nunca has puesto una fotografía tuya?

—Oh, Alicia... No has cambiado nada —contestó Jonás con ternura.

Daniela no daba crédito. Se movió algo descolocada y frunció el ceño mirando a Alicia mientras se ataba de nuevo el pelo con la cinta, que le caía de continuo.

—¿Os conocéis? —volvió a repetir Alicia mientras Daniela negaba con la cabeza—. Este muchacho mío siempre con sus bromitas...

—Señorita Cantelli —musitó Colette con un tono suave y melodioso—. Le presentó al señor Jonás Belanger, el propietario de Garden Manor.

Se duchó a una velocidad vertiginosa.

Estaba molesta, pero no podía decirse que estuviera enfadada con Jonás Belanger. Sí, era cierto que había jugado de una forma suspicaz con ella, pero eso en el fondo no le desagradaba porque, muy lejos de resultar un egocéntrico rico o un excéntrico hombre maduro, Jonás Belanger era un hombre joven y afectuoso, casi de su misma edad, con el que iba a tener que trabajar muchas horas. Eso en parte la tranquilizó. Aquella casa estaba llena de objetos maravillosos y no soportaría que alguien le dijera cómo tenía que hacer su trabajo. ¿Se había sonrojado cuando Colette le había dicho quién era?

Seguramente. La maldita cinta del pelo no hacía más que caérsele, el señor Belanger la miraba con curiosidad y ella solo había sido capaz de soltar una especie

de

graznido

que

había

provocado la risa de las dos mujeres y un levantamiento de cejas por parte de aquel

hombre

tan...,

digamos,

sorprendente.

Belanger era guapo, era realmente guapo, para qué negarlo. No quería imaginarse la cantidad de mujeres interesadas que tendría detrás, aunque también era cierto que nunca, como bien había dicho Alicia, nadie le había visto el rostro en sus innumerables trabajos.

Ella

también

lo

había

investigado aquella mañana desde su portátil. Se rió entre dientes y, tras aclararse el jabón del cabello y terminar de ducharse, se vistió para la comida con un bonito vestido verde esmeralda, una chaqueta de punto a juego y unos zapatos algo más elegantes que las zapatillas planas que siempre solía llevar. Tacón. Terrible tacón.

Cuando pasó por el pasillo no pudo evitar mirar en dirección a la puerta abierta de la habitación del fondo.

Jonás Belanger parecía estar hablando por teléfono con alguien. Lo vio pasar como un destello cruzando la puerta de un lado a otro de la habitación y pudo comprobar que tan solo llevaba puestos unos pantalones de traje. Alzó la mano y se la llevó a la boca. Avanzó un par de pasos más

y

se

inclinó

disimuladamente. Ahí estaba el señor Belanger, apoyado en el marco de la ventana con aquella espalda masculina desnuda, móvil en mano y brazos inmensos tensados sobre su propio peso. Sintió un terrible e insólito calor en las mejillas cuando él se pasó los dedos por el pelo y aquella maraña de músculos que ni siquiera sabía que existían se contoneó al unísono.

—Vaya, vaya, señor Belanger... Pues sí que ha hecho ejercicio en sus selvas...

¿Estaba hablando sola? Tenía que irse de allí. Más que hablar sola lo que realmente le preocupaba era llegar a contestarse. Reculó muy despacio y se giró hacia las escaleras. Estaba a punto de descender cuando lo oyó al fondo y parecía hablarle a ella.

—Señorita Cantelli.

Se estaba poniendo la camisa y le sonreía arrebatadoramente.

—Dígame —contestó con dignidad.

—¿Podemos tutearnos? Quiero decir que podría llamarla por su nombre de pila y usted por el mío. ¿Le parece?

Sentía la cara hirviendo y él se estaba dando cuenta con toda seguridad, aunque lo cierto es que a esa distancia no era tan fácil. Se abrochó los puños, se abrochó el frontal de la camisa y se atusó los rizos de la cara con un movimiento veloz. Ahí estaba otra vez esa sonrisa diabólica, y era para ella...

—Por mí no hay ningún problema, Jonás. ¿Le parece bien así?

—Perfecto Daniela...

«Soy una mujer segura de mí misma y este hombre no me está poniendo de los nervios.»

Esbozó una mueca que bien podría ser una sonrisa y descendió un peldaño.

Jonás caminó por el pasillo tan rápido que al segundo lo tenía detrás y descendía con ella. Notaba sus ojos clavados en la nuca, y aquellos tacones sobre la alfombra no eran lo que se dicen fácilmente manejables, así que, disimuladamente, se

aferró

al

pasamano, ladeó la cara, sonrió con dignidad y descendió el resto de las malditas escaleras sin peligro a caer rodando y hacer el mayor ridículo de su vida. Cuando llegaron abajo, Jonás se adelantó y le abrió la puerta de atrás.

Una enorme terraza repleta de sofás y mesas emergió frente a ellos. Estaba llena de bonitas enredaderas que trepaban por las columnas de aire griego y sobre los cristales de los amplios ventanales. Los sofás eran de mimbre y había una bonita mesa de billar al fondo. Una pequeña selva particular tras Garden Manor. ¿Qué más se podía pedir? Sonrió con la boca ligeramente abierta y contempló las trepadoras con sus flores rojas y naranjas. La buganvilla era la planta que quizá más le llamó la atención, sus flores violetas ocupaban gran parte del lado norte de la terraza, la hiedra, las florecitas amarillas.

—Alicia es una artista —dijo Jonás—. Nos ha puesto la comida en su lugar preferido.

—Es increíble. Precioso. ¿No te da pena deshacerte de este sitio?

Jonás apartó la silla y la invitó a sentarse. Habían dispuesto una mesa para ellos y aunque había insistido durante una hora con Alicia y Colette para que comieran todos juntos, no fue capaz de hacerlas cambiar de parecer.

—No. Lo cierto es que no tuve una infancia muy feliz en esta casa y no me trae muy buenos recuerdos —le contestó.

—Comprendo.

—Verás Daniela. Quiero inventariar todo lo que hay en Garden Manor.

Cada uno de los cuadros, cerámicas, figuras o libros que tengan un valor cultural o económico. Mi abuelo fue un hombre que en su juventud viajó mucho, trajo de sus viajes verdaderos tesoros arqueológicos y obras de arte que deberían estar en un museo. Mi intención no es ganar dinero, realmente no lo hago por eso.

Daniela se inclinó sobre el respaldo de mimbre y cruzó los brazos.

—Bueno, supongo que no lo necesitas.

—El dinero que yo poseo es fruto de mi trabajo Daniela. Lo que me aporte Garden Manor me es indiferente, hace mucho tiempo que no vivo a la sombra de mi abuelo. Come o se enfriará la carne.

—Reconozco que no me esperaba a una persona como tú cuando llegué a...

Jonás soltó una ronca y lenta carcajada y dio un trago a su copa de vino tinto.

—Bueno, tú esperabas a un viejo decrepito como mínimo y yo a una mujer rechoncha con unas gafas gruesas y el rostro sonrosado. —Clavó los ojos en ella y pareció meditar durante unos segundos—.

Daniela... Son muchos días en esta casa y aunque se paga bien y debes de tener unos informes impecables para que mi abogado haya confiado en tu trabajo, es mucho tiempo alejada de tu casa. ¿Eres consciente de que serán meses de trabajo?

—Lo sé. Eso decía el contrato.

Lo observó con curiosidad y apuró un trago de vino. Realmente aquel hombre la ponía muy nerviosa. Clavaba de aquella manera los ojos en ella, unos ojos verdes y brillantes suspicaces, terriblemente sagaces y juguetones.

¿Juguetones? Dio otro trago al vino y se colocó el cabello por detrás de la oreja para recuperar la compostura y fijar la vista en otra cosa que no fuera él.

—¿No tienes familia? Y perdona que te haga una pregunta tan personal, puedes negarte a responder; solo quiero saber un poco de ti.

—Tengo un periquito que se llama Remedios.

Jonás abrió los ojos y arqueó las cejas. ¿Le tomaba el pelo? No estaba seguro.

—¿Un periquito? —repitió a punto de echarse a reír.

Daniela lo miró de reojo y comenzó a comer lo que tenía en el plato, entrecot, puré de patatas y unos diminutos guisantes que iba apartando disimuladamente.

—Remedios. Sí, un periquito. No sé qué te hace tanta gracia. Unos tienen perros, otros gatos y yo tengo un periquito que dejo con mi vecina cada vez que viajo. Si tuviera un perro todo sería más complicado. Un perro es grande y da mucho trabajo y si...

«Oh... la preciosa Daniela volvía a ponerse nerviosa.»

—Vale, vale... —contestó Jonás para calmar el ambiente—. Creí que era una broma. Vives con un... periquito y se llama Remedios. Está bien, pero me refería a padres, compañeros de piso, hermanos o hermanas, un novio...

—No —contestó con la boca llena—.

Quiero decir, no tengo hermanos ni novios y mis padres viven uno en cada punta del país. Están separados desde que tengo uso de razón.

—El mío murió siendo yo un bebé.

¿No te comes los guisantes?

Le sonrió con ironía y levantó la copa de vino con humor.

—No me gustan.

—A mí tampoco.

¿Eso había sido una bromita? ¿Jonás Belanger le estaba poniendo nerviosa aposta? Volvió a apartarse el pelo de la cara, tragó la comida que tenía en la boca con el mayor cuidado y sonrió.

—¿Te quedarás en la casa el tiempo que dure el inventario? —preguntó ella con curiosidad.

—Por supuesto, Daniela —contestó con sorna—. Puedo trabajar desde aquí, lo único que necesito es un ordenador y una buena conexión. Que conste que no lo hago porque no me fíe de tu trabajo, todo lo contrario, pero llevo mucho tiempo viajando y creo que no ha sido mala idea parar un poco, descansar.

Realmente Jonás era un hombre terriblemente atractivo, y no solo eso, sabía jugar con los gestos con mucha destreza. Era muy expresivo, y cuando ella hablaba solía mirarla fijamente, algo que le provocaba tener que apartar la vista de él o bajar la mirada.

La pálida Colette apareció por un lateral con un carrito repleto de postres.

Llevaba un vestido largo al estilo institutriz y eso le hacía parecer uno de aquellos dibujos de Tim Burton, en Cuento de Navidad.

—Colette... Siéntate con nosotros.

Come algo —le dijo Jonás mientras alargaba el brazo en un gesto de ternura.

Colette

sonrió

tétricamente

y

levantando el dedo índice señaló la tarta de manzana.

—Ustedes tienen mucho de qué hablar, señorito. Prueben esta tarta, la hizo mi tía anoche y está muy buena.

Tienen helados, y esos pastelitos llevan canela. Lo cierto es que mi tía se ha pasado la noche haciendo postres. Está muy contenta de tenerle aquí de nuevo.

Colette deslizó los largos dedos por una de las trepadoras de la pared y pareció colocar sus flores.

—Gracias Colette —dijo Daniela—.

Todo está riquísimo. Alicia y tú sois unas grandes cocineras.

—Pues coma, señorita Cantelli. Está muy delgada.

Daniela esbozó una sonrisa de ternura y miró de soslayo a Jonás, que no le quitaba ojo mientras parecía pelearse con un pastelito de color rosa.

Súbitamente se imaginó a aquel hombre lleno de merengue. Cerró los ojos, miró a Colette, que seguía arreglando las enredaderas, y carraspeó cuando Jonás se chupó el dedo e inclinó la cabeza para que cogiera un pastel.

—Vamos Daniela...

Ese susurro fue terrorífico. Fue una invitación

a

algo

oculto.

Definitivamente se había vuelto loca.

—Cómete uno, están de miedo.

Tomó

un

pastelito

azul

con

merengue por encima y una guinda en el centro e intentó devorarlo con la misma elegancia de la que hacía gala su acompañante. Era difícil, el pastelito era demasiado grande y al meterlo en la boca se rebozó de merengue la nariz.

Jonás se reía mientras la observaba comer el pastelito. Le entregó una servilleta de papel e hizo un gesto con los dedos para que se limpiara la nariz.

Daniela sintió cómo le ardían las mejillas. Se acabó el maldito pastelito y dio un sorbo a su copa de vino para hacer pasar aquella masa de hojaldre, nata y azúcar por su garganta.

—¿Estaba bueno?

—Mucho.

—Bien...

Colette,

¿quieres

un

pastelito? —preguntó con ironía.

Colette se giró hacia ellos, levantó una sola ceja y se cruzó de brazos.

—Señorito Jonás... No ha perdido un ápice de su malicia y picardía. ¿Sabe una cosa señorita Cantelli?

Daniela ahora atacaba un trozo de helado de pistacho. Sintió un dolor intenso en la sien cuando se metió un pedazo en la boca y miró a la mujer negando con la cabeza.

—Cuando era pequeña, siempre que me preguntaba si quería un pastel, y cuando le decía que sí y me acercaba, me lo estampaba en la cara.

Se giró con dignidad y avanzó por el amplio porche cubierto en dirección a la puerta lateral.

—¡Oh, venga ya Colette! ¡Que somos adultos! ¿En serio no quieres un pastelito?

—¡De ninguna manera! —exclamó entrando en casa apuradamente—.

¡No! —gritó; pero ya no se veía a Colette por ningún lado.

—¡Colette, no voy a...! Por el amor de Dios, que somos adultos.

Daniela lo observó mientras Jonás se soplaba un rizo, cogía un trozo de tarta y la devoraba riéndose para sus adentros.

—¿En serio le ibas a estampar el pastel en la cara a Colette?

Jonás levantó la vista y clavó los ojos en ella. Sonrió con malicia y afirmó muy despacio.

—No me lo puedo creer...

—Y no dudes que lo haré querida...

Al volver a contemplar sus ojos de pronto

se

sintió

nuevamente

avergonzada. Apuró el último bocado de su helado y rápidamente sirvió los cafés que Colette también había dejado en el carrito, junto a los postres. Le hizo gracia comprobar la preciosa porcelana blanca con pequeñas incrustaciones doradas de las tazas. Su abuela tenía un juego de porcelana muy parecido a aquel, y volver a ver algo tan clásico y elegante le

transportó

momentáneamente a su infancia.

—No parece... —dijo entonces con la mirada perdida— que todo haya sido malo en Garden Manor...

Jonás la miró con cierto recelo y sonrió.

—Mi madre murió en esta casa.

—Perdona. No sabía que...

—No te preocupes. Mi madre tenía sueños, era una mujer muy guapa y tenía una voz maravillosa. Solía cantar.

Es más, conoció a mi padre cantando y él siempre le permitió seguir con sus sueños después de casarse, aun siendo madre y viviendo en esta casa. Pero cuando mi padre falleció siendo yo un bebé a causa de un cáncer, mi abuelo la amenazó con quitarle mi custodia si se marchaba de esta casa. —Jonás bebió de su taza y prosiguió—: Creo que mi madre murió de pena. No creo que fuera feliz en un lugar donde ella fue infeliz toda su vida.

—Comprendo. No sabía que... Oh, vaya... Lo siento mucho.

—¡Bien! —exclamó entonces Jonás.

Y esto hizo que Daniela pegara un brinco en su silla—. Vamos al asunto que nos lleva. Antes te pregunté por tu vida personal porque es muy difícil encontrar y confiar en alguien que esté a la altura de lo que se mueve en esta casa en cuanto a valor económico, quiero decir que no me gustaría que abandonaras por un asunto personal, porque tu perro, que ya sé que no tienes, se pusiera enfermo o porque un posible novio te eche de menos. Es importante que tengas claro que estaremos varios meses encerrados en Garden Manor.

Daniela afirmó rotundamente con la cabeza y volvió a ponerse nerviosa cuando Jonás clavó los ojos en ella y levantó una ceja en un gesto desconcertante y algo irónico.

—No te preocupes por eso. Tu abogado

me

hizo

firmar

unos

documentos de confidencialidad que entregó a su secretaria. Además, mi trabajo es lo más importante que tengo en estos momentos, son muchos años estudiando desde los libros lo que ahora puedo ver y tocar con mis propios dedos, para mí es maravilloso y excitante. Hay pinturas increíbles por todos los rincones de la casa y creo, dado que he enviado una fotografía y cuando traslade el cuadro podré asegurarlo con total claridad, que algunas de ellas son del pintor Thomas Lawrence. Incluso juraría que el tapiz que hay en el despacho de William es de Botticelli,

sin

embargo

son

suposiciones iniciales tras analizar los trazos, los estilos y la antigüedad de la pintura utilizada y aquí no tengo los medios necesarios para mi estudio. Es emocionante.

—No entiendo de pintura, ni de arte, Daniela.

Daniela se sirvió otra taza de café y se apartó el cabello con suma delicadeza. Parecía absorta en todo lo que la mansión le brindaba y Jonás la observaba con fascinación y curiosidad.

—¿Puedo preguntar qué años tienes, Daniela?

—Veintinueve.

—Vaya... Eres joven.

Se ruborizó repentinamente cuando Jonás le sonrió y dos preciosos hoyuelos se formaron en sus mejillas. Sus ojos eran dos esmeraldas que parecían brillar. Nunca había visto unos ojos tan verdes, tan intensos y tan expresivos.

Sin embargo, detectó algo impropio en un hombre de su juventud; detectó una profunda melancolía, una tristeza clara y tácita que parecía aumentar en él a medida que caía la tarde y se hacía más clara la evidencia de que se encontraba en aquella casa, en aquella mansión alejada de todo y de todos.

—¿No echarás de menos viajar?

—Puede —contestó—. Pero para serte sincero y dado que vamos a pasar mucho tiempo en esta casa, creo que no, aunque odie este sitio. —Hizo una pausa y pareció meditar sus palabras—.

Estoy mintiendo, no creo que odie este sitio, más bien odio los recuerdos que me trae este sitio. Bien, lo que te quería decir es que dado que somos sinceros, no. No creo que eche de menos viajar.

Creo que necesito descansar.

—Algún día viajaré como tú y veré todo lo que deseo ver. Egipto, El Cairo, París y sus museos... Hay tanto...

Daniela lo miró de improviso y sonrió lo mejor que pudo.

—¿Sabes? Con el dinero que gane aquí, me iré a París. Lo tengo decidido.

Una semana, sin duda. Luego a Italia; primero recorreré Europa. Sí, lo tengo decidido.

—No es una mala idea, señorita. Los carnavales

de

Venecia

son

impresionantes. Yo ya recorrí el mundo demasiado, ahora me toca sentarme a observar un amanecer un poco más familiar.

¿Y él? ¿Tendría a una mujer hermosa esperándole en algún lugar del mundo? Daniela apoyó la barbilla sobre su mano y observó los diminutos bordados del mantel de hilo. Cogió una pequeña

miga

de

pan

e

inconscientemente comenzó a hacer con ella una bolita. Parecía perdida, sin saber muy bien cómo continuar aquella conversación, tímida, pero al mismo tiempo curiosa de saber un poco más de su nuevo jefe.

—¿Tienes hijos?

Una buena pregunta. Algo ridícula, pensó mientras se ruborizaba. Jonás soltó una ronca carcajada y encendió un cigarrillo.

—Fumo poco. ¿Quieres?

—Bueno, no fumo, pero hoy lo haré.

Lo que realmente deseaba era que el humo la ocultara completamente.

Estaba muerta de vergüenza.

—Que yo sepa, no —contestó él.

—Ah... Entonces tienes novias.

Quiero decir, que viajando tanto...

La primera calada la hizo toser como un anciano de noventa años. Sonrió forzosamente y dio otra calada al cigarrillo hinchando los mofletes como una adolescente.

—Madre mía, Daniela. No, yo tampoco he podido tener mucho tiempo para mi vida personal. No he parado quieto en un sitio una semana seguida a menos que me hayan obligado o bien por trabajo. Novias...

—dijo; y al momento soltó una profunda carcajada—. Disculpa, me ha hecho gracia la forma de preguntarme si soy ligerito de cascos.

—¡Oh, no en absoluto! No era esa mi intención. No... No pretendía...

«¿Ha amado alguna vez señor Belanger? Posiblemente, y si mi instinto no me falla le han amado mil veces más de lo que lo ha hecho usted.»

—¿Vas a construir un barco con la miga? —le preguntó repentinamente.

Daniela

observó

que

por

el

nerviosismo había hecho una bola demasiado grande y seguía dándole vueltas entre los dedos y el mantel.

Soltó la bola rápidamente y dio otra profunda calada al cigarro. Gruñó entre dientes. Su humor era sarcástico y aunque en esos momentos estaba algo acalorada y cohibida, no tardaría en devolverle aquel sarcasmo juguetón y provocador que usaba con ella. Sin duda... Cuando volviera en sí y dejara de intimidarla de aquella manera tan desconcertante.

Se acostó bien entrada la noche.

Todavía le duraba la leve resaca moral que le había provocado conocer a la joven Daniela, su vitalidad, aquella forma tan infantil de colocarse el pelo detrás de la oreja, cómo se ruborizaba, cómo sonreía. La recordó durante segundos sobre la escalera de la biblioteca con la cinta de raso colgando del cabello y se quedó profundamente dormido. La selva se cernió sobre él devastadoramente, sus árboles gigantes, las ceibas de sesenta metros, y aquellos cedros que tejían con sus copas el dosel de un bosque demasiado terrorífico para pensarlo despierto. Estaba en mitad de aquella selva y era de noche, llevaba la cámara colgando del cuello, la mochila en la espalda. Las grandes lianas y bejucos se enredaban frente a él formando serpentin

vegetales,

trepaban sobre los árboles. Sintió el siseo de los insectos y los titís saltando entre las orquídeas y las ramas de los árboles mientras caminaba sin rumbo.

Sabía

que

tenía

que

llegar

al

campamento. Por las noches los animales salían a buscar comida y en aquel momento su instinto le decía que si se encontraba con un puma o alguna serpiente venenosa estaba perdido. El sudor le cayó por la frente cuando a lo lejos divisó la luz de las tiendas de campaña. El ruido del arma en su nuca le hizo correr desesperadamente hacia la luz.

«No mires atrás. Corre hacia la luz.»

El pánico se apoderó de él hasta que alcanzó la planicie donde se alzaban las tiendas del campamento. Las lámparas de aceite iluminaban la tela blanca, vio su silueta a través de la loneta, la cinta del pelo flotando en el aire mientras parecía caminar de un lado a otro.

«Haría tantas cosas contigo...»

Entró en la tienda y cerró el módulo con las cuerdas que pendían de la parte superior. Ella estaba de pie, junto a la mesa de operaciones. Su cabello caía suelto, la cinta seguía flotando sin llegar a tocar el suelo, era verde, como el vestido que llevaba en la comida, como sus elegantes zapatos de tacón de aguja.

Sus pechos se dibujaban bajo el fino camisón de raso blanco, sus pezones se oprimían contra la tela y las curvas de su cadera se dibujaban entre luces y sombras.

—Te esperaba... —susurró.

Ah... Iba a volverse loco. Se miró las manos. Ya no tenía la cámara, no tenía la mochila, estaba de pie frente a ella y deseaba desesperadamente hacerla suya sobre aquella mesa.

«Daniela...»

—Tiemblas... —le susurró pasando los dedos por la nuca, entre sus rizos, por sus orejas y sus mejillas.

—No soy bueno para ti...

La cinta del pelo flotaba frente a sus ojos. Deslizó los dedos por su cuello y rozó levemente sus pezones bajo la tela.

Sintió ese pánico atroz por todos los músculos de su cuerpo. Sintió la necesidad de hacerla suya sin un ápice de compasión.

—Hazlo... —le susurró al oído—. A tu manera... Enséñame lo que sabes hacer... Quiero verlo... Jonás...

Clavó los dedos en su carne y la besó en los labios con furia. Ella pegó su cuerpo al suyo, sus pezones se clavaron en su pecho. Miró hacia abajo. Estaba completamente

desnudo,

estaba

ansioso, excitado y ella lo miraba con desesperación y hambre. Su pelo... Su pelo cobre, sus ojos marrones y sus mejillas arreboladas por el calor.

—Pídemelo otra vez... —le dijo con apenas un murmullo, deslizándolo por sus piernas. Acariciando su sexo, el fino vello rasurado que a contrapelo le hacía perder el sentido y el decoro—. Vamos..., pídemelo otra vez...

La furia se apoderó de su cuerpo. La sentó sobre la mesa, los papeles volaron hacia el suelo y las lámparas de aceite se tambalearon. ¡Ah, ese olor de mujer!

¡Esa humedad en los dedos...! Deslizó su sexo hasta la entrada de su vagina y se quedó inmóvil durante unos segundos.

—Házmelo a tu manera... Sé sucio...

Jonás sonrió al sentir el calor de sus entrañas en la punta de su sexo. Perdió el hilo de la realidad al notar el latido de su propio corazón en la entrepierna, la necesidad desesperada de no salir de ella nunca. Su lengua recorrió cada centímetro de sus pechos, arrancó la tela del camisón y la empujó

contra la fría encimera de madera.

¡Ah, que piel más suave! ¡Qué forma más obscena de hablarle!

Siguió enterrándose una y otra vez en ella mientras Daniela no dejaba de jadear. Salió de golpe, la bajó de la mesa y empujándola sobre la encimera la puso de espaldas y la penetró con dureza, sin compasión. Ella jadeaba, ella suplicaba más y él estaba dispuesto a darle hasta la vida.

Despertó bruscamente, sudando como

un

loco.

Los

postigos

permanecían abiertos y la suave brisa le golpeó la cara.

—Joder... Joder...

Se incorporó ansioso, el corazón le iba a doscientos. Encendió la luz y se situó en la habitación. Los lamparines sobre los candelabros, la chimenea y los pequeños retratos, el tocador, el espejo ovalado, el papel de las paredes, la cama, el horrible cabecero de madera maciza. Entró en el aseo y se dio una ducha rápida. ¡Santo cielo! ¿Qué hora era, las dos, las tres de la mañana?

Sintió el agua fría sobre su cabeza y su espalda y comenzó a encontrarse mejor.

Las pesadillas le seguían atormentando noche tras noche. El detalle de Daniela en el sueño era un elemento nuevo y desconcertante. Tras la ducha se puso un simple pantalón de pijama de raso azul oscuro y salió al pasillo. La casa dormía profundamente. Caminó hacia la habitación de Daniela y se quedó durante unos segundos frente a la puerta. Descendió las escaleras y palpó el interruptor del salón. Necesitaba sentarse en el despacho, estaba totalmente despierto y sería incapaz de conciliar el sueño hasta pasado un rato.

Tras encender el ordenador y reenviar varios

correos

pendientes

de

contestación al periódico, volvió a apagar el portátil y se dirigió a la cocina.

Se bebió un vaso de agua y luego otro.

Volvió hacia el pasillo y a punto estuvo de sufrir un infarto.

—¡Demonios! —gritó Calvin Jones.

El anciano estaba de pie delante de las escaleras con la escopeta colgando del hombro, un pijama de rayas y las gafas sobre la nariz a punto de caérsele.

Jonás profirió un grito y se llevó la mano al pecho.

—¡Joder! —exclamó—. Pero ¿qué coño os pasa a todos esta noche?

¿Queréis matarme de un infarto?

Calvin soltó un gruñido gutural y dejó la escopeta apoyada contra la pared.

—Muchacho, pensé que era un ladrón. ¡Mi chico!

Le soltó una palmada en la espalda con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirarlo

al

suelo.

Jonás

estaba

desubicado, se llevó la mano de nuevo al pecho y comenzó a reír como un loco.

—Madre de mi vida Calvin, me has dado un susto de muerte. ¿Tú nunca duermes?

—Dormir, dormir. Son las doce de la noche, muchachito. Calvin nunca duerme hasta las dos de la mañana.

—¿Las doce? Creí que era más tarde.

Calvin se colocó las gafas y tras poner el seguro a la escopeta se ajustó la goma del pantalón.

—Vamos chico. Iba a tomarme un café. ¿Quieres un trago de ron? Te ayudará a dormir. Seguro que tienes los horarios cambiados con tanto vuelo y viaje tropical. —Se giró súbitamente y frunció aún más el ceño—. ¿No te habrá picado alguno de esos bichos amazónicos? Dicen que son muy peligrosos, luego crecen dentro de uno y se forman huevos.

—¡Calvin! Eso son tonterías. Vamos, anda. Pasa a la cocina. Tomaré un vaso de leche.

Calvin se frotó el entrecejo y pasó delante de él refunfuñando.

—¿Seguro que no te ha picado un pez? ¿O un insecto?

—No Calvin. No me ha picado un pez. Un pez no pica.

—¡Una mierda que no! —dijo con seriedad.

Lo miró con ternura mientras se ponía el café y sacaba la leche de la nevera. Calvin no tenía familia, aquella casa era toda su vida y en aquellos momentos se sintió culpable por lo que iba a hacer. Pensó que debía dejarles el suficiente dinero como para que pudieran vivir cómodamente el resto de sus vidas. Para que ni él, ni Alicia ni Colette tuvieran que pensar en trabajar en ningún otro lugar.

—Me alegra que estés en casa, muchachito —dijo sentándose frente a él—. Estaba seguro de que volverías.

Tarde o temprano uno siempre vuelve a casa.

No tenía claro si Calvin sabía que pretendía vender la propiedad.

—Yo también me alegro de volver a verte viejo gruñón. Ha pasado mucho tiempo. Supongo que estás al tanto de mis intenciones...

Calvin afirmó suavemente.

—Tu abuelo no creería que has vuelto ni aun saliendo de la tumba.

Jonás arrugó la nariz y bebió la leche.

Estaba fría y eso le reconfortó. Todavía sentía una mezcla de calentón y susto en el cuerpo. Giró la cabeza y vio a Alicia con los ojos muy abiertos, un chal por encima de los hombros y un camisón horrible, floreado azul y verde.

—¿Qué diablos hacéis aquí los dos a estas horas?

—Esto se anima —susurró Jonás dando un trago—. Reunión de hombres.

Alicia dio un rápido vistazo a ambos y entró con grandes zancadas en la cocina. Llevaba el pelo enrollado en varios rulos y realmente parecía una abuela de otro tiempo con aquel modelito de la posguerra.

—Ponme un vasito Calvin —dijo dejándose caer en la silla.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le preguntó el anciano sirviéndole el ron.

—¡Vosotros no me dejáis dormir!

—Acabáramos —farfulló Jonás—. He tenido una pesadilla y luego Calvin casi me mata de un susto cuando bajé a beber agua y enviar unos correos.

—No deberías trabajar tanto. Por cierto, ¿qué te pareció la niña?

Jonás tuvo una visión repentina. Una tienda de campaña, una cinta de raso verde...

—Mi abogado tiene buen ojo. La veo muy enamorada de lo que hace.

—¿Sabías que sus padres son italianos y que ella vive en España? —prosiguió Alicia.

—No. No lo sabía.

—No tiene novio —dijo Alicia dando otro trago a su ron—. Y es muy guapa.

«Y me encantan sus ojos...»

—Tiene un periquito que se llama Remedios —añadió Jonás con humor.

Calvin soltó una carcajada terrorífica y empezó a toser hasta que dio un sorbo de ron.

—¿Remedios? Yo tuve una novia que se llamaba Remedios. ¡Demonios!

Tenía un precioso pelo rubio y era repolluda, no como ahora, que son todas delgadas y sifilíticas. Aquellas caderas...

Alicia lo miró descolocada y pareció enfurecer por momentos.

—¡Calvin Jones!

—Sí, señora —contestó con sorna dando otro trago a su ron.

Alicia se levantó súbitamente, se arregló el chal, se colocó con cuidado uno de los rulos laterales sujetos con una horquilla y se dirigió hacia la puerta.

—Creo que me voy a dormir. No recuerdo el día en el que no haya un maldito obrero aporreando con su martillo desde primera hora de la mañana. Han levantado tanto polvo en el ala oeste que creo que cuando acaben con la obra no veremos el suelo.

—Esa zona estaba carcomida por las polillas y la humedad —contestó Jonás—. Era urgente reparar todas las habitaciones.

Por momentos ensombreció el rostro, contrajo las mejillas y se quedó pensativa mirando el suelo de madera, al instante volvió en sí y dirigió la vista hacia Calvin y luego hacia Jonás.

—Me alegra mucho que estés en casa —dijo antes de irse.

Calvin apuró su vasito de ron y se acomodó en la silla. Apenas habían pasado los años por él. Para bien o para mal seguía igual que siempre. Con las mismas

arrugas

y

con

aquellos

profundos y diminutos ojos azules que entrecerraba a menudo.

—Y dime, muchachito —murmuró—. ¿Cuál es tu plan de vida? Quiero decir. ¿Te quedarás en el país

cuando vendas Garden Manor? ¿Seguirás viajando?

—No lo sé Calvin. Ahora mismo me siento muy cansado y no me apetece volver a salir fuera. Han sido unos años muy intensos y creo que mi mente y mi cuerpo necesitan descansar de todos esos viajes, esa tensión y esas experiencias.

Se frotó la frente y la selva volvió a su cabeza. Calvin no dejaba de observarle mientras hablaba.

—Comprendo. ¿Y de mujeres?

Aquella forma de preguntarle las cosas le hizo mucha gracia, sobre todo porque ni Calvin, ni Colette ni Alicia sabían los horribles momentos por los que había pasado en las selvas de Colombia. No tenía intención de que lo supieran jamás, no quería que se sintieran mal o que pensarán que estaba loco por permanecer tantos años en lugares tan peligrosos a cambio de un puñado de billetes, aunque realmente el dinero era lo de menos, el dinero no importaba. Era su libertad, su trabajo, su pasión.

—Bueno, de mujeres he estado servido, Calvin. No ha habido nada serio en mi vida, pero...

—Ah, muchachito. Has sido un pendenciero.

—Puso

una

mueca

grotesca y volvió a llenar su vaso de ron —. Cada edad tiene su aquel...

Jonás movió la cabeza y se rió.

—¿Pendenciero? Calvin Jones qué forma de hablar más anticuada tienes, amigo. No necesito amor en mi vida.

Mis necesidades con respecto a las mujeres creo que han sido bien cubiertas el tiempo que he estado fuera y no necesito nada más.

Calvin clavó sus diminutos ojos azules en él y movió la cabeza muy despacio de arriba abajo.

—¿Sabes una cosa muchachito? — preguntó—. Para odiar tanto a Williams James cada vez te pareces más a él.

Jonás sintió que el calor le subía por las mejillas cuando escuchó aquellas palabras del anciano jardinero. Calvin seguía mirándole fijamente como si analizara la reacción de sus palabras en él. Tensó las mandíbulas sutilmente, como si no le importara lo que acababa de decirle y sonrió de mala gana.

—No soy como mi abuelo, Calvin.

—¡Oh, no, en absoluto! No he dicho eso. He dicho que cada vez te pareces más a él. ¿Crees que

William era un monstruo sin sentimientos a tu edad, Jonás? Era frío. Un hombre que perdió a tu abuela antes de que yo llegara a esta casa y al que siempre vi solo, siempre lo vi huyendo de sí mismo.

Creo que esa soledad y esa necesidad de no precisar del calor de otra persona o de una familia fue lo que lo destruyó como hombre.

«Huir.»

Calvin se levantó de la silla y le dio una palmadita en el hombro.

—Este viejo se va a la cama muchachito. Tómese toda la leche — dijo riendo—. ¿Ves? Como los niños pequeños. Tómese toda la leche muchachito y acuéstese. Garden Manor tiene mucho trabajo por delante, cajas y cajas de recuerdos. Mucho trabajo...

—Sí, yo acabo esto y me voy también, amigo.

Lo observó salir al pasillo, inclinarse por su escopeta y desaparecer muy despacio escaleras arriba. Durante un buen rato se quedó observando el vaso de leche, la botella de ron estaba medio vacía y aún podía oler el licor del pequeño vaso de cristal.

«Huir de sí mismo.»

Pensó en la cinta de raso. Apenas recordaba ya los pormenores de aquel sueño tan extraño que había tenido.

Siempre le pasaba lo mismo. Era capaz de recordar todos los detalles de sus pesadillas durante un tiempo, sin embargo, con el paso de las horas, se iban difuminando los recuerdos, a veces duraban días y otras a los pocos minutos ya no recordaba nada. Se incorporó y estiró todo el cuerpo. Vio su reflejo a través de los cristales de las ventanas y se apartó un rizo de la cara.

Nada era indeleble del todo, por mucho que se afanara en olvidar los sueños, las pesadillas, los capítulos de su vida desagradables o nefastos. Apagó la luz y subió al piso de arriba, volvió a pasar por delante de la habitación de Daniela, pero esta vez apoyó la mano en el pomo de metal y lo hizo girar muy despacio.

Abrió la puerta levemente, lo justo para observar que ella dormía plácidamente sobre la amplia cama de madera. Estaba medio tapada con el edredón de plumas, la luz de una pequeña lamparita de sobremesa le iluminaba las mejillas suavemente.

«¿También temes la oscuridad dulce Daniela?»

Cerró la puerta y se alejó por el pasillo. Volvió a su habitación y durante unos minutos se quedó mirando al techo totalmente a oscuras. La voz de su madre le balanceó hacia un profundo sueño, la preciosa y denodada voz que tantas veces había escuchado desde esa misma habitación, arropado en esa misma cama siendo apenas un niño. Los recuerdos se cernían sobre él lentamente, pero sabía en lo más profundo de su corazón que era el precio que tenía que pagar por regresar a Garden Manor.

Garden Manor despertó con una actividad casi frenética. Decenas de obreros entraban y salían del ala oeste sin cesar. Calvin se peleaba bien entrada la mañana con un grupo de azaleas y rododendros del jardín, mientras que Alicia y Colette estaban inmersas en la casa y las tareas habituales que en ella solían ejecutar con precisión: organizar la limpieza con el servicio, preparar la comida y hacer la compra en la ciudad para toda la semana. Lo cierto es que Daniela no había visto al joven Jonás Belanger en todo el domingo. Sabía por Colette que se había encerrado en una de las habitaciones del piso de arriba y que se había pasado gran parte de la tarde y la noche organizando una serie de baúles que habían pertenecido a su madre.

Estaba convencida de que había pasado varias veces por el pasillo, tenía la sensación de que Jonás había estado paseando por la noche de un lado a otro, de que quizá los recuerdos de su madre le habían impedido dormir porque, pocas horas después, ya desayunando, Alicia le confesaba entre susurros que «el rizosito» no estaba muy animado y que no era bueno para él estar tantas horas encerrado en la habitación que había sido de Elisabeth Belanger.

Por otro lado, Daniela se dedicó a clasificar y organizar por fechas gran parte de los libros de la biblioteca, tomaba una fotografía de cada uno y de su fecha de edición y las cubiertas, y luego volcaba las imágenes en un portátil y las enviaba al museo. Si todo iba bien, al final de la semana siguiente tendría inventariada gran parte de aquella ciudad de papel y podría meterse de lleno con los cuadros de William James y los preciosos tapices que colgaban suntuosos de las paredes, repletos de filigranas y adornos de otras épocas.

Miró la hora, la mañana pasaba rápidamente cuando se enfrascaba en su trabajo y nadie la molestaba. Eran casi las dos del mediodía, la hora de comer; posiblemente Colette no la habría avisado para no molestarla en sus quehaceres. Se quitó los finos guantes de látex que usaba para tocar los libros con más cuidado y al depositar el último tomo sobre la encimera de la mesa algo resbaló de su interior. Era una fotografía antigua. Se agachó y la recogió con sumo cuidado; estaba pegada sobre un pequeño cartoncito muy fino y en ella se podía ver a ¿Jonás? Entrecerró los ojos. En la imagen se veía a un joven montado en un caballo, vestido con un terno muy elegante, una mano sujetaba las riendas del caballo y la otra se apoyaba en su cintura apartando la chaqueta de su vestimenta. Limpió el polvo de aquella fotografía con los dedos y apoyándola sobre la mesa encendió una lamparita para verla mejor. Era increíblemente idéntico a él, y hubiera jurado que lo era si no fuera por la firma y la fecha que figuraban en el dorso: «William James, 1935».

Rebuscó en su bolso y sacó una pequeña lupa de varios aumentos.

Seguía sin salir de su asombro por la similitud de William con su nieto.

Calculó por la fecha, sabiendo que el anciano había muerto a los noventa y muchos años, que en esa imagen no tendría

más

de

veinte.

Estaba

increíblemente elegante y sonriente. Era un hombre atractivo, cuya imagen transmitía

seguridad,

elegancia

y

educación. Llevaba un reloj en el bolsillo de su chaleco, pues la cadena de plata sobresalía y colgaba de su terno.

La foto estaba tomada en el pueblo; detrás de él se podían ver con bastante dificultad las gentes por la calle, algunas siluetas de personas que iban y venían de aquí para allá, que salían de pequeñas tiendas, de un mercado quizá, pero William lo ocupaba todo.

Era un caballero, un hombre apuesto y joven, un muchacho rico en un precioso caballo negro y alguien se había tomado la molestia o el placer de fotografiarlo.

Se quedó contemplando la imagen en sepia durante largo tiempo hasta que oyó pasos que se aproximaban a la biblioteca; sin dudar, se guardó aquella foto en la chaqueta. Colette asomó la cabeza entre la puerta ligeramente abierta y el marco y sonrió a su manera.

—Señorita. Vamos a comer.

—¡Oh, llámame Daniela, por favor Colette! —le pidió con dulzura.

—Daniela,

vamos

a

comer,

muchacha. Pareces un ratón. Acabarás perdiendo la vista si no controlas las horas que pasas leyendo esos horribles libros del pleistoceno.

Daniela emitió una ronca carcajada y se soltó el pelo.

—¿Jonás? —inquirió mientras seguía a Colette.

Colette dio un profundo suspiro y se llevó las manos a la cintura a modo de jarra.

—En el cuarto de la señora Belanger.

Quizá no sería mala idea que fueras tú a buscarlo. Se ha llevado el portátil y dijo que iba a estar

trabajando, pero tengo la sensación de que no deja de escarbar en esos baúles y fotografías.

Ayer sin ir más lejos cuando todos dormían escuché el pequeño tocadiscos.

No sé qué escuchaba, igual a su madre o a una de esas cantantes que tanto le apasionaban a ella. Édith Piaf... o qué sé yo, no entiendo de cantantes, pero estuvo dos horas con aquella musiquita y luego...

—Yo le oí caminar por el pasillo —la interrumpió.

—Sí. Yo también creí oírlo, soy de sueño ligero.

Colette se encogió de hombros como si algo que no decía le preocupara profundamente y luego sonrió. Tenía el pelo tan apretado en aquel moño que parecía una fina muñeca de porcelana gótica.

—Ve tú Daniela. Sería de agradecer.

Seguro que a ti te hace más caso.

—Claro, Colette —contestó—. ¿Es la última habitación del pasillo?

—Sí, dos puertas más allá de la tuya.

Nosotros todavía esperaremos una hora más para comer. No es habitual comer tan tarde aquí, pero Calvin estuvo discutiendo con un joven obrero que le pisó varias flores del jardín por despiste.

Se enfadó tanto que lanzó dos geranios por el aire y se llenó de tierra. —Soltó una suave risa y puso los ojos en blanco —. Este hombre es todo carácter, un día le dará algo. Está duchándose, así que esperaremos un poco más.

—Perfecto. Entonces voy a hablar con él.

Dicho esto ambas mujeres se separaron y Daniela echó a andar por el pasillo hasta llegar a la puerta de la habitación de Jonás. La golpeó con los nudillos suavemente. No oyó nada en su interior, abrió despacio y asomó la cabeza tímidamente. La habitación olía a lavanda, tenía los postigos ligeramente abiertos. Era una estancia muy similar a la suya, solo que esta era un poco más grande y tenía un bonito escritorio de caoba en un lateral, muy cercano a la primera ventana que daba al jardín.

Jonás estaba sentado frente a él, había varios baúles abiertos, desperdigados por el suelo, fotografías amontonadas sobre la alfombra, como si estuviera organizándolas de algún modo y varias cajitas de madreperla, joyeros de metal, y espejitos y cepillos revestidos en piedras o plata. Ni siquiera se dio cuenta de que él levantaba la cabeza y la observaba atentamente: estaba absorta mirando un bonito tocadiscos de madera dual que descansaba sobre la cama.

—Daniela... —le susurró—. Entra, por favor.

Ella alzó la vista y avanzó varios pasos. Cerró la puerta y lo miró. Jonás tenía una expresión melancólica, pero respetuosa, parecía observarla de una forma casi paternal, levantó la mano delicadamente con una pluma entre los dedos y la invitó a sentarse en una de las bonitas sillas acolchadas con botones regordetes que se encontraban frente a la mesa. Estaba muy guapo con

aquella camisa blanca, sus ojos, sus preciosos ojos verdes, parecían sobrenaturales en contraste con el color de la tela y con la poca luz que entraba a través de la diminuta abertura de los postigos. Un ventilador de hélice pendía del techo y se movía lentamente sobre ellos.

Proporcionaba una suave brisa natural y reconfortante. La encimera estaba llena de cartas de colores cetrinos y viejos, más

fotografías,

una

libreta

de

anotaciones con una gomita que la cerraba y muchos bolígrafos junto a un portátil.

—Colette me ha pedido que venga a buscarte para comer. Están algo preocupadas porque pasas mucho tiempo en esta habitación.

—Aquí me siento a gusto —dijo—.

Ordeno los objetos de mi madre. Creo que me quedaré con alguno... —Hizo una pausa, respiró profundamente y sonrió—. Muchas cosas que ver... En cuanto a todo lo que encuentro por estos baúles y armarios, lo único que realmente me provocan es algo de melancolía, pero es normal...

Daniela observó una pequeña pila de cartas amontonadas y atadas con un cordón trenzado color burdeos.

—¿Las escribió tu madre? —inquirió.

—Una cada semana, a mi padre.

Pero hay algo que no me cuadra y es la fecha. Él ya había fallecido, pero ella le cuenta cada cosa que sucede, cada pensamiento, cada avance de mi crecimiento. Es como si escribiera cartas a un hombre que está en la guerra, no sé si me entiendes.

Daniela afirmó y se pasó el pelo por detrás de las orejas. Jonás seguía mirándola de aquella manera tan intimidante, tan serena y a la vez tan ávida de... Algo.

—¿Y

las

enviaba?

—preguntó

pasando las yemas por ellas.

Jonás se inclinó sobre la silla y afirmó.

—Son cartas devueltas de correos.

Tienen sello, pero por detrás solo indica el nombre de mi padre: «Para Petro James». No tiene sentido...

—Es extraño, pero seguro que tiene una explicación. ¿Bajarás a comer conmigo?

Jonás se frotó los ojos y se apartó el pelo de la cara. Ella no llevaba la preciosa cinta de raso verde. La cinta que flotaba en el aire entre sus dedos, la cinta que despejaba sus mejillas y sus ojos de aquellos cabellos color fuego.

—¿Es una invitación o una orden?

Se rió al ver su cara de desconcierto y el rubor en sus mejillas una vez más.

Daniela frunció el ceño, se sentía incómoda y a la vez nerviosa, intimidada, sutilmente apabullada por su aplomo. Vio su mueca irónica cuando apoyó los codos en la encimera, clavó sus piedras verdes en ella y esbozó una sonrisa algo pícara.

—Señor

Belanger

—dijo

con

prontitud, pero él la interrumpió.

—¿Ahora me llamas por el apellido?

¡Ah! Cuando te enfadas haces como las madres.

—Exacto

—prosiguió—.

Señor

Belanger, si no baja conmigo a comer le aseguro que usaré todas mis fuerzas para sacarle a rastras de esta celda de castigo en la que se ha encerrado. Ayer no cenó, y no pretenderá conservar ese cuerpo lozano a base de agua, ron y cigarrillos mentolados, ¿no?

Jonás giró la cabeza con sorna y levantó las cejas.

—Señorita

Cantelli.

¿Se

cree

realmente lo que dice? Por su gesto diría que sería capaz de hacerlo aunque se ruboriza de una forma realmente deliciosa cuando está frente a mí. Lo hizo el sábado y lo está haciendo ahora.

—No digas tonterías...

Bajó la mirada y se llevó las manos a los pómulos. Inesperadamente se inclinó hacia ella tanto que pareció tumbarse sobre la mesa.

—¿Quieres saber algo? —le preguntó sonriendo—. He soñado con usted señorita Cantelli.

Daniela

empezaba

a

hervir

interiormente y no por lo que le acababa de decir, sino más bien por la situación electrizante que empezaba a notar en la habitación, algo poco corriente en su vida, poco habitual.

—Ah... ¿Y era interesante? Quiero decir...

—Era un sueño y era una pesadilla.

Estaba en la selva y tú también.

—Vaya... No sé cómo tomarme lo de la pesadilla. ¿Y qué más?

—Y nada más.

—¿Nada más? Eso no era un sueño, ni siquiera una pesadilla...

—Nada más de momento —dijo él—. Creo que te lo contaré otro día.

De pronto se sintió algo eufórica, se levantó de la silla, se alisó los pliegues de la falda de algodón y cruzó los brazos con dignidad.

—Si has tenido un sueño erótico conmigo puedes contármelo sin mayor problema, no soy una mojigata y no voy a asustarme. Ya lo dijiste tú, vamos a pasar mucho tiempo bajo este mismo techo, si logramos una confianza y un buen rollo...

—¿Buen rollo? ¡Qué moderna!

«Te puede la curiosidad...»

—Sí. Buen rollo. Además, los sueños suelen ser involuntarios y...

—Daniela, siéntate, por favor.

Aquella orden directa la hizo callar de inmediato y sentarse. Luego se quedó ligeramente consternada, el rostro de Jonás parecía más serio, más observador,

más

censurable

y

hermético.

Sintió

una

vergüenza

irracional. Quizá había metido la pata y solo le hablaba de un sueño sin más. En aquel momento deseó que algo se la tragara, desaparecer, no estar allí sentada, delante de él, de sus ojos, de aquella boca tan carnosa, de aquella actitud tan controlada y enigmática.

Alejarse de algún modo de aquel deseo que sentía por él, la curiosidad por su vida, por su forma de ser, por todo lo que aquella mirada le ocultaba.

—Discúlpame, era una broma. Ha sido una tontería —le dijo nerviosa—.

Una osadía por mi parte. Maldita sea...

Un sueño... Soy una estúpida, solo era una broma que...

—Tranquila. No te pongas nerviosa, Daniela. No pasa nada. Acepto tus disculpas.

Se levantó de la silla por segunda vez y se frotó la nariz con el dorso de la mano. Realmente se sentía una idiota delante de aquel hombre. ¿Qué pensaría de ella? ¿Qué era una fresca?

¿Una creída? Suspiró profundamente y lo miró con dignidad y bochorno.

—Si te parece que bajemos a comer...

—Usted delante, señorita.

Salieron al pasillo y bajaron las escaleras. Unas escaleras que en ese momento se tornaron eternas. Los peldaños daban al inframundo y ella era el sacrificio. Estaban a punto de llegar al comedor cuando alargó la mano para abrir la puerta y lo notó detrás, pegado a ella, sujetando la puerta para que no la abriera, impidiéndole moverse...

—Tenías tu bonita cinta de raso entre los dedos... —le susurró al oído—. Y me pedías que te hiciera el amor... a mi manera...

Se quedó petrificada, fija la vista en la puerta y los dedos clavados en el pomo. Ni siquiera la estaba rozando, apenas sentía el suave aliento en su oreja, su murmullo, su brazo rozándole la mejilla frenando un instante que se tornaba sumamente desquiciante. Jonás suspiró.

—Y por supuesto que lo hice... —continuó—. Por supuesto que lo hice...

Y dicho esto, empujó la puerta y le dio un leve empujoncito para que entrara.

Se pasó la comida maldiciendo a aquel hombre. No solo la había abochornado, había permitido que se disculpara para luego susurrarle aquello al oído sin posibilidad de darse la vuelta y abofetearlo.

Alicia

y

Colette

le

preguntaron varias veces por el trabajo y ella contestaba algo, aunque al poco se daba cuenta de que no recordaba ni qué le habían preguntado ni qué había contestado. Solo hervía por dentro mientras Jonás en la cabecera de la mesa le dirigía miradas de curiosidad, y analizaba con discreción la estatua de sal en la que se había convertido.

Tras acabar la comida y pelearse con Colette con la única intención de que dejara que la ayudara en la cocina, cosa que no aceptó de ninguna manera, se retiró a la biblioteca y se encerró durante gran parte de la tarde en ella.

Tenía que canalizar el bochorno, la sensación de frustración y confusión que sentía hacia la situación, pero, sobre todo, aquella extraña atracción que emanaba de todos los poros de su piel ante aquel hombre. ¡Maldita sea!

¿Por qué sentía aquello? ¿Por qué en su trabajo? ¿En tan poco tiempo? ¡Él era su jefe! Era demasiado descorazonador, demasiado

intenso,

demasiado

peligroso y solapado.

—Daniela... —oyó de pronto tras ella.

Se giró como un animal de presa y sin más preámbulos le lanzó el libro que tenía en las manos. Jonás se inclinó hacia un lado, miró la trayectoria del tomo, el golpe contra la pared y luego se giró y lo señaló.

—¿Me has tirado un libro?

—¡Oh, santo cielo...! ¡El libro!

—¿Me has tirado un libro a la cabeza? —repitió impresionado.

Sobre todo cuando Daniela pasó a su lado como si no estuviera y poniéndose de rodillas recogió el preciado volumen de tapas de piel.

—Dios mío, qué he hecho... Soy idiota... Este libro es del año 1856. ¡Por favor!

Jonás no daba crédito.

—¡Hay que joderse! Me ha tirado un libro a la cabeza y está más preocupada por él que porque me hubiese abierto la cabeza a mí. ¡Mon Dieu!

Se incorporó con el libro apretado contra su pecho y lo miró con enfado y crispación.

—Y te tiraré la librería entera si pudiera. No solo te has reído de mí, sino que has permitido que me disculpe contigo y me humille creyendo que era una estúpida creída y que habías tenido un sueño... ¡Maldita sea! Lo que sea.

¡Señor Belanger no juegue conmigo o se comerá cada tomo que hay en esta biblioteca! Y ahora si me disculpa voy a seguir trabajando. Casi acabo de estrellarle en la cabeza un libro de más de tres mil euros, y aunque me hubiera sentido de maravilla sacándole un ojo, tengo que reparar mi horrible error.

Jonás caminó a paso lento detrás de ella y cuando llegó a su altura le quitó el libro de las manos y lo dejó sobre la mesa.

—Ese carácter... Vas a callarte un momento y me escucharás.

—No. Creo que no. Tengo que trabajar, para eso estoy...

Iba a coger el libro pero Jonás se adelantó, se apartó un poco de ella y para su sorpresa arrancó una hoja del libro y la dejó caer al suelo.

—¡Estás loco! ¡No! ¡No hagas eso!

—Vas a calmarte y escucharme..., o romperé el resto del libro con total tranquilidad.

—Jonás... Señor Belanger...

Otra hoja fue lentamente arrancada.

El

sonido

del

papel

grumoso

resquebrajándose era como un puñal en su pecho. Daniela levantó las manos e imploró que dejara de hacer aquello.

—Jonás... Habíamos quedado en que me llamarías Jonás...

—Está bien... Por favor... No sigas.

—¿Me vas a escuchar?

—Sí, sí, pero por favor no sigas rompiendo el libro.

Su voz era suave, pausada, tranquila, sin embargo ella estaba claramente alterada, fatigada y muy nerviosa.

—Siéntate. Me sirve que lo hagas encima de la mesa. Las sillas están repletas de libros. Siéntate, por favor.

Daniela obedeció sin quitar ojo al libro. Seguía sujetando una página con los dedos y dos yacían en el suelo.

—Me pregunto qué es lo que realmente te ha sacado de tus casillas.

No lo tengo claro, Daniela. No sé si ha sido el disculparte conmigo y la sutil broma o lo que hayas podido sentir delante del comedor al contarte mi pequeño secreto... Me agradecería que fueras sincera. Nada de lo que pase en esta casa, si te sirve de consuelo, podrá apartarte de tu trabajo. No obstante, quiero que seas sincera o romperé este libro y te aseguro que seguiré con los demás, uno a uno.

Comprendió al instante que Jonás estaba decidido a ejecutar su amenaza.

Jamás se había sentido tan acorralada en una situación, de hecho, jamás se había encontrado en una situación así.

Sacó del bolsillo la cinta de raso verde y se la puso en la cabeza, se apartó el cabello y lo miró desesperadamente.

—Tranquila... —murmuró con voz queda. Cerró el libro y esperó.

Daniela lanzó un suspiro al aire.

—Ambas —dijo entonces, y sonrió mirando al suelo—. Ambas... —repitió para sí.

Al contemplar su tristeza, de pronto se sintió algo avergonzado por la forma en que había conseguido aquella información. Dejó el libro sobre la mesa y se acercó a ella muy despacio. Temía

que saliera corriendo, temía que se levantara de aquella encimera, soltara su preciosa cinta y se fuera para siempre de allí. ¿Por qué hacía eso? Se sintió horrible, faltó

de

principios,

escandalizado por su actitud.

—Daniela —susurró acercándose hasta rozar los pliegues de su falda.

Ella se aferraba las manos con fuerza sobre las rodillas y movía las piernas que colgaban sobre el suelo de una forma infantil. Cogió sus manos y levantó su barbilla.

—Perdona. No quería hacerte pasar un mal rato. No pensé que fuera tan incómodo para ti. Te pido disculpas.

Tuve un estúpido sueño y solo bromeaba con la situación, pero creo que más que tomarlo como una broma te has sentido molesta y no debí decirte esa barbaridad abajo. Frivolizo con ciertas situaciones. Perdóname, por favor.

Jonás tenía unas manos preciosas.

Los dedos largos, gruesos y sin vello.

Pudo observar cada detalle de sus uñas bien perfiladas en tan solo unos instantes, pues permanecía con la cabeza hacia delante, cabizbaja, los ojos fijos en sus dedos. Sentía una necesidad dolorosa de no mirarlo por temor a que notara algo en ella. Recordó en esos instantes la fotografía que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. No dijo nada.

Se sentía aún perdida ante aquella situación tan tensa para ella.

—Daniela. Arreglaré ese libro...

Pero, por favor, discúlpame, he sido un imbécil.

De inmediato soltó sus manos y se apartó de ella. Fue como una especie de descarga de electricidad que lo apartó de la mesa y le hizo dar varios pasos atrás.

—Estaré

trabajando,

te

dejaré

tranquila y discúlpame una vez más.

Y tras decir eso se fue. Ella se quedó inmóvil unos minutos, luego bajó de la mesa y recogió las dos hojitas amarillentas del libro. Las dejó sobre la mesa y le pareció cómica la forma que había tenido de provocarla. Quizá tendría que haberle dicho algo; ella tampoco se había comportado de una forma muy educada lanzándole aquel tomo a la cabeza. Se rió recordando la cara que había puesto mientras el libro volaba por los aires y le pasaba a un palmo de la mejilla, y luego sintió una profunda lástima por no haberle dicho al menos que ella también sentía lo que había sucedido.

Salió de la biblioteca y subió a la planta de arriba. Llamó a la puerta y nuevamente volvió a abrir sin recibir ninguna

respuesta.

Jonás

estaba

apoyado en el marco de la ventana, las contraventanas estaban abiertas y parecía perdido mirando más allá de los campos, del bosque, de los bonitos jardines y las rocallas. Se giró y mostró un gesto de sorpresa, pero al instante pareció alegrarse de que ella estuviera allí.

—Yo también quería disculparme.

No debí lanzarte ese libro, si te hubiera dado tendrían que haberte dado varios puntos en la cabeza...

—No tiene importancia. Por favor, pasa.

Cerró la puerta y sintió pánico. Por alguna razón ella quería estar allí y no en ningún otro lugar. Jonás se acercó a la cama y se sentó en el borde, cogió unas fotografías de la mesita y le hizo un gesto para que se acercara y se sentara a su lado.

—Esta era mi madre. Se llamaba Elisabeth.

Le tendió una de ellas. Era una mujer muy hermosa, de cabello largo y oscuro, con unos ojos rasgados, felinos, una boca grande y una sonrisa perfecta de actriz de cine. En la imagen aparecía solo su rostro y un poco de su espalda.

Tenía la cabeza inclinada ligeramente hacia atrás, como posaban las famosas en los años cuarenta.

—Era preciosa. Yo también encontré algo en uno de los libros de la biblioteca, pero creo que no te va a gustar mucho.

Sacó la fotografía del bolsillo y se la entregó. Su gesto relajado y suave se tornó crispado en milésimas de segundos. No tardó en devolvérsela.

—Puedes

dejarla

donde

la

encontraste.

—Eres igual que él físicamente. —Se arrepintió de aquella frase antes de terminarla—. Quiero decir que era un hombre guapo y muy elegante.

Jonás era la clara ambigüedad llevada a un rostro. Pasó de la crispación a levantar una ceja y sonreír.

Daniela iba a perder la cabeza con tanto cambio en aquel hombre.

—¿Soy un hombre guapo y elegante?

«Ya empezamos otra vez; señor sarcasmos.»

—Entre otras cosas menos decorosas —le contestó con la misma picardía.

—Oh... Me lo tengo merecido por provocarla como un adolescente.

Si Alicia o Colette hubiesen entrado en esa habitación en aquel momento, se hubieran llevado una imagen un tanto extraña de ambos sentados en el borde de la cama, cada uno con una fotografía, mirando al suelo como si estuvieran en la primera cita y no supieran cómo seguir aquello. Daniela se guardó la suya en el bolsillo de la chaqueta otra vez y lo miró.

—Lo siento, Daniela... —volvió a repetirlo.

—Ya lo has dicho, de verdad que no tienes que volver a disculparte por lo de antes.

—No lo hago por lo de antes —dijo sin apartar la vista de la fotografía de su madre—. Voy a besarte y posiblemente me abofetees en cuanto me separe de ti, pero creo que es lo único que tengo claro desde hace mucho tiempo y si te lo estoy diciendo es solo porque creo justo avisarte de lo inevitable.

Giró la cabeza como si tuviera una manivela en el cuello y se quedó petrificada

ante

aquella

perorata

repentina. Apenas unos instantes y tenía los labios pegados a los suyos, el olor de su perfume, sus manos en las mejillas, ocupando cada centímetro de su cara, de su boca inmensa. Trató de apartarse, pero apenas lo logró unos segundos. Él atravesó sus labios con su lengua juguetona, mordió su boca y besó su mejilla. ¡Ah, jamás le habían besado así! Lo odió por momentos, odió que la besara, que le hiciera sentir todas aquellas cosas con tan solo aquel leve contacto.

Percibía

el

calor

que

desprendía su cuerpo, percibía en sus ojos, cuando se apartó de ella dudando aún si recibiría una bofetada, que la deseaba, que estaba a punto de perder el control.

—Esto no está bien. Acabo de conocerte y trabajo... Trabajo aquí...

No es propio de mí que... —dijo Daniela con un hilo de voz.

—Nada está bien.

Jonás acarició sus mejillas y la rodeó con un brazo. Sus ojos se movían recorriéndola de una forma casi intimidante, primero su boca, su cuello, el delicado escote en pico de su chaquetita y su falda, sus piernas... Ella quiso decirle algo, pero apenas le salían las palabras. Estaba paralizada, nerviosa como una niña, deseando que de algún modo todo estallara y la hiciera suya.

¡Era una locura! Sin embargo, él se levantó como un titán y se acercó a la puerta cerrándola por dentro.

—Jonás...

¡Tenía que salir de allí!

Tiró de su mano y la levantó.

Quedaron a dos palmos el uno del otro y volvió a besarla.

—Dime que no quieres seguir con esto y lo entenderé. Pero dímelo a la cara y no me mientas, Daniela...

Ella temblaba. Tragó saliva al notar cómo sus dedos le soltaban los botones de la chaqueta y le abrían la camisa. Él acarició sus pechos, el contorno superior de la piel sobre el sostén y frunció el ceño. ¡Horror! ¿Qué estaba pensando? Supo al instante que Jonás Belanger se peleaba consigo mismo y con sus impulsos. Él frenó en seco, como si temiera romperla, para arrojarla un segundo después sobre la cama y arrancarle la ropa de una forma casi delirante.

—Oh, mírate. Eres tan hermosa...

—Espera,

espera...

—susurró

Daniela.

Se tapó los pechos avergonzada por la incesante forma que tenía de analizar cada detalle de ella, pero

Jonás le apartó las manos e hizo un gesto para que no dijera nada mientras comenzaba a desprenderse de la camisa. La sentó sobre la cama. Llevó sus manos al cinturón de su pantalón e hizo que lo soltara. Daniela observó su vientre duro, su piel oscura, quizá por las horas al sol en aquellas selvas que tantos años le habían cobijado o quizá escondido del mundo. Se sintió pequeña ante él, era un hombre realmente hermoso.

Vestido,
desnudo,
de
cualquier
forma... era perfecto, como una de aquellas hermosas figuras de la Antigüedad, con sus rizos, sus brazos inmensos,
sus
ojos
verdes
sobrenaturales que parecían brillar con tanta intensidad que lo ocupaban todo.

Se puso sobre ella y la besó apasionadamente. La besó de una forma obscena, lamiendo su boca una y otra vez. Apoyó la mano en su mejilla y con el dedo rozó la comisura de su boca, la abrió, metió la lengua en ella y la devoró. Daniela sentía que el aire le faltaba, su peso, sus besos, su sexo duro e hinchado apoyado en su vientre, todo la engullía, todo la absorbía de una forma aterradora.

—Jonás...

Fue lo único que fue capaz de decir.

—Me gusta como dices mi nombre.

Si supieras cuánto tiempo he tardado en oírlo así...

Fue una forma casi dolorosa y desesperada de decírselo. Se enterró en ella lentamente. Daniela abrió los ojos y la boca ligeramente. Quiso gritar al notarlo dentro, pero su lengua acalló su jadeo repentino mientras permanecía inmóvil sobre ella, mientras seguía contemplándola en su trance y sus movimientos se hacían más oscilantes, más acelerados y mezquinos.

—Daniela... Daniela... —susurró embistiéndola—. ¿Tomas algo?

Asintió ansiosa. Se precipitaba a su pequeña
muerte.

Sentía

las

contracciones de sus músculos, aquella serpiente de placer arrastrándose por toda su columna vertebral mientras su cuerpo se tensaba, mientras sus piernas se enredaban en su cadera y lo atraían hacia sí enloquecidamente. Clavó las uñas en su espalda, clavó sus caderas contra su cuerpo y deseó que no dejara de hacérselo nunca, que aquella locura que estaba cometiendo no cesara nunca.

—No lo soporto más... —le susurró en el oído y enredó los dedos en su pelo —. No pares... No pares...

Su carne palpitante dentro de ella frotaba las paredes internas de su sexo provocándole unas contracciones de placer enloquecedor. Sintió sus jadeos, su respiración entrecortada avisándola de que él comenzaba a perder totalmente el control. ¡Ah, era tan deliciosa la forma de moverse! Su sexo duro y goteante deslizándose una y otra vez dentro, muy dentro de ella.

Fue una descarga casi repentina, la sintió como un relámpago cuando Jonás apoyó los brazos a ambos lados de su cara y tembló dentro de ella. ¡Oh, era maravilloso

oírle

jadear!

Era

devastador, estaba fuera de sí. Lejos de todo. Gritó desesperada en el mismo momento en que él la cubría de besos y mordía su boca. Y después volvió la calma...

Fue sin duda una de las tardes más lentas y raras que había pasado en su vida. ¿Cómo había sido capaz de caer en sus brazos de aquella manera tan horrible? ¿Qué pensaría de ella? Todo había sido un error. Un terrible error que no sabía cómo corregir o cómo solucionar. Se había disculpado con todos para no asistir a la cena; tenía el estómago cerrado, comer en aquel momento era algo superfluo para ella.

Un vaso de leche a las dos de la mañana después de pasarse horas encerrada en la biblioteca había bastado. Una idea le rondaba la cabeza y no le permitía dormir: Jonás era un hombre acostumbrado a conseguirlo todo y ella bien podría ser esa pequeña presa, ese capricho vago y a olvidar.

¡Oh, que estúpida había sido! Él ni siquiera se había pronunciado cuando tras lo acontecido ella se había ido apresuradamente de la habitación con el temor de cruzarse con alguna de las mujeres por el pasillo. ¿Y después?

Tenía que hablar con él. Debía decirle que todo había sido un error, que no volvería a pasar, que ella nunca se había comportado así y que aquello había estado mal. ¡Ah, se quería morir!

Dio varias vueltas en la cama con la intención de conciliar el sueño, pero aquello era una tarea que se tornaba imposible. Oyó una suave melodía que flotaba a través de las paredes. Sí.

Estaba segura de que alguien escuchaba música en algún lugar de la casa. Los suaves acordes y la voz femenina de una mujer pasaban a través de las preciosas flores del papel pintado de las paredes de su habitación. Era una voz melancólica, una voz rota que parecía sufrir, que exhalaba el último y doloroso sentimiento de amor y luego se perdía más allá de los ladrillos, de las ventanas... Se levantó despacio y salió al pasillo, podía oír la música con más claridad. La mujer cantaba en francés.

Sufría en francés. Caminó descalza hasta llegar a la habitación de Colette, la puerta estaba entornada y al asomarse

la

vio

profundamente

dormida. Giró por el pasillo tras cerrar su puerta con cuidado y avanzó hasta llegar a otra habitación. No tenía claro en qué lado del pasillo dormía Alicia.

Calvin descansaba en el ala norte y la habitación de Jonás había quedado atrás hacía rato. Empujó la puerta de madera, la música se hacía cada vez más sólida, más cercana. La mujer exhalaba un suspiro y volvía a cantar dolorosamente. Era preciosa, era triste.

Era una clara confesión de necesidad doliente. Ella quería morir de pena, quería morir...

—Deberías estar en la cama.

Su voz en la oscuridad del pasillo justo detrás de ella la hizo gritar. Se giró y vio a Jonás, llevaba un pantalón de pijama de raso, tenía el pecho desnudo y en la mano un vaso de agua. Venía de la cocina sin duda y parecía no tener una pizca de sueño por su expresión y sus ojos terriblemente abiertos y descansados.

—No podía dormir y la música me...

Tengo que hablar contigo —balbuceó Daniela. Pasó a su lado y entró en la habitación. Ella le siguió. Era un pequeño saloncito, una especie de habitación de estudio, con una mesa de madera con su silla, una liviana y sencilla estantería con algún libro y varios sofás color borgoña, repletos de cojines tapizados con flores de distintos colores. Jonás se dejó caer en el sofá más próximo a la puerta y apagó el pequeño gramófono que descansaba sobre una diminuta mesita rinconera.

Aquella habitación era realmente acogedora, la suave luz que emanaba de unas pequeñas lamparitas de pie coloreaban el entorno con suaves matices

dorados.

Tenía

el

pelo

desordenado sobre la frente, los rizos se enredaban juguetones en su cabeza y parecían moverse como serpentinatas.

Hizo un gesto para apartárselo de los ojos y ladeó la cabeza con curiosidad.

—Yo tampoco podía dormir. Lo cierto es que no puedo dormir desde mucho antes de llegar a esta casa, pero es el precio que se paga cuando uno tiene pesadillas todas las noches.

Suspiró, dio un sorbo de agua y tras dejar el vaso en la mesita la miró.

—Quería

hablar

contigo

un

momento

Jonás.

Estoy

muy

avergonzada por lo que ha pasado esta tarde. Lo cierto es que yo no soy así.

Jamás me he dejado llevar de esta forma y menos en cuatro días. No soy una mujer fácil aunque te parezca todo lo contrario y me siento muy mal por lo que ha ocurrido. No querría que pensaras que soy una fresca o que voy por la vida...

Estaba a punto de ahogarse. Notaba la suavidad de la alfombra bajo sus pies descalzos. Sujetó la tela del camisón con los dedos y miró al suelo en un intento estúpido de buscar unas palabras más adecuadas. Jonás guardaba silencio. Un silencio incómodo, ponderable. Ella tomó aire y miró al frente. La habitación tenía varios aparadores y en cada uno de ellos había un sinfín de velas encendidas y ni siquiera se había dado cuenta.

—Esto es una locura —dijo mirando a su alrededor y luego a él.

—¿Las velas?

Daniela

movió

la

cabeza

negativamente y se dejó caer en el sofá de enfrente.

—¡No, por Dios! ¡Esto Jonás! ¡Lo que ha sucedido! Maldita sea, yo no soy así... He tenido... dos tristes relaciones en mi vida y acabo acostándome con el que va a ser mi jefe... ¡Es mi jefe! Nada más llegar, en su casa, en mi trabajo...

Esto es horrible.

Trató de mantenerse serena, de no parecer nerviosa en exceso, pero su silencio la alteraba, la sacaba de sus casillas. Jonás permanecía inmóvil observándola fijamente. Era el hombre más hermoso de la faz de la Tierra. Eso fue lo que pensó Daniela en milésimas de segundos, aunque al momento lo vio como el «capullo más hermoso de la faz de la Tierra», pues no parecía tener intención de hablar, de calmarla o tan siquiera de pronunciarse. De pronto, se tumbó en el sofá y encendió un cigarrillo.

—¿No vas a decir nada? —Ella empezaba a desesperarse.

—¿Quieres un cigarro?

Daniela se levantó bruscamente y alzó

los

brazos

en

señal

de

desesperación.

—Daniela... Siéntate —dijo entonces con suavidad, pero autoritariamente—.

Por favor...

Alargó la mano con el paquete de tabaco en ella y volvió a ofrecerle un cigarrillo. Daniela lo miró con ira, cogió un cigarro, el mechero y se sentó en el sofá borgoña apresuradamente. Jonás le entregó un pequeño cenicero y se acomodó nuevamente.

—Estoy convencido de que llevas gran parte de la noche analizándome — dijo al fin—. Me aclaras qué tipo de mujer eres, como si te hubiera juzgado, pero por esa misma razón creo que tú a mí podrías considerarme un hombre mujeriego que siempre consigue lo que se propone. ¿No es cierto?

Daniela no contestó. Dio una calada al cigarro y mantuvo la vista fija en los ribetes de la alfombra.

—Daniela, no comprendo por qué te atormentas por alimentar unos instintos que ambos sentimos nada más vernos.

Comenzaron a latirle las sienes. Alzó la vista y clavó sus ojos castaños en él con dureza.

—Para

ti

el

sexo

no

tiene

importancia, pero para mí es algo íntimo entre dos personas con mucho más significado que saciarse. Eso no significa que sienta algo más profundo por ti, Jonás, si no que me entregué a ti de una forma demasiado fácil, algo que para mí tiene un valor mucho mayor.

Jonás pareció mudar el gesto y endureció el rostro. Sus mandíbulas se tensaron.

—No me has entendido porque no me escuchas. Solo oyes. Mis instintos no se reducen solo a lo sexual, aunque tengo que reconocer que eres una mujer preciosa a la que cualquier hombre estaría dispuesto a enamorar con la posible sana intención de meterse entre tus piernas. Lo que trato de decirte —prosiguió—, si me dejas, es que no considero lo que ha sucedido esta tarde

como

un

impulso

adolescente, un polvo o como quieras llamarlo. No me he saciado de ti Daniela...

Daniela

apagó

el

cigarro

apuradamente y lo miró claramente alterada. Otra vez volvía a ponerse de los nervios y no sabía si era su tono suave o su forma de mirarla tan inquisitoria.

—No... No comprendo a dónde quieres llegar. Si me hubieran visto salir de tu habitación Colette o Alicia...

Jonás dejó escapar una lenta carcajada.

—¡Oh, vamos Daniela! ¿Realmente te preocupa qué piensen Alicia y Colette?

—¡Claro que sí! ¡He venido a trabajar para ti Jonás! ¡Esto es mi sueño! Y ahora estoy aquí sentada frente a ti intentando aclararte que no soy una cualquiera. ¡Es horrible!

—Levántate el camisón Daniela...

¿Cómo había dicho? Daniela lo miró boquiabierta.

—¿Perdona? —preguntó indignada y totalmente confundida.

—Levántate el camisón Daniela — repitió con suavidad—. Tienes esa manía adolescente de sentarte en el borde.

Llevas

varios

minutos

temblequeando la pierna; supongo que estás nerviosa y enfadada. Tu camisón es de raso y resbala hacia arriba, es lo que observaba cuando hablabas, cómo se deslizaba por tu pierna. He notado que no llevas ropa interior y me gustaría que te levantas el camisón hasta la cintura —dijo. Dio una última calada al cigarro y lo apagó—. Decía...

Definitivamente al señor Belanger le había picado algún tipo de insecto venenoso en aquellas selvas tropicales y solía delirar por las noches. Daniela no salía de su asombro. ¿Que se levantara el

camisón? Pero ¿de dónde había salido aquel ser diabólico? No podía creerlo, aquello no tenía lógica. Estaba estupefacta, tenía la boca ligeramente abierta y no podía salir de su asombro.

—¿Estás loco? —le preguntó.

—Por ti... Por tus piernas... Sí. Estoy loco. Es más, no esperaré mucho tiempo a que me complazcas en mi capricho nocturno. Eso significa que si no te levantas ese camisón en, digamos, dos minutos, me levantaré del sofá, te arrancaré yo mismo el camisón y volveré a follarte en el suelo de esta habitación. —Suspiró y se encogió de hombros—. Y disculpa mi lenguaje, pero te aseguro que es lo más delicado que en estos momentos se me ocurre.

Son las tres de la mañana. La hora bruja.

Aquello no podía ser real, no podía estar pasando. Las mejillas comenzaron a hervirle desmesuradamente. Aquel hombre hablaba absolutamente en serio. ¡Estaba loco! Tomó con total tranquilidad el vaso de agua de la mesita anexa y bebió el resto del contenido hasta su última gota, miró el reloj y le sonrió.

—Un minuto —anunció.

—Jonás...

Intento...

Intento

mantener una conversación seria contigo...

Jonás se inclinó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas entrecruzando los dedos. Su pecho se tensó devastadoramente, la tela de su pantalón brilló bajo las suaves formas que las velas formaban en el techo y le sonrió con ternura.

—Treinta segundos.

—¡Jonás!

Iba a perder los nervios. Ella no estaba acostumbrada a aquello. Sí, la excitaba, la excitaba terriblemente, hasta el punto de hacer que dudara en obedecer aquella excentricidad, aquel juego depravado que empezaba a tejer en torno a ella. Miró sus ojos verdes, miró las lamparitas de cristales de colores y las velas y movió con desesperación la

cabeza.

¡Estaba

perdida!

—Diez segundos, Daniela.

Tras decir eso, Jonás se levantó y la observó desde arriba con serenidad.

Ella estaba paralizada. ¡No sería capaz!

Jonás miró la hora, volvió a encogerse de hombros y se agachó de tal manera que quedó en cuclillas entre sus piernas. Daniela experimentó otra vez aquella sensación atroz en todos los músculos de su cuerpo que le impedían moverse mientras sus dedos se deslizaban con maestría por encima de sus rodillas y comenzaban a doblar con gran pulcritud el dobladillo inferior del camisón. Poco a poco la tela fue adquiriendo la forma de un rollito.

—Levanta el culo —le ordenó.

Daniela obedeció.

—Gracias, señorita.

Tras salvar el obstáculo, siguió enredando el raso hasta llegar a su vientre.

Se

encontró

totalmente

desnuda de la cintura para abajo, con el culo apoyado en el borde del sofá y Jonás en el medio. Estaba claro que estaba loco y ella empezaba a perder la cordura. Al momento deslizó las yemas por su sexo y sonrió.

—Estás mojada.

—Por el amor de Dios... —No era una plegaria.

—Muy mojada...

Separó sus piernas y acarició el poco vello recortado que decoraba su sexo.

Era una línea tan diminuta y rojiza que parecía estar ahí con la única intención de guiarle en el camino a su infierno.

Sintió la irrefrenable necesidad de enterrar su boca en ella, deslizó la lengua por el centro de su sexo y la pasó una sola vez para luego besar su vientre.

Daniela jadeó suavemente. ¡Y estaba tan bonita!

—Jonás... Qué esperas de...

Jonás la besó en los labios y, deslizando las manos por debajo de sus nalgas, la bajó del sofá y la sentó sobre sus rodillas. Su sexo desnudo se apoyó sobre la dureza de su miembro bajo la tela de los pantalones. Frotó sus ansias contra ella y con la otra mano se bajó la ropa y muy despacio se clavó en

ella poco a poco.

—No lo sé, Daniela. No lo sé... — susurró besándola—. No tengo ni la menor idea de lo que hago. Y tampoco me importa... Estás tan cerrada...

Aquello era una segunda invitación a la desesperación más absoluta. Estaba clavada en él, sentía los latidos de su corazón contra su pecho y su lengua y sus labios no dejaban de comérsela y de besarla una vez más. No pudo si no contonearse sobre sus rodillas, no dudó ni un segundo en alargar e intensificar aquella necesidad clara y palpable de deseo incontrolable. Jonás pasaba de la seriedad a la pasión más devastadora.

Era como si en el mismo momento de sentirla se abandonara a lo evidente, como si se volviera débil, desesperado y ansioso por sentir cada vez más y más placer. Mientras se movía sobre sus rodillas arrancándole jadeos que la volvían loca y la excitaban cada vez más, pensó en todas las mujeres que habrían pasado por su enloquecida vida, en todas aquellas que habrían vivido aquel juego descontrolado y a la vez tan delicioso.

—Mi

Daniela...

—susurró

clavándose más en ella y besándola apasionadamente—. No dejes de moverte... No pares... Sigue...

Su camión era como un ridículo pequeño top enroscado sobre su cintura. Jonás lo deslizó hacia su cuello, descubrió sus pechos y comenzó a lamer, primero uno, luego el otro. Era demasiado para ella. Sintió sus dientes rodeando uno de sus pezones, sus embestidas, su respiración entrecortada y su lengua juguetona. Sintió su ansia.

La llenó de besos mientras la empujaba hacia el suelo, mientras su peso la ocultaba bajo la carne de sus caderas y se enterraba con más violencia en ella, sin apenas un destello de racionalidad.

Daniela gritó. Gritó desesperadamente mientras trataba de aferrarse a la parte inferior del sofá. Sus embestidas cada vez más fuera de sí la empujaban contra el mueble y la pequeña mesita que se balanceó peligrosamente sobre ellos.

Cuando su mano le tapó la boca en un vago intento de ahogar sus gritos, Daniela perdió el hilo de la realidad y se precipitó a un orgasmo intenso.

«Respira...»

Abrió los ojos. Estaba sobre la alfombra y la música sonaba suavemente detrás de ella. La voz femenina era la clara demostración de la amargura; era preciosa. Jonás estaba a su lado y parecía observar

los

pequeños

movimientos oscilantes de las velas.

Tenía el brazo bajo su cuello y la aferraba contra él. Parecían una pareja tumbada en un campo en pleno verano mirando las estrellas. Sin duda se había quedado dormida.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las cinco de la mañana, Daniela...

¿Por qué tanta suavidad en sus palabras? Su nombre parecía un bonito poema cuando él lo susurraba con aquella ternura. Se llevó las manos a la cara y cerró los ojos.

«No quiero enamorarme de ti.»

Su mente era un carnaval de contradicciones y Jonás Belanger estaba en mitad de ellas.

—Se llama Édith Piaf —dijo besándola—. Adoro esta música...

—Debería volver a mi habitación. Es muy tarde y mañana tengo mucho que hacer. Tengo...

Intentó levantarse, colocarse el camisón y arreglarse un poco, sin embargo Jonás la aferró con fuerza por la muñeca y la miró con desesperación.

—Duerme conmigo, Daniela. No me gusta la noche en este casa, sueño demasiado.

Lo miró algo confundida al detectar un atisbo de desesperación en su súplica. Después, recordó el tono directo de sus palabras, la dureza de sus finas y educadas formas y la seguridad con la que le había tratado un momento atrás, y descartó aquella idea.

Pero Jonás la miraba como un niño.

Como si temiera quedarse solo, como si no soportara la oscuridad.

—Pero... ¿Y sí...?

—Olvídate de Alicia y Colette. Ellas nunca entrarían en mi habitación.

Maldita sea, Daniela. Somos adultos, esta es mi casa. ¿Qué importa?

—No sé si es buena idea.

—Compláceme Daniela —insistió con cariño mientras la besaba—. Ven conmigo. Quédate a mi lado. No quiero dormir solo. Por favor...

Fue tal el sentimiento, tal la sensación de soledad que sintió en él que no pudo negarse. Sus ojos adquirieron una luminosidad diferente cuando se acomodó junto a él en la cama. Jonás Belanger albergaba dos personas totalmente diferentes. Una era la de un hombre seguro de sí mismo, claro y directo; un hombre curtido por la vida y por las experiencias. Por otro lado estaba el Jonás niño, el mismo que temía a la oscuridad, que temía sus pesadillas y la soledad. El niño al que le espantaban

los recuerdos de aquella casa, que posiblemente se encerraba en la habitación de su madre con la única intención de que no lo vieran llorar, y el mismo que en ese momento se aferraba casi con desesperación a su cuerpo.

—Prométeme que no te irás si me duermo —le suplicó escrutando su rostro.

¿Cómo podía negarse a esos ojos? ¿A esa suave voz timbrada? ¿A esa sonrisa que claramente buscaba su afirmación entre arrumacos?

—Te lo prometo. Pero mañana tendrás que buscar la forma de que pueda salir de aquí sin que nadie me vea.

—Mañana iremos a la ciudad, conozco a un tipo, un anticuario del que me han hablado que puede reparar el libro que estropeé. Nos acercaremos hasta allí y veremos qué puede hacer con él —le dijo.

—Eso sería estupendo —contestó ella.

—Podemos decirle a Colette que venga con nosotros. Esa mujer no sale de esta casa si no es para hacer la compra. No me gustaría que se volviera una anciana prematura. Apenas tiene vida.

Sentía sus dedos dibujando formas sobre su cadera. Daniela asintió mirando al techo, Jonás se había colocado de lado y tenía la mano apoyada sobre su cabeza.

—Abrázame Daniela...

Su petición la pilló desprevenida y la sorprendió. Daniela pasó el brazo por debajo de su cuerpo, su cabeza y sus rizos se apoyaron en su hombro, rozaron su pecho y se acomodó en ella como si fuera una pequeña pieza de un puzle.

Jonás no tardó en dormirse y ella se sentía abrumada.

«Oh, Jonás, tienes una larga vida repleta

de

experiencias.

Puedes

controlar tus sentimientos, pero yo no sé si seré capaz de no quererte.»

Aquel pensamiento la acompañó en su duermevela durante gran parte de la noche que aún quedaba. De vez en cuando

lo

observaba

dormir

plácidamente. Quizá era ella la razón de que por fin pudiera conciliar el sueño tan profundamente, pues apenas se movió.

No. No se arrepentía de lo que había hecho. Se arrepentía de lo que podría llegar a pasar. No quería sufrir, no quería que las cosas se descontrolaran en su cabeza, en aquel orden que siempre había llevado, sus planes, su vida organizada y su trabajo. Aquel hombre había irrumpido en su mundo lineal como un caballo desbocado, la arrastraba a un juego demasiado peligroso y no sabía si sería capaz de controlarlo. Se quedó profundamente dormida aunque se despertó varias veces. La oscuridad se cernía sobre ella como un manto oscuro que iba devorándola. Sí, estaba segura de ello; eso o que posiblemente en su estado onírico había creído verlo apoyado en la chimenea de la habitación. Era William James, con sus lozanos y hermosos veinte años. Su brazo descansaba sobre el mármol de la parte superior de la chimenea, junto a los pequeños retratos, los jarrones de flores y las figuritas de porcelana de Elisabeth Belanger. Vestía su terno oscuro y la fina cadenita lustrosa que escondía el reloj en su bolsillo del chaleco se balanceaba sutilmente, igual que en la foto, igual que tiempo atrás. Fue tan solo un momento, un sueño, una realidad, una imaginación casi perfecta.

Lo miró vagamente mientras se acurrucaba entre las mantas y los largos y fuertes brazos de Jonás. William lucía un bonito sombrero, se llevó la mano a él y sujetando su parte delantera le hizo una leve y elegante reverencia, bajando la mirada con una sonrisa pícaro e intencionada.

Después, se esfumó, y Daniela se quedó profundamente dormida.

Estaba sentada frente a la ventana, de espaldas a la puerta de la cocina y parecía totalmente absorta en sus pensamientos. El café a primera hora de la mañana era algo de lo cual no podía prescindir por muchos años que pasaran. Alicia no era una mujer de té, odiaba con toda su alma el té y jamás había sido capaz de tomar ni tan siquiera una taza. Sin embargo, tenía que reconocer que siempre le habían llamado la atención aquellas elegantes reuniones sibaritas de mujeres de la alta burguesía con sus flamantes trajes de tafetán, sus preciosas diademas y sus dedos enjorjados, enredados en las tazas de porcelana fina, charlando sobre la vida mientras tomaban su té. Aquel pensamiento le hizo gracia y miró hacia el jardín de la casa. En el exterior los árboles que rodeaban la finca agitaban sus ramas, el aire arrastraba olores a lavanda, a primavera. Hacía mucho tiempo que la mansión no rezumaba tanta vida, tanta luz, y por un instante sintió una profunda melancolía.

No. Él no había sido tan horrible como todos creían, pero aquel recuerdo era algo muerto, algo caduco y que no merecía

la

pena

despertar.

Los

fantasmas del pasado eran eso: algo anclado al pasado. Se ajustó el pasador que recogía su cabello gris en un moño y se apuró con su segunda taza de café.

Apenas eran las siete de la mañana y todos

dormían.

Las

preciosas

enredaderas en flor serpenteaban por el borde de una de las ventanas y parecían querer entrar en la casa. Se levantó y abrió la ventana. La suave brisa le golpeó la cara y los primeros rayos de sol empezaban a filtrarse a través de los cristales. Era maravilloso contemplar Garden Manor antes de su despertar.

Quizá no sería mala idea preparar un buen desayuno en la terracita de atrás.

Pensó que Colette no tardaría en levantarse y si se daba prisa no le llevaría mucho tiempo hacer unas tostadas, hornear unos cuantos bollos dulces con azúcar y preparar una buena cantidad de zumo de naranja para Jonás y Calvin. A Calvin le gustaba mucho el zumo, aunque no era habitual que lo tomara, pues le daba una terrible pereza hacerlo.

Se puso manos a la obra nada más terminar su café. Se ajustó el delantal blanco sobre el vestido gris

perla y se ciñó con cuidado el pasador del pelo con la intención de que ningún mechón interrumpiera su trabajo. Sí, se sentía feliz. Era realmente maravilloso tener al pequeño Jonás en la casa. Esa idea paliaba de algún modo la tristeza que provocaba en ella la venta de Garden Manor. Llevaba meses asimilando que su vida iba a cambiar, y que la vida de Colette y Calvin también lo haría.

Mientras calentaba el horno y sacaba de la nevera la fina masa de los bollos, evocó los últimos años de William.

Pensó en él de una forma casi inconsciente e involuntaria. Al morir, aquel hombre se había llevado también una parte de su vida. Una profunda tristeza se apoderó de ella. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? William no había sido nunca un ejemplo a seguir, pero ella no podía reprocharle nada. Tampoco era de su incumbencia responder a las habladurías que corrían por el pueblo. Aquello le provocaba risa y el deseo de burlarse de todos aquellos que chismorreaban

con

envidia,

sorpresa o incluso estupor sobre la vida de William. Ella era quizás la persona que mejor lo conocía, quien más tiempo había vivido a su lado durante aquellos años. No, William no había sido el hombre perfecto y jamás había tenido la familia que, en lo más profundo de su corazón, anhelaba. Pero no era tan horrible como Jonás creía... En cualquier caso, no era su cometido recordarle su infancia, ni los momentos importantes ni los traumáticos, de los que no merecía la pena acordarse.

«Enterremos a los muertos y sus secretos.»

Oyó la puerta. Las bisagras estaban oxidadas y ese pensamiento le pasó como un rayo cuando se giró y vio a la preciosa Daniela frente a la mesa de la cocina bostezando.

—¡Vaya, vaya! Es muy madrugadora —dijo afanándose en meter los bollos en el horno—. Es muy temprano señorita Cantelli. ¿Quiere un café? Está recién hecho y si espera un poquito le serviré

un

bollo

dulce

marca

Windwood.

—Buenos días, Alicia. Es usted muy amable

—contestó

sentándose

perezosamente—. Sí, por favor. Un café... Tengo mucho que hacer en la biblioteca y creo que Jonás,

quiero decir, el señor Belanger, tiene intención de ir a la ciudad o al pueblo, como demonios lo clasifiquemos,

esta

mañana.

Alicia soltó una amplia risotada y depositó sobre la mesa una bandejita repleta de galletas y unas cuantas tazas.

—Iba a sacar el desayuno al porche trasero. Ya sabe, donde comieron el sábado, pero creo que no me va a dar tiempo. Calvin y Colette son como dos relojes; en una hora estarán en pie. A Jonás todavía no le tengo pillado el tranquilo, aunque por lo que me ha dicho mi sobrina no suele dormir mucho.

La mujer la miró durante unos segundos y tras servirle el café se sentó frente a ella y se llenó la taza. Lanzó una ojeada al horno y volvió a fijar la vista en ella.

—¿Qué tal con el señorito? —preguntó—. Es un amor, ¿verdad?

Daniela sintió un terrible calor en las mejillas. Hundió la cabeza en la taza y sonrió tímidamente.

—Es un hombre fuera de lo común.

Supongo que no ha tenido una vida normal. Al menos es la sensación que he podido detectar en mi conversación con él. No sé cómo explicarlo...

—Le cubre un profundo velo de tristeza —dijo Alicia en tono afectuoso—. Fue un niño poco corriente. Un niño muy apegado a su madre y a Colette.

Daniela afirmó lentamente y luego suspiró.

—¿No le da pena que venda la mansión? ¿Que quiera deshacerse de todo esto?

Alicia mudó el gesto y pareció perderse unos segundos en sus pensamientos. Al momento estiró el brazo y le ofreció unas galletas, que Daniela aceptó.

—Llevo toda la vida aquí, por supuesto que me da mucha lástima, pero es algo que solo a él le corresponde decidir, y si es su voluntad no tengo nada que decir —contestó Alicia—.

Creo que todos sabíamos que tarde o temprano esto iba a suceder y de algún modo nos hemos preparado para ello.

Supongo...

Daniela metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la desgastada fotografía de William a caballo.

—Mire. La encontré en uno de los libros de la biblioteca —prosiguió colocándola sobre la mesa—.

Es increíble lo mucho que se parece a su nieto, pero el señor Belanger no ha querido ni mirarla dos segundos. A mí me resulta fascinante.

Alicia sacó unas pequeñas gafas de ver de uno de los bolsillos de su delantal y tomando la fotografía la observó meticulosamente durante un buen rato. Sus mejillas rechonchas tenían un suave color rosáceo que le daban un

aspecto

realmente

enternecedor. Al momento sonrió y pareció emocionarse con la imagen de William.

—Era un hombre muy atractivo por aquel entonces —dijo con tristeza dejando la foto en la mesa—. Recuerdo que cuando iba a la ciudad, todo el mundo quería hablar con él, todos querían ser amigos de William James para poder visitar la mansión y sus fiestas. Por aquel entonces Petro, el padre del señorito, debía de tener unos cinco años y Garden Manor era el epicentro de la clase alta de Hight.

—¿Sus fiestas? —inquirió Daniela con curiosidad.

Alicia se ladeó hacia la puerta como intentando divisar si alguien bajaba por la escalera y se inclinó sobre la mesa.

—Sí —dijo con voz queda—. William viajaba mucho y cuando regresaba siempre hacía una fiesta. ¿Sabe? ¡Un día trajo los carnavales de Venecia a Londres!

—¿Cómo? —Daniela no comprendía lo que decía. Tomó la foto y frunció el ceño.

—Viajaba mucho —prosiguió Alicia en voz baja—. Un año visitó Venecia y se quedó prendado por los carnavales, por las fiestas de allí, así que cuando regresó, no lo dudó, y cuando a William se le antojaba algo, era bien sabido que se hacía. Organizó una fiesta por todo lo alto, la gente debía ir vestida con trajes de la época. Fue realmente increíble. Garden Manor se llenó de máscaras blancas, ropajes de seda negra y sombreros de esos con puntas que se llevan en los carnavales.

La gente por aquel entonces era muy sofisticada cuando venía a las fiestas de William y no dudaba en gastarse lo que fuera necesario para participar en las cenas.

Daniela se imaginó Garden Manor lleno de gente disfrazada de carnaval y sonrió.

—Era divertido y algo descarado —prosiguió Alicia pasando los dedos por la imagen de William—. Lo cierto es que siempre armaba alguna, sobre todo cuando su mujer falleció y dejó de importarle todo y todos. Pero no era un mal hombre, solo que no supo priorizar y ser honesto consigo mismo.

—¿Descarado? —dijo con humor Daniela—. ¿Se refiere a mujeriego?

Alicia levantó los brazos, como si se dispusiera a rezar, y luego los dejó caer sobre sus rodillas.

—Hija de mi vida, eso es poco —contestó—. Era dueño de kilómetros y kilómetros de hectáreas, su padre había amasado una gran fortuna importando telas de Oriente, e Inglaterra era textil, así que la

familia acumuló una gran fortuna e invirtió parte en terrenos, obras de arte, esta casa y varios negocios repartidos por toda Inglaterra. En esa fotografía William debía de tener veinte años y ya era el dueño del mundo, pero era un golfo.

Al decir eso Alicia se puso seria y Daniela se rió.

—No se ría. Era un golfo de primera.

Y un liante. Engatusaba a las muchachas del pueblo, sus padres vivían en pánico. Imagínese un embarazo no deseado, era un delito, una humillación para la familia de la joven a la que le tocara la catástrofe, porque un embarazo sin estar casada era es, una catástrofe. Y que conste que su juventud no la viví, yo soy mucho más joven que William, pero mi tía, que en paz descansa, fue la que me trajo a Garden Manor, y ella sí vivió la época enloquecida del joven William James.

Yo tenía quince años cuando entré a trabajar en la mansión y digamos que William tenía la cabeza más asentada, o al menos eso parecía.

—¿Y se lo contó? —preguntó Daniela con humor.

—¡Hombre! Me lo contó varias veces. Creo que para que no me dejara engatusar por William y que supiera de buena mano que era un encantador de mujeres, un donjuán, un golfo encantador que era capaz de trastornar hasta a las señoras más recatadas y ricas de Inglaterra.

Otra vez sintió aquel calor en las mejillas. Daniela miró de soslayo la escalera. Jonás no tardaría en bajar, ella lo había dejado en la habitación hacía tan solo unos minutos y estaba segura de que aparecería en cualquier momento por aquella puerta.

—Sí, además son casi idénticos físicamente por mucho que se empeñe en negarlo —afirmó taxativamente.

—Se parece más de lo que él cree.

Aunque no lo soporte. Era un niño cuando todo se precipitó. No debería haber vivido ciertas cosas, y creo que regresar a esta casa lo único que va a provocar es hacerle retroceder muchos años, y no le va a gustar lo que verá.

¿Qué era lo que quería decir Alicia con aquella afirmación? Daniela frunció el ceño y estaba a punto de preguntárselo cuando su conversación fue

interrumpida

por

Colette.

Rápidamente guardó la fotografía en el bolsillo de su chaquetita y le sonrió con dulzura invitándola a sentarse a su lado.

Colette llevaba un vestido largo azul celeste, un cinturón fino que remarcaba su delgadez y el pelo

recogido como siempre en un moño alto. Sonrió de una forma algo forzosa y se sentó a su lado llenando la taza de café hasta casi el borde.

—Buenos días, tía... Daniela...

Le gustaba la calidez de la cocina, la sensación de hogar y paz que ofrecía la casa a esas horas de la mañana. Daniela la observó con curiosidad, era una mujer demasiado triste y comedida para su corta edad. Alicia besó a su sobrina en la mejilla y le ofreció uno de los bollos recién sacados del horno.

—Vamos señorita Cantelli, coma uno usted también, sois como dos espigas. Tenéis que engordar.

—Gracias tía —dijo Colette cogiendo uno.

—Muy amable —contestó Daniela—.

Por favor, le digo lo mismo que a Colette, tutéeme siempre. Me siento más cómoda. Yo haré lo mismo si le parece bien.

—Estupendo querida, me costará pero

lo

intentaré

—dijo

Alicia

sonriendo.

Tras un rato de cháchara sobre los planes y el trabajo de Daniela en la biblioteca Jonás Belanger apareció en la cocina vestido con un pantalón vaquero y una camisa que ni siquiera se había molestado en abotonar. Llevaba las mangas sueltas e iba descalzo. Así que cuando pasó por delante de ellas sin apenas prestar atención a ninguna de las mujeres, Daniela sintió que todo el rostro le ardía y que sería imposible disimular la nueva situación que se había creado en aquella casa. Por segunda vez llenó la taza de café, que a punto estuvo de derramar, y se afanó en parecer tranquila, algo que no estaba segura de conseguir. Jonás se giró con la taza de café hacia ellas y levantó una ceja. El sol que entraba por la ventana le daba de lleno en la cara y era como un querubín de un cuadro, con aquellos rizados desordenados sobre la frente, la nariz arrugada en una mueca incómoda y una expresión infantil en la cara.

—La

tres

Marías...

—dijo

apartándose del sol con un claro gesto de agobio—. Buenos días.

—Siéntese en la mesa y desayune como una persona normal —le espetó Alicia señalando la silla mientras se levantaba hacía él.

—Eres como una madre al cubo. — Al decir esto pasó por delante de la mujer y mirando a Daniela le guiñó un ojo—. O peor...

Alicia puso los bollos y más café en la mesa y le pasó los dedos por los rizos de la cabeza.

—Debería taparse un poco señorito, hay mujeres en esta cocina y no está en la selva. Y aunque estemos encantadas de ver sus preciosas carnes por la casa, no es de decoro pasearse medio desnudo.

Colette

soltó

una

carcajada

incontrolable y luego se tapó la boca con timidez. Daniela no sabía dónde meterse. Jonás no le quitaba ojo y era incómodo pensar por un momento que aquellas dos mujeres se percataran de algo. Se frotó la mejilla y se encogió de hombros.

—Alicia... —susurró Jonás casi sin mover los labios—. Creo que te has creado una idea errónea de que llevo veinte años con un taparrabos saltando de liana en liana...

Daniela se rió y Colette la siguió.

—Por cierto, querida Colette —dijo metiéndose un trozo de bollo en la boca—. Vamos a ir a la ciudad; igual te vendría bien salir a dar una vuelta con nosotros, comprarte algo de ropa bonita, ya sabes, esas cosas que hacéis las mujeres que no vivís en selvas.

Colette abrió los ojos terriblemente y se ruborizó.

—¿Yo? —Miró a su tía y negó con la cabeza—. No. No necesito comprarme nada y...

—Ya sé que no necesitas comprarte nada Colette. Digamos que quiero que vengas con nosotros y comprarte algo bonito. Yo. Como un detalle de bienvenida. Además, también quiero traerle algo a Alicia y tendrías que ayudarme a elegirlo.

Colette no sabía que decir. Estaba claramente descolocada.

—¿Colette? —insistió Jonás.

Alicia se giró y sonrió a su sobrina con ternura. Colette parecía no saber qué contestar aunque realmente daba la sensación que la idea le resultaba fascinante.

—¡Colette!

—exclamó

Jonás—.

Despierta...

—Bueno... Si considera que...

Repentinamente

Jonás

Belanger

cambió el gesto. Miró a Alicia y a su sobrina y luego pareció dirigir una mueca de incomodidad hacia Daniela.

—Vamos a ver, os voy a pedir a ambas un favor —dijo entonces—. Con Daniela ya hablé ayer...

Al oír el tono pícaro de aquella última frase Daniela se puso roja, apartó la mirada de Jonás y se dedicó a devorar el bollo dulce que Alicia le había ofrecido.

—Os voy a pedir que me llaméis Jonás. Cuando decís señor Belanger parece que tenga noventa años y un pie en la tumba. Es una sensación rara, nadie me llama de ese modo y no me gusta. Sin mencionar lo de «señorito», que eso ya me hace sentir idiota.

Alicia resopló al fondo de la cocina y cerró la puertecita superior de uno de los armarios, Colette movió la cabeza lentamente, aunque Jonás no tenía claro si se trataba de una afirmación o de un intento de autoconvencerse de algo tan simple como que le llamaran por su nombre sin que aquello se convirtiera en un cambio difícil de superar para ambas.

—Rizosito —dijo entonces Alicia—.

Así te llamaba de pequeño.

Al decir eso sonrió.

—El pequeño Jonás —rió Colette—.

Se ha hecho un hombre, alto y guapo.

—Sin olvidar que va medio desnudo por Garden Manor —añadió Daniela en un claro intento de provocarle.

—Qué rica eres, Daniela —le contestó Jonás con ironía—. ¿Estamos entonces de acuerdo todos en ir a Hight?

Colette volvió a desviar la mirada hacia su tía. Alicia parecía claramente conmovida con aquel detalle, aunque Daniela detectaba un leve temor en ella. Puso los ojos en blanco y alzó los brazos muy en su estilo.

—¡Ve Colette! —gritó entonces—.

¿Cómo no vas a ir? Me va a comprar un regalo hija de mi vida. ¿Hace cuánto tiempo que un hombre no me compra algo a mí?

—Eso es, y los hombres como yo, que hemos vivido entre monos y lianas, no tenemos ni idea de lo que a una mujer como Alicia le puede gustar, así que necesitaré de vuestra ayuda, chicas.

Todos rieron. Daniela aún seguía hirviendo por dentro, incómoda por las miraditas suspicaces de Jonás. Lo que realmente le tranquilizaba era el hecho de que Colette les acompañara. Estaba segura de que con ella Jonás no sería tan provocador, y su juego no pasaría de alguna

mirada

o

indirecta.

Empezaba a sentirse fascinada por él, por todo lo que empezaba a descubrir de su persona: sus miedos, su pasado, aquella casa y todo lo que albergaba.

—Bien —dijo entonces. Se levantó de la silla y comenzó a abrocharse los botones de la camisa blanca—.

Entonces, señoritas, no alarguemos más esto. En una horita las espero a ambas en la entrada. Pónganse guapas, hay muchos hombres casaderos muy rurales en la ciudad.

A las nueve en punto salían rumbo a la ciudad de Hight. Calvin, que había desayunado el último, parecía pelearse una vez más con un joven obrero del ala oeste, señalaba los pequeños surcos del suelo y hacía espavientos con las manos mientras el muchacho daba la sensación de pedir una y otra vez perdón mientras señalaba sus zapatos con desesperación. Colette se había cambiado de ropa y llevaba un bonito y alegre vestido verde por las rodillas de manga larga, y una rebeca a juego cubriendo sus hombros. Daniela se había declinado por un pantalón de vestir y un bonito top azul, todo ello decorado con un collar de cuentas que llevaba enrollado dos veces alrededor del cuello, muy al estilo años cuarenta.

Hacía mucho calor aquella mañana. La primavera había llegado de una forma casi apabullante e incluso se empezaba a distinguir demasiados insectos cerca de los árboles frutales de la finca.

Mientras miraba a través de la ventanilla cómo se aproximaban a la ciudad, se sintió como una adolescente cometiendo una locura. Desde que habían salido de casa y había subido al asiento del copiloto el corazón le estaba martilleando el pecho sin cesar. Y no era para menos, Jonás era la antítesis del hombre inocente, irradiaba picardía por todos los poros de su piel, en cada gesto, en cada palabra que salía de su boca. Ella se aferraba al libro como si le fuera la vida en él, y más de una vez tuvo deseos de volver a tirárselo a la cabeza, como cuando Colette se giraba emocionada para

ver una nueva tienda de ropa y él aprovechaba el momento para plantarle un beso en la mejilla.

Cuando por fin aparcaron el coche en una zona céntrica cercana al centro, Colette era la viva imagen de la emoción. Se sujetó con fuerza el broche de su moño y al instante quedó plantada delante de un escaparate de ropa de mujer lleno de vestidos de colores y zapatos. Aquella ciudad era preciosa, aunque no muy grande. Los pequeños negocios se repartían por una calle principal, con sus letreros colgantes de madera blanca, las letras clásicas garabateadas en sus cristales, una barbería, varias zapaterías, tiendas de regalos y antigüedades... Daniela quedó prendada de varios edificios clásicos en ladrillo visto y piedra con sus toldos de colores, una bonita cafetería al más estilo inglés con una preciosa gramola de discos, la heladería, la oficina de correos... Lo primero que hicieron fue parar en la tienda del anticuario. Él era un hombre de edad avanzada; analizó meticulosamente el libro y sus páginas rotas y, tras volver de la trastienda, les aseguró que en un par de días podría tener resuelto aquel destrozo.

—Sin duda es usted el nieto de William James —le dijo a Jonás—.

Venga a buscarlo en dos o tres días. Lo tendré listo para entonces.

El anciano levantó sus pobladas cejas blancas y dio un rápido repaso a ambas mujeres. Dejó clavada su mirada en Colette, esta pareció sentirse incómoda y tras disculparse salió de la tienda y esperó fuera.

—Tenga —añadió dándole un papelito—. El resguardo. Intente no perderlo señor James.

—Belanger —le corrigió Jonás.

El hombre afirmó torpemente y tras hacer un leve movimiento de cabeza a Daniela se despidió de ambos y desapareció con el pequeño volumen de piel tras una cortinilla verde de terciopelo.

—¿Crees que ese anciano que ronda los cien años nos reparará el libro señorita? —le preguntó con un claro tono de humor mientras abría la puerta.

—Eso espero —le contestó; y al momento notó sus dedos rozándole la espalda.

Jonás se rió entre dientes.

—Hemos perdido a Colette —dijo mirando en todas direcciones—. Igual si te beso aparece.

—¿Estás loco?

Jonás se giró hacia ella. Era como si todo se hubiera parado en el mismo momento que se colocaba frente a su cuerpo y la hacía trastabillar contra la pared. El verde de sus ojos parecía desproporcionado por la claridad. Miró hacia un lado de reojo y movió despacio la cabeza.

—Fíjate... —dijo indicando con la cabeza una tienda—. Está probándose unos zapatos y yo me muero por besarte...

—Jonás, que no somos unos adolescentes y esto está lleno de gente —imploró ella.

Observó durante unos segundos a la inconfundible Colette hablando con la dependienta. Daniela estaba pegada a la pared y tenía los ojos muy abiertos y una expresión de alerta.

—Me importa bien poco la gente, Daniela —susurró besándola—. Sigo sin saciarme de ti... Sigo sintiendo la necesidad de conocerte un poco más en todo los aspectos, quiero jugar contigo, quiero volverme loco contigo...

Daniela iba a desmayarse. Al otro lado de la calle un matrimonio se paró unos instantes y pareció observarlos con curiosidad. Ella estaba contra la pared, Jonás tenía una mano apoyada en la pared y la otra jugueteaba con su collar de cuentas mientras dirigía leves ojeadas a la zapatería controlando con una clara facilidad a Colette.

—Me pones de los nervios... No puedo hacer esto...

—Claro que puedes... —Aproximó los labios a su oreja y deslizó la lengua suavemente por el lóbulo—. Además, estoy convencido de que si ahora mismo te bajara esos pantaloncitos de algodón que te has puesto y rozara tu coñito con los dedos, me diría muchas cosas... ¿Verdad Daniela?

—Eres un poquito degenerado, ¿no te parece?

—Y eso te encanta —le contestó.

Volvió a besarla y al instante se colocó a su lado y cruzó los brazos apoyándose en la pared—. Ahora solo me queda sacar de ti ese lado oscuro y depravado que quiero.

Daniela estaba roja. Hizo un espaviento con la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Y qué se supone que quiere Jonás Belanger?

—Todo, Daniela, todo —respondió él—. Vamos con Colette. Creo que se

ha decidido por algo y yo he prometido comprarle un regalo.

Tiró de su mano y cruzaron la calle.

Daniela era como un títere articulado.

«Todo...»

Su mente iba a mil revoluciones.

Jonás no tardó ni dos minutos en pagar la factura de Colette.

Poco después estaban los tres sentados en una terraza de la avenida principal. Debían darse prisa, pues aún tenían que buscar un regalo para Alicia.

Al final se decidieron por una boutique de District Park. Colette la propuso porque sabía que a su tía le encantaba.

Cuando pasaba por delante, de camino al mercado, siempre se detenía para observar los bonitos vestidos del aparador.

Probablemente

allí

encontrarían algo.

Cuando estaban a punto de salir hacia la tienda, el teléfono de Jonás comenzó a sonar. Tras disculparse con ambas, se levantó de la silla y se apartó un instante. Tardó cinco minutos en regresar.

Colette estaba eufórica y Daniela disfrutaba terriblemente de aquella alegría, que parecía envolverla a medida que pasaba la mañana.

—Los zapatos son preciosos, Colette —le dijo.

—Gracias. Si supieras el tiempo que hacía que no salía a pasear y a comprarme algo. Estoy emocionada.

Creo que tengo que hacer esto más a menudo.

Y al momento se llevó la mano a la boca y se rió. Jonás regresó de la cafetería. Había pagado la cuenta y parecía meditar.

—¿Sucede algo?

—Mi abogado Martín. Viene en dos días. Parece que hay problemas con ciertos documentos concernientes a la herencia de mi abuelo.

Colette lo miró.

—¿Martín? —preguntó.

—Vaya... ¿La señorita Colette ha dicho un nombre de pila? Ah, es cierto, Martín ya estuvo aquí el mes pasado.

¡Se conocen!

Colette se puso colorada.

—Colette quiere a Martín... —canturreó Daniela infantilmente.

Aquello provocó una carcajada en Jonás. Toda la terraza les miraba, pero era imposible aguantar la risa. Colette estaba colorada como un tomate y el tarareo de Daniela había hecho que Jonás no pudiera parar de reír.

—Oh, Señor. ¿En serio? —preguntó este—. ¿De verdad, Colette? ¿Por eso viene tan animado? No me lo puedo creer...

—Por el amor de Dios. No le digáis nada, solo... —Aquella mujer se iba a morir de la vergüenza—. Solo me invitó a un helado y dimos un paseo. Si mi tía se entera me mata. Por favor...

Jonás se agarró a la mesa para mantener la compostura, pero tras parecer meditar otra vez rompió a reír sin control. ¡Pobre Colette! Era como una figura de cera de color borgoña aferrada a la taza de café.

—Vale... —susurró al instante Jonás—. Está bien. Solo me hizo gracia la cancioncita. Seamos adultos. —Y

rompió a reír.

—Bueno,

comportémonos

—

prosiguió Daniela intentando romper el momento tenso que se respiraba—.

Hice una broma. Lo siento. Por favor Jonás, deja de reírte ya, nos mira toda la calle. Nos mira todo el mundo para variar. Colette, no importa. ¿Por qué iba a matarte Alicia? Es ridículo.

Colette puso los ojos en blanco y suspiró profundamente.

—Solo fue un helado. Martín me parece un hombre realmente atractivo, pero creo que no tiene ningún sentido.

El vive lejos de aquí y... En fin. Solo fue un helado. Una locura.

La pobre Colette empezaba a empalidecer. Daniela golpeó con el codo a Jonás e hizo un gesto de

compasión.

—Está bien —dijo al fin Jonás—. No tiene nada de malo, Colette. Está bien que os gustéis. Martín es mi amigo desde hace muchos años y me parece una fantástica idea que le haga ilusión venir no solo para verme a mí.

Colette fue incapaz de seguir hablando. Era una mujer con cierta dificultad

para

expresar

sus

sentimientos y más después de aquel ataque de risa por parte de Jonás Belanger. El resto de la mañana Daniela se sintió culpable por ella, se sintió mal por haberle hecho aquella bromita inocente. Colette había perdido la alegría y parecía meditativa.

Sintió la urgente necesidad de disculparse a solas con ella. Estaban en la boutique comprando el vestido para Alicia y cuando Jonás se puso a hablar con el dependiente, un hombre bastante mayor de mirada taciturna y sin un pelo en la cabeza, apartó a Colette a un lado.

—Perdóname, Colette. No quería humillarte, creí que era una tontería mía. Lo que menos me esperaba es que fuera cierto.

—No seas tonta. No te preocupes — dijo con amargura—. Soy así para todo, siempre he tenido problemas para expresarme o relacionarme con la gente y vivir con mi tía encerrada en esa casa tampoco me ayuda mucho. No tienes la culpa. Me puse muy nerviosa al saber que Martín viene de nuevo. Nunca...

Nunca he tenido una cita en mi vida y me prometió que cuando regresara me llevaría a cenar.

—¿De veras? Entonces tenemos que comprarte un vestido.

—Oh... No, en serio... yo...

—De eso nada. Volvamos al centro.

Tenemos que comprar un bonito vestido para Colette.

Colette se llevó las manos a la boca y sonrió tímidamente. Cuando Jonás regresó del mostrador observó a ambas mujeres y frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó.

—Vamos a comprar un vestido para Colette. Volvemos al centro. Luego iremos por el de Alicia.

Jonás miró al cielo y negó con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó con sorna mirándola fijamente—. Tú...

—Yo no necesito nada.

—Claro que sí.

Se acercó discretamente a ella mientras Colette avanzaba hacia el exterior de la tienda, y sonrió.

—Pero de eso me ocupo yo. Te compraré algo interesante... Mientras eliges el vestido con Colette yo iré a otro sitio. No tardaré. Esta noche te lo pondrás para mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que os veo en media hora en el centro

—dijo

antes

de

salir—.

Esperadme allí.

—¿Dónde va? —preguntó Colette.

—Vuelve ahora. Vamos. Tú y yo tenemos que elegir un vestido especial.

Se quedó dormido después de comer, después de pasarse toda la mañana con Colette y la dulce Daniela, de ponerla al límite varias veces, de ver feliz a la seria y distante Colette, de pelearse con la dependienta de una tienda del centro comercial durante media hora hasta salirse con

la
suya
y
llevarse
exactamente lo que deseaba.

Sentía aquel sopor maravilloso que uno solo experimenta cuando acaba de comer sin control. Alicia era una estupenda cocinera y no recordaba la última vez que saboreaba una comida tan exquisita.

Tuvo
un
único
pensamiento antes de caer en un sueño profundo: que estaba en casa.

Soñó con su madre. Estaba en lo alto de la balaustrada de madera y llevaba un precioso vestido de seda y un collar idéntico al que Daniela lucía aquella mañana. Su larga y espesa melena suelta le cubría el pecho hasta llegar a la cintura. El collar tenía unas cuentas doradas que titilaban sobre la piel de su cuello. Su madre se movió y su vestido pareció flotar a cámara lenta. Sonaba una suave música más allá del pasillo y ella sonreía como si no existieran las preocupaciones, estaba relajada, parecía feliz y él desde el piso de abajo la observaba encandilado.

—Mi pequeño Jonás, ven con tu madre —dijo ella. Y al instante caminó por el pasillo y desapareció tras la puerta de su habitación.

Vio a Colette con aquellas trencas que solía llevar cuando era niña.

Advirtió que a medida que subía los peldaños de las escaleras ella se ponía más nerviosa. Le hizo un gesto con la mano para que se fuera, pero él no estaba dispuesto a bajar de nuevo.

Quería ver a su madre, quería sentarse en sus rodillas y dormirse sobre su pecho mientras le tarareaba una de aquellas preciosas melodías o una de sus canciones en francés. Colette pareció mover los labios, pero no dijo nada. Ella también era una niña y llevaba un vestidito gris con unos calcetines a juego. Cuando llegó a lo alto de la escalera oyó a su madre cantar y se apuró a llegar a la

puerta, pero Colette le tomó de la mano y la tibieza de su piel le paralizó durante unos segundos.

—¡Mi dulce Jonás! —se oyó al otro lado de la puerta.

Colette negó con la cabeza y se alejó de él.

—Voy a ver a mi madre. ¿La has oído cantar?

Tuvo la extraña sensación de que no debía estar ahí, de que no era ese su lugar. Pero ¿por qué sentía aquello?

¿Por qué aquel pánico tan repentino cuando abrió la puerta y su madre se giró para alzar la mano y regalarle su mejor sonrisa? No lo entendía, pero en el sueño era un niño de no más de seis años y ansiaba desesperadamente abrazarla y que le besara.

Fue tan solo un instante, tan solo un momento maravilloso donde ella se giraba y movía su bonita melena bajo los rayos de sol que entraban por la ventana. Oyó su voz tras él y su madre modificó la expresión de la cara.

—Sal de este cuarto, Jonás. No deberías estar aquí.

Jonás no sabía qué hacer. Su madre tenía el rostro contraído en una mueca de odio y estupor y mantenía la mirada fija en aquel hombre. Su abuelo no era anciano en el sueño, era un hombre de unos cincuenta años, bien parecido, con el pelo cano pero sin una sola arruga en el rostro y un cuerpo jovial propio de un hombre por el que no pasan los años. Así lo recordaba, así y no de otra manera. Su abuelo avanzó hacia su madre y la abofeteó con tanta fuerza que cayó sobre la cama y comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Sal de aquí, Jonás! —exclamó William.

Su abuelo se quitó la chaqueta de su terno. Tiró del brazo de su madre que no dejaba de llorar y la sentó sobre la cama.

—¿Qué has hecho Elisabeth? —repetía con desesperación—. ¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo has podido?

Su madre comenzó a reírse y él fue presa del pánico. Oyó el titilar de los cristales de la lámpara de araña, las manecillas del reloj de madera del pasillo y el zumbido de las moscas. Oyó a Colette llorando en el pasillo, la voz de Alicia al otro lado de la casa llamándola y la música del gramófono.

«Mamá...»

Jonás trató de comprender qué debía hacer. Su abuelo volvió a abofetear a Elisabeth y esta profirió un grito de dolor. Él se lanzó sobre su abuelo, comenzó a golpearle en la espalda para que se apartara de su madre, pero su abuelo era mucho más fuerte que él. Lo apartó de un movimiento haciendo que cayera sobre la alfombra ribeteada, se golpeó la cabeza con el pequeño mueblecito de madera y todos los vasos amenazaron con caérsele encima. Miró hacia arriba. Sí, había vasos de cristal.

Vasos vacíos y alguno con un poco de líquido. Miró hacia la puerta y volvió a ver a Colette. Su

abuelo le gritó algo que no llegó a oír y él se levantó llorando y corrió hacia la puerta desesperadamente.

Empujó

a

la

pequeña Colette, la empujó con tanta fuerza que la tiró en mitad del pasillo y bajó a trompicones las escaleras de la casa mientras en el piso de arriba su madre gritaba y su abuelo parecía golpearla una y otra vez.

«No puede hacer eso. No puede tratarla así.»

Se giró frente a la balaustrada y miró hacia arriba. William estaba en lo alto de la escalera y tenía a Colette sujeta por la mano. Levantó el brazo.

—¿Te das cuenta de lo que hace? — le dijo con autoridad—. Te he dicho mil veces que no debes hacerle caso, que no entres en su habitación cuando está así Jonás.

—¡No le pegues más! ¡No le pegues más! —gritó él.

William lo miró con frialdad, apartó a Colette de su lado y comenzó a descender las escaleras. Jonás estaba muerto de miedo, la presencia de William

era

demasiado

intensa,

demasiado terrorífica para un niño tan pequeño como él. La oscuridad más absoluta comenzó a rodearlo, la casa adquirió un tono gris y austero. William estaba a tan solo dos centímetros de él y lo miraba con sus intensos ojos verdes, tenía el cabello peinado hacia atrás, sus rizos se habían alisado por la gomina y olía a perfume caro y crema de afeitar.

Se inclinó con elegancia y pareció devorarlo todo.

—Si vuelves a desobedecerme de ese modo, Jonás, seré implacable contigo.

—¡No debiste pegarle! —gritó con su fina voz.

Su abuelo lo tomó por la muñeca y lo zarandeó para que recobrarla la compostura.

—No te consiento que llores por esa mujer. ¿No te das cuenta de lo que hace?

Su madre gritó en el piso superior.

Oyó el ruido de cristales romperse contra algo, oyó sus gritos, se compadecía de sí misma, después nada.

El silencio se apoderó de la estancia y todo se volvió oscuro en torno a él y William. Seguía sujetándole con fuerza por el brazo clavando sus dedos en su carne, mirándole con rabia, con las mandíbulas tensas y sus pómulos alzados en un gesto de enfado.

—¡Jonás!

Una voz femenina lo llamaba a lo lejos, pero apenas percibía su presencia.

—¡Jonás! ¡Jonás!

Alguien lo zarandeó y poco a poco la imagen

de

su

abuelo

se

fue

difuminando, su cuerpo se fue esparciendo en diminutas motas de polvo que se hacían cada vez más transparentes, más etéreas.

—¡Jonás!

Dio un brinco y se aferró con las dos manos al sofá. Se llevó la mano al pecho. Alicia estaba delante de él con Daniela y lo movían claramente preocupadas.

—¡Santo cielo hijo! —exclamó Alicia—. ¿Tienes idea del tiempo que llevamos intentando despertarte?

—Señor... Señor...

Apenas le llegaba el aire a los pulmones. Estaba sudando como en su vida y el corazón le martilleaba el pecho.

—Jonás... —la suave voz de Daniela le devolvió a la realidad—. ¿Estás bien?

—Señor... ¿Qué pasa?

—Tenías

una

pesadilla

—dijo

Daniela sentándose en el sofá—. No conseguíamos despertarte. Nos has dado un susto de muerte.

«William...»

Alicia se frotó la frente en un intento vago de calmarse y se aferró al delantal.

—Te traeré un café muchachito. Por el amor de Dios, me has dado un susto de muerte.

Jonás la vio alejarse y desaparecer tras la puerta del salón. Miró a su alrededor, miró la hora, había dormido un par de horas y tenía la cabeza cargada y el pecho seguía palpitándole con fuerza.

Daniela apoyó la mano en su frente y le apartó el pelo.

—Parece que tienes fiebre. ¿Te encuentras bien?

—Estaba soñando con William y mi madre —dijo tocándose la mejilla—.

Maldita sea...

—¿Has pensado en tomar algo para descansar mejor? Tienes pesadillas constantes, Jonás, y nos ha costado mucho despertarte.

Jonás se levantó del sofá cuando Alicia entraba con una taza de café en la mano. Se quitó la camisa, estaba pegajosa y tenía el cuerpo hirviendo y sudado.

—Ya estamos desnudándonos como en la selva —bramó Alicia dándole la taza—. ¿Por qué te costará tanto mantenerte vestido?

—Me tengo que duchar, estoy ardiendo.

Parecía como si todo a su alrededor no fuera real. Todavía tenía en las retinas el reflejo de William sujetándole con fuerza y mirándole de aquella forma tan amenazadora, su madre gritando en el piso de arriba, Colette con sus trenzas...

—Colette... —murmuró mirando hacia la puerta.

Se giró hacia Alicia y Daniela. Ambas lo miraban extrañadas.

—Colette llevaba dos trenzas y un vestido gris. Y mi madre gritaba y rompía cosas —balbuceó. Se llevó las manos a la cabeza y volvió a sentarse en el sofá junto a Daniela—. Esto es una locura, mi sueño no tenía ningún sentido, no entiendo nada.

—¿Desde cuándo los sueños tienen sentido? Tómate el café —le ordenó Alicia—. Voy a preparar más. Daniela, llevas dos horas encerrada en la biblioteca hija, tú también necesitas uno.

Tras decir eso salió dando zancadas por la puerta. Daniela observaba el perfil de su rostro, tenía los brazos apoyados en las rodillas y los músculos de todo su cuerpo en tensión. No tenía ni la menor

idea de lo que estaba pasando por su cabeza, pero miraba al suelo y movía los ojos con tanta rapidez que parecía un ser de otro planeta.

—¿Has recordado algo en ese sueño?

—le preguntó.

Jonás ladeó la cara y le sonrió con dulzura.

—No estoy seguro. Supongo que son tonterías; me afecta tanto estar aquí que sueño cosas sin sentido. Ya veo que Alicia te llama por tu nombre, eso significa que empieza a acostumbrarse a que seas una más...

Bebió su café y se quedó durante un rato sin decir nada.

—Creo que en dos días habré terminado de inventariar los libros de la biblioteca Jonás. Los que son de valor, los más antiguos. Me gustaría empezar la semana que viene con los cuadros y las figuras que tu abuelo trajo de Egipto y Alemania. También tiene varias piezas africanas muy interesantes. Es artesanía, pero no soy capaz de calcular su edad a simple ojo.

Jonás afirmó con lentitud sin mirarla y apretó los labios formando una línea recta.

—Creo que con un poco de suerte en dos semanas podré subir al desván y empezar a desembalar todos esos objetos que guardaba allí arriba. Están bien precintados y no creo que hayan sufrido mucho deterioro, pero es lo que más tiempo me llevará.

—Me parece perfecto, Daniela...

Haz lo que consideres oportuno.

—¿Estás seguro de querer deshacerte de todo lo que hay aquí? —le preguntó.

Jonás sacudió la cabeza. Alicia había entrado en el salón con más café y una bandeja con galletas y bollería y los observaba fijamente a cierta distancia mientras distribuía todo en la mesa del comedor.

—No tengo nada claro, Daniela — murmuró—. Nada... No tengo nada claro...

—Jonás...

—¿Crees...? —Hizo una pausa, esperó a que Alicia saliera y prosiguió —: ¿Crees que no sé que ellas sufren por lo que voy a hacer? Llevan toda la vida en Garden Manor, Daniela...

Toda la vida. Pero no me siento con fuerzas para mantener esta casa, no me siento con fuerzas ni sé qué voy a hacer todavía con mi vida.

Daniela se levantó y se sirvió una taza de café con leche. Volvió a su lado y suspiró.

—Tú tienes tu vida resuelta, tienes claro lo que quieres de ella, quieres viajar, quieres ver el mundo, tienes una excelente carrera que está arrancando.

Por el amor de Dios no tienes ni treinta años... Yo llevo desde los veinticuatro sin dormir en la misma cama más de una semana seguida. Huyendo de mí mismo, me han...

Guardó silencio unos instantes como si dudará seguir.

—Me han secuestrado varias veces en Colombia, me han apuntado en la cabeza otras tantas y he pasado situaciones realmente peligrosas sin saber siquiera si al día siguiente seguiría vivo. Historias para no dormir. Por eso tengo pesadillas.

Daniela no daba crédito a lo que oía.

—Santo cielo...

—Me he movido por un mero deseo de no estar quieto ni un segundo. Me pasé toda la infancia encerrado en internados, algo que no deseo a nadie, añorando a mi madre, una familia. Solo regresé aquí cuando la tuve que enterrar, y ahora... ¿Qué voy a tener yo claro?

—¿Por eso eres tan importante como reportero?

—¿Importante? Era el chiflado que aceptada

el

trabajo

que

todos

rechazaban. Si había que cubrir una noticia en el infierno me llamaban a mí.

Pero estoy agotado...

—Por eso temes la noche.

La miró con cierta melancolía y afirmó lentamente.

—No la temo conscientemente.

Temó mis pesadillas, temo lo que veo, lo que siento, la angustia con la que me despierto, temo la soledad que tanto anhelé cuando salí de la facultad, temo muchas cosas, Daniela. Y temo esta casa y mis recuerdos. Oh, Daniela... Si supieras la sensación de paz que me diste ayer...

Su voz se tornó triste, desgarradora.

Miró hacia la puerta y aferró su mano con fuerza y necesidad.

—¿Puede

ser?

—inquirió

preguntándose a sí mismo—. Es todo una locura. ¿O no? Estamos en una mansión, te he conocido aquí y trabajas para mí. ¿Qué diferencia esto de una cita en un local de copas? Podría haberte visto una noche y quizá... nada hubiera cambiado...

—Jonás no entiendo qué quieres decirme con...

—Juega conmigo, Daniela... Siento una electricidad devastadora. Eres preciosa.

Ella se agitó algo incómoda. Su piel se erizaba cada vez que él la tocaba o simplemente cuando le hablaba con esa pasión.

—¿Jugar? Tú lo llamas jugar; frivolisas mucho Jonás. Yo...

La besó apasionadamente sin apenas fijarse en la puerta o en la posibilidad de que cualquiera entrara y los viera.

Daniela intentó apartarse, pero la sujetaba con tanta firmeza que apenas se movió.

—Juega conmigo y duerme a mi lado... Olvídate de mañana, Daniela...

Dedícame tus noches y te prometo que te complaceré en todo... Juega conmigo...

¡Ah, qué forma tan pasional y desgarradora de pedirle algo! ¿Qué mujer era capaz de soportar aquellos ojos, aquella suave voz suplicante y ansiosa? Sus labios volvieron a apoyarse en ella y durante unos breves instantes el calor fue tácito y cruel.

«No quiero enamorarme de ti.»

Su mente le jugaba una mala pasada.

Lo miró y fue consciente de su terror, de su deseo, de un apetito caprichoso que jamás había sentido en un hombre, de una necesidad de ella que la llenaba de fuerzas, de seguridad y emoción.

Volvió a sentir sus labios en la boca y su lengua jugueteó dentro de ella.

—¿Y si te hubiera conocido en la calle, Daniela? ¿Y si te hubiera invitado a una copa una noche hasta acabar metiéndome en tu cama? ¿Sería menos deshonesto? ¿Por qué te atormenta cómo han sucedido las cosas?

—No lo sé... Yo jamás he tenido una relación tan impulsiva, tan imprudente.

—¡Imprudente! —exclamó él como si hubiera dado con la palabra exacta—.

Siempre

he

sido

un

insensato,

Daniela...

—Yo

no

—dijo

con

firmeza

apretando los dientes—. Yo jamás he...

—¿Modificado

tus

planes?

Bienvenida a mi locura, Daniela. —Al decir eso fijó la vista en su boca e hinchó las fosas nasales como si fuera a saltar sobre ella—. No voy a ocultarme por mucho más tiempo. Quiero besarte cuando me plazca, estoy en mi casa, este es mi hogar por mucho que me pese, y te deseo...

Daniela se levantó de golpe y se alisó la falda claramente alterada. Aquel hombre la estaba volviendo loca. Su cuerpo le suplicaba que no cesara, pero su cabeza le advertía continuamente que si seguía caminando por aquel borde caería en un abismo demasiado profundo y oscuro. Sintió la fuerza de sus dedos en su muñeca, sintió la tensión de su mano asiendo con fuerza su carne y se giró para mirarlo e intentar entender toda aquella locura.

Jonás se levantó del sofá y pasó sus brazos en torno a su cintura. El calor de su pecho desnudo, el olor a hombre y la sensación de fuerza que emanaba de él acabó por hacerle perder el sentido de alerta y lo besó con tanta fuerza que se hizo daño. ¡Estaba loca! El mundo no existía, Garden Manor era un decorado en su obra de teatro y ya no le importaba nada de lo que pasaba alrededor.

En

aquel

trance

momentáneo sintió el sonido de un carraspeo y el calor emergió en ella cuando al mirar hacia la puerta vio a Colette con los ojos ligeramente cerrados y los brazos cruzados contra el pecho. Esbozó

una mueca algo pícaro y se golpeó con los largos dedos un brazo. Llevaba colgando del brazo una camisa limpia para Jonás.

—Colette... —susurró Jonás con cierto aire insolente.

—Señor Belanger, perdón, Jonás...

Venía a tomar un café con ambos, pero veo que interrumpo...

Jonás se apartó de Daniela que era la viva imagen de la desesperación y el bochorno más absoluto y se acercó a la mujer cogiendo su camisa. Colette le regaló una sonrisa burlona y él se la devolvió.

—Pasa Colette... Nos disponíamos a tomarlo ahora mismo...

—Gracias —dijo ella. Avanzó hacia la mesa, miró de reojo a Daniela, que seguía de pie, y se sentó en una de las sillas de la mesa del comedor—. ¿Con leche?

Daniela se giró y asintió. Tenía la otra taza sin tocar sobre la mesa del sofá.

—Sí, gracias. Gracias...

—Jonás

—dijo—.

Con

leche,

¿verdad?

—Con leche, sí... —dijo él entre dientes maliciosamente—. Con leche...

Los tres se situaron en la mesa. Era un mueble antiguo de madera maciza con patas ribeteadas y flores de acanto talladas en los bordes. Debía de pesar dos toneladas, pues Daniela intentó apartar un poco la mesa, pero le resultó imposible. Colette alzó las cejas y miró de reojo a Jonás y luego a Daniela.

—¡Oh, venga ya Colette! —exclamó entonces Jonás—. ¿A qué esperas?

—No te entiendo... —contestó suavemente

removiendo

con

la

cucharita la leche y el café.

—¡Véngate! Lo estás deseando.

¡Hazlo!

Colette miró a Daniela, bebió de su taza y sonrió.

—Daniela quiere a Jonás... — canturreó.

Sintió un profundo desasosiego mientras meditaba bajo el chorro de la ducha. No dejaba de darle vueltas a su extraño sueño. Su abuelo, su madre gritando, la pequeña Colette con una expresión de dolor en el rostro, y aquella forma de asirle de las manos como si pretendiera de algún modo que no entrara en aquella habitación, para que no sufriera.

Intentó ordenar sus ideas, analizar todo lo que estaba sintiendo y descubriendo

para

darle

algún

significado a sus recuerdos, pero nada encajaba, todo era demasiado confuso y perturbador. Luego estaban las cartas que había encontrado en la habitación de su madre. Con el nombre de su padre como único destinatario. En ellas explicaba cada detalle de su vida. ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Tras varios minutos dando vueltas a lo mismo, desvió sus pensamientos hacia todas las cosas que su madre había guardado durante años. No sabía qué hacer con todo aquello. Los objetos de los baúles de piel no tenían mucha importancia, algunos ni siquiera los guardaría: libros, revistas de moda, recortes de periódicos antiguos donde se anunciaban conciertos de cantantes o alguna ópera importante en Londres.

Los vestidos de noche, las joyas que su madre guardaba celosamente en los pequeños joyeros de madreperla, y todos los discos y objetos más cotidianos, sí los conservaría. Aunque toda la ropa, que era mucha, hubiera sido un buen regalo para Colette. Ella tenía la misma talla que su madre, la misma altura y estaba seguro de que si se los regalaba, haría un buen uso de ellos. Debía pensarlo bien, sopesar qué hacer con todo aquello una vez más y luego tomar decisiones con la cabeza más despejada y las ideas claras.

Cerró los ojos y dejó que el agua le cayera por la cara. Daniela se había retirado a trabajar a la biblioteca y la visualizó unos instantes frente a la elegante mesa de madera. ¿Por qué era tan difícil para ella dejarse llevar? Era una mujer demasiado meticulosa con todo, demasiado

calculadora

y

temerosa. Sin embargo, Jonás no quería hacerle daño. No, de ningún modo.

Ella era una mujer inteligente y con carácter. Ninguna de sus antiguas novias, o mejor dicho conquistas, se hubieran atrevido a lanzarle un libro a la cabeza. Se rió con ese pensamiento.

Daniela era ferocidad, ternura y a la vez osadía. Era una mujer segura de sí misma, o eso parecía, aunque a veces se preguntaba si detrás de todo aquello no habría más que fragilidad y miedo.

—Daniela... Daniela... —susurró inconscientemente.

Evocó su rostro bajo la suave luz de las velas, en el saloncito. La expresión de temor, curiosidad y duda, que había mostrado cuando él le había pedido que se levantara el camisón. No había sido muy caballeroso con aquella insolencia. Ella quería hablar con él, explicarle que no era una mujer fácil que se dejara llevar de aquella manera con cualquier hombre. Pero él ni siquiera le había prestado atención. Le atraía demasiado la idea de hacerla suya, quería ponerla nerviosa, percibir aquel rubor tan delicioso que le coloreaba las mejillas y hacía de ella algo demasiado apetitoso. Aquella necesidad le impedía pensar o escuchar con claridad. Además, detrás de aquella imagen de mujer segura, descubrió que Daniela sentía una profunda vergüenza cuando él le pedía algo directamente. Y eso le hacía pensar que no era ni tan altiva, ni tan experta, como sus palabras o gestos trataban de evidenciar.

Daniela era fuego cuando sus dedos recorrían su cuerpo, se abandonaba a lo evidente, se abandonaba a sus instintos.

Pero lo que realmente le atraía de ella es que siempre estaba alerta, era como una preciosa leona girando en círculos cuando lo veía llegar. Cedía a sus antojos con sutileza durante unas horas para luego volver a ponerse en alerta y eso era algo que le volvía loco, encendía en él sus instintos más depredadores e inconscientes, su lado más insensato, más básico. ¡Ah, necesitaba volver a enredarse en su cabello rojo una vez más! Necesitaba deslizarse entre sus piernas, sentir ese calor en sus mejillas, esa falta de control; deseaba ver esa forma de morderse el labio inferior cuando cerraba

los

ojos

y

se

abandonaba a todo.

Dejó escapar una suave risa cuando recordó el pequeño detallito que había adquirido en el centro comercial. Aquel conjuntito extremadamente provocativo que no dejaba nada a la imaginación y que seguramente le quedaría como anillo al dedo. La dependienta le había sacado de sus casillas insistiendo en que se llevara otro que a él le resultaba demasiado recargado y chillón. El rojo era un color demasiado «burdel». A Daniela le gustaban los tonos suaves, los verdes mates, o los azules. Así que cuando vio el precioso conjunto negro y aquel lacito que cosía los bordes del tanga y se perdía entre la fina puntilla, no lo dudó. La vestiría con aquel conjunto tan excitante y sencillo y luego jugaría con ella. Le susurraría su nombre al oído y la invitaría a un buen vino. Volvió a reír imaginando la posibilidad de verla algo borracha. Esa idea le provocó una terrible erección momentánea. ¿Sería más tímida? ¿Sería obscena? ¡Ah, se iba a volver loco!

Salió de la ducha y se enroscó la toalla a la cintura. Se le acababa de ocurrir la mejor idea de su vida y no iba a demorar llevarla a cabo. Se secó el cabello, se vistió con un simple pantalón de lino y una camisa y descendió las escaleras en dirección a la biblioteca.

Daniela estaba rodeada de dos montañas de libros, sentada en una silla frente a la mesa central y tenía la cabeza enterrada en papeles, la lupa pegada en un ojo y el pelo atado en un moño desordenado con su eterna cinta verde decorándole el rostro. Cuando lo vio dejó lo que estaba haciendo, ladeó la cabeza con curiosidad y le dijo: —¿Ocurre algo?

—¿Conoces el Museo Británico, o la Galería Nacional de Arte de Londres?

—le preguntó él—. Tiene más de dos mil

obras

de

arte,

Rembrandt,

Botticelli...

Daniela alzó las cejas en señal de sorpresa.

—Los visité hace tiempo, con mis colegas de Madrid, pero no pude pararme a ver con tranquilidad todo lo que hubiera deseado. ¿Por qué me lo preguntas?

Jonás sonrió con malicia y afirmó: —Hay

más

de

diez

museos

interesantes en la ciudad.

—Lo sé, Jonás, pero sigo sin entender adónde quieres llegar.

Él sacó de su bolsillo el teléfono móvil y miró la hora.

—Tenía pensado hacerlo el fin de semana, pero mi amigo Martín viene pasado mañana y tengo la sensación de que lo tendré pegado a mi sombra más días de los que creía. Así que haz la maleta para dos días. Nos vamos esta noche a Londres. Tú y yo solos.

—¿Esta noche? —dijo abriendo mucho los ojos.

Otra vez ese color rosáceo en sus mejillas le provocó un escalofrío por el cuerpo.

—Esta noche. Además tengo algo que regalarte y mucha curiosidad por conocerte fuera de Garden Manor.

Iremos a cenar, pasearemos por la ciudad, dormiremos en un buen hotel y mañana te llevaré a conocer esos museos que tanto te gustan. ¿Le parece buena idea, señorita Cantelli?

Daniela no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Buena idea? ¡Era brillante!

—Pero... ¿Y qué vas a decirle a...?

Jonás frunció el ceño y negó taxativamente

hasta

que

Daniela

guardó silencio. Tenía una pequeña lamparita muy cerca de la cara y la luz remarcaba sus facciones y el rubor de sus mejillas.

—Daniela, por favor. Son las siete de la tarde y trabajas para mí. Por hoy creo que ya has cumplido. Y deja de preocuparte por lo que piensen los demás en esta casa, aparte de mí.

Prepárate, tenemos una hora de viaje por delante. Yo me ocupo de Alicia, y creo que a Colette no hay mucho más que decirle.

Tras decir esto se rió. Daniela parecía una niña perdida con todo el pelo desparramado por la mesa, la cinta de lado, y una expresión de vergüenza y emoción en la cara.

—¿Estamos de acuerdo? —insistió—.

¿Te gusta la idea?

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces no perdamos más tiempo —continuó él—. Coge lo que necesites, prepárate, y cuando estés lista nos iremos.

A las once de la noche, y después de cenar en un bonito restaurante muy cercano al Soho y pasear por la ciudad, Daniela llegó al hotel caminando con los zapatos en la mano y los pies a punto de

desintegrarse.

Estaba

preciosa, llevaba un vestido corto azul cobalto y el pelo suelto. Jonás se lo había dicho varias veces, pero ella, lejos de parecer presuntuosa, se había ruborizado y le había agradecido una y otra vez sus continuos piropos. Sin embargo, fue el hotel lo que más impacto causó en ella: era un lujoso edificio junto al palacio de Buckingham y vistas a Hyde Park, de estilo palaciego y habitaciones decoradas al estilo Luis XVI. Estaba maravillada con todo aquel lujo, con todos los pequeños detalles clásicos que decoraban la habitación: la amplia cama con dosel, las sillas tapizadas, las cortinas de suaves tonos,

las lámparas con cristales de colores, lazos, guirnaldas de flores, los detalles en oro de cada mueble. Jonás la observaba con curiosidad, era como una niña en una juguetería. Se detenía en cada rincón de la habitación para pasar los dedos por los bordes de los muebles; cualquier detalle que parecería ridículo a cualquiera a ella le llamaba la atención, y

permanecía

durante

minutos

contemplando

meditativamente un cuadro, un detalle de la tela de las cortinas o la simple mesita de noche junto a la cama.

—Conseguirás que sienta celos de los muebles —le dijo con humor Jonás mientras dejaba la maleta y se quitaba la chaqueta del traje—. He pedido que suban vino y chocolate. Me encanta el chocolate y en el restaurante ningún postre me llamó la atención.

A través de la ventana se veían las luces de la ciudad. Estaban en una de las habitaciones más altas del hotel y las vistas eran maravillosas. Daniela se acercó a la ventana y suspiró.

—Es precioso todo esto. Me lo he pasado muy bien, Jonás.

—Me alegro. Te noto más relajada y esa era la intención de este viaje.

Se giró y lo observó durante unos instantes.

—¿Qué le dijiste a Alicia? No te lo he preguntado.

Jonás arrugó la nariz y pareció aguantar la risa, pero no dijo nada.

—¿Jonás? —insistió ella.

—Nada. Que nos íbamos a Londres.

Sin más.

Daniela se aproximó a él y escudriñó su rostro.

—Jonás...

—¡Es cierto! —exclamó—. Tranquila, no me mires así. Solo le dije que tenía que trabajar mañana en Londres muy temprano para un tema del periódico y que no quería madrugar tanto. Le dije que venías conmigo a conocer los museos.

La besó en los labios y pareció suspirar.

—Bueno, es una buena explicación.

Sencilla y realista en el fondo, aunque eso de trabajar es una pequeña mentira.

Sonó la puerta y al momento un camarero delgado y de piel cetrina, con más años encima que Calvin, entró con un carrito y lo depositó en la entrada arrastrando los pies tras un discreto saludo. Jonás le entregó una buena propina y luego cerró la puerta y la miró.

—¿Juegas conmigo, Daniela? —le preguntó de repente. Se aproximó con la botella de vino y dos copas y entregándole una la besó de nuevo—.

Dime...

—¿Jugar? Siempre dices eso. Me, me hace gracia la forma que tienes de...

Volvía a ponerse nerviosa y en alerta.

Jonás le sirvió un poquito de vino y luego chocó su copa con la de ella.

—Es un juego, Daniela. Un juego entre tú y yo. Quiero que te pongas algo para mí, quiero verte caminar sobre la alfombra con tus bonitos tacones y lo que te he comprado. Quiero recrearme con esa imagen durante días y hacerte mía de mil formas distintas. Sí, es un juego...

—Tienes mucha experiencia en estos juegos. ¿No es cierto?

La pregunta le pilló totalmente desprevenido. Se dejó caer en un pequeño sofá que había junto a la cama y apoyó el brazo sobre el respaldo tapizado.

—Si tu curiosidad es por si alguna vez he pedido a una mujer lo que te estoy pidiendo a ti, mi respuesta es sí, aunque no es la misma situación.

La respuesta fue más sorprendente aún y Daniela se sintió perdida y algo abochornada.

—Disculpa.

No

es

de

mi

incumbencia tu pasado.

—Te lo contaré algún día. Te sorprenderá.

Se levantó de repente y la tomó por los hombros con fuerza.

—¿Me complacerás esta noche mi dulce Daniela?

«Meloso y manipulador hasta lo más profundo de las entrañas.»

—¿Lo harás tú algún día si yo te lo pido? —le preguntó.

Otra vez aquella forma de mirarla tan directa, como si le despellejara toda la piel del cuerpo. Jonás arqueó la boca en una mueca algo irónica y pasándose la lengua muy despacio por el labio inferior afirmó lentamente sin dejar de mirarla.

—Sin dudarlo, señorita Cantelli. Sin dudarlo haré todo lo que desee si con ello puedo disfrutarla.

—Qué zalamero es usted señor Belanger. Su prosa, sus formas. Es fácil encandilar a una dama con esa retórica.

—Siempre

me

ha

funcionado.

Aunque nunca con este fin señorita...

Daniela dio un trago de vino y paladeó con elegancia.

—Entonces estaré encantada de obedecerle esta noche. No obstante — dijo con humor—, la próxima vez quizá sea yo la que desee algo de usted...

Cuando salió de la ducha vestida tan solo con aquel conjuntito de lencería que él mismo había escogido para ella, sus zapatos de tacón de aguja, el pelo suelto y la copa entre sus largos dedos, se quedó mudo. Bien era cierto que hubiera saltado

sobre

ella

sin

contemplaciones, pues era lo único que su cuerpo le exigía en aquel momento.

Sintió otra vez la suave descarga de placer en la entrepierna y se removió en el sofá mientras Daniela caminaba sobre la alfombra con la cabeza ligeramente elevada en un gesto de humor, la mano en la cintura y aquellos ojos fijos en él que solo le decían: «Cómeme».

El vino empezaba a hacer el efecto buscado en ella. Daniela se sentía más a gusto, más segura de sí misma ante él, más juguetona. Llegó a su altura, se giró con elegancia y, de espaldas a él, ladeó el rostro y le guiñó un ojo.

—Buen gusto para la ropa señor Belanger —dijo—. Y para escoger las tallas.

—Te queda perfecto —contestó depositando su copa sobre la mesita más próxima—. Ve hacia atrás. Aléjate un poco más.

Daniela se alejó hasta que Jonás le pidió que se detuviera y luego, ladeando la cabeza hacia la derecha como si no comprendiera algo que estaba viendo, se acomodó en el sofá inclinándose sobre el respaldo y volvió a coger su copa. Era realmente excitante ver la forma de analizar cada parte de ella, tenía

los

ojos

ligeramente

entrecerrados, los labios apoyados en el cristal de la copa y, si hubiera tenido que apostar por algo, estaba convencida de que tramaba su siguiente jugada.

—Gatea Daniela...

Se sumió en un silencio absoluto al escuchar aquellas palabras. Levantó las cejas, abrió la boca para decir algo y luego pestañeó varias veces.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó sin salir de su asombro.

—Gatea. Ven hacia mí gateando. Te resultará una estupidez, pero no te puedes imaginar lo excitante que es para un hombre que una mujer como tú haga eso. Juega Daniela, gatea...

¿Así que aquel era su juego?

Mientras ambos se miraban fijamente, varios pensamientos fugaces cruzaron su mente. Estaba frente a un hombre que acababa de conocer hacía unos días, vestida con un diminuto conjunto que no dejaba nada a la imaginación, y él se estaba volviendo loco. Dudó unos segundos más. Jonás parecía no tener prisa, pues al verla inmóvil como una estatua, se sirvió más vino y, tras beber, siguió esperando

con

toda

la

tranquilidad del mundo a que ella obedeciera.

«Gatea...» «Podrías hacerlo, él es extremadamente hermoso y eso le volverá loco sin duda alguna» «¿Qué pierdes?»

Bebió el vino que quedaba en su copa y la depositó sobre la encimera de mármol de uno de los aparadores en forma de media luna. Se agachó, se puso de rodillas y colocando las manos hacia delante lo miró una vez más. La habitación en ese momento se tornó interminable, la

distancia

se

quintuplicó. Comenzó a gatear con esa sensación de «estoy haciendo el ridículo, pero solo me ve él» que cualquier mujer tendría en su situación.

Sin embargo, Jonás modificó totalmente el gesto de la cara cuando la vio avanzando de aquella manera; ella percibió su ansiedad, cómo se movía involuntariamente para disimular la erección que escondía bajo el pantalón.

¡Ah, que tendría ese hombre en la cabeza! Gateó despacio, pues observar sus gestos la llenaban de emoción y la excitaban. Aquel deseo tácito y desbordante que veía en sus ojos le hacía sentir bien. O quizá era el vino...

Cuando llegó a su altura, deslizó los dedos por su entrepierna, trepó con ellos por encima del cinturón metálico y soltó uno a uno los botones de su camisa. Jonás tenía la mirada clavada en ella, sus ojos apenas se movían, brillaban como gemas y parecían emitir pequeños destellos aceitunados. Ella le soltó el cinturón y, cuando se disponía a hacer lo mismo con sus pantalones, Jonás aferró su muñeca con firmeza y tiró de ella hasta situarla entre sus piernas y besarla.

—Sin prisa, Daniela... Sin prisa...

Ella se apoyó en sus talones y lo observó. Jonás la sujetó con suavidad del pelo y ofreciéndole la copa de vino le pasó el cristal por los labios y volcó en su boca un poco de líquido cristalino.

Blanco,

espumoso,

algo

dulce.

Exquisito. Bebió lo que él quiso y luego continuó con el delicado trabajo de soltar su cinturón y los botones del pantalón. Su tacto le anunciaba que estaba fuera de sí. Pasó los dedos por debajo del tejido del pantalón con pericia y acarició con las uñas su vientre y el comienzo de su pelvis. Besó cada espacio de carne que precedía a aquel tormento. Su sexo estaba a punto de estallar bajo la suave tela de su ropa interior. Notaba el calor de su carne, notaba las pequeñas contracciones que sufría cuando su boca se apoyaba y lo besaba por encima de la prenda. Al desplazar la ropa hacia abajo, su sexo saltó como un resorte, pero ella estaba totalmente desinhibida.

Jonás

la

contemplaba con picardía, le dejaba hacer con un leve gesto de curiosidad y pasotismo, y solo cuando Daniela sacó la lengua y recorrió con ella muy despacio todo su perímetro, él pareció decir algo en un murmullo, algo que la excitó terriblemente.

—Hazlo

otra

vez...

—susurró

lentamente

mientras

elevaba

ligeramente la pelvis hacia ella.

Daniela sonrió con sagacidad y volvió a lamer su miembro. Apoyó los labios en el tronco y fue subiendo paulatinamente hasta el glande. Su pecho

subía

y

bajaba

enloquecidamente. Era la primera vez que ella tenía plena consciencia de que sus reacciones, por muy pequeñas o sencillas que fueran, le excitaban hasta límites insospechados. Cuando su boca devoró aquel delicioso sexo hasta notar la presión de su carne rozándole la campanilla, Jonás intentó incorporarse, pero ella apoyó las manos en su vientre y comenzó a acariciarle. Él profirió un hondo suspiro, apoyó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Su pelvis se movía lentamente al compás de sus juegos, su lengua lamía y jugueteaba con él, sus labios presionaban la carne para luego volver a devorarlo.

—Despacio... Despacio, Daniela...

—suplicó en un suspiro.

Tiró de su pelo hacia atrás y la imagen de verla con la boca abierta, los labios húmedos y los ojos entornados en un gesto de perversidad acabaron con su cordura y enloqueció. Se inclinó sobre ella, haciéndola caer sobre la alfombra. Su precioso modelito iba a pasar a la historia en milésimas de segundos; no quería esperar, no deseaba quitárselo con calma, quería rompérselo, quería romperlo todo, romperla a ella, romperse él. ¡Oh, qué locura! Daniela intentó librarse de su peso en un juego pícaro, pero Jonás pesaba demasiado para sus finas piernas. Deslizó los dedos por debajo del tanga y de un tirón lo arrancó. Ella soltó un pequeño grito y él le susurró que guardara silencio. Sus ojos eran sobrenaturales, otra vez volvían a brillar de una forma totalmente distinta. De la misma manera que brillaban en el saloncito, o cuando le había arrojado el libro y parecía pensar si saltar sobre ella o meditar y calmarse. Besó su vientre, soltó su pequeño sujetador de encaje y sus pechos saltaron bajo aquella tela que los ocultaba hasta el momento.

—¿Confías en mí? —le susurró al oído mientras le levantaba los brazos por encima de la cabeza y la hacía aferrarse con las manos a la pata de la cama—. Dime...

—Sí, claro que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

Apenas tuvo tiempo de terminar la pregunta. Jonás ató sus muñecas a la pesada pata de madera con los restos desquebrajados de su ropa interior y luego deslizó los dedos por ambos pechos. Él era como un titán sobre ella, sus músculos se tensaban cuando apoyaba las manos sobre la alfombra para no aplastarla y su pantalón descendía un poco más dejando entrever aquella curva de su culo que tanto le gustaba. Pero de pronto se apartó. Se levantó muy despacio sin dejar de observar a Daniela sobre la alfombra con tan solo los zapatos de tacón puestos y atada a la pata de la cama. Se irguió.

—Y llegamos a ese punto perfecto en el cual estás totalmente expuesta a mí y no puedes escapar.

Daniela frunció el ceño e intentó soltarse mientras le daba réplica: —Y llegamos a ese punto en el cual estás tan excitado que, si levantara la cadera y separara las piernas, podría pedirte el cielo y me lo darías.

—Mi preciosa Daniela tiene una lengua afilada y rápida. Me encanta.

Daniela vio cómo cogía la copa de vino, la llenaba y volvía a acercársela a los labios mientras levantaba la cabeza con cuidado y dejaba que se derramara algo de líquido por su barbilla. Pasó la lengua por ella, y luego mordió suavemente uno de sus pechos. Seguía con el pantalón medio desabrochado, la camisa abierta

y

aquellos

rizos

descolocados por la frente que le hacían parecer tan salvaje e impredecible.

—Jonás, ¿qué pretendes hacer?

—Follarte, Daniela. Creí que era obvio.

—Te recreas... Suéltame... O al menos...

Volcó muy despacio el poco vino que quedaba sobre su pelvis y su sexo. Se apartó, se desprendió de la camisa y del resto de su ropa y, colocándose sobre ella sin apenas tocarla, fijos los brazos en la alfombra, tensó todo su cuerpo y la besó apasionadamente. Daniela se peleó con sus muñecas hasta que aferró la pata con desesperación. Su lengua empezó a descender por su vientre, su pelvis, presionó ligeramente su clítoris y creyó morir de placer.

—Oh, Señor... No hagas eso... — suplicó ansiosa.

Jonás

no

prestaba

atención.

Jugueteaba perversamente con el centro de su placer. Pasó una y otra vez la lengua por él y luego bebió los restos del vino con la intención de que no llegaran a la alfombra, de que todo quedara en su piel o en su lengua, en su boca o en la de ella, le daba lo mismo.

Solo deseaba poseerla, como fuera.

—Jonás... Belanger... Me duelen las muñecas y...

Su sexo chocó contra su vientre y la miró con tanta seriedad que parecía otro hombre distinto.

—Pídemelo, Daniela... —le dijo mordiéndole

la

boca—.

Vamos,

pídemelo... Olvídate de tu educación, olvídate de todo, quiero que seas sucia, que seas un poquito más zorra.

¡Zorra! ¡El educado y caballeroso Jonás Belanger había dicho zorra!

Su sexo latió con tanta fuerza que creyó que iba a perder el conocimiento si no la penetraba de inmediato. Se aferró con tanta fuerza a la pata que estaba segura de que se dejaría allí las uñas. Aquel hombre, aquel ser de otro mundo, estaba sobre ella con todos los músculos de su cuerpo bailando sobre su carne y su erección parecía clavarse en la entrada de su vagina sin ninguna prisa o intención por su parte.

—Vamos Daniela...

—Fóllame —se oyó que decía.

¿Lo había dicho? Sí. Eso parecía.

—Una vez más —murmuró.

—Fóllame Jonás o me volveré loca.

Te lo suplico, deja de jugar ya conmigo.

Fóllame, maldita sea —¿Espacio? —inquirió con burla. Y

a continuación se enterró un poco más en ella.

—¡Duro! Jonás. No juegues así...

Hazlo con fuerza... Más rápido...

Jonás dejó escapar una risa lenta, besó su mejilla y se enterró totalmente en ella con un suave jadeo que acabó por

matarla

de

placer.

Estaba

empapada, sus piernas y su vientre ardían, sus labios le abrasaban y sus entrañas calcinaban su sexo. ¡Oh, Señor, iba a partirla en dos si no dejaba de moverse de aquella forma tan lasciva!

Cerró los ojos y meditó unos segundos. Daniela estaba fuera de sí.

Levantó la pelvis con tanta firmeza que su miembro se perdió totalmente en sus entrañas. El choque de su pelvis le perforó y sus pechos se movieron hacia atrás mientras sus manos se aferraban con desesperación a aquella pata ribeteada que la tenía presa.

—Sigue... Más rápido... No pares...

Jonás...

Jonás apoyó los codos y los brazos sobre la alfombra muy cerca de su rostro. Su boca sabía a vino y a dulzura, su lengua se movía tan ansiosa como su pelvis. Estaba tan mojada que apenas notaba el roce de sus paredes y eso lo acabó de desquiciar. Daniela sacó la lengua y en un gesto obsceno se la pasó por la mejilla y le susurró: —Haz que me corra... señor Belanger...

Comenzó a embestirla con tanta fuerza que perdió el hilo de la realidad bajo sus jadeos y sus susurros descontrolados. Su cuerpo se tensaba bajo el suyo, sus piernas se enredaban en su cadera y lo arrastraban como una serpiente invitándole a más y más placer. Estaba perdido y ella suplicaba una y otra vez que no cesara. La dulce Daniela había

desaparecido

por

momentos y tenía una serpiente bajo su cuerpo que le hacía perder la razón.

¡Ah,

se

contoneaba

como

una

verdadera meretriz. Perdió la cuenta de sus embestidas, de sus besos, de sus jadeos y de sus súplicas y la penetró una y otra vez cada vez con más violencia hasta que ella comenzó a temblar, hasta que sus gritos le hicieron darse cuenta de que se abandonaba a lo evidente, que su sexo se contraía y que iba a llenarla, que iba a estallar dentro de ella sin más dilación.

—Jonás...

Su voz sonaba a los lejos. Permanecía tumbado en el suelo, sobre la alfombra, intentando recuperar el aire que le faltaba. Se giró hacia ella y liberó sus manos de las ataduras. Daniela se frotó la piel con los dedos, se desprendió de sus zapatos de tacón y desapareció tras la puerta del aseo. Oyó la ducha al fondo y se quedó dormido durante al menos unos quince minutos. Despertó de su duermevela cuando oyó sus pisadas. Se inclinó sobre su cuerpo y la besó con dulzura en la frente. Estaba amodorrado, plácidamente

amodorrado. Se levantó, apagó la luz de la enorme lámpara de araña que cubría gran parte del techo y se acostó al lado de Daniela. Oyó el sonido de un piano a través de la ventana, del suave bullicio de la calle y vio la luz de las farolas a lo lejos. Daniela se acurrucó en su pecho y enroscó una pierna sobre él. ¿Era así como la gente dormía cuando amaba?

No estaba seguro. Sintió que el sueño le invadía y los ruidos de la selva comenzaron a penetrar en su mente.

Los bejucos volvieron a cobrar vida, pero esta vez no podía divisar ninguna luz del campamento, y ella no estaba allí con su bonita cinta de raso verde entre los dedos. La humedad se pegaba a su piel y la ropa le pesaba. La espesura de aquel sotobosque era una maraña de plantas que le golpeaban la cara a medida que avanzaba sin dirección alguna. Oyó los acordes del piano sobre las aráceas y los espesos helechos y otra vez el pánico amenazador le bombardeó todo el cuerpo cuando oyó el sonido de un arma detrás de él. Se giró sobre sus pasos y el cañón de una pistola le apuntó a la cara. Levantó los brazos y trastabilló a punto de perder el equilibrio sobre el frondoso enjambre de plantas. El cielo estaba salpicado de estrellas y la suave luz de la noche permitía ver la imagen del hombre frente a él.

—William... —susurró sin salir de su asombro—. No deberías estar aquí. Baja el arma, solo quiero... llegar a casa...

Su abuelo dudó unos segundos.

Tenía las mejillas contraídas y el pelo cano engominado hacia atrás como siempre,

pero

vestía

como

un

explorador, pantalón caqui, camisa blanca, sombrero y una especie de cartuchera colgada en su cadera.

—William, soy yo... tu nieto...

Jonás...

Lo miró con desconfianza y luego apoyó el cañón en su mejilla.

—Te dije mil veces que no era buena para ti Jonás. ¡Mil veces!

—William, por favor... —repitió sin bajar los brazos.

—¿Acaso no lo recuerdas? ¿No recuerdas? ¡Contesta!

—William... No sé de qué me hablas. No recuerdo nada.

William James sacudió la cabeza y clavó sus grandes ojos en él.

—Soy yo, tu nieto... No sé de qué me hablas, pero por favor baja la jodida pistola...

—¡Te lo dije Jonás! —prosiguió él—.

¡Te dije que no subieras!

El arma tembló entre sus dedos y se clavó con más intensidad en la carne de su mejilla. Jonás se balanceó hacia atrás, pero su abuelo apartó la pistola de su cara y la tiró al suelo.

—Te dije que no debías subir... Pero siempre has sido un niño obstinado y testarudo.

Recuerda

—le

espetó

señalándole con el dedo—. ¡Debes recordar!

«Recuerda...»

Saltó en mitad de la noche como si le hubieran tirado un jarro de agua fría.

Había gritado, estaba seguro. Daniela se incorporó y encendió precipitadamente la luz mientras él no dejaba de balancearse de un lado a otro.

—Santo cielo, Jonás... Jonás... ¿Qué pasa?

—Recuerda... Recuerda... No debí ver aquello, no debí subir y él me lo dijo...

—¡Jonás!

Lo zarandeó hasta que pareció despertar del todo. Estaba asustado y se aferró a ella con desesperación rodeando su cintura con los brazos y apoyando la cabeza en su vientre mientras susurraba palabras ininteligibles.

—Jonás... Has tenido otra pesadilla por el amor de Dios... Tienes... Tienes que tomar algo, tiene que haber algún medicamento o algún tratamiento para que no tengas estas terribles pesadillas.

Jonás miraba al vacío.

—Recuerda...

—¿Recuerda? —le preguntó sin entender nada.

—Daniela...

Se apartó de ella y se dejó caer sobre la almohada. Se llevó las manos a la cara y se apartó el pelo de los ojos mientras Daniela se acomodaba sobre su pecho y volvía a apagar la luz.

—Repito lo que soñé cariño mío porque mañana posiblemente no me acuerde de nada. Es horrible. Ya no es la selva o lo que viví allí. Era mi abuelo.

Me decía que recordara, pero no era lo que decía, sino el hecho de que me sentía en la obligación de hacerlo.

«Cariño mío.»

Repitió para sí sus palabras y sintió que amaba a aquel hombre con todas sus fuerzas. ¿Podía ser? Se había vuelto loca y sentía una opresión en el pecho como jamás había sentido en su vida cuando la abrazó con fuerza.

—Jonás... Deberías consultar con un especialista. Quizá los años en esa selva te hayan creado una especie de trastorno por estrés ¿No lo has pensado?

—Daniela, claro que lo he pensado.

Me diagnosticaron trastorno por estrés postraumático hace dos años, pero creí que lo tenía superado. Bueno, más bien mi médico me dijo que lo tenía superado. Viví dos años en San Francisco cuando regresé de Colombia, tengo doble nacionalidad. Allí me trataron.

Hizo una pausa y la besó en la cabeza. Miró al techo y pareció meditar durante un largo espacio de tiempo.

—Oh, Señor, Daniela. ¿Por dónde quieres que empiece? He vivido en todos los puntos del mundo... Pasé cinco años en Colombia, dos en San Francisco, otros dos en Italia, España, Alemania... Mi

amor, podría contarte mil batallas, mil historias para no dormir. Martín me ha acompañado en muchas de ellas, es mi abogado, pero sobre todo es mi amigo. Me sacó dos veces de la cárcel por periodista suicida, como decían en Colombia, me acompañó a Japón dos veces más y ha pasado largas temporadas conmigo en San Francisco aunque vive en España.

Qué más puedo decirte de mi vida...

He tenido sueños recurrentes desde hace cuatro años cada noche, cada vez que me dormía. Pero no... Esto es distinto... En los sueños nunca había aparecido mi abuelo, hasta que llegué aquí.

Se giró y la contempló en la penumbra. Apoyó las manos bajo la mejilla y rozó con ternura su nariz afilada y respingona.

—Tengo esa sensación de que debo recordar. Igual es una tontería, una estupidez que solo queda en un maldito sueño. ¿Estaré loco?

—Eso no lo dude señor Belanger.

Además, ha perdido sus formas de caballero galante cuando me ha dicho que me comporte como una zorra.

Jonás se apretó más contra ella y pareció besarla, aunque solo hizo un pequeño amago y luego sonrió.

—No la vi muy ofendida, es más, creo que detrás de ese aire de bibliotecaria erudita que todo lo sabe duerme una pequeña zorra deliciosa.

—¡Jonás!

La besó con fuerza y enterró la lengua en su boca.

«Llevo una semana contigo y ya no puedo vivir sin ti. ¿Lo entiendes Jonás?

Yo no.»

Daniela intentaba descifrar su rostro, pero Jonás parecía mirarla desde otro lugar. Parecía no estar allí.

—¿Has amado alguna vez? —le preguntó de pronto sin comprender ni ella misma por qué lo hacía—. Quiero decir, si te has enamorado en alguna ocasión en tu larga y aventurera vida.

Jonás pareció volver de su mundo paralelo y arrugó el ceño, luego se quedó pensando un rato y suspiró mientras se giraba para contemplar el techo y la inmensa lámpara con sus cristales.

—¿Cómo se sabe eso, Daniela? —le preguntó—. ¿Lo has hecho tú? ¿Te has enamorado alguna vez de un hombre?

Explícamelo por favor, porque no tengo claro qué es el amor o si para cada persona es de una forma distinta. No lo sé...

—Eso se sabe, Jonás. Yo sí me enamoré una vez, era muy joven.

Supongo que era amor, porque...

Porque le quería y sufrí cuando lo nuestro no llegó a nada. Es decir, nadie me rompió el corazón, simplemente no estábamos hechos el uno para el otro y seguimos distintos caminos. Pero sufrí su ausencia y lo pasé realmente mal, aunque, repito, era muy joven e igual...

—Igual el amor solo existe entre madres e hijos, y lo que nosotros llamamos amor es una mezcla de deseo y cariño llevado a lo extremo y su consiguiente dependencia.

Aquella

explicación

la

dejó

descolocada.

—Pero hay que llamarlo de alguna forma, ¿no es así? —le preguntó él mirándola.

—Puede ser... Es una buena explicación —contestó—. Sin embargo, vuelves a frivolar. El amor es más intenso, supongo. Es una palpitación.

Un dolor y a la vez...

—Entonces el amor duele como una puñalada —dijo él para sí mismo.

Daniela estaba perdida. No entendía si sabía de qué hablaba o tan solo hacía cábalas sobre lo que él creía que era el amor.

—Me pierdo contigo, pero no me has contestado. Supongo que no has amado nunca. Desde el concepto que tú consideras que significa el amor por una mujer claro.

—No he tenido tiempo para el amor, Daniela. He disfrutado de las mujeres y de lo que me han brindado, y luego me he ido sin mirar atrás y sin ningún tipo de remordimiento.

Ella asintió pero parecía ausente, alejada de él, como si meditara sus palabras.

—Pero no he sido una mala persona —añadió—. Nunca prometí nada a ninguna, jamás las engañé ni me aproveché de ellas.

Volvió a girarse y cogió sus manos.

Daniela seguía mirando al vacío, perdida en sus pensamientos o sus palabras.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Daniela afirmó suavemente y se acomodó en la almohada.

—Jamás he dormido una noche entera con una mujer hasta que te conocí. Era incapaz de hacerlo. Me incomodaba esa intimidad. No lo soportaba. No podía.

—¿Y conmigo sí?

—Bueno, tú jamás dejaste que un hombre se acostara contigo en la primera cita hasta que me conociste.

¿No es así? —inquirió, y luego se rió—.

Quizá sea mi forma de amarte, una estupidez tan simple para algunos es algo

importante

para

otros.

¿Comprendes lo que quiero decir?

Quizá lo que para ti es amor, para mí es un simple impulso y lo que para ti es habitual, para mí es un amor profundo.

«Quizá es mi forma de amarte.»

Le gustaba sentir el delicioso calor que emanaba de su cuerpo. Se acurrucó contra él y enterró la cabeza entre su hombro, su pecho y su brazo.

«Quizá...»

—¿Me está diciendo señor Belanger que igual me empieza a amar un poco?

Al decir esto su corazón comenzó a latir a mil por hora y sintió una vergüenza terrible al pensar que él pudiera darse cuenta de ello.

—No —apostilló pasando la mano por su pelo y besándole la cabeza—. No empiezo a amarte. Te deseo, te necesito, me siento a gusto a tu lado, y la idea de que mañana me digas que no quieres seguir con tu trabajo y que debes irte me llena de pavor. ¿Eso es amor, señorita Cantelli? Sí es así, entonces estoy loco por usted y la amo con toda mi alma.

Eran las nueve de la mañana y el cielo estaba cubierto de nubes. Las ramas de los robles se zarandeaban a causa de la suave brisa. Todo estaba envuelto en un color gris metalizado, no tardaría en llover. Alicia estaba en el porche de la parte de atrás de la casa, observaba a Calvin mientras iba de aquí para allá con su carretilla. Se preguntaba si aquel hombre nunca se cansaba de trabajar aquel jardín y si sería capaz de vivir sin él cuando Garden Manor dejara de existir para ellos.

Se apoyó sobre el respaldo de la silla de mimbre y tomó su taza de café humeante. Pensó en el joven Jonás. En lo mucho que se parecía a William y a la vez en todas sus diferencias. Él había comprado un bonito vestido para ella y para Colette y luego le había regalado una costosa botella de ron a Calvin.

Aquel gesto la había llenado de ternura y a la vez de una cierta nostalgia. No podía negar que veía a William cada vez que Jonás se acercaba a ella, pero no podía decírselo, no podía contarle muchas cosas y eso comenzaba a atormentarla dolorosamente. Jonás era una buena persona, un hombre íntegro y lleno de valores. Nada había cambiado en él aunque pasaran muchos años. Veía a Colette como una hermana débil e insegura a la que proteger aunque tuviera cuatro años menos que ella, y así había sido siempre desde que era un niño.

«Oh, William, ¿si pudieras ver en lo que se ha convertido tu nieto?»

A veces tenía la extraña sensación de que William no se había ido del todo de aquella casa. Su mente le jugaba malas pasadas y tampoco era extraño. Ella había querido a ese hombre como un padre, aunque William tenía pocas virtudes como tal, para qué negarlo.

Pero le había querido así, con sus ataques de furia, sus insolentes incursiones nocturnas a los burdeles más lujosos de Londres y todos sus defectos. Amaba la vida rabiosamente y los placeres que esta le brindaba, sin pensar en las consecuencias, pero quería a su nieto, lo quería con toda su alma aunque nadie comprendiera aquella forma de amarlo y lo que sucedió. Había sido una catástrofe demasiado oscura y desagradable que no estaba dispuesta a remover.

Calvin entró por la puertecilla lateral del porche. La buganvilla y las enredaderas empezaban a cubrir el techo acristalado y aquella terraza parecía una pequeña y privada selva. Se sentó al otro lado de la mesa y se sirvió un café que aderezó con un chorrito de ron.

—¿Y Colette? —preguntó mientras se arrellanaba en la silla.

—Preparando la habitación de invitados para el abogado de Jonás; Martín. Está atacada de los nervios, ese hombre la está volviendo loca.

Calvin soltó una profunda carcajada y saboreó su primer sorbo de café.

—Déjala que disfrute un poco de la vida, Alicia. Tiene treinta y nueve años y nunca ha vivido más de lo que encierran cien kilómetros de distancia.

Alicia asintió con melancolía y pareció meditar mientras observaba las enredaderas.

—Espero que no sufra, aunque tengo que reconocer que Martín Baseti parece un hombre íntegro y de ideas claras.

Me gusta que Colette esté así. Daniela también ha sido un punto de apoyo e inflexión para ella, es una gran muchacha.

Calvin la miró con ojos cansados y luego suspiró.

—Tarde o temprano todo saldrá a la luz, Alicia. Por mucho que te empeñes en alejar las cosas en el tiempo y en la forma, ese chico recordará.

Aquella afirmación hizo que Alicia ensombreciera el rostro y contrajera el gesto.

—¿Por qué dices eso ahora, Calvin?

—Maldita sea, Alicia. Lleva fuera de Garden Manor veinte años, pero ese chico vivió aquella noche como tú, como yo, como todos los que estábamos en esta casa. Y aunque su cabeza haya bloqueado esos recuerdos, no pasa ni un minuto bajo este techo que no se gire en el mismo punto de las escaleras y se quede atolondrado mirando a la nada. ¿Crees que no recordará? ¡Qué me parta un rayo, querida!

—No lo sé, Calvin. No lo sé. Me aterra pensarlo. Encontró sus cartas, Calvin. Las cartas que Elisabeth escribía a Petro. No me dijo nada, pero se ha pasado los primeros días encerrado en su habitación y ni siquiera él sabe lo que busca. Lo que más me atormenta es que no me ha preguntado nada.

Nada...

—Quizá la solución es que tú misma se lo cuentes. ¿Lo has pensado alguna vez Alicia?

Ante aquella pregunta Alicia puso un gesto de estupor y se llevó las manos a las mejillas.

—¡Eso sería una locura! ¡No podría!

—exclamó.

Calvin hinchó el pecho para luego soltar el aire lentamente. Apoyó los brazos sobre la pequeña mesa y observó el interior de su taza de café.

—El pasado siempre vuelve Alicia.

Siempre —apostilló—. No tenemos otra cosa que mirar si no es el pasado.

—William no permitiría...

—¡William esta muerto Alicia! —le interrumpió. Golpeó con el puño la mesa y luego se inclinó de nuevo contra el respaldo y suavizó la voz—. William ya no está, maldita sea. Y ese chico tarde o temprano recordará esa maldita noche. ¡Lo recordará todo, Alicia! ¿Y

qué vas a decirle?

Comenzaba a desesperarse. No quería seguir escuchándole más.

—Garden Manor se venderá en un par de meses y con ella sus fantasmas y demonios, y aunque se me rompa el corazón en mil pedazos es la única forma...

—Pues reza tus plegarias para que sus recuerdos sigan dormidos. Ha vuelto a la mansión y empieza a recordar. No hay que ser muy listo para verlo, querida. Y eso no significa que cuando se vaya todo desaparezca, quizá su regreso active algo en su cerebro que no podemos parar ya. Soy un viejo inculto de pueblo, pero no hay que ser muy inteligente para llegar a esa conclusión.

—He criado a ese muchacho como si fuera mi hijo el tiempo que William me lo permitió. No soportaría...

Calvin volvió a clavar el puño en la mesa y carraspeó para aclararse la voz.

—¡Y yo Alicia! ¿Crees que no adoro a ese chico aunque hayan pasado veinte años? Pero lo inevitable es inevitable.

Todos sabíamos que tarde o temprano regresaría a Garden Manor.

Se levantó torpemente y guardó la pequeña petaca de piel que siempre llevaba en su chaqueta.

—¿Cuándo regresan de Londres?

—Mañana por la mañana. Martín Baseti viene por la noche y supongo que Jonás irá al aeropuerto a recogerle. Los abogados de William quieren dejar todo el papeleo listo la semana que viene. Hay mucho documento que firmar y esa muchacha todavía tiene bastante trabajo por delante. —Al decir esto Alicia se rió entre dientes y meneó la cabeza de un lado a otro—. ¿Sabes que la mira del mismo modo que miraba William? Hasta en eso es igual que su abuelo.

—La genética, querida, la genética.

Todavía recuerdo cuando empecé a trabajar en Garden Manor. ¿Qué tendría, dieciocho años? Qué viejo soy... William ya tendría cuarenta y tantos años, pero, maldita sea, cómo se conservaba ese demonio.

Alicia esbozó una sonrisa sincera y lo miró.

—Siempre fue un hombre muy guapo. Pero nunca superó la muerte de Claudia. Su mujer era su equilibrio.

Creo que por eso nunca aceptó a Petro, le culpaba de la muerte de su esposa.

Los partos eran complicados... Qué tozudo era ese hombre, por el amor de Dios.

—Tozudo y pervertido. Y a veces un borracho empedernido, aunque tengo que decir que las veces que lo vi como una cuba seguía manteniendo aquel encanto arrollador y su verborrea encandiladora y seductora.

—Yo también era muy joven. Mi tía me tapaba los ojos cuando entraba con aquellas mujeres y subía a su habitación. Y luego ponía música — Alicia soltó una profunda carcajada y se ruborizó—, para que no escuchara lo que hacían, como si yo fuera tonta y no lo supiera.

Evocó durante unos momentos la imagen de William con su traje impecable de rayas y aquellas hermosas mujeres que traía por pares a casa. Ella tenía por aquel entonces quince o dieciséis años. Era una niña, sin duda.

Petro James, el padre de Jonás, apenas era un bebé.

—Nunca se lo conté a nadie —dijo entonces Calvin saliendo de su mutismo momentáneo mientras miraba a través de los cristales de la terracita—, pero cuando era tan jovenzuelo soñaba con ser como William y a veces incluso llegué a espiarlo cuando estaba con aquellas mujeres de mala reputación.

—¡Calvin Jones! —exclamó ella entre la sorpresa y el estupor.

—Se aprende mucho mirando, querida, y te recuerdo que yo apenas tenía veinte años y sentía una curiosidad insana por todo lo que tuviera que ver con el sexo opuesto.

Jamás le confesaría que incluso William le había permitido más de una vez participar en alguna de sus fiestas privadas con aquellas mujeres siendo solo un muchacho. Alzó la vista al cielo y frunció el ceño.

—Va a llover.

—¡Mis sábanas! —gritó Alicia. Se levantó y salió corriendo tanto como sus regordetas piernas le permitían.

Al rato regresó. Tenía las mejillas arreboladas y un par de mechones de pelo canoso le caían por los lados desordenadamente.

Calvin

seguía

mirando a través de la cristalera, se giró lentamente y miró al suelo como si algún pensamiento le provocara una profunda melancolía o preocupación.

—¿Has pensando en la posibilidad de que alguien de Hight también le diga algo a Jonás? —preguntó al fin—.

Y no me refiero a lo que pasó. Si no sobre Elisabeth o Colette...

Alicia

se

arregló

el

pelo

cuidadosamente y volvió a colocar el pasador correctamente, junto con las horquillas que se había quitado y sujetaba con la boca.

—Calvin, por el amor de Dios, llevas cuarenta años sin pensar en nada que no sea el maldito jardín y ahora me estás atormentando con algo que se nos escapa de las manos. ¡No sé que podemos hacer!

—¡Decírselo nosotros! —gritó—.

¡Maldita sea, Alicia!

La mujer estaba claramente alterada, comenzó a dar vueltas en círculos con los brazos cruzados sobre sus pechos y no cesó en sus giros hasta que Calvin la aferró con fuerza por los brazos.

—Alicia... Es tu decisión, querida mía. Baraja todas las posibilidades, pero no lo dejes por mucho más tiempo...

No es justo para nadie. No lo fue para William, no lo fue para ese muchacho y no lo es para nadie de esta casa.

Lo miró con desesperación y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Que Dios nos perdone... —susurró. Y al instante rompió a llorar desconsoladamente.

Había hablado con Martín durante más de media hora por teléfono. Su vuelo llegaba a las nueve de la noche, justo a tiempo para recogerlo y cenar en Garden Manor todos juntos. Tenía los pies destrozados y no era para menos.

Daniela era como una adolescente con las hormonas disparadas en una tienda de moda cuando se trataba de visitar museos y galerías de arte.

El Museo Británico fue quizá el que más impacto hizo en ella. Seguido de la Galería Nacional de Arte, con las increíbles colecciones de pinturas de artistas como Rembrandt o Rubens.

Jonás no comprendía cómo muchas de las obras expuestas, que bien podían ser un reflejo de un simple ataque epiléptico de un pintor, tenían tanto valor. Daniela ante aquella afirmación le soltó una larga perorata sobre las técnicas pictóricas que, sinceramente, apenas entendió. Tras comer en un bonito y elegante restaurante en Trafalgar Square, visitaron el Museo Imperial de la Guerra. Jonás recuperó su frenética actividad nada más entrar en él. Aquello era diferente. Había una gran cantidad de vehículos militares, aviones y armamento bélico. Tanques, cohetes y una zona dedicada a lo que se denominaba «guerra secreta», que no era otra cosa que los utensilios y armas que se usaban para todo lo relacionado con el espionaje.

Terminaron su ruta turística al caer la tarde. Jonás estaba guapísimo con la ropa que había escogido aquella mañana. Más de una vez ella se había quedado

observándolo

mientras

hablaba por teléfono, con sus bonitas gafas de piloto, la camisa blanca que revoloteaba con la brisa y que a veces dejaba entrever un poco de su deliciosa pelvis, y aquel pantalón vaquero de Armani. Jonás se escurría en una silla o un sofá, según donde le pillara la llamada, sacaba un bolígrafo y una pequeña libreta que guardaba en uno de los bolsillos laterales de la camisa y comenzaba a

escribir

garabatos

mientras, con un aire petulante y algo chulesco, mascaba chicle y se deslizaba las gafas hasta la punta de la nariz para observar mientras hablaba todo lo que ocurría a su alrededor. Le guiñaba un ojo, le sacaba la lengua y luego volvía a adquirir esa presencia austera y seria que a veces tenía.

Realmente Jonás Belanger era un hombre que llamaba la atención. Sus rizos mojados cuando salía de la ducha y apenas se secaba el pelo, pegados por la

frente

formando

bucles

desordenados y descuidados de algún modo le daban un aire golfo y perturbador. Daniela siempre se sentía en

alerta

cuando

se

quedaba

observándola desde donde estuviera.

Hiciera lo que hiciera siempre tenía un momento para perderse en su boca o en su cadera, y cuando repasaba sus largas piernas bajo su vestido o se quedaba con la vista fija en sus pechos la sacaba de sus casillas. No le importaba quien estuviera cerca o si la gente notaba sus extrañas reacciones. Sin embargo, Daniela se ruborizaba, no estaba acostumbrada a que un hombre con aquel talante tan personal y directo actuara a veces como si estuvieran solos y el mundo fuera de ellos. La situación era excitante, no podía negarlo. Jonás lograba con mucha facilidad que se sintiera la mujer más deseada del mundo, sin embargo ella siempre había sido una persona amiga de la discreción y Jonás Belanger sabía muy bien cómo alterarla hasta sacarla de quicio.

Pero no fue hasta la hora del café cuando el sol comenzaba a caer sobre ellos lentamente, cuando Jonás volvió en sí.

—En esta cafetería el café es muy bueno, y yo necesito ocho después de la caminata que me has hecho dar —dijo con un tono de humor amable.

—Ha sido maravilloso. Todos esos cuadros. ¡Y el Museo Británico! ¿Tienes idea de las ganas que tenía de conocer ese museo? ¡Era una niña!

Jonás la estudiaba detenidamente.

Daniela irradiaba felicidad, emoción. Se sentía pletórica. Pensó durante unos instantes que era la primera vez en su vida que había hecho feliz a una mujer con algo tan sencillo como un puñado de libras y tres museos. Apoyó un codo sobre la mesa y se llevó los dedos a los labios mientras parecía meditar. Una vez más, se perdió en la curvatura de sus pechos apretados en aquel vestidito caqui, que lucía con una chaqueta de punto, a juego, por los hombros.

—Dame tus bragas —ordenó de pronto.

Daniela dejó de revolver con la diminuta cucharita y pestañeó como si no hubiera entendido lo que había dicho.

—¿Perdona?

—Dame tus bragas. Es muy sencillo.

Llevas vestido, no te resultará difícil quitártelas con discreción y dárme las.

—Por Dios... Pero si estamos rodeados de gente y... ¿Por qué me pides eso? ¿Aquí?

Se inclinó sobre la mesa y deslizó sus gafas hasta la punta de la nariz. Su mirada era quizá más penetrante y amenazadora cuando adquiría ese ademán, y estaba convencida de que él era totalmente consciente de lo que transmitía.

—Compláceme Daniela... Vuélveme loco... Haz lo que te pido cariño mío.

Eres suficientemente inteligente como para que nadie detecte lo que haces.

Vamos...

Le hervía la cara. Le sudaban las manos. Jamás se había encontrado con una situación semejante. Dio una ojeada a su alrededor con un movimiento rápido de cabeza. Había cuatro mesas muy cercanas, una vacía, dos con una parejita de enamorados, y otra con un matrimonio y dos niños. Lo que más le incomodaba era la presencia de un joven camarero que no se apartaba de la puerta del local y que controlaba constantemente toda la terraza. Daniela resopló y comenzó, sin entender ya ni por qué lo hacía, a deslizar sus bragas. Primero con una mano la parte derecha; cuando la tela llegó casi a la rodilla y corría el peligro de que vieran la telita blanco nuclear, optó por dedicar su tiempo al lado izquierdo. Sin embargo, a medida que las braguitas resbalaban cada vez más abajo, su cara era el vivo reflejo de la desesperación y la vergüenza más profunda y doliente.

—Creo que no tienes mucha experiencia en este tipo de juegos, cariño —le dijo entonces con un manifiesto tono de burla—. Y como buen caballero, te echaré una mano.

Daniela lo miró con odio y se apartó el pelo de la cara.

—Tienes la gracia en la punta del...

—Esa boca, señorita. No pierda las formas...

Movió su silla con total tranquilidad.

El camarero pareció detectar que algo raro pasaba en la mesa del fondo. Sin embargo, no se movió, giró la cabeza como si fuera un muñeco de madera y continuó su recorrido por el resto de las mesas y los clientes.

—Daniela... —murmuró ya sentado a su lado—. Es todo mucho más fácil, aunque si te soy franco, me está poniendo muy cachondo verte dar saltitos intentando bajarte las bragas de esa forma tan infantil.

Levantó el brazo y llamó al camarero. Daniela se puso de los nervios ¿Qué pretendía hacer? ¿Estaba perdiendo la cabeza?

Pero Jonás le hizo inclinarse y le susurró algo al oído al muchacho. Este afirmó con contundencia y al poco regresó con un cuchillo y la cuenta.

—Permíteme —le dijo cogiendo el cuchillo con elegancia.

Se inclinó discretamente y cortó el lateral de su ropa interior. Al momento tenía las bragas de Daniela en la mano, y ella quería morirse.

—Por el amor de Dios, esto es horrible. Estoy muerta de vergüenza, podrías habérmelo dicho antes.

Jonás dejó escapar una risita descontrolada y luego, sujetando la silla, volvió a sentarse frente a ella. El camarero parecía haber detectado lo que hacían en la mesa y no quitaba ojo a las piernas de Daniela y las manos de su acompañante.

—Me gusta verte nerviosa. Me provocas ternura, reflejas inocencia.

Pero luego te recuerdo diciéndome esas cosas tan... sucias, como ayer por la noche y...

Acercó la tela a su nariz y respiró profundamente

su

ropa

interior.

Daniela se llevó la mano a la boca y miró a ambos lados.

—¡Estás

enfermo!

—exclamó

controlando

el

nivel

de

voz—.

Pervertido.

—Me muero por follarla señorita Cantelli. Quiero volver al hotel, quiero meterla conmigo en la ducha y hacerle el amor durante horas. ¿Es posible?

Seguro que sí.

—No me hables de ese modo —dijo con un tono de desesperación.

—¿Por qué? ¿Te mojas?... Recuerda que no llevas bragas —Dicho esto miro hacia el cielo y suspiró—. Y hace algo de viento. Va a llover.

La idea de levantarse de aquella silla y haber mojado el vestido la lleno de pánico. Ladeó el cuerpo con cuidado y observó meticulosamente que no sería fácil empapar aquel vestido gracias a las dos capas que llevaba debajo. Dio gracias a Dios por haber elegido aquella mañana aquel modelito y no uno más veraniego, y volvió a clavar la vista en su acompañante, que seguía con las bragas en la mano y mostraba una clara intención de olisquearlas de nuevo.

—Jonás Belanger, guarda esas bragas de una vez o saltaré sobre la mesa y te las quitaré yo misma.

—Te verían el culo y ninguno de los dos quiere eso —apostilló, y al hacerlo se llevó la prenda nuevamente a la nariz.

—¡Jonás!

—Me

encanta

como

hueles,

Daniela...

Daniela se rió como si fuera una loca y luego se tapó la cara con ambas manos.

—Sí. Es algo básico y salvaje. Somos animales, Daniela. Nuestros instintos encienden nuestras más bajas pasiones.

El olor de una mujer. Su olor alimenta ese monstruo que llevamos dentro. Da de comer a ese lado oscuro, obsceno e impulsivo que tenemos.

—Jonás... Me desesperas. No puedo contigo.

—Soy franco contigo —dijo, y guardó las braguitas en el bolsillo de su pantalón—. Algún día seré capaz de hacer que tú seas tan franca como lo soy yo, cariño mío.

—Puedo serlo, pero me resulta difícil si estoy rodeada de veinte personas a dos centímetros de la mesa y me pides que me baje las bragas delante de todos. Sin pensar en el camino que nos queda de vuelta al hotel con este maldito viento que se está levantando.

—Te atarás la chaquetita de punto a la cintura.

Su afirmación imperativa y astuta la hizo sonreír de un modo casi malicioso.

—El vino blanco te desata. Me enseña esa parte censurada que tu cuerpo y tu mente esconden en una de esas librerías de tu cabeza de «cositas prohibidas que no decir».

El camino de vuelta no fue más aparatoso de lo que ella estimaba, si no fuera por las dos veces que paró delante de un escaparate y la mano de Jonás se deslizó por debajo del vestido para rozarle el sexo desde atrás. Se colocaba discretamente detrás de ella y mientras le hablaba de algún libro que deseaba leer o de lo mucho que le gustaba alguna escultura o figura, él jugueteaba con ella, rozaba su sexo con las yemas y luego de una forma obscena se chupaba los dedos y seguía como si aquello fuera lo más normal del mundo. Y quizá lo fuera, pero no para ella. No obstante, era consciente que sus juegos la excitaban terriblemente, que por mucho que sus mejillas se encendieran, por mucho que la vergüenza fuera más protagonista de lo deseado, Jonás la seducía, la provocaba hasta llegar a perder el hilo de la realidad, la conversación, o lo que demonios fuera a decirle en aquel momento.

En el hotel apenas le dio tregua. Casi sin darse cuenta la situó delante del espejo y le quitó la ropa con su maliciosa costumbre de analizar cada detalle

de

su

cuerpo.

Eso

la

abochornaba. Las luces de la habitación eran intensas y seguramente tendría más de un defecto que quedaba a la vista con su manía de escrutarla sin piedad. Sin embargo, lejos de sentirse mal, Jonás disfrutaba como un niño. Le gustaba contemplarla mientras le apartaba el pelo de los pechos, acariciaba sus aureolas, o le trazaba con los dedos formas abstractas por todo el cuerpo. A medida que jugaba con su piel, también la besaba; primero en el hombro, luego en la espalda, después en el vientre, entre las piernas... Su aroma le atraía poderosamente. Olía su piel a cada instante. Todo le gustaba y le hacía encenderse. Era pasional, impulsivo y ardiente.

Le hizo el amor en la ducha de una forma lenta y gradual. Pegó su cuerpo al de ella desde atrás y la penetró varias veces, sin ninguna prisa, mientras le lavaba el pelo, pasaba la esponja por su cuerpo,ladeaba su cara y la besaba apasionadamente bajo el agua y el calor del vapor que se condensaba. Los pocos hombres con los que ella había estado apenas se expresaban en la cama; Jonás era vehemente, expresivo. Cuando estaba excitado era incapaz de sofocar sus jadeos

o

su

respiración

entrecortada. Sus susurros eran como una

bofetada.

Le

volvían

loca,

encendían su cuerpo y su deseo impetuosamente. Aquello era tan nuevo como estimulante para ella.

Cuando él se clavaba en ella, sentía un calor abrasador por todo el cuerpo.

Jonás acercaba la boca a su oreja y su aliento le golpeaba el cerebro. Sus gemidos obscenos la empapaban en exceso y notaba cómo las piernas le temblaban, deseando que aquello no cesara, y que el placer, apasionado y real que la recorría, no terminara nunca.

Cenaron en la habitación del hotel.

Ambos estaban agotados por el día de caminata y visitas. Jonás le prometió que volverían a Londres para terminar de ver el resto de los museos y galerías pendientes. Todavía quedaban cinco o seis sitios interesantes que visitar, pero necesitarían al menos tres días más si no querían morir en el intento, y él no llevaba bien eso de pasarse dos horas contemplando un cuadro o una escultura. Ya en la cama, la llenó de besos. Jonás se transformaba cuando se acostaba a su lado. Dejaba de ser un hombre de treinta y cinco años y retrocedía hasta su niñez. Eso generaba en Daniela una ternura sobrecogedora.

Él le ponía pucheros si quería ver la televisión y no le hacía caso, y entonces le mordía un brazo, o le tiraba del pelo hasta que conseguía su atención, y ella lo abrazaba y lo mecía hasta que parecía sucumbir al cansancio y se dormía.

Durante la noche se despertó varias veces a causa de sus continuos movimientos impulsivos. Estaba segura de que volvía a soñar, que en ese momento se encontraba en algún lugar lejano de las selvas o quizá en Garden Manor y sus demonios. Daniela se daba cuenta de que algo le atormentaba inconscientemente y quizá tenía que ver con ese odio feroz que sentía por su abuelo. Quizá mientras siguiera en la casa inventariando los objetos de William podría averiguar algo, pues la curiosidad comenzaba a apoderarse de ella. Recordó la conversación con Alicia, ella no transmitía ningún odio hacia William y eso la había descolocado.

Colette y Calvin no se habían pronunciado, pero era obvio que ninguno quería hablar sobre los motivos que Jonás Belanger tenía para albergar ese sentimiento hacia su abuelo. Fuera lo que fuese, lo atormentaba y le exigía recordar.

La tercera vez que se despertó aquella noche se llevó un susto de muerte. Jonás no estaba en la cama y la luz del baño estaba encendida. Lo llamó varias veces pero no obtuvo ninguna respuesta, y cuando estaba a punto de levantarse para comprobar que todo iba bien, Jonás salió del aseo totalmente desnudo y avanzó hacia la cama de una forma extraña. No era su forma habitual de caminar, él tenía un aire chulesco

innato

que

lo

caracterizaba. Era la expresión de su cara, su pecho estaba acelerado y sus ojos no dejaban de moverse de un lado a otro. Se sentó al borde de la cama y se quedó mirando al suelo durante un tenso espacio de tiempo que pareció eterno.

—Jonás... ¿Estás bien? —le preguntó encendiendo la pequeña lamparita mural de la mesita.

Giro levemente su cuerpo hacia ella.

Estaba sentada con la espalda apoyada en el cabecero acolchado de la cama y esperaba nerviosa a que él dijera algo.

La miró desde la distancia más alejada de sus pensamientos y movió la cabeza afirmativamente de forma pausada.

—Jonás...

Jonás volvió a mirarla con amargura.

¿Era sonámbulo? Tenía la impresión de que ese hombre no se estaba enterando de nada. La idea le provocó ganas de reír, pero cuando él se levantó de nuevo y se quedó plantado delante de la ventana con todos los músculos de su cuerpo contraídos, Daniela comenzó a sentir ganas de él. Su mente se abrió en un carnaval de ideas estúpidas y deseó saltar de la cama y morder aquel culo respingón que tenía delante, pero por otro lado él seguía sin decir nada, con la mano apoyada en la cortina de terciopelo azul y una pose grecoromana muy erótica y atrayente, para que negarlo.

—Jonás —insistió con más firmeza.

—Te escucho —contestó con voz sedosa.

—¿Estás despierto?

La pregunta fue de lo más estúpida.

Tampoco recibió respuesta. Se levantó de la cama tapándose con la sábana y se acercó a él. Tenía la mirada vidriosa y contemplaba las farolas de la calle, los pocos coches que pasaban, las lucecitas de neón de varios locales, la acera, los grandes edificios, la noche...

—Has tenido otra de esas pesadillas con tu abuelo, ¿verdad?

Sonó a lo lejos un trueno, en el exterior

comenzaba

a

llover

copiosamente y las pequeñas gotas de agua se estrellaban con vigor contra la ventana.

Se

apartó

de

ella

paulatinamente y se dejó caer sobre el colchón como si hubiera perdido todas sus fuerzas y se sintiera cansado y aturdido.

—Jonás, maldita sea. ¿Quieres decirme algo? ¿Estás despierto? — preguntó protestando. Empezaba a sentirse desesperada.

—Estoy contigo Daniela... Por favor... Coge la libreta que llevo en el bolsillo de mi camisa. Está sobre la silla.

Necesito que escribas algo.

Daniela

obedeció,

aunque

no

comprendía qué era lo que estaba pasando. Rebuscó por la camisa y cogió la libretita de anotaciones y un pequeño bolígrafo lacado en negro que llevaba anclado a ella.

—Anabella... —dijo entonces—.

Anabella, escribe ese nombre. Tiene el pelo negro y lacio, sus pómulos son elevados. Parece un fantasma, de piel pálida y ojos negros y profundos.

—¿Quién es Anabella?

—No lo sé. Te digo lo que he visto y sigo viendo. Escribe Daniela, mañana no recordaré nada. Escribe su nombre.

Daniela hizo lo que le pedía y tras depositar la libreta sobre la mesita se metió en la cama. Jonás se acurrucó junto a ella. Su piel despedía un calor intenso.

Su temperatura corporal había subido extremadamente y los labios le ardían. Le besó y apagó la luz. Él saltó sobre ella como si el mundo se acabara y solo tuviera un instante para decirle todo aquello que nunca le había dicho.

—Mis noches son horribles... ¿Lo soportarás a mi lado, Daniela? —sollozó desgarradoramente,

besándola—.

Porque no sé cuándo terminarán, ni sé por

qué

me

persiguen

estos

pensamientos, pero si tú...

—Oh... Jonás... Te quiero tanto...

¿Es posible? —preguntó.

Jonás deseaba abrazarla, estrecharla entre sus brazos y dejar que ardiera de mil maneras. No conseguía dominarse cuando la tocaba. Deseaba volver a hacer el amor desesperadamente. Se colocó sobre ella y la besó con tanta intensidad que temió hacerle daño, temió romperla cuando su miembro la penetró sin pausa, sin apenas darle tiempo a prepararse para él. Daniela lo miraba asombrada. Había pasado de la mudez más absoluta al descontrol impulsivo y básico del que a veces hacía gala. Pero él solo deseaba saciarse de ella, quería enterrarse en lo más profundo de su cuerpo, enterrar sus miedos y sus demonios, olvidarse de sus noches tormentosas y de aquellos sueños que

le

perseguían

continuamente. Tiró de su brazo y la colocó a cuatro patas sobre la cama.

Levantó su espalda hasta que chocó contra su pecho y volvió a penetrarla una y otra vez con fuerza mientras rodeaba con las manos sus pechos y pellizcaba con vehemencia sus pezones, hasta que la oyó gritar, hasta que sus jadeos y sus gemidos le transportaron a un paraíso más allá de la habitación, más allá de su realidad y sintió esa terrible descarga de placer, ese calambre que recorría

todo

su

cuerpo

precipitándole a un orgasmo brutal.

¡Ah, aquel delicioso clímax! Esa convulsión que hacía perder la razón de cualquier hombre, que cegaba, que hacía olvidar los modales. Tiró de su pelo hacia atrás, mordió con fuerza su cuello y se movió con tanta intensidad que la precipitó contra el cabecero.

Daniela temblaba y sudaba bajo el peso de su cuerpo. Se giró como pudo bajo su cuerpo y le sujetó el rostro con ambas manos mientras él miraba a la nada, al vacío más infinito de unas sábanas enmarañadas y empapadas de ellos.

—Vuelve conmigo... —le susurró.

—Estoy contigo —contestó con un siseo apagado y lento.

Cayó a su izquierda y el sueño le paralizó. Ni siquiera pudo besarla y aferrarse a su cuerpo. Se quedó totalmente dormido si es que en algún momento había despertado.

Llegó al camposanto bien entrada la tarde, cuando tuvo claro que no iba a llover más y que podría pasear tranquilamente sin temor a volver empapado a casa y correr el riesgo de caer en cama varios días. Calvin ya no se encontraba en sus mejores años, no soportaría una gripe, o al menos eso pensaba, aunque sus últimos análisis de sangre y sus controles médicos eran de envidiar. Atravesó la arcada de columnas cubierta

con

frondosa

vegetación, la zona oeste era una maravilla de la antigüedad, el mausoleo estaba al final de la avenida principal del cementerio, casi al final de este.

Sacó la llave y abrió la pequeña puerta metálica. William había sido un hombre excesivamente meticuloso para todo. A él no se le hubiera ocurrido construir en vida aquel mausoleo tan hermoso, ni la estructura de piedra con su tapa ornamentada, y aún menos colocar un banco en su interior, donde sentarse y rezar. Los muertos eran muertos a fin de cuentas y él no tenía ninguna intención de meditar sobre cómo sería su tumba, cosa que William sí había organizado y planeado en vida.

Se sentó en el banco y observó las dos diminutas ventanas de la parte superior. La luz entraba a través de ellas. Tenía que pasar el paño por encima de su tumba para limpiar el polvo que se acumulaba, limpiar la pequeña fotografía de William y cambiar las flores del jarrón de metal y cristal. Desde que había fallecido lo había hecho cada mes, en el fondo no era para él un incordio, sino todo lo contrario. Le gustaba beber un poquito de ron y charlar con William, contarle qué había hecho aquella semana y lo mucho que sus buganvillas habían crecido por las paredes y los jardines. Se desabrochó la chaqueta de lana y se sacudió un poco los pantalones. Sacó la pequeña petaca y dio un par de tragos mientras observaba la imagen de William en blanco y negro.

—No lo hiciste nada mal viejo gruñón. Nada mal... —murmuró.

Él debería haber estado allí con ellos.

Debería haber soportado aquel infarto como siempre había hecho cuando su corazón le avisaba de que no le quedaba mucho tiempo, de que todo estaba por finalizar. ¡Ah, cuántas veces lo

había

maldecido

por

ello!

Demasiadas.

—William, William...

¡Había vivido tanto a su lado siendo apenas un muchacho!

«No se puede evocar más que el pasado. No tenemos otra cosa a la que aferrarnos, pues si miramos hacia delante, no podemos ver nada, no podemos adivinar el futuro, solo ver el pasado, nuestro pasado.»

Recordó a William frente a la chimenea la noche que había dicho aquellas palabras. La gente lo respetaba, disfrutaba cenando en su casa, participando de sus fiestas excéntricas, de la música, de las noches de borracheras y excesos. Los domingos, cuando todo Garden Manor iba a la iglesia, era el día de la semana que más disfrutaba. Le resultaba cómico ver el gesto de

estupor

de

los

más

conservadores y las miradas cohibidas de las muchachas en edad de merecer cuando William pasaba junto a ellos elegantemente y, tras una reverencia, se quitaba el sombrero y se acomodaba en uno de los bancos más alejados del presbiterio. Él tenía veinticuatro años, Alicia alguno menos, pero ya había sido testigo de los escarceos de su jefe y también había ido con él al Commons, aquel local inglés tan elegante y exclusivo. William le había hecho prometer que jamás diría nada a nadie y así lo había hecho. Tenía sesenta y cinco años y su boca estaba sellada, y solo se permitía rememorar aquellos momentos cuando visitaba su tumba o cuando estaba demasiado melancólico o borracho y se sentaba en la vieja mecedora del jardín.

—Es un demonio de ojos verdes.

¿No lo ves? Tiene cuarenta y cinco años y parece que haya hecho un pacto con el diablo. ¡Míralo! Se pasea como un adolescente y es bien sabido que todo Hight conoce sus orgías y sus excesos.

No deberías trabajar para él, acabará enredándote con sus malas artes.

Su madre siempre había estado en desacuerdo cuando comenzó a trabajar en Garden Manor, pero allí ganaba mucho más dinero que cualquier muchacho de su edad y William era un hombre espléndido con todo el mundo, y no reparaba en gastos o caprichos. Le compró toda la ropa que necesitaba, todo lo que un chico de su edad podía desear, solo le exigía que el jardín estuviera impecable y él se sentía moralmente obligado a que eso fuera así. Temía defraudarlo, como si fuera el padre que nunca había tenido, el amigo, el confidente... William era todo para él. Todo...

Cerró

los

ojos

y

suspiró

profundamente. Levantó su pequeña petaca y sonrió.

—Por ti, amigo... Por ti.

Cuando regresó a Garden Manor, tras parar en la ciudad y tomar algo, estaba tan borracho que apenas veía las manecillas del reloj. Todos dormían en la casa. Alicia y Colette no eran mujeres de trasnochar, y dado que los obreros llegaban muy temprano y hacían demasiado ruido, aquel último mes solían acostarse aún más pronto. Tardó más de diez minutos en conseguir abrir la puerta, y otros tantos en llegar a su habitación gateando escaleras arriba.

Estaba a punto de abrirla cuando sintió que el corazón le daba un vuelco. Había alguien al pie de la escalera. Eso o se estaba volviendo loco. Acababa de pasar por allí, no tenía sentido. Soltó una ronca carcajada y se llevó la mano a la boca mientras encendía la luz de su habitación sin entrar en ella. La figura avanzó varios pasos. Sí. Estaba como una cuba y William James estaba delante de él con su traje gris perla de botones dorados.

Trastabilló hacia la habitación, cayó antes de llegar a la cama y cuando intentó levantarse mirando hacia el cabecero, se giró y lo vio delante de él.

La puerta estaba cerrada. ¿Había cerrado él la puerta? ¡Ay, que borrachera! ¡William!

—Pues sí que es bueno —gruñó sentándose en la cama—. ¿Qué tienes, treinta años? ¡Qué me parta un rayo, eres una aparición!

—Es tu mente Calvin. Te he dicho muchas veces que no deberías beber así.

Un caballero nunca debe perder las formas por mucho alcohol que lleve en sus venas. No es decoroso. Es mediocre, muchacho.

Calvin

soltó

una

carcajada

descontrolada, meneó la cabeza como si pretendiera espantarse un enjambre de abejas y maldijo en varios idiomas.

Todo le daba vueltas. La imagen del William joven se movía de un lado a otro. Ahora podía oír la música de un piano en la planta baja, oía los cristales de las copas chocando unas con otras, el bullicio, la alegría de la mansión.

—Calvin Jones... —le dijo William—. Estás perdiendo la cabeza, viejo loco.

Levantó los brazos con elegancia y luego los cruzó bajo su pecho y puso un gesto cómico con una

ceja elevada y la boca algo torcida.

—Hasta muerto eres guapo, maldito demonio. ¿Sabes que tu nieto es como una réplica exacta de ti? Se saltó una generación. No tiene nada de Petro ni de Elisabeth. Eres tú. ¡Es más! Podría jurar ante la tumba de mi madre que si no supiera que estoy borracho y veo fantasmas eres él.

—No soy un fantasma viejo estúpido —le dijo William—. Estás soñando y estás borracho.

¡Son las siete de la mañana! ¡Son las siete de la mañana!

—¡Calvin!

La voz de Alicia y sus zarandeos lo despertaron violentamente.

—¡Calvin! ¿Qué demonios haces durmiendo en el salón? ¡Son las siete de la mañana!

Calvin se enderezó torpemente. Miró la hora y se dio cuenta de que llevaba puesta su chaqueta de lana, sus pantalones vaqueros y su camisa de franela. Se llevó las manos a la cabeza, le dolía terriblemente y no encontraba su petaca por ningún lado.

—¿No estarás buscando la maldita petaca? ¡Calvin!

—Ah, Alicia, por tu madre deja de gritar o me estallará la cabeza, querida.

Ayer debí beber demasiado, creí que había subido... Da igual... Me encontré en la ciudad con unos viejos amigos a mi regreso del cementerio y debí de pasarme un poquito.

—Un día tendrás un accidente, Calvin. Te matarás por esa carretera.

Alicia salió dando zancadas como era habitual en ella y al momento regresó con una taza de café negro y varias magdalenas.

—Come algo. Te sentará bien.

Mientras intentaba desayunar algo, recordó la aparición de William como un sueño lejano que apenas dejaba rastro en su memoria. Colette entró claramente

nerviosa,

llevaba

por

primera vez el pelo suelto, y cuando Calvin la vio con aquella melena lacia surcando su espalda hasta casi la cintura se llevó la mano a la boca y abrió sus pequeños ojos terriblemente.

—¡Colette! Válgame Dios, qué bonita estás hija de mi vida.

Colette sonrió y se acercó a él para besarle en la mejilla.

—Gracias, Calvin. Estoy realmente excitada. Muy nerviosa. ¿Me sienta bien el pelo así?

—Igualita que tu madre. Preciosa.

Ese tal Martín Baseti debe ser todo un caballero para tenerte tan alterada.

Colette dejó escapar un profundo suspiro y se apartó el pelo por detrás de las orejas. Se había puesto su vestido nuevo, pero no quería arrugarlo; lo dejaría sobre la silla y esperaría a la noche para estrenarlo.

—Bueno... Lo cierto es que Martín me ha llamado y me ha dicho que espera explicarle un poco la situación a Jonás para que no se sienta mal por no contarle sus planes conmigo. Ya sabes, la cena... Cuando lo recoja en el aeropuerto. Me ha dicho que tiene una sorpresa para mí y que viene para quedarse unos cuantos días. Estoy...

muy nerviosa...

Palmoteó su rodilla con ternura y luego asintió y dijo: —Disfrútalo hija. Te lo mereces, Colette. Ya va siendo hora que salgas de este castillo. Pareces la bella durmiente de Garden Manor.

Aquella afirmación les provocó un ataque de risa a ambos. Colette se apoyó en el hombro de Calvin y cuando Alicia volvió con una bandeja con más café los tres desayunaron en el salón tranquilamente.

Dos horas más tarde Calvin ya se había duchado y cambiado y volvía a parecer un hombre normal y sereno.

Apenas recordaba su estúpido sueño y el dolor de cabeza había desaparecido gracias a los dos ibuprofenos que Alicia le había obligado a tomar después del café. Tras comer se tumbó en la cama para descansar un rato. Tenía claro que no había dormido muchas horas aquella noche, así que el sueño le atenazó el cuerpo. Ya no era un jovencito; años atrás podría haber permanecido sin dormir varios días, pero ahora el sueño le llegaba violentamente y apenas podía controlar que no se le cerraran los ojos. Despertó con el ruido de la puerta. Se giró intentando adaptarse a la luz y volvió a sentir aquella sensación de pánico.

—¡Tú

otra

vez!

—exclamó

observando la figura del hombre.

—Duermes

demasiado,

Calvin.

¿Cómo que yo otra vez? Levántate de la cama que son las cuatro de la tarde.

Calvin se incorporó. William estaba de nuevo justo en el mismo sitio que la noche anterior, llevaba las manos en los bolsillos del pantalón y una camisa blanca ligeramente escotada.

—Vas a acabar conmigo William — farfulló saliendo de la cama.

—¿William? —dijo él—. ¿Me has llamado William? Calvin. ¡Jonás!

Se puso pálido. Se calzó los zapatos, se alisó la camisa de cuadros y se arregló el pelo apresuradamente.

—Perdona hijo. Es la edad y que, aunque te moleste, eres igualito a él.

No salía de su asombro, ni tenía claro si Jonás cada vez se parecía más a su abuelo o era que tantos recuerdos encontrados le hacían verlo realmente como la réplica de un William más joven que apenas recordaba tiempo atrás. Apoyó la mano en su hombro y salió con él al pasillo.

—¿La jovencita Daniela? —preguntó.

—Llegamos hace dos horas. Está trabajando en la biblioteca.

Iba a preguntarle por su viaje a Londres cuando lo vio frenar en seco delante del comienzo de la escalera.

Jonás giró la cabeza hacia la habitación de su madre y luego volvió a mirar los peldaños, la balaustrada de madera, las paredes

empapeladas

y

los

desperdigados retratos que pendían desordenadamente.

—Jonás.

Jonás se apartó de la escalera como si acabara de quemarse las manos con la barandilla. Avanzó por el pasillo y frenó justo delante de la habitación de invitados.

Calvin se quedó inmóvil. Jonás observaba la moqueta del suelo, la puerta de madera y las paredes. Era como si persiguiera una mosca. Alzó la cabeza y le hizo una señal para que lo siguiera.

—¿Qué pasa?

—¿No lo oyes? —susurró—. Shh...

Ya ha parado. Creí oír un piano.

—Válgame

el

cielo

—rezó

desesperado—. ¡Un piano! No hay pianos en esta casa, Jonás.

Alicia apareció por un lado del pasillo cargada de sábanas recién planchadas y se quedó sorprendida al ver a los dos hombres mirando al techo en mitad de la nada.

—¿Pero qué demonios...?

—Ha oído un piano, Alicia —le dijo con apenas un hilo de voz—. Un piano...

—repitió

tensando

la

mandíbula.

Alicia mudó la expresión del rostro y se apresuró a dejar las sábanas en la habitación de invitados. Antes de que Jonás pudiera entrar detrás de ella salió como un huracán y cerró la puerta de un portazo.

—Muchachito. ¿No tienes nada que contarme? —le espetó.

Jonás volvió en sí. Calvin se agarraba a la barandilla y parecía estar a punto de sufrir un colapso.

—¿De qué me hablas?

—Debéis creer que Alicia es tonta y que no se entera de nada.

Descendió

las

escaleras

apuradamente intentando que Jonás fuera detrás de ella, cosa que hizo saltando los peldaños de dos en dos.

Calvin seguía clavado en lo alto de la escalera hasta que Alicia gritó su nombre y este dando un brinco descendió con ellos. Ella se giró hacia él y puso los brazos en jarra. Tenía unos pechos tan grandes que parecía que fueran a estallar en cualquier momento bajo aquel vestido de algodón.

—Ahora me dirás que tú y la niña Daniela sois solo amigos, ¿no? —bramó—. ¡Vamos hombre! Que me doy cuenta de cómo la miras. A Londres...

A Londres...

—Oh, vamos, Alicia...

Jonás se giró hacia Calvin, que parecía un muñeco de cera en mitad del hall, y se encogió de hombros.

—Es peor que una madre. ¿Qué quieres que te diga Alicia?

Se giró nuevamente hacia ella y alzó los hombros.

—Lo que no quiero es que me toméis siempre por la tonta del bote.

¡Jonás Belanger! Cada vez que la tienes delante se te pone cara de desquiciado, y discúlpame porque sé que no te agrada, pero viví con tu abuelo muchos años y desgraciadamente tienes sus mismos gestos, algo que no te beneficia porque no puedes engañarme.

—¿De desquiciado? —Jonás miró a Calvin y luego volvió a mirar a Alicia—.

¿Cómo que desquiciado?

Calvin carraspeó. Alicia lo miró como si acabara de descubrirlo.

—De guarrete —dijo entonces—. Ya me entiendes. Se te pone cara de degenerado.

Jonás comenzó a reír.

—¿Degenerado? ¿Que se me pone cara de degenerado y guarrete? ¡Esto es para no dormir!

Aquello era una locura. Calvin meneó la cabeza paulatinamente y avanzó un poco hasta colocarse junto a Alicia, echó un vistazo al jardín de reajo y apretó los labios en un rictus de desagrado.

—Alicia, hija —dijo—. ¿No había palabras mejores para llamarlo que «guarrete»?

—Degenerado —repitió ella con dignidad sin quitarse las manos de la cintura—. Ya me entendéis, esa cara que se os pone a los hombres cuando una mujer os atrae demasiado y estáis pensando cosas... de esas... En fin. Lo que te quiero decir Jonás Belanger James... es que Alicia no es tonta y que sé que te llevaste a la muchacha de aquí para poder estar a tu libre albedrío. Y

punto.

Se dio la vuelta con la intención de irse a la cocina, pero Jonás la cogió por los hombros y la siguió.

—¿Pensando cosas? ¿Hablas de sexo, Alicia?

Intentaba

provocarla.

Alicia

caminaba cada vez más rápido, y cuando Jonás se aproximaba a ella y la tocaba, le quitaba las manos y daba varias zancadas más.

—¿Eh? Alicia, vamos. Llámalo por su nombre: sexo, sexo, sexo.

—¡Jonás! Este muchacho... ¡Esas cosas! Calvin, dile a este chico que deje de hacer el tonto.

Calvin se había quedado de pie delante de la escalera y seguía ensimismado.

—Venga, Alicia. ¿Nunca tuviste un novio que te metiera mano?

—¡Oh, válgame Dios! Será cochino..

—¿Sabes cómo se dice ahora hacer esas cosas?

Jonás abrió los ojos terriblemente y Alicia se tapó los oídos con las manos y empezó a canturrear.

—¿Te lo digo? Sí, te lo voy a decir...

—¡No, no! Es soez. No quiero oírlo.

—Follar —dijo. Y cogiéndole las manos se las quitó de las orejas y repitió —: Follar, se dice... follar.

Alicia cantaba a voces.

—Follar, si quieres te lo escribo. Si quieres...

De pronto ambos se quedaron clavados mirando hacia la puerta.

Daniela estaba en el umbral con una expresión de desconcierto en la cara. La cinta le caía hacia un lado del cabello con el lacito sobre la oreja y los mechones desperdigados por la cara.

—Esto tiene una explicación querida niña —dijo Alicia arreglándose el pelo y el delantal—. Tu novio. Porque no soy tonta y ya sé muchas cosas sin que me las queráis reconocer, ha perdido la chaveta definitivamente.

—¿Mi qué? —preguntó sin salir de su asombro.

Alicia se ajustó el vestido y cruzó los brazos bajo los pechos.

—¡Y siguen tomándome por tonta!

—Miró a Jonás y alargó el brazo con la palma hacia arriba—. ¿Ves? ¡A esa cara me refiero! Se le queda cara de degenerado cuando llegas y pretende decirme a mí que habéis ido a Londres a dar de comer a las palomas mientras el periodista reputado trabaja.

—Más

bien

el

término

fue

«guarrete»

Calvin entró en la cocina y se apoyó en la encimera de la mesa mientras observaba a Alicia y Jonás.

Daniela comenzó a reír.

—Jonás

guarrete

—murmuró—.

Tiene su encanto.

Jonás alzó las cejas, se cruzó de brazos y dijo:

—Que rica eres Daniela.

—Que conste que ha sido Alicia quien lo ha dicho. Yo solo fui a por un vaso de agua y me encontré a mi jefe diciendo palabras poco habituales mientras su ama de llaves cantaba a grito pelado. Algo... normal... ¿No?

Calvin aplaudió aquella explicación y se frotó la frente.

—¡Y parecía tonta! Alicia, tienes que reconocer que los chicos son tal para cual. ¡Míralos! Luego está nuestra preciosa Colette que no conoció hombre...

—¿Colette no ha estado con ningún hombre?

Daniela puso gesto de asombro y miró a Alicia.

—Que yo sepa no. Y es difícil que yo no sepa, como puedes ver, querida.

Calvin negó con la cabeza y Jonás pareció meditar durante un instante.

—Jonás —continuó Alicia casi en un tono implorante—. Qué no le haga daño...

Jonás sonrió. Mientras pensaba en su amigo, observó a Daniela. En aquel momento la hubiese besado, aunque estaba seguro de que eso la pondría muy nerviosa. Calvin estaba igual de pensativo que él. Se mantenía a una cierta distancia de todos mientras Alicia empezaba con los preparativos de

la cena y charlaba con Daniela sobre cómo adobar un pollo o cómo preparar un buen relleno. Qué irónico, creyó volver a oír los acordes de un piano en el piso de arriba. Luego llegó a la conclusión de que los obreros del ala oeste bien podrían tener puesta la radio y que lo que oía fuera la música del transistor.

Inclinó la cabeza a un lado, abrió el grifo y se sirvió un vaso de agua.

Daniela lo miraba de reojo desde la mesa, con complicidad, con calma, quizá el hecho de que Alicia le hubiera dicho aquello le había quitado un peso de encima. No estaba seguro, aunque casi podía afirmarlo. Le guiñó un ojo y le lanzó un beso. Era cómico, pero por primera vez tenía la sensación de que Garden Manor era su hogar.

Enseguida lo vio en mitad del aeropuerto.

Su

vuelo

se

había

adelantado media hora y estaba sentado en una de las cafeterías de la zona más próxima a la salida. Era imposible no identificar a Martín. No en su caso. Aunque pasaran cien años o aunque no llevara su eterno traje hecho a medida por los mejores modistos de la ciudad, siempre en colores grises metalizados, con sus camisas blancas impolutas, a veces de tonos azules, sin corbata.

Martín era un hombre de mirada y sonrisa amable. La antítesis física de Jonás Belanger. Era atractivo como su amigo, no podía negarse lo evidente, de pelo rubio, pero siempre engominado hacia atrás, ojos enormes y azules, mandíbula pronunciada, nariz pequeña y sencilla. Era un hombre guapo y de una altura muy similar a la de Jonás, y poseía algo que conquistaba a todo aquel que lo conociera. Su tranquilidad transmitía esa paz difícil de encontrar en los hombres de su profesión y, por supuesto, una confianza que arañaba cuando sonreía.

Jonás

siempre

mostraba una sonrisa pícaro y una posición de alerta. Martín, en cambio, era tranquilo, meditativo, le encantaba leer, y siempre iba acompañado de un buen libro, preferiblemente algún clásico.

Tenía cuarenta y dos años muy bien llevados y una tez nórdica, que disimulaba siempre con alguna sesión de bronceado. El día que Jonás apareció en su despacho, diez años atrás y lo contrató, se creó entre ellos una amistad sincera e intensa que fue creciendo con el paso del tiempo.

Martín acababa de salir de una relación de más de nueve años, no tenía amigos en la ciudad, no tenía ganas de disfrutar de la vida o de conocer otras mujeres. Comenzó a viajar con Jonás, siempre que su trabajo se lo permitía, aunque era muy habitual que acabara haciendo de padre, mediador o salvador de Jonás cuando este se veía en problemas por sus reportajes, o cuando se agarraba alguna borrachera por sus noches de pesadillas. San Francisco fue para él una liberación.

Para ambos, aunque fue quizá la peor época para Jonás. Él lo guardaba en secreto de cara a sus colegas y el periódico, pero cuando fue secuestrado por las guerrillas y Martín atravesó medio mundo para intentar solucionar con la embajada aquel asunto, Jonás reconoció que no era la primera vez y que ya no podía más. Quería dejar todo aquello, tener un hogar y descansar.

Jonás alquiló una bonita casa de estilo clásico en las afueras de San Francisco y se trasladó a vivir allí.

Martín se quedó con él durante varios meses, salían a correr todas las mañanas, comían en el porche todos los días, y por las noches se mecían en el sofá balancín con una cerveza en la mano, recordando viajes, aventuras, noches de borrachera y mujeres, algún que otro exceso, casi siempre más por parte de Jonás que de Martín.

En el coche se pusieron al día. Jonás le contó todo lo concerniente a la casa, sus pesadillas, la preciosa Daniela, su viaje a Londres. Martín escuchaba a su amigo atentamente mientras jugueteaba con la manga de la camisa y parecía meditar, parecía preocupado, algo cansado. A Martín le inquietaba el hecho de que Jonás volviera a tener pesadillas. Creía zanjado aquel asunto después del tratamiento que había seguido en San Francisco y tras pasar con él varias sesiones de hipnosis hasta llegar a lo que realmente le había atormentado durante sus años en Colombia. Conocía bien la historia de Garden Manor y no porque él se la hubiera contado, ni mucho menos. Un mes antes había viajado a Londres, se había reunido con los abogados de William James y había pasado una semana en la mansión con la intención de informarse sobre todo lo que debían gestionar, qué responsabilidades tendría como heredero, que podía hacer o no, hasta dónde llegaban los bienes de William...

—Supongo que tengo que darte una explicación referente a Colette —dijo suspirando—. No la he tocado. La semana que pasé en la casa mientras tú seguías en San Francisco solo la invité a tomar algo por Hight, ya sabes, dimos un paseo, tomamos algo, charlamos...

Jonás asintió con la cabeza y sonrió.

—No me importa, Martín. Considero a Colette una mujer débil y me preocupo por ella, pero no me importa que te guste y que no me hayas dicho nada. Tampoco es que haya pasado mucho, pero Colette... Creo que debes saber algo importante sobre ella.

Martín le miró como si acabara de ver a un fantasma y abrió los ojos.

—Tranquilo, hombre. No es nada importante, pero es un detallito del que me he enterado hoy por pura casualidad y creo que tú también deberías saberlo. Colette nunca ha estado con un hombre. Jamás.

—¿Me tomas el pelo? —inquirió sin salir de su asombro.

—No. Ya ves lo tímida y recatada que es.

Martín se llevó una mano a la frente, apoyó el codo en el borde de la ventanilla y la puerta del auto, y se quedó observando la noche.

—Pero si tiene treinta y nueve años, por el amor de Dios. ¿Cómo es posible qué...?

—No te agobies. El tema tiene su encanto. A mí me daría un morbo que...

—¡Oh, Jonás! —exclamó. Se golpeó ambas piernas con las palmas, y sacando un cigarro del bolsillo lateral de la chaqueta miró a Jonás y luego lo encendió apresuradamente—. A mí me daría pánico. Colette es encantadora, es como una preciosa vampira, pero ser el primer hombre que... No quiero decir que eso vaya a pasar, maldita sea, solo la invité a un maldito helado, pero, joder amigo... Es

una responsabilidad un tanto desconcertante para mí —dijo meditativo.

—¿Temes no estar a la altura si pasara? —preguntó Jonás con sorna.

Martín le dirigió una mirada desafiante, frunció el ceño y arrugó la nariz con desdén.

—Tienes la gracia en la punta del capullo. ¿Te lo había dicho? Sí, te lo he dicho muchas veces.

Martín comenzó a desesperarse y Jonás no cesaba de reír. Aún quedaba media hora para llegar a Garden Manor y la noche estaba coloreada de estrellas.

—¿Y tú qué? Cuando me contaste por teléfono lo de esa muchacha no me lo podía creer. Jonás Belanger pillado por una mujer. Un cuento para no dormir. Esa casa tiene un influjo sobrenatural —continuó con humor—.

Y, además, por tu empleada. Como siempre, todo gracias a mí. ¿Sabes que fue la mejor de su promoción? Ha trabajado con los mejores restauradores en Madrid y Barcelona. Yo no llegué a conocerla en persona, pero quien la entrevistó en el bufete me dio muy buenas referencias. Su padrino fue un profesor ya retirado que dirigió varias galerías de arte en la capital.

Contactamos con él por pura casualidad y comentó que no solo era una gran profesional,

sino

también

una

muchacha respetable y responsable, pero ya veo que la estás pervirtiendo.

Jonás le pasó la mano por la nuca en un gesto de afecto casi paternal.

—Tienes que verla, Martín. Es preciosa, es lista. Ya te dije que se sintió culpable por lo que pasó, pero fue como una descarga eléctrica entre ambos. En mi vida había sentido esa sensación delante de una mujer, como si algo me arrastrara hacia ella. Era como si mi cerebro me exigiera de un modo...

—Frena, frena, que los detallitos pornográficos no me interesan.

—Oh, vamos... Sabes que no es eso a lo que me refiero. Pude dormir a su lado una noche entera, Martín. Entera.

¿Sabes lo que significa eso para mí?

Nunca...

—Lo sé amigo. Pero también sé que vuelves a tener pesadillas por culpa de esa casa. Me gustaría que te plantearas la hipnosis otra vez, sabes que te ayudó en San Francisco. Podríamos buscar un especialista en Londres la semana que viene.

—¿Y tu trabajo? ¿Hasta cuándo puedes quedarte? —le preguntó.

—Por eso no te preocupes. De momento vengo a trabajar y si tengo que quedarme más tiempo me lo tomaré

como

unas

pequeñas

vacaciones. Me las merezco y el bufete sin mí puede seguir. No creo que me quede sin negocio por unos días.

Se rió y observó la mansión emerger en mitad de la oscuridad de la noche.

Las ventanas de la planta baja estaban totalmente iluminadas y los pequeños farolillos del camino iluminaban los detalles más diminutos del jardín.

—Impresiona

—dijo

mirándola

fijamente.

—Mucho.

Calvin y el único miembro del servicio que aún estaba en la casa descargaron las maletas de Martín y las subieron a su habitación. Martín no soportaba que hicieran las cosas por él, así que tuvo que pelearse varios minutos con ambos hombres hasta que no le quedó más remedio que ceder y dejar que fueran ellos quienes llevaran sus cosas arriba.

El salón estaba totalmente iluminado.

Nada más llegar fueron interceptados por Alicia que, con su eterna sonrisa de abuela, le dio un abrazo y luego le pellizcó las mejillas con cariño.

—Me alegra que este aquí otra vez, señor Baseti.

—Alicia, en qué quedamos —dijo Jonás mirándola fijamente.

La mujer puso los ojos en blanco y dejó escapar un gruñido gutural.

—¡Vale! Es la costumbre. Me alegra de que estés aquí otra vez Martín.

¿Mejor?

—Mucho mejor —dijo Martín—. No fui capaz de que me llamaras por mi nombre la semana que

pasé en Garden Manor; veo que Jonás tiene mucha más influencia que yo. Me pondré celoso...

Alicia le dirigió una mirada de dignidad y afirmó con orgullo.

—Pero que zalameros son estos hombres. Vamos, tengo la mesa puesta y ya he despedido a todo el servicio, así que estamos solos y muertos de hambre.

Avanzó apresuradamente por el hall y desplazó las dos puertas correderas de madera que daban al salón principal.

Olía a hogar. Calvin había encendido la chimenea. Aunque no hacía mucho frío en el exterior, ese toque daba un bonito ambiente al salón, lo poblaba de sentimiento, de calidez. Daniela estaba sentada en uno de los sofás junto a Colette. Estaba preciosa; llevaba un vestido plateado con detalles en hilo bordados y un escote de infarto. Se levantó y se aproximó a Martín extendiéndole la mano con educación.

—Un placer conocerte, Martín. Soy Daniela Cantelli.

Martín besó la parte superior de su mano y sonrió arrebatadoramente.

—Lo mismo digo, Daniela. Eres toda una belleza.

Jonás miró de soslayo a Colette. La pobre mujer estaba claramente nerviosa y cuando se levantó tuvo una extraña sensación al mirarla; sintió que su imagen se movía a cámara lenta. Era la primera vez que veía a Colette maquillada y con el pelo suelto, luciendo una preciosa y larga melena lisa. Su piel pálida tenía un ligero toque de polvos en las mejillas, que realzaba sus pómulos. Martín se quedó pasmado y Daniela se apartó hacia un lado situándose junto a Jonás.

—Hola Martín —dijo; y para su sorpresa se acercó a él y le besó delicadamente en la mejilla—. Me alegro de verte de nuevo.

Martín sonrió como un tonto y le devolvió el beso en un gesto de ternura.

—Estás preciosa, Colette. Yo también me alegro de verte. De veras que me alegro. Realmente... preciosa...

Estaba totalmente anonadado por la imagen que desprendía aquella noche Colette. En todos los días que había pasado en la mansión no la había visto tan bonita. Su mirada era misteriosa, sus ojos estaban sutilmente perfilados en color negro y parecían inmensos.

Hasta Calvin, cuando entró en el salón detrás de Alicia, se quedó patidifuso ante la imagen de Colette. Sacudió la cabeza varias veces y se sentó en torno a la mesa mientras rebuscaba su petaca en la chaqueta y se servía un pequeño trago disimuladamente. Alicia pasó junto a los cuatro y Daniela la siguió rápidamente para ayudarle a apartar el centro de mesa y colocar las bandejas de comida.

Alicia estaba algo nerviosa, era la primera vez que se sentaba en aquella mesa junto a Jonás y comían como si fueran una especie de familia. Ese era uno de los detalles que le diferenciaban de William. Jonás era humilde, mucho más que su abuelo, más cercano y humano. Martín contestó a todas las preguntas que Alicia le hizo un tanto atropelladamente. Colette comía sin apenas pronunciarse, Calvin

charlaba con Jonás y Daniela, hablaba del jardín, de los malditos albañiles y su afán por pisarle las plantas y las flores que bordeaban la finca. Después de cenar pasaron mucho tiempo en el salón frente a la chimenea. Jonás parecía perdido en el escote de Daniela, no podía quitar la vista de ella, estaba pensativo, meditativo y algo alejado de todo, como si algo le preocupara.

—Hola señor Belanger.

Daniela se sentó a su lado y disimuladamente le besó el hombro sin dejar de mirar al resto.

—¿Qué

haces

conmigo?

—le

preguntó ido—. ¿Brujería? Seguro que algo de eso tiene que haber.

Daniela puso un gesto divertido en la cara. Jonás parecía algo trastornado.

—¿Por qué dices eso?

Se acercó a su oreja y murmuró sutilmente:

—Llevo toda la noche deseando que esto termine para subirte arriba y hacerte el amor... Y sigo sin saciarme de ti. Me vuelves loco y ese escote no me ayuda.

—Guarrete —le espetó sin mirarle.

Se le escapó la risa y rozó su oreja con la nariz.

—Zorrita. Ese escote me invita a muchas cosas... Te aseguro que si por mí fuera te arrancarías ese vestidito de Barbie que llevas y te lo haría encima de la mesa.

Daniela inclinó la cabeza. El cosquilleo de su aliento la excitaba.

—Al final tendré que darle la razón a Alicia. Es usted un degenerado, señor Belanger... Pero hoy le llevo un poquito de ventaja. ¿Sabe una cosita? Le contaré un secreto que le sacará más de sus casillas.

Jonás se apartó de ella y frunció el ceño. Daniela se acercó a su oreja y poniendo la mano en la boca como si fuera a contarle un secreto le susurró: —No llevo ropa interior. Mis medias llegan hasta medio muslo, si ahora mismo se soltaran los corchetes del vestido me

quedaría

totalmente

desnuda en el salón. Los corchetes, señor Belanger... Ya sabe, éstos que se sueltan con mucha

facilidad si se tira de la tela con la suficiente maestría.

—Pero qué sucia está usted esta noche, señorita Cantelli... Creo que mudaré mis deseos de hacerle el amor y pasaré directamente a violarla.

Daniela soltó una risa nerviosa y se percató de que Martín los observaba con curiosidad desde el otro lado del rincón de los sofás.

—Tu amigo nos mira —dijo cambiando de postura y ladeando un poco las piernas, por prudencia.

—Igual es que no has tenido mucho cuidado y se ha percatado de que no llevas bragas. ¿Lo has pensado?

Daniela se puso roja en dos segundos.

—No digas eso, Jonás.

—Tranquila... Martín es un hombre recatado y muy prudente.

Daniela le miró fijamente y le empujó sutilmente hacia un lado.

—¡No me tomes el pelo! No tiene gracia.

Jonás se rió y miró hacia Colette.

Hablaba muy bajito, estaba sentada junto a Martín y tenía las manos sobre el regazo. Su amigo la observaba con ternura, ella no dejaba de hablar, pero apenas le miraba, estaba cohibida, nerviosa y él lo notaba.

Aquella velada duró hasta altas horas de la noche. Paulatinamente todos se fueron retirando. Alicia fue la primera, estaba agotada. Luego Calvin, Colette acompañó a Martín a su habitación y se despidió de él en la puerta. Daniela había quedado con Jonás en que iría a su habitación para desmaquillarse y luego se reuniría con él.

La casa estaba totalmente a oscuras, descendió las escaleras en completa oscuridad y tras tropezar varias veces con distintos muebles, llegó a la cocina y se sirvió un vaso de agua. Se giró con la intención de reunirse con Jonás y reprimió un grito de estupor cuando se estrelló de frente con él. Parecía un fantasma, una aparición. Él le puso el dedo en los labios para que guardara silencio y la besó con tanta intensidad que la empotró contra los muebles de la cocina. Apenas le dio tiempo a reaccionar. Tiró del vestido y este se abrió bruscamente. Sus pechos saltaron bajo la tela, volvió a hacerle un gesto para que

guardara

silencio

y

levantándola en brazos la sentó sobre la mesa de madera y comenzó a lamer sus pezones.

—No hagas ni un ruido, Daniela...

Silencio...

Se inclinó sobre ella y besó su mejilla. Olía a jabón, a perfume y a crema.

—Jonás... Puede bajar alguien...

—Si

no

guardas

silencio

te

amordazaré... y te aseguro que es excitante la mera idea de imaginármelo.

Shh...

Tiró de sus tobillos dejándola al borde de la encimera. Sus piernas se doblaron. Primero le acarició una pierna. Luego, la otra. La cocina estaba tenuemente iluminada por la luz del exterior. Había luna llena y se veía a través de las ventanas. Su cabello se desparramó por la mesa cuando se tumbó sobre ella. Daniela arqueó la espalda al sentir las manos de Jonás acariciando sus pechos y apretándolos con fuerza.

Se clavó en ella muy despacio, aunque lo único que deseaba era saciarse rápida y brutalmente de ella. Su control desaparecía cada vez que se adentraba entre sus piernas. Daniela se lamió los labios, abrió ligeramente la boca y soltó un leve y casi imperceptible jadeo de placer cuando Jonás enterró totalmente su sexo en ella y sus pelvis chasquearon al mismo tiempo. ¡Se iba a volver loca! ¡Ah, qué forma de moverse sobre ella! ¡Qué forma de contonear la cadera, a veces en círculos, otras de arriba abajo! Siempre despacio pero contundentemente, mojándola,

sacándola de sus casillas. Ladeó la cabeza hacia un lado, su mejilla rozó la encimera. Jonás mordía su cuello, lamía sus pechos y ella enroscaba las piernas alrededor de su cadera y lo atraía hacia sí aún más.

—No lo soporto, no pares...

Jonás estaba fuera de sí. La embistió con tanta fuerza que creyó que se caía de la mesa. Sintió su pelvis contraerse, su sexo parecía quemar dentro de ella, se movía y golpeaba las paredes de sus entrañas en un carnaval de descargas de placer que se prolongaban e intensificaban. ¡Iba a gritar!

—Jonás...

Le tapó la boca con firmeza y continuó moviéndose dentro de ella.

Daniela miró hacia la puerta y sintió una súbita y extraña sensación. Hubiera jurado que alguien había pasado por delante de ella. Sin embargo, aquella percepción

duró

tan

solo

unos

segundos, Jonás no dejaba de moverse y ella estaba a punto de perder la razón.

Le oyó jadear y eso la precipitó a un orgasmo enloquecedor. Enredó los dedos en sus mechones de pelo, levantó la pelvis, tembló como en su vida y sintió cómo él se abandonaba y estallaba dentro ella mientras no dejaba de susurrarle que guardara silencio y su mano la mantenía presa y muda.

—¿Lo has oído?

Jonás se incorporó y subiéndose el pantalón se acercó a la puerta. Ambos habían oído un leve ruido

que parecía provenir del salón. Las escaleras crujieron, aquella casa era demasiado vieja y estaba llena de ruidos nocturnos indescifrables. Subieron a la habitación y se metieron en la cama. Daniela se aferró a él y jugueteó con su pelo mientras se dormía. Pensó en Martín y Colette a medida que el sueño la invadía. Hacían una buena pareja, ambos tenían

un

temperamento

tranquilo y sosegado. Cerró los ojos y comenzó a amodorrarse. Se quedó profundamente

dormida

mientras

intentaba organizar mentalmente el trabajo del día siguiente.

Los días que siguieron a la llegada de Martín fueron tranquilos. Incluso Jonás durmió varios días sin despertarse en mitad de la noche con alguna pesadilla o revelación extraña. Los obreros estaban terminando

con

la

remodelación del ala oeste. Jonás solía pasarse por allí varias veces al día para indicar algún cambio o escoger la madera de los suelos y el papel de las paredes. Por otro lado, Martín Baseti iba y venía de la ciudad para solucionar todo lo referente a la herencia de William. Jonás lo acompañaba cuando necesitaba alguna firma, y otras era Colette la que iba con él. Daniela tuvo varias conversaciones sobre libros con Martín. Era un hombre inteligente que amaba los libros tanto como ella.

Cuando Jonás tenía que escribir algún artículo y se encerraba en la habitación con su ordenador, él la acompañaba e incluso le ayudaba a catalogar algún libro o figura. Colette estaba feliz como nunca, y su felicidad contagiaba a Alicia y a Calvin.

Llegó el viernes y Alicia había convencido al viejo Calvin para acudir al cine aquella noche. Acababan de comer. Jonás estaba agotado, se retiró a dormir la siesta mientras Daniela y Colette hablaban de películas de cine, y Martín leía el periódico y se bebía una copa de ron con Calvin.

—Podemos salir esta noche a cenar a Hight —murmuró Martín mirando a ambas mujeres—, dar un paseo por la ciudad, ir a bailar.

Colette modificó la expresión del rostro.

—¿Los cuatro?

—Claro, Colette. Alicia y Calvin irán al cine. ¿Qué hacemos nosotros en casa? He visto un bonito restaurante que parecía tener buena pinta cuando he ido a la ciudad con Jonás. ¿Qué os parece?

Daniela

parecía

entusiasmada.

Llevaba toda la semana trabajando en aquella

biblioteca

y

realmente

necesitaba salir y que le diera el aire.

Colette en cambio estaba pensativa.

—Bueno, claro... Me pondré algo bonito. Espero tener algo acorde con...

—Colette —la interrumpió Martín—.

Irías bonita hasta con un sayo. No te preocupes por eso.

Colette pareció ruborizarse y se tapó la boca con la mano. Fue Alicia la que interrumpió

la

conversación

repentinamente. Entró con la mirada desencajada y la tez pálida, casi transparente.

—Martín... —murmuró.

—¿Qué pasa?

Daniela se giró y la vio plantada delante de la puerta.

—Martín, por favor, creo que necesito tu ayuda. Jonás... Se ha levantado, creo... Creo que no está...

Martín no esperó a que Alicia terminara de hablar. Soltó el periódico bruscamente y salió del salón. Jonás estaba en lo alto de las escaleras, tenía los ojos muy abiertos y se apoyaba con una mano en la balaustrada inclinado hacia delante como si acabara de correr una maratón y le faltara el aire.

—¡Jonás! —llamó subiendo las escaleras.

Daniela apareció en el hall con Colette y Calvin, pero cuando se disponía a subir, Martín la frenó con educación.

—Otra vez... —murmuró ella.

—¿Otra vez? —Alicia la miró descolocada.

—Espera Daniela —le pidió Martín—. No es bueno despertarle. No es la primera vez que vivo esto con él. Desde que volvió de Colombia ha tenido varios episodios.

—Santo cielo... —Colette estaba muerta de miedo.

—Jonás.

Martín llegó a su altura y se aproximó muy despacio a él. Tenía el pecho

desnudo,

respiraba

muy

rápidamente y seguía aferrando la barandilla con fuerza mientras miraba al suelo como si algo lo aterrara.

—Jonás, amigo. Vamos...

—No debí subir —murmuró en voz baja—. No debí subir. No debí subir.

Ella no es buena para mí. No lo es. Mira lo que ha hecho.

Colette y Alicia se llevaron las manos a la boca en un gesto casi idéntico.

Calvin estaba paralizado y Daniela apenas podía moverse. Jonás no se movió. Martín intentó sujetar su brazo, pero al instante se soltó y cayó de rodillas casi en el borde del primer peldaño. Martín se agachó a su lado, no dejaba de balancearse de adelante hacia atrás, con los ojos muy abiertos y los músculos contraídos y en tensión.

—Jonás. Estás soñando. Vamos...

—No debí subir. Todo está lleno de cristales, está gritando. Tuve que hacerlo...

Fue en esos momentos cuando echó la vista atrás y observó a todos, cuando Martín fue consciente de que no soñaba con las selvas ni con sus traumas del pasado. Alicia estaba llorando y Colette tenía las manos temblorosas y una expresión de pánico.

—Tuve que hacerlo... Tuve que hacerlo. Ella no es buena para mí.

William... No lo comprendes...

—¿Qué es lo que no comprendo, Jonás? —preguntó y pasó el brazo por encima de la espalda de su amigo.

—No le hagas daño. No vuelvas a tocarla. No vuelvas a ponerle un dedo encima —murmuró atropelladamente—. No...

Colette dio un grito de estupor y Jonás levantó la cabeza y la miró sin verla.

—Anabella...

—¡Cállate! —gritó Colette muy alterada.

Salió corriendo de casa y Calvin, que parecía estar sufriendo una apoplejía, reaccionó y fue tras ella. Jonás se desplomó sobre la alfombra. Daniela y Alicia tuvieron que ayudar a Martín a levantarlo del suelo y llevarlo a la cama.

Se quedó durmiendo como un tronco.

No recordaría, a menos que se lo contaran, el espectáculo de terror que había protagonizado. Pero lo peor de todo es que Colette no aparecía por ningún lado y Alicia estaba fuera de sí en compañía de Calvin y Daniela en la cocina y no paraba de llorar y compadecerse de sí misma.

—Alicia. —Martín entró en la cocina y se apoyó en el borde de la mesa—. Te voy a ser muy franco y seré rápido porque Jonás no tardará en despertarse.

Tuvo varios episodios traumáticos en Colombia que le provocaron un trastorno del sueño. Un tema que superó con tratamiento y alguna sesión de hipnosis. Creo que no es lo que le ha ocurrido hoy. Me gustaría saber de qué hablaba y sobre todo por qué Colette se disgustó tanto. ¿Quién era Anabella?

No había otra palabra. Aquello era una catástrofe. Alicia se limpió las lágrimas y se sentó en una de las sillas.

Daniela sujetó sus manos y se las apretó con fuerza. Estaban frías, heladas y temblorosas.

—Alicia, ya ha tenido más de un sueño de ese tipo. No es la primera vez —dijo Daniela.

—¡Te lo dije, Alicia! —gritó Calvin.

—¡Cállate! —chilló y rompió a llorar.

—Alicia. —Martín se sentó a su lado y la miró—. ¿De qué hablaba? ¿Quién es Anabella?

Alicia prolongó un suspiro.

—La madre de Colette. Mi hermana.

¡Mi hermana! ¿Qué más da? Son recuerdos de su infancia. ¡De su infancia!

Al decir esto rompió una vez más a llorar y se enjugó las lágrimas con un pequeño pañuelo de tela y letras bordadas que sacó de su mandil.

—Murió siendo ella muy pequeña.

Pero lo suficientemente consciente para sufrir su ausencia —prosiguió ella.

Estaba muy afectada. Martín pasó la mano por su hombro y luego se incorporó.

—Está bien. Tengo que ir a buscar a Colette. Daniela, por favor. Creo que debemos explicarle a Jonás qué ha pasado. Es una situación delicada.

—La recuerda cada día —dijo entonces Alicia—. Esa muchacha lo pasó muy mal cuando su madre murió.

Era solo una niña. ¡Una niña!

Daniela se frotó la frente con desesperación y luego la miró.

—¿Y todo lo demás? ¿Lo que decía?

—No lo sé... —farfulló ella.

Martín miró a Calvin y luego dirigió la mirada hacia Daniela. Aquel anciano había corrido detrás de Colette, pero no había sido capaz de alcanzarla. Ahora estaba casi ahogado y parecía perdido y disgustado.

—Daniela,

ven

conmigo.

Despertaremos a Jonás y luego iré a buscar a Colette.

Se levantaron y se dirigieron a la escalera. Calvin se inclinó hacia la mesa y miró con rabia a Alicia.

—¿Que no lo sabes? ¡Maldita sea, Alicia! ¿Qué demonios te pasa? ¿A qué estás esperando?

—Calvin, por el amor de Dios...

El anciano golpeó la encimera con fuerza y desesperación. Alicia dio un brinco, se llevó el pañuelo a la nariz y comenzó a llorar otra vez.

—Se te agota el tiempo Alicia —le dijo antes de salir—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Tenía una expresión ausente en el rostro, pero escuchaba atentamente todo lo que Martín y Daniela le estaban contando con gran atención. Incluso más de una vez les hizo repetir las palabras que había dicho. El nombre de Anabella le sonaba a chino, aunque Daniela le convenció para que sacara su libretita de apuntes y viera con sus propios ojos que unas noches atrás, en Londres, él mismo le había obligado a apuntar aquel nombre durante su extraño trance onírico. Tras oír la extraña historia, se levantó de la cama y se dio una ducha. Cuando salió del baño anexo, Martín y Daniela seguían sentados sobre la cama en la misma posición en la que los había dejado.

Parecían dos angelitos esquineros. Por sus caras había algo que les preocupaba, algo que no acababan de entender de toda aquella historia. Colette había desaparecido. Se había ido. No de la casa, estaba claro, pero se había marchado muy afectada.

—Ya lo estaba antes de que dijeras el nombre de su madre —apostilló Martín levantándose—. Eso me lleva a pensar que Alicia oculta algo. No ha querido seguir hablando y mucho me temo que no lo hará a menos que tú la obligues.

—No tengo ganas de recordar los episodios sórdidos de mi infancia, Martín —dijo Jonás poniéndose una camisa limpia—. Mi abuelo mató en vida a mi madre, rechazó e ignoró a mi padre desde que era un recién nacido culpándolo de la muerte de mi abuela en el parto, y dejó que la madre de Alicia y ella lo criaran. Luego se deshizo de mí, me encerró en varios internados, me apartó de todo lo que quería. ¿De qué me sirve pensar en ello? No quiero.

Me niego. No me apetece.

—¿Y no recuerdas a Anabella? ¿No podría ser la mujer de tu sueño? Según la descripción que diste, era idéntica a Colette. ¿No recuerdas nada de ella?

Daniela se levantó de la cama y le arregló el cuello de la camisa.

—No. Sé que murió joven. Era una mujer frágil. No tenía bien el corazón.

Solo sé eso. No recuerdo su cara, ni tampoco nada de ella. Yo era muy pequeño. Colette tiene cuatro años más que yo y supongo que lo sufrió de una forma más devastadora...

Martín se dejó caer sobre la cama y se estiró. Tenía la vista fija en el techo, el ventilador giraba lentamente sobre él y provocaba un siseo algo siniestro.

Daniela se sentó a su lado y le dio una palmadita en el hombro.

—Tengo que buscar a Colette...

Pobre mujer... Estaba aterrada, Jonás.

Aterrada. —Se puso de lado y los miró—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de la amnesia disociativa?

Ambos negaron con la cabeza. Jonás se calzó los zapatos y se sentó en la butaca.

—Tienes sueños recurrentes, Jonás, y esto no tiene nada que ver con los sueños de la selva o lo que viviste allí.

Es sobre esta casa, sobre tu abuelo y tu madre. Para ti, por lo que veo, no tiene mucho sentido lo que sueñas, ni siquiera recuerdas el nombre de Anabella. Pero tus sueños te lo han revelado y eso me lleva a la conclusión de que has podido sufrir un trauma siendo muy pequeño. Tu mente lo ha apartado a un rincón de tu cabeza, lo ha reprimido, sin embargo hay fragmentos que aparecen en tus sueños aunque conscientemente eres incapaz de recordar. Eso es lo único que ahora mismo tendría sentido.

—Madre mía Martín —murmuró Jonás—. ¿Un trauma?

—Eso tendría sentido —dijo Daniela—. Igual tiene algo que ver con lo que viste. No es la primera vez que repites las palabras «no debí subir».

Jonás contempló el brillo pelirrojo de su cabello a través de los pequeños rayos de sol que se filtraban por la ventana. Martín, que estaba detrás, levantó

una

ceja

y

se

quedó

contemplando su espalda, su pelo y los estilizados hombros bien perfilados que la

completaban.

Jonás

tuvo

un

pensamiento

perturbador

y

desagradable. Por un instante se los imaginó a ambos en la cama, y una mezcla de excitación y furia le revolvió las tripas.

—Martín —dijo.

Martín lo miró.

—Deja que pase un rato. Colette necesita estar sola y seguro que cometeríamos un error si ahora nos ponemos a buscarla. Quizá necesite estar sola, siempre ha sido muy solitaria e introvertida.

Daniela se levantó de la cama y se situó frente a la ventana. Al abrir los postigos, la claridad entró en el cuarto y la luz hizo transparentar sus largas piernas bajo la tela del vestido. No se percató. Jonás abrió los ojos y miró a Martín, estaba embobado y algo ruborizado, pero tenía claro que su amigo disimularía y no diría nada por el mero respecto que profesaba por él. Eso sí, le resultó cómica la situación.

—Colette nos dijo que tenías una sorpresa para ella —continuó Jonás como si no pasara nada. Daniela cruzó los brazos y al colocarse de frente sus curvas y todo lo que se podía uno imaginar quedaron a la luz de la fina tela—. ¿A qué se refería?

Aguantó la risa. Miró a Martín, era la viva imagen de la sorpresa y la desorientación. Sacudió la cabeza y lo miró.

—¿Cómo? Ah, le compré un pequeño regalo, un bonito colgante que vio en Hight la última vez que estuvimos allí. Pretendía dárselo esta noche, pero tengo la sensación de que no tendremos muchos planes esta noche.

Miró a Daniela, estaba pensativa, ausente, alejada de ellos, de la habitación y de la situación. Martín se incorporó, examinó su figura y luego a Jonás. Este sonrió con malicia y se encogió de hombros como si le dijera en un intento de comunicación telepática que no tenía la culpa de que estuvieran presenciando aquel precioso espectáculo, y que no tenía intención de pararlo.

—Seguro que al final podemos salir.

Creo que sé dónde está Colette, yo mismo iré a buscarla. De pequeños nos escondíamos en la buhardilla. Tengo un palpito.

«Tú sí que palpitas...»

Martín abrió la boca levemente en un intento de decirle algo sin hablar, pero luego negó con la cabeza, como dándole por perdido, y se tumbó de nuevo. Tenía el pelo alborotado y la camisa arrugada. Daniela alzó la vista hacia Jonás y este le hizo una señal para que fuera consciente de sus preciosas transparencias repentinas. Le hirvieron las mejillas subitamente y se apartó de la ventana como un rayo. No podía remediarlo, era deliciosa. La deseaba continuamente hasta la desesperación más absoluta.

Al cabo de media hora Jonás decidió buscar a Colette. Los tres bajaron a la terracita cubierta, allí estaban Alicia y Calvin, en silencio, sentados en las sillas de mimbre, mirando al vacío más profundo sin apenas moverse. Alicia se apresuró a servirles un poco de café cuando los vio llegar. Martín se había cambiado de camisa, se había puesto un pantalón vaquero y aparentaba diez años menos con el pelo sin gomina y aquellos mechones

rubios

desparramados sin dirección alguna.

Tras tomarse una taza de café solo, Jonás subió al piso de arriba.

La buhardilla estaba situada entre dos alas del edificio, se accedía a ella a través de una estrecha escalera que había detrás de una puerta. A veces la gente confundía aquella puerta con otra habitación, y cuando la abría y entraba apresuradamente se daba de bruces con los peldaños de madera, ese fue el primer pensamiento que le vino a la cabeza cuando empezó a subir los peldaños. Cuando llegó a lo alto, saltó un peldaño de unos cinco centímetros y observó la claraboya del fondo. Los recuerdos se agolparon en su cabeza, todo estaba igual que hacía veinte años, los mismos muebles tapados con sábanas, los mismos percheros viejos y las mismas telarañas. Dos baúles de madera, dos aparadores con espejos ovalados y la puertecita lateral con su hueco rectangular secreto. Se agachó.

Ya no entraba por el reducido espacio como cuando era niño. Vio a Colette sentada en un rincón del espacio, con la espalda apoyada en la pared, las piernas flexionadas contra su pecho y la cabeza enterrada en las rodillas. Al alzar la cabeza y verlo rompió a llorar.

—Colette... Tú debes de pensar que no me acuerdo de estos sitios... —le dijo

gateando

hasta

ella—.

No

recordaba lo claustrofóbico que es.

—Eso es que has crecido —dijo amargamente. Apoyó la barbilla en las rodillas y sorbió los mocos como una niña—. Pero te acordaste... —sollozó.

—Claro que me acuerdo. Soy un desastre, pero hay cosas que no se olvidan, Colette.

La rodeó con el brazo y Colette dejó que su peso cayera hacia él. Apoyó la cabeza en su hombro y sin perder la postura de ovillo se acomodó.

—Todos están preocupados por ti.

Martín estuvo a punto de llamar a los bomberos.

Colette se rió con pereza.

—Alicia y Calvin están muy disgustados. Colette, me han contado lo que te dije. Siento mucho lo que ha pasado.

—¿Te acuerdas al menos de cuando nos escondíamos aquí?

—Claro que me acuerdo.

—Es muy duro crecer con alguien y que te obliguen a tratarle como si fuera un desconocido —lloriqueó—. Me costó muchos disgustos no dirigirme a ti como

señor

Belanger,

muchos

castigos... Y ahora vienes, después de veinte años, y todo cambia.

Jonás la abrazó con fuerza y acarició su pelo con los dedos.

—Y luego te fuiste, Jonás.

—No me fui. William me encerró en un colegio.

—¡No! —gimoteó—. Eso era lo de menos. ¡Te fuiste! ¡No regresaste, y me habías prometido que vendrías a buscarme!

—¿Qué?

Jonás apoyó la mejilla en su cabeza y la meció suavemente.

—Podías haber vuelto. Pero te fuiste a tus selvas y a tu mundo perfecto y nunca viniste a verme, ni siquiera me llamaste. ¡Nunca! ¡Nunca jamás!

—No podía Colette. No me sentía con fuerzas. Yo... Yo no recuerdo que te dijera eso...

Colette levantó la cabeza. Tenía el rímel corrido por las mejillas y era como una aparición fantasmal. Negó una y otra vez. Negó con firmeza.

—Olvidaste muchas cosas. ¡Muchas!

William me lo dijo. Me dijo que no volverías a buscarme, que no te acordabas de mí, que no te importaba.

Que era así como debía ser. ¡Pero yo te eché mucho de menos!

—Santo cielo...

No entendía nada. La cabeza le iba a estallar. Colette no dejaba de llorar, no dejaba de hipar, no dejaba de negar con la cabeza una y otra vez. Sintió que le faltaba el aire, sintió que nada cuadraba, que nada tenía sentido. Su cabeza era un nido de avispas; aquella buhardilla olía a humedad, a pasado.

Alzó la cabeza y se llevó todo el peso de Colette sobre su pecho. La rodeó con fuerza, la balanceó una y otra vez con la intención de que se calmara, que dejara de llorar. Era como si aquella mujer no hubiera llorado en su vida, siempre con su gesto impoluto, con su frialdad pausada e impávida.

—Colette deja de llorar, por favor...

¿Sabes que ya sé cuál es tu sorpresa?

Intentó calmarla, pareció lograrlo.

Colette suavizó el llanto y levantó la vista.

—Y si no dejas de llorar, no podremos salir esta noche a cenar y Martín no podrá dártela...

—Oh, siempre igual —murmuró haciendo acopio de su paciencia—.

Siempre tan zalamero...

—Es una cosita muy mona.

Colette se limpió con la manga del vestido la cara y se enderezó. Sonrió, aunque su gesto cambió cuando vio cómo había manchado de rímel la camisa de Jonás.

—No te preocupes, Colette. Eso es lo de menos. ¿Te encuentras mejor?

Asintió con la cabeza y se sonó los mocos.

—Te aseguro que hoy necesito una copa. ¿Te ves con fuerzas?

—Sí...

Jonás se inclinó y cuando se disponía a salir se golpeó la cabeza con el marco de la pequeña abertura. Colette se rió y gateó detrás.

—Joder

Colette,

cuando

escapábamos esto parecía un palacio y es una ratonera.

Colette saltó al espacio abuhardillado y se estiró frente a la claraboya.

—Era nuestro escondite secreto — murmuró abriendo la puerta y bajando las escaleras—. Elisabeth nunca nos encontraba aquí.

«Elisabeth nunca nos encontraba aquí...»

Lo vio entrar en la habitación y fue tras él. Jonás era la viva imagen de la consternación, de la duda. Entró en el baño sin pronunciar una sola palabra y llenó la bañera de agua y jabón.

Daniela lo observó ir de un lado a otro de la habitación en silencio. A veces parecía

enfadado,

otras

perdido,

desconcertado. Llegó a comprender de algún modo por qué odiaba tanto Garden Manor, por qué quería deshacerse de aquella casa. Hasta para ella esa mansión tenía demasiados secretos, demasiados fantasmas del pasado que se paseaban de una forma etérea por cada uno de los rincones del lugar. Había algo que no encajaba, algo que se le escapaba, y ella estaba dispuesta a llegar hasta el final. Alicia no decía toda la verdad, tampoco Calvin. Colette más que un elemento que ocultara algo parecía una víctima de su pasado, aunque realmente no estaba segura de nada. Entró un momento en el baño, tan solo para decirle que iba a prepararse para la cena y que no tardaría. Jonás sonrió amargamente sin mirarla, luego se zambulló bajo el agua y cuando emergió regresó a sus meditaciones.

Toda la casa estaba en silencio. Alicia y Calvin accedieron a regañadientes a ir al cine bajo una amenazante y desconocida Colette, que les repitió que si ellos no salían, ella se quedaría en casa y tendrían que cargar con los remordimientos. En el fondo todos necesitaban salir de aquel lugar. Colette se había puesto preciosa, con un vestido largo de noche color burdeos y el pelo, cómo no, otra vez suelto. Daniela se inclinó por una falda de vuelo azul y una camisa blanca. Se había atado un diminuto pañuelito en el cuello a juego con los zapatos de tacón, como una azafata de las líneas aéreas, había dicho Martín.

El restaurante era un bonito local inglés tradicional. Tenía las paredes forradas en madera hasta media altura y el resto empapelado con tonos ocres y dorados. Había lámparas de luces tenues desperdigadas por las mesitas, sofás de corte clásico, bonitos cuadros victorianos, cortinas de terciopelo color borgoña y ribetes dorados. Se oía música suave a través del hilo musical, y un camarero octogenario muy digno les acompañó a su mesa y les entregó las cartas. Daniela tuvo la sensación de que muchos de los que estaban en aquel restaurante se habían dado la vuelta para observarlos. Había gente de edad avanzada, varias parejas jóvenes y tres o cuatro camareros más en el salón.

—¿Te has dado cuenta? —le preguntó Martín en un murmullo.

Martín llevaba un pantalón de traje gris y una camisa blanca. Casi parecían dos monaguillos idénticos. Jonás iba vestido igual, pero se había puesto la chaqueta del traje. Se sentó en la silla y de un trago se bebió la primera copa de vino de la noche.

—Pensé que era una percepción mía —contestó Daniela.

—Me pregunto qué les llamará tanto la atención.

—Que venimos de la mansión del terror —murmuró Jonás llenando la copa de nuevo—. Colette. ¿Cuántos cadáveres tenemos en el sótano?

Aquello hizo reír a todos. Colette, que estaba algo incómoda, rápidamente se olvidó de la gente y de las miradas furtivas.

—Señor James. —Un camarero de unos cuarenta años, moreno, se aproximó a Jonás y se inclinó con elegancia—. Tenemos un salón privado en la zona norte del edificio, será un placer recibirle a usted y a sus acompañantes después de la cena. Hay música, una zona de sofás y billares, y tenemos los mejores licores y puros de todo el mundo.

Jonás alzó las cejas y afirmó con contundencia dando las gracias. Luego miró a Colette y bebió otra copa de vino.

—Al final, la palabra mágica en esta ciudad es «James».

—Tu abuelo fue una persona muy influyente en esta ciudad Jonás.

Supongo que mucha gente le debe favores —dijo Martín.

—Me inclino más por la teoría de que mi abuelo solía hacer muchas orgías en el salón privado de la zona norte del edificio, junto a los licores y los puros de todo el mundo.

—Deja el vino, Jonás —le sugirió Martín.

Colette volvió a reír.

—James... James...

El

camarero

le

interrumpió

repentinamente libreta en mano y tomó nota de todo lo que iban a cenar.

Daniela dio gracias a Dios cuando Jonás dio paso al agua. Veía a Colette animada y no deseaba por nada del mundo que algo estropeará aquella noche, su primera salida nocturna con Martín,

el

pequeño

regalo

que

guardaba para un momento más íntimo con ella.

Había un bonito piano de cola lacado en negro en un rincón del salón.

A mitad de la cena un joven músico de pelo largo y esmoquin comenzó a tocar una pieza con maestría. Martín estaba seguro de que era Chopin, Jonás le repetía que Mozart, sin embargo tras una sosegada pero animada discusión el camarero octogenario que les había acompañado a la mesa a su llegada, se acercó con sigilo y les aclaró que el hombre rubio tenía razón y que era Chopin.

Daniela pasó gran parte de la noche observando a Jonás. Se había relajado con el paso de las horas, charlaba con Martín, estaba pendiente de la delicada Colette y varias veces se quedaba pensativo observándola, con sus rizos rebeldes por encima de la frente, sus verdes y achispados ojos recorriendo cada pliegue de su falda. A veces notaba cómo miraba la curva de sus pechos, su expresión se tornaba indescifrable, imposible de adivinar.

Ella sabía que era una zona de su anatomía que le llamaba la atención, que le atraía y fascinaba. A Daniela eso le gustaba. Jonás era un hombre que no disimulaba

lo

que

le

resultaba

apasionante y no temía expresarlo, demostrar de algún modo que la deseaba.

El salón privado era una extensión del restaurante al otro lado de la planta del edificio. Se comunicaba con él a través de un pasillo que resultaba claustrofóbico e interminable, tapizado con una moqueta roja. Era muy elegante y

estaba

tenuemente

iluminado. Había unas veinte personas, la mayoría de una edad muy similar a la de Calvin o Alicia, y cuando los vieron entrar y acomodarse en una de las zonas de sofás levantaron la mirada y saludaron amablemente.

Varias

mujeres mayores ataviadas con vestidos de noche y recargadas de joyas charlaban al fondo del salón, dos hombres medio calvos discutían de negocios y fumaban unos enormes puros. Había dos ventanales inmensos con los postigos de madera abiertos y dos bonitos balcones daban a la calle. Se

encontraban en un primer piso, se oía el ruido de la gente en las terrazas, el gentío animado recorriendo las aceras de una ciudad que vivía las primeras horas de un fin de semana algo más caluroso que de costumbre y sin lluvia.

Después de tomar unas copas y jugar varias partidas de billar, Martín llevó a un lado a Colette y le entregó el precioso

colgante

que

le

había

comprado. Colette se puso muy nerviosa cuando abrió la cajita y hasta estuvo a punto de tirarla por el suelo.

Parecía como si no terminara de creerse que aquello le estuviera sucediendo a ella. Martín era muy delicado en todo lo que hacía, un verdadero caballero inglés, le había susurrado con humor Jonás al oído.

—¿Sabe que Colette...?

—Se lo dije, sí.

Jonás dejó escapar una risa lenta y acompasada. Encendió un cigarrillo y dio un trago de vino mientras observaba a su amigo y a Colette junto a la barra.

—Martín sabe tratar a una mujer. Es guapo, rubio, tiene los ojos azules como les gusta a las mujeres y unos modales refinados y sibaritas de caballero.

Detectó sarcasmo y picardía en sus palabras. Daniela se soltó el pañuelo del cuello y lo miró con curiosidad.

—¿Lo dices con segundas?

—En absoluto. No me imagino a alguien más apropiado para Colette. Es paciente. Y mucho menos impulsivo que yo...

—Parece que conoces muchos detalles de él —le dijo.

—Así es. Hemos compartido mucho.

Martín estaba a punto de casarse cuando le conocí, pero su novia lo abandonó unos meses antes de la boda.

Se fue. Desapareció. Un tiempo más tarde nos enteramos de que vivía en Italia y que se había liado con un tipo sin mucho futuro. Sintió pánico. Su novia de toda la vida sintió pánico y en vez de

decírselo desapareció. Es duro.

—Vaya, es muy triste. Debió de sufrir mucho.

—Dejó de creer en el amor. Me repetía continuamente que aquello dolía demasiado, que no podría volver a pasar por algo similar, que no quería enamorarse otra vez. Se mudó un tiempo conmigo, dejó Madrid y se fue a San Francisco. Su bufete funciona solo, es un hombre que ha trabajado mucho toda su vida, así que se podía permitir un tiempo de tranquilidad.

Daniela observó a Martín y a Colette.

—Hacen buena pareja. Entonces, ¿le gusta de verdad? Quiero decir... ¿Sus intenciones son tener una relación?

—Eso parece. Martín tiene una cicatriz muy profunda. Supongo que no me dijo nada sobre lo que pretendía hasta no estar seguro de sí mismo. — Levantó su copa y la miró con dramatismo—. El amor es un enemigo de la razón, querida mía. Nos debilita, nos ata, nos hace pasar los mejores momentos y a la vez nos destruye.

—Muy poético —dijo riendo—. Y

muy teatral, señor Belanger.

Se

quedó

absorta

en

sus

pensamientos. Varias carcajadas que provenían de una de las mesas la sobresaltaron. Estaba a gusto en aquel lugar, aunque no podía evitar recordar lo sucedido: la curiosidad por William y la preocupación creciente por los sentimientos tan intensos que afloraban en ella. Sí. Llevaba menos de dos semanas en Garden Manor y todo estaba patas arriba en su cabeza.

—Piensas demasiado —dijo Jonás sacándola de sus meditaciones—. No lo hagas. No merece la pena.

—¿A qué te refieres?

A veces tenía la sensación de que él podía leerle la mente, que era capaz de penetrar en su cabeza, de saber qué pensaba en cada momento.

—Intentas ordenar tus ideas, trazar un plan. No deberías. Fíjate en Martín, sin ir más lejos. Se pasó la vida con una mujer a la que amaba, organizando su futuro, pensando en tener hijos, una bonita casa con perros y al final no le sirvió de nada. Yo veo la vida como un juego.

—¿Un

juego?

—inquirió

sorprendida.

—No de la forma que usamos el concepto de juego. No quiero decir que juegue con la gente, Daniela. Yo me pongo el casco y el guante de béisbol y según me vengan las pelotas las cojo o las dejé pasar. Esa es mi política.

—Pero la gente cuando se enamora o cuando desea hacer algo hace planes Jonás, aunque sea inconscientemente.

No tiene sentido que me digas que tú no lo haces.

Jonás se giró hacia ella, se quitó la chaqueta del traje y la depositó con elegancia sobre el sofá. Apoyó el brazo en el respaldo y tensó los músculos de su espalda.

—Bien. Pregúntame —dijo entonces—. ¿Qué quieres saber? Adelante.

Daniela se sintió incómoda con aquella invitación, dio un trago a su copa de ginebra y pestañeó confusa.

—No entiendo que...

—Mira. Es muy sencillo. Las personas como tú que organizan tanto su vida tienen un defecto que a veces es una virtud; se expresan menos que los que somos más impulsivos, es decir, yo puedo no tener claro qué voy a hacer mañana, pero si me preguntas qué siento lo diré sin problemas, no temo hacerlo, porque como no tengo planes y dejo que todo fluya, no siento pavor porque un falso paso lo cambie todo.

¿Comprendes? Pero tú estás muerta de miedo... Necesitas saber qué pienso yo.

¡Pues pregunta!

Se

puso

colorada;

se

sentía

intimidada por aquellas afirmaciones.

Jonás llamó a un camarero: un joven con gesto fantasmal e inexpresivo y aires de pingüino que se inclinó como si fuera un resorte hacia él y sonrió siniestramente.

—¿Podría decirme si hay algún sitio donde

pueda

hablar

con

mi

acompañante... a solas...?

Daniela se iba a morir de vergüenza.

¿Qué hacía? ¿Qué pensaría aquel hombre de ellos con aquella...?

—Claro, señor. Por supuesto. Si me acompañan...

Se levantaron del sofá y siguieron al camarero. Jonás susurró algo a Martín al pasar junto a él y este, con una amable sonrisa, inclinó la cabeza y siguió charlando con Colette. Daniela no sabía dónde meterse. No entendía cómo Jonás había sido capaz de preguntar aquello y menos aún que el camarero le comprendiera sin dudar.

Atravesaron otro pasillo perpendicular al que habían recorrido al llegar al salón y llegaron a una zona con varias puertas a ambos lados del pasillo.

—Señores. Si precisan algo más, solo tienen que llamar al telefonillo.

El joven abrió una de las puertas y Jonás soltó una estrepitosa carcajada.

Daniela estaba pálida. Aquello era un hotel, un hotel anexo al restaurante y les habían llevado a una de las habitaciones.

—Bueno, solo quería hablar con ella, pero si me lo pone tan en bandeja... — Jonás le guiñó el ojo y le dio una propina.

El camarero sonrió con frialdad, entornó los ojos hacia Daniela y la invitó a pasar.

—Solo venimos a charlar —le susurró ella al pasar junto a él.

—Claro, señora James —dijo él sin ningún tipo de expresión en su voz.

¿Señora James?

Jonás se giró y levantó ambas cejas.

No dijo nada. Se despidió del fantasmal camarero y cerró la puerta.

—Bien. Siéntate en la cama. Dado que hay cama, mejor en la cama.

Siéntate.

La orden directa la dejó algo descolocada. Dejó la copa sobre la mesita y se sentó sobre una bonita colcha de hilo blanco con ambas manos colocadas bajo sus muslos en un gesto infantil y poco habitual. Jonás estaba delante de ella, dio varios pasos atrás y se dejó caer en una butaca de corte isabelino y tapizado de flores que tenía detrás. Apoyó ambos brazos a los lados y la miró con curiosidad.

—Pregunta

todo

lo

que

te

atormenta. Por favor, si es de mi pasado no merece la pena, sigo sin recordar mucho.

—No es de tu pasado. Pero ya que estamos con este juego sí me gustaría saber algo. ¿Qué harás cuando se venda la casa?

—No lo sé. No lo he pensado.

Espera.

Miró el dosel de la cama, tenía un bonito techo de madera sujeto por cuatro columnas muy robustas. Inclino la cabeza y sus ojos adquirieron un brillo inusual.

—Desnúdate.

—¿Que me desnude? ¿Ahora?

Jonás afirmó muy despacio y con seriedad.

—Vamos Daniela, podrás preguntar todo lo que desees, solo te pido que te desnudes a cambio. Juega conmigo...

Favor por favor... Aquí no va a entrar nadie.

—Todavía me debes una noche. Me prometiste que yo podría llevar las riendas y pedirte lo que quisiera.

—Y si me complaces ahora te la daré sin dudarlo. Desnúdate y ponte sobre la cama. Dame tu pañuelo del cuello. Te he visto quitártelo y guardarlo en el bolsillo. Me será muy útil.

Daniela se quedó inmóvil. Al momento apagó la luz de la habitación y encendió las dos lamparitas que descansaban sobre sendas mesitas de noche. Se sentía más cómoda y Jonás no se pronunció cuando lo hizo, permanecía muy quieto en la butaca, mirándola. ¿Quería jugar? No había problema. Al menos ella obtendría alguna respuesta de todo aquello. A los dos minutos estaba desnuda y encima de la cama apoyada sobre sus rodillas.

Jonás se levantó entonces y acercándose a ella le vendó los ojos con el pañuelo.

—¿Qué vas a hacer?

No podía ver nada. Advertía sus movimientos por la habitación, su perfume en delicadas ráfagas. Todo se magnificó, todos los sonidos, todos los aromas. Oyó pasos por el pasillo. Creyó incluso oír a Colette, risas, música clásica en algún lugar del edificio, choque de copas, brindis, más risas.

—Pregunta lo que desees Daniela.

Estás realmente preciosa. Por favor, no te retires la venda, con ella se pierde la visión pero se intensifican otros sentidos que a veces olvidamos que tenemos. Es excitante. No te la quites.

No tenía claro dónde estaba. Su voz sonaba en distintas direcciones, ladeó la cabeza hacia su lado izquierdo y detectó su perfume, el sonido áspero de la tela de su camisa.

—Estás ahí...

—Sí. Te miro. Disfruto de tu confusión. Pregunta, Daniela. ¿Qué quieres saber?

Se movió nerviosa y apoyó las nalgas sobre sus talones. El colchón era duro y podía mantenerse cómoda sin hundirse o perder el equilibrio.

—¿Has

pensando

en

nosotros

cuando todo finalice? ¿Cuando tenga que irme?

Notó su mano apartándole el pelo de la espalda y un casto beso en un hombro. Aquello la electrizó. Sus dedos pasaron ligeramente por el centro de su columna

y

descendieron

hasta

desaparecer y volatizarse en la nada.

—Sí.

Lo

he

pensado

—dijo

suavemente detrás de ella.

Silencio.

Le oyó caminar y al momento le perdió la pista. Daniela movió la cabeza en distintas direcciones y dio un brinco cuando sus dedos pellizcaron uno de sus pezones. Luego su lengua acarició sus labios muy despacio. Ahora estaba frente a ella. ¡La iba a volver loca! Estiró el brazo para tocarle con los dedos pero él se apartó rápidamente.

—Sigue, Daniela. Sigue...

—¿Me amas o solo soy un entretenimiento más en tu juego de la vida?

Silencio.

No detectó siquiera el sonido de su ropa al caminar sobre la moqueta. Se puso nerviosa, instintivamente se llevó la mano al pañuelo, pero su fuerte brazo la frenó súbitamente y con tenacidad.

—Por favor... —suplicó en un tono emotivo y cariñoso—. No lo hagas.

Volvió a perder su presencia.

—Jonás... No me has contestado...

Oyó un ruido al fondo de la habitación. Cristal, dos piedras de hielo dentro de un vaso y el líquido de una botella golpeándolos. Al instante su peso sobre la cama, su boca congelada por el hielo sobre sus labios calientes y su lengua igual de fría traspasándola lentamente hasta chocar con la suya.

Mordió sus labios, sabía dulce, afrutado. Su mano se deslizó entre sus piernas y acarició a contrapelo el fino vello recortado que descendía hasta su vagina. La yema de sus dedos jugaba con la entrada, creyó morir de placer cuando los metió dentro de ella y los movió despacio.

—Jonás...

—Te amo. Sí. Te amo. Con todo lo que esa palabra implica.

El corazón comenzó a latirle enloquecidamente bajo las capas de piel y músculo de todo su cuerpo. Su mano no dejaba de atormentarla, su boca a veces rozaba lentamente la de ella, se alejaba para

volver al instante. Las rodillas comenzaron a temblarle, se inclinó hacia delante, pero al mismo tiempo Jonás la situó de nuevo en la misma posición: de rodillas, recta, con su mano enterrada en ella y sus labios jugueteando con su boca. No lo soportaba más, estaba excitada y fuera de sí. Jonás sacó los dedos, se los metió en la boca y ella lamió las yemas lentamente.

—Sigue, Daniela... Sigue... No has terminado.

Otra vez lo perdió en la inmensidad de aquella habitación. Otra vez oyó el suave tintineo del hielo y al poco su boca descargaba en ella un sabroso licor de frutas que llenó su paladar de mil sabores y terminó con un beso para luego volver a alejarse de su lado. ¡Ah, se moría!

—¿Me llevarías contigo a fin del mundo? —preguntó con humor.

Se arqueó con lascivia, separó un poco más las piernas y agitó la melena mientras se pasaba la lengua por los labios y se contoneaba provocándole allí donde demonios estuviera en aquel momento. ¡Ah, se sentía bien! Le había dicho que la amaba. ¡La amaba! Apoyó las manos sobre la colcha y contoneó su cadera levantando el culo con maestría.

Hubiera pagado millones por verle en aquel momento. No sentía nada, no oía más que el ruido del gentío en la calle, más pisadas por los pasillos, más brindis alegres y risas. El peso de su cuerpo detrás de ella le asustó, sus brazos la rodearon y tiraron de ella hacia atrás y chocó con su pecho desnudo, con la dureza de su erección que rozaba la entrada de su vagina desde atrás. Ladeó su cabeza y la besó en la mejilla. Sintió cómo la penetraba muy despacio mientras sus manos rodeaban sus pechos y

los

apretaba

con

contundencia.

—Te llevaría donde tú desearas... Al fin del mundo, París... Una isla desierta... Oh, Daniela... Te deseo tanto... tanto... Eres tan bonita...

Besó su espalda y volvió a tirar de su cara hasta llevarla hacia él y alcanzar su boca. Su erección era inmensa, dura, dolorosa. Estaba excitado, más de lo normal, y se movía acompasadamente.

—¿Y tú, Daniela? —le preguntó al oído dándole una embestida deliciosa—. ¿Soportarías mis demonios? ¿Mis excentricidades? ¿Mis impulsos? Sabes tan poco de mí cariño mío...

—Sí. Lo soportaría. Claro que lo soportaría.

Se arqueó ansiosa y empujó su cadera hacia atrás contra él. Elevó los brazos buscando su cuello, rodeó con sus largos dedos su nuca, su pelo. Él la tenía presa, con sus manos asiendo con fuerza sus pechos.

—Muévete Daniela... Haz que me corra... Vuélveme loco.

Emitió unos leves gemidos de placer al escuchar sus palabras con aquel énfasis desgarrador tan excitante.

Aquello la superaba, no soportaba aquella suave voz susurrante. Jonás abrió ligeramente la boca, notaba el calor de su aliento en la oreja.

—Daniela... Juega conmigo... No dejes de moverte...

Un suave pellizco en el clítoris le hizo contraer la pelvis y jadear a punto de alcanzar el mayor clímax de su vida.

Se movió con desesperación, sin control, rozando por momentos el placer más delirante e intenso, su pequeña muerte, su culminación. A medida

que

ella

aceleraba

los

movimientos, él se perdía entre sus cabellos. Soltó la venda de sus ojos.

Levantó su cabeza agarrándola por las mejillas con ambas manos y deslizó la lengua en su boca hasta casi rozar la campanilla. Estaba fuera de sí. Estaba ido. De una forma inesperada se apartó de él,

dejándole

totalmente

descolocado. Jonás en aquel momento no

pensaba,

estaba

excitado

y

necesitaba saciarse. La miró entre la sorpresa y la duda y, cuando ella le empujó haciendo que se sentara sobre el lecho, se colocó sobre él, clavándose en su sexo violentamente. Había pasado de la pasión más intensa y visceral al abandono. Su cara, su gesto de profunda turbación, le hicieron ver que Jonás Belanger no estaba acostumbrado a dejarse llevar en la cama. Ella le besó con intensidad y empujó su pecho suavemente. Jonás apoyó las manos para sujetar su peso, inclinándose un poco más, con la boca ligeramente abierta y aquella forma inexpresiva de mirarla, como si no entendiera qué hacía, o no comprendiera por qué estaba ahí, con ella, sobre sus rodillas, moviéndose como una serpiente.

—Espera, Daniela...

—No —dijo con contundencia—.

Deja que te quiera.

«Deja que te quiera.»

Aquella frase le perforó la cabeza.

Reculó hacia atrás, pero ella tiró de sus hombros y se pegó a él ardorosamente.

Comenzó a moverse muy despacio, tenían las bocas una frente a la otra, él se pasó la lengua por los labios y dudó unos segundos hasta que tensó todos los músculos y dejó escapar un jadeo tan delicioso y fugaz que Daniela no pudo soportarlo más.

«¡Mmm,

señor

Belanger,

he

descubierto su punto débil! Le cuesta horrores dejar que una mujer lleve la iniciativa...»

Decenas de ideas se agolparon en su cabeza a medida que su cuerpo se movía sobre él. Jonás abrió los ojos como platos cuando ella se aferró a sus pechos, cuando jugueteó con sus pezones y se inclinó para ofrecerle uno de sus pechos y él lo lamió.

Se volvió loco. Dejó que le diera la vuelta y la tumbara sobre la cama, y luego se colocó encima. Daniela pensó que por el momento era suficiente, pero su coqueteo con la debilidad de Jonás solo acababa de comenzar y pretendía volverle loco, tenía una nueva arma y la llenaba de emoción. Su placer no tardó en llegar, estaba demasiado excitada y mojada y Jonás no paraba de moverse sobre ella, no paraba de jadear muy suavemente. Cayó sobre su cuerpo mientras ella temblaba. Aquel líquido lechoso se diseminó por su sexo, la bonita colcha rezumaba semen y sus piernas estaban mojadas, pegajosas.

—Jonás.

Dijo su nombre con un murmullo.

Estaba tumbada boca arriba, a su lado y observaba el ventilador, la lámpara de araña, el dosel del techo. Él estaba en otro mundo. Se tapó con la colcha hasta la cintura, todavía le duraba la erección.

—Jonás. ¿No te gusta que yo lleve la iniciativa?

—No es eso, Daniela... Me ha excitado. Mucho.

—¿Entonces?

La lucecita roja del teléfono sonó provocando que ambos dieran un brinco. Jonás tomó el auricular con torpeza, se le cayó al suelo y tuvo que pulsar el botón del manos libres.

—Señor James —se oyó al otro lado del aparato—. Disculpe por la molestia.

Su acompañante, el señor Baseti, me ha pedido que les diga que esta noche pernoctarán en el hotel. Se encuentran en la habitación veinticuatro. Me ha pedido que le diga que se reunirán con ustedes a las nueve para el desayuno.

En su habitación.

Le dio las gracias y tras colgar miró a Daniela. Se quedaron en silencio y luego ella comenzó a reír.

—Pues nada. Dormiremos en el hotel —dijo entonces.

—Esto era un burdel en los años cuarenta. Por eso el restaurante tiene una zona privada, y por eso se une al edificio del Hotel Romain.

—¡Oh, maldita sea! ¡Y tú lo sabías!

—Pues claro. Creí conveniente sacar a Colette de casa. Aquí tenemos todo lo que necesitamos. Antes, cuando estabas interrogándome, me asomé al baño.

Hay de todo, incluso desodorante y colonia. Huele fatal, es un perfume de la posguerra, pero no podemos pedir más.

—Sigues sin contestarme, Jonás.

Antes te decía que...

Se metió bajo las mantas y la colcha y se acurrucó a su lado. Dio gracias a Dios por llevar siempre con ella su pequeño neceser y su maquillaje. Jonás seguía pensativo, mirando el ventilador.

—No estoy acostumbrado, Daniela.

Me resulta algo muy íntimo, muy difícil. Me excité muchísimo cuando te vi, pero he sentido... pánico...

«¡Oh, Jonás! ¿Qué hay en tu cabeza?

¿Qué te pasó que lo has borrado totalmente de tu mente y ahora eres así?»

—Entiendo, pero me gustaría...

volver a hacerlo.

—Duerme —murmuró besándole la frente—. Es tarde. Mañana a primera hora mandaré traer de

Garden Manor ropa limpia. Llamaré muy temprano, así la tendremos aquí antes de desayunar.

Se quedó profundamente dormida en sus brazos. Apenas logró escuchar el final de sus palabras. La amaba. Eso había dicho. La amaba y ella estaba loca por él. Despertó en mitad de la noche y se aferró a él con fuerza.

—Yo también te amo —le susurró.

Jonás dormía. Posiblemente no le habría escuchado. Tan solo se movió levemente y ella se giró pasando su brazo por la cintura y pegando su espalda a su pecho.

—Lo sé... —murmuró dormido.

Había un hermoso camino de piedras.

Subía hasta la casa, hasta su puerta principal. Ella estaba inclinada sobre las pequeñas plantas aromáticas, le gustaba el olor de la lavanda, del romero, adoraba las flores vivas y exuberantes.

Se giró hacia él. Su rostro estaba decorado con un fondo de tulipanes y margaritas. Le sonrió. Llevaba una pequeña cestita de mimbre colgando del brazo, un bonito pañuelo sujetando sus cabellos negros y aquel vestido de flores azul y blanco.

—Vamos, Jonás. Entra en casa, hijo.

Desapareció tras la puerta y él se apuró a seguirla. Su madre seguía teniendo ese agradable acento francés.

Un suave tono aflautado y femenino.

No mostró ninguna emoción al contemplar a William en lo alto de la escalera. Su madre había subido a la habitación y él quería ir con ella, pero su abuelo frenó sus ansias. Su madre ahora estaba dentro de su cuarto y parecía escuchar música mientras cantaba en francés.

—No puedes entrar ahora, Jonás — le dijo severamente.

—¿Por qué? Me dijo que fuera.

Quiero ver a mamá.

William llevaba las mangas de la camisa remangadas sobre los codos.

Aunque era un hombre mayor, su cuerpo se conservaba joven. Tenía el pelo engominado pero algo revuelto.

Parecía fatigado, enfadado.

—No debes entrar ahí. Obedéceme, Jonás.

Su abuelo intentó agarrarlo por el brazo, pero Jonás quería ir con su madre. Oyó un estruendo de cristales en la habitación, su madre gritó colérica. Jonás empujó a su abuelo, se revolvió. Sus dedos se clavaban en la carne de sus diminutas muñecas, pero estaba tan nervioso, que logró zafarse y correr hacia la puerta entreabierta.

—¡Jonás! —gritó ella.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Elisabeth soltó una risa tétrica, tenía un vaso en la mano y estaba totalmente borracha, como una cuba. Llevaba una bonita bata de actriz de cine, el vestido de flores había desaparecido y ahora vestía un

camisón de raso y una bata floreada que revoloteaba bajo sus movimientos grotescos y sus tambaleos.

—Jonás... Dile a esa estúpida niña que no entre más en esta habitación o le arrancaré sus bonitas trenzas.

Jonás miró hacia un rincón de la habitación y vio a Colette acurrucada entre el aparador y un sillón. Estaba aterrada. Elisabeth lanzó el vaso por los aires y estalló contra la pared muy cerca de ella. Los cristales le cayeron por la cabeza y Colette gritó presa del pánico y la desesperación. William entró en la habitación y apartó a Jonás de un empujón. Elisabeth tenía un cigarrillo en la mano, lo sujetaba como si fuera a prender fuego a las cortinas y caminaba con la otra mano en la cintura contoneándose obscenamente hacia él.

—William James... Saca a esa bastarda de mi cuarto o la mataré con mis propias manos. Es una criada. ¡Una criada! Una maldita y estúpida criada...

—Estás borracha Elisabeth. ¡Maldita sea!

Jonás estaba a punto de sufrir un desmayo. Su madre se abalanzó hacia su abuelo y este la abofeteó con tanta fuerza que cayó en la cama entre un desorden de seda y raso.

—¡Salid de aquí! ¡Los dos! —gritó su abuelo—. ¡Colette! Llama a Calvin y a la enfermera.

Que
traigan
las
medicinas.

No podía moverse. Sus pequeñas piernas encastradas en los pantaloncitos de algodón cortos apenas le respondían.

Miró a su abuelo sobre su madre, intentaba hacer que entrara en razón, la sujetaba para que no se lastimara.

Colette pasó corriendo por delante de él mientras lloraba desconsoladamente.

Colette tenía una herida en la cara, la había abofeteado, le había pegado.

¡Ella! ¡Se quería morir!

—¡Sal de la habitación! —le gritó William—. ¡Fuera!

Corrió todo lo que sus piernas le permitieron, corrió escaleras abajo, corrió por el jardín, por la parte trasera del ala norte y luego la del sur. Se encontró en la buhardilla, entre los viejos muebles y

la claraboya. Colette sollozaba en su rincón oscuro y no quería salir bajo ningún concepto de él.

—Colette...

—¡Déjame! ¡Déjame! Lo ha vuelto a hacer. ¡Me odia!

Su

madre

gritaba

totalmente

alcoholizada en el piso de abajo. Oyó a Alicia suplicarle que la dejara tranquila, que era una niña. Otra vez los golpes de los cristales contra las paredes, la porcelana blanca del salón cayendo estrepitosamente.

Descendió

las

escaleras y la vio en el sofá, tenía el brazo extendido, el pelo revuelto y sus bonitos labios pintados de un rojo intenso. La enfermera le inyectaba un calmante y él observaba a su madre medio dormida, con esa expresión dulce que había perdido en sus ojos.

—Jonás... Hijo mío, ven con tu madre... No dejaré que nadie te lo quite. No dejaré que eso suceda mi amor... No dejaré que te hagan daño...

Despertó con un terrible dolor de cabeza y una sensación extraña por todo el cuerpo. Se incorporó. Eran las siete de la mañana. Llamó a la casa desde el móvil y pidió que les enviaran ropa y que lo metieran todo en dos bolsas. No habló con Alicia, eso hubiera sido una catástrofe. Pidió que le pasaran con Giorgina, una mujer mayor, muy suya y eficiente, que no solía hacer preguntas. Una hora más tarde un botones subía su ropa a la habitación. Daniela estaba en la ducha.

El vapor del agua salía por debajo de la puerta y él estaba amodorrado y semiinconsciente. Tenía que levantarse.

Tenía que hacerlo. Se coló en la ducha con ella y se sumergió en un estado de letargo. Notaba sus dedos lavándole el pelo, enjabonándole, masajeando su cuello y su espalda.

—Tienes un pelo precioso —le decía ella. O eso creía.

Oyó su voz pero a lo lejos. El agua le caía por la cara y por el cuerpo, no deseaba abrir los ojos, tenía miedo de hacerlo. La misma sensación extraña en la

cabeza,

información

confusa,

imágenes sin sentido y voces. Se llevó la mano

a

las

sienes

y

respiró

profundamente.

«¡Jonás! ¡Hijo mío!»

—No es posible... —murmuró.

—¿Qué?

«Ven con tu madre...»

—Estaba borracha... Ella le pegó.

Fue ella.

—Jonás ¿que dices?

La miró con estupor y se quitó el jabón de la cara. Salió de la ducha de un salto y secándose a la velocidad de la luz se puso la ropa interior, los pantalones vaqueros limpios, una camisa nueva y sacó la ropa de Daniela.

—Vístete. Date prisa. Tengo que ir a ver a Colette.

Daniela no salía de su asombro.

Estaba fuera de sí. Mientras se acababa de arreglar, Jonás caminaba en círculos, luego iba de un lado a otro. Cuando salieron al pasillo estuvo a punto de caerse al doblar la esquina, y ni siquiera llamó a la puerta. Entró como una exhalación. Martín salía del baño con la toalla enroscada en la cintura y Colette estaba dormida en la cama.

—Colette...

Saltó sobre la cama. Colette dio un brinco y cuando lo vio delante de ella se tapó avergonzada. ¡Estaba desnuda!

—Pero ¿qué demonios...?

Martín abrió sus inmensos ojos azules y miró a Daniela.

—No sé qué le pasa Martín. Me ha traído a rastras.

Alargó la mano y le entregó la bolsa con su ropa. Martín le guiñó un ojo. No parecía importarle mucho que Colette estuviera a punto de sufrir un ataque de pánico desnuda bajo las sábanas con Jonás arrodillado delante de ella observándola minuciosamente.

—Colette, necesito que seas muy sincera.

—¡Jonás, estoy desnuda! ¡Por Dios!

—¡Me da igual Colette! —gritó—.

He tenido un sueño. He visto a mi madre, estaba borracha como una cuba y ella... Ella te pegaba. Tú salías corriendo de la habitación, ella estaba peleándose con William. No era William, era ella. ¿Me entiendes Colette?

Colette tenía su larga melena desparramada por la cara y sobre las sábanas. Apenas había podido cubrirse, sus largas y delgadas piernas estaban al desnudo, al igual que parte de su vientre. De milagro pudo ocultar el resto de su cuerpo. Aunque Jonás, lejos de interesarse por su desnudez, apenas apartaba la mirada de sus ojos. Tenía el gesto contraído en una mueca de curiosidad y el ceño fruncido.

—Colette... ¿Eso fue lo que ocurrió?

—Jonás, por favor, estoy desnuda.

—¡Contéstame, maldita sea!

—Jonás. —La suave voz de Martín le hizo volver en sí—. Calma amigo.

Calma...

Daniela se dejó caer sobre una silla.

Observó el desayuno, pero tenía el estómago cerrado y el olor del café y los ricos

bollos

y

tostadas

apenas

despertaban nada en ella.

—Colette... Por favor... Necesito saberlo. Te lo suplico. Dime...

—¡Sí! ¡Sí! Eso pasó...

Al decir aquello Jonás cayó de lado sobre la cama y se quedó tendido como un muñeco articulado. Colette reculó contra el cabecero. —Ella me odiaba y me pegaba cuando nadie la veía hasta que William la descubrió. Jonás... Tu madre se volvió loca cuando tu padre se murió, se encerraba en la habitación con su música y bebía hasta caer inconsciente. Cuando teníamos que entrar a limpiar la habitación se volvía loca. ¡Loca!

—Por eso nos escondíamos en la buhardilla... —susurró él—. No era por William. Era mi madre la que nos perseguía... Santo cielo... ¿Por qué...?

Colette saltó de la cama con la sábana y Jonás la agarró por el brazo antes de que llegara al suelo.

—Colette, ¿por qué te odiaba?

—¡No lo sé! —gritó.

—¡Colette!

—¡Jonás, por el amor de Dios! —gritó Daniela—. Le haces daño. No la sujetes así.

Jonás

le

dirigió

una

mirada

desafiante y volvió a fijar sus ojos en Colette. Martín estaba en guardia.

—Jonás, tranquilízate. Hay formas de...

—¿Por qué... te odiaba...? —inquirió lentamente y con rabia—.

¡Dime!

—¡No lo sé! ¡No puedo!

—¡Dímelo Colette, dímelo! Una mujer no odia con esa intensidad si no es por una razón. Mi madre te vio nacer. ¿Por qué te pegaba?

—Jonás... —suplicó Colette—. Me haces daño.

Jonás cerró los ojos con rabia, suavizó la presión en sus muñecas y apoyó la frente en la suya.

—Yo te protegía de ella no de él...

—dijo desgarradoramente—. No de él...

La mano de Martín se apoyó en el hombro de su amigo. Aquello estaba fuera de control. Lo apartó de Colette y esta se fue pálida y nerviosa al baño.

Antes de entrar en el aseo, miró a Daniela con ternura y complicidad.

Cuando salió, vestida y lista para desayunar, se sentó con ellos en la amplia mesa que un camarero había dispuesto en la habitación. Jonás sujetaba la taza de café con la mirada perdida. Daniela le pasaba los dedos por la nuca, le acariciaba en señal de cariño, pero él no parecía percatarse de nada, estaba lejos de allí, ausente de todo y de todos. Ahora comprendía por qué nunca había querido volver a Garden Manor, ahora entendía ese temor a regresar a su casa, ese mecanismo de defensa: el olvido.

—Soy hija de William... Por eso me odiaba.

Las palabras de Colette cortando el silencio lo apuñalaron en lo más profundo de su corazón. Miró a Martín y a Daniela. Estaban descolocados.

Jonás sintió que simplemente quería morirse y desaparecer.

—William ocultó que yo era hija suya por el mero hecho de protegerme, pero sufría terriblemente viendo que tenía que ser educada como una sirvienta. Yo le oía hablar con mi madre; él había sufrido la muerte de tu padre porque era consciente de que su trauma por la muerte de tu abuela le había hecho equivocarse con él. No quería que a mí me pasara lo mismo.

No quería fingir que no existía. Procuró una casa para mi madre y para mí, pero mi madre falleció meses después de un infarto. Yo tuve que regresar a Garden Manor, quedarme bajo la tutela de Alicia, y cuando Elisabeth descubrió quién era se volvió loca, más aún de lo que estaba.

—Temía que le quitaras la herencia —susurró Daniela.

—Estaba obsesionada con el dinero, con la herencia de William, con todo lo que le correspondía de pleno derecho a ella y a ti, Jonás, y yo era una bastarda con derechos, una amenaza. La hija de Anabella y William James, una vergüenza que no podía salir a la luz, que no podía saberse en la ciudad.

Colette se llevó la mano a la frente, le temblaba el pulso y apenas podía sujetar su taza sin derramar el café por la mesa.

—Me obligó a dirigirme a ti como si fuera tu esclava, no quería que jugáramos, ni siquiera que estuviera cerca de ti —prosiguió al tiempo que se reía amargamente—. Lo hizo antes de reconocer que ya sabía quién era mi padre. William trató de ocultarlo, pero ella lo descubrió. Con el tiempo, una noche en la que estaba muy borracha, reconoció haber seguido a William hasta la casita de mi madre cuando ella aún vivía. Fue humillante para mí.

Cuando William salía de viaje, que era a menudo, la casa era un verdadero infierno.

Jonás se llevó la mano al pecho y puso un gesto de dolor.

—Cuando bebía hasta perder la conciencia nadie podía entrar en aquella habitación, ni siquiera tú Jonás.

—También me pegaba...

Colette hizo un puchero y sollozó.

—Sí... No recuerdas muchas cosas...

No voy a hacerte recordar. ¡No voy a cargar con eso!

Martín cogió su mano con fuerza.

Estaba descompuesta, angustiada.

—Esto lo cambia todo —susurró él mientras volvía en sí y parecía adquirir una actitud más real y consciente—. Lo cambia todo.

—¡No! —gritó Colette—. No cambia nada. Nada.

—Garden Manor también es tuya Colette. Esa casa te pertenece mucho más que a mí. Y todo lo demás... Ni siquiera he visto el testamento de William...

—William

dejó

tres

fondos

fideicomisos a nombre de Colette, Alicia y Calvin —anunció Martín—.

Suficiente dinero para que no tengan que preocuparse el resto de su vida, te lo aseguro. La casa es tuya y todo lo que hay dentro de ella, junto con las fincas, dos fábricas alquiladas y otro depósito de dinero a tu nombre.

Jonás respiró profundamente y miró a Martín. La imagen de su madre, aquella delicada mujer que recordaba como algo dulce y amable, había desaparecido completamente y se sentía confuso

y

avergonzado.

Daniela

sujetaba su mano con firmeza, pero apenas la sentía. Exploró su memoria buscando respuestas. Había algo que no acababa de cuadrar en su cabeza, sin embargo estaba agotado, le daba igual.

Colette estaba demasiado afectada, no quería seguir con aquello, no quería volver atrás. Su madre les

maltrataba y el mero pensamiento le resultaba horrible y doloroso.

—Quiero ir a casa —murmuró Jonás—. Volvamos a casa, por favor.

Daniela echó a andar por el pasillo sumida en un continuo ir y venir de pensamientos que arañaban su cerebro como diminutas piezas afiladas de un puzle

demasiado

pequeño

e

incompleto. Habían llegado de Hight mucho antes de la hora de comer y Jonás les reunía a todos en el salón principal. Todavía podía sentir la amargura de Colette en los ojos, el rostro marchito de Alicia y Calvin, la necesidad de Martín por consolarles, y aquella forma algo despiadada y frívola que se había dibujado en el gesto de Jonás durante su escueta conversación.

Sus palabras habían sido claras y concisas: estaría fuera dos días por trabajo y cuando regresara se sentaría con ellos y aclararían todo lo que estaba pasando en Garden Manor y los cambios que pretendía llevar a cabo. Lo cierto es que Daniela no tenía claro si realmente Jonás huía, se alejaba de todos y de todo. Ella le había preguntado si

deseaba

que

lo

acompañara, pero Jonás, lejos de aceptar su invitación, le había dirigido una mirada de amargura y le había dicho con sinceridad que necesitaba estar solo. Además, estaría ocupado con varias reuniones que apenas le dejarían tiempo para pensar. Dos horas después Martín la tranquilizaría. Era cierto que habían llamado del trabajo, tenía que asistir a unas jornadas importantes del periódico para el que trabajaba y sería bueno para él, incluso también para los demás.

Nadie dijo una sola palabra cuando Jonás anunció que deseaba reunirse con todos para aclarar los detalles que no lograba recordar; nadie se quejó cuando habló de cambios en el testamento.

Quizá

Alicia

y

Calvin

estaban

demasiado preocupados, Colette casi no parecía estar en este mundo. Era como un alma en pena, un ser espectral que se paseaba de un lado a otro en silencio.

A veces dirigía una mirada de cariño a Martín, pero cuando este se le acercaba, ella se refugiaba en su habitación y permanecía horas encerrada en su mutismo. No quería comer, no quería hablar con nadie, ni tan siquiera pasear por el jardín.

Daniela se había acostado muy tarde tras pasar gran parte del día terminando el inventario de los libros de la biblioteca. Jonás trabajaba frente al escritorio de su habitación, ella había entrado, le había besado en la mejilla y luego se había metido en la cama quedando profundamente dormida casi al instante. El ruido de las teclas del ordenador portátil fue difuminándose a medida que la envolvía un apacible sueño. Había despertado en mitad de la noche, el reloj marcaba casi las tres de la mañana, Jonás no se había acostado y no estaba frente a su mesa. Todos sus pensamientos, toda la cronología de los hechos acontecidos en las últimas horas cesaron de pronto cuando, al descender al piso de abajo, vio su figura frente a la ventana del salón, observando los jardines, la noche, los árboles y las ramas balanceándose sutilmente por el viento primaveral.

—¿Jonás?

Se acercó lentamente a él. Estaba de espaldas, medio desnudo e inmóvil; apoyaba uno de sus brazos en el cristal y el peso de su cuerpo reposaba sobre una de las piernas. Ladeó la cabeza y sonrió.

—Jonás, son las tres de la mañana.

¿Qué haces aquí a oscuras?

Avanzó sobre la alfombra con los pies descalzos. Sentía el suave cosquilleo en los dedos de los pies. Tropezó con el pliegue de una esquina y cuando lo miró se dio cuenta de que él la observaba atentamente. Su pecho brillaba bajo las pequeñas ráfagas de luz del exterior. Varios mechones de pelo caían por su frente, pero aquello no parecía importarle en ese momento, sus ojos brillaban melancólicos.

—Deberías estar en la cama. Es muy tarde —dijo él.

—¿Estás seguro que no deseas que te acompañe mañana?

Dio varios pasos al frente y se situó frente a ella.

—Necesito que te quedes aquí.

Martín no tiene tanta confianza con Alicia, él tiene que reunirse con los abogados de mi abuelo y trabajar. Te necesito con ellas. Colette confía en ti, Daniela.

—¿Y tú? ¿Estarás bien?

—Yo necesito salir de Garden Manor unas horas. Este asunto de las jornadas ha sido inesperado pero apropiado.

La luna brillaba con intensidad en lo alto del cielo. Desde que había llegado a aquella casa eran pocas las veces que no la había visto y era precioso contemplar su resplandor iluminándolo todo.

Jonás alzó la mano y acarició su cabello con lentitud. Daniela lo abrazó con fuerza, parecía temblar

bajo sus manos, parecía abandonarse de algún modo a sus caricias sin ninguna otra actitud que la de recibir cariño.

—Quiéreme,

Daniela.

No

me

importa lo que hagas ni cómo lo hagas, pero quiéreme a tu manera. Ahora.

Aquí. De cualquier forma.

Su voz desgarradora y sus besos le hicieron sentir un deseo irrefrenable de abrazarle durante horas. Jonás era la imagen de un hombre desesperado, atormentado. Cayó de rodillas frente a ella, cayó con las manos aferrándose el pecho y se inclinó hacia delante como si fuera a perder el conocimiento. Ella se agachó frente a él y le cogió las manos.

—Oh, Jonás... Jonás...

Estaba totalmente ido. La besó en los labios aferrando con fuerza sus mejillas.

Parecían dos monaguillos rezando uno frente al otro. Daniela pasó los dedos por su pecho desnudo y sintió los latidos de su corazón bombeando con fuerza bajo la piel y los huesos.

—Hazlo Daniela... Quiéreme. Ahora mismo no tengo fuerzas para nada, solo deseo que me quieras, deseo que me estreches entre tus brazos, que me hagas olvidar toda esta horrible historia que llevaba enterrada en mi memoria toda mi vida. ¡Hazlo! Te lo suplico. Te lo suplico...

Le desprendió el camisón con la delicadeza más absoluta, recreándose con la caída de los finos tirantes sobre sus hombros, con el roce de la tela en sus pechos y la forma sutil de deslizarse hasta su cintura. Se quedó perdido observando su piel, con la boca entreabierta y los ojos entornados en un gesto de suma tristeza. Ella lo empujó suavemente sobre la alfombra. Besó su estómago, su vientre, deslizó muy despacio la tela de su fino pantalón de pijama y besó su pelvis. Estaba ardiendo.

Jonás quedó tumbado frente a la chimenea. Cerró los ojos y dejó que ella le llenara de cálidos besos todo el cuerpo. Su lengua recorrió cada centímetro de su piel, la humedad le volvía loco, comenzaba a sentir ese deseo irrefrenable por hacerle el amor salvajemente. No quería pensar, no quería recordar, solo deseaba que ella se colocara sobre sus rodillas y que bailara para él. Que no dejara de bailar.

Cuando su boca húmeda cubrió su sexo y sus labios presionaron toda la carne y desplazaron la piel hacia atrás, sintió una descarga de placer que le hizo abrir los ojos y tirar de ella contra sí.

—Oh, Daniela... Daniela... No pares... No dejes de hacer eso...

Llevó los dedos a su cabello y los enredó entre sus mechones de fuego.

Daniela no dejaba de mover la lengua de forma delirante, no dejaba de morderle, de succionar y lamer cada recoveco, cada espacio de piel, cada rincón de su cuerpo, y él empezaba a perder los estribos. Sintió la necesidad urgente y

básica

de

penetrarla

violentamente. Daniela lo miró con los labios mojados, la boca abierta y aquellos ojos juguetones y lascivos.

—Ven conmigo... —le susurró.

Tiró de su mano y lo acercó hacia la mesa. Ella se sentó sobre la encimera.

Llevó sus manos a sus pechos e hizo que los apretara con fuerza. No pudo contenerse, lamió primero uno y luego el otro. Estaba a punto de estallar en un carnaval de sensaciones si no se clavaba en ella.

Daniela sonrió con malicia y se inclinó sobre la encimera de la mesa.

Arqueó su espalda, separó las piernas y con las manos abrió delicadamente su sexo, exponiéndolo de una forma sucia y depravada. Los ojos de Jonás eran la viva imagen del asombro y ella se sentía poderosa, se sentía deliciosa ante aquella forma de observarla, de deleitarse y sucumbir a sus encantos.

—Peligrosa Daniela... ¿Dónde has estado toda mi vida?

Jonás se situó entre sus piernas, levantó su cuerpo, y sus pechos chocaron instantáneamente. Daniela podía ver su deseo, su necesidad, sus ganas. Su sexo estaba duro, descendió con la mano por su pelvis y lo acarició con firmeza, tirando de él, llevándolo justo donde quería que estuviera, dentro de ella, muy dentro.

Ahora ella tenía el control. Una vez más tenía el control que deseaba. Le sujetó la cara con ambas manos y abrió la boca muy despacio. Sacó la lengua, lamió sus labios, besó su boca con deseo y se movió hasta dejarlo ensartado, inmóvil y fuera de sí.

—Bésame, Jonás...

Jonás sacudió la cabeza, apoyó las manos a ambos lados de Daniela e intentó empujarla hacia atrás sin conseguirlo. Ella enrolló las piernas a su cadera, volvió a pasar la lengua por su boca, luego por su mejilla y su oreja.

—Bésame sucio, Jonás... Dentro de mí... Sin moverte... Soporta la presión... Ahora eres mío...

Sintió una explosión de deseo cuando sus ojos se abrieron y sus brazos se tensaron terriblemente. Su miembro, dentro de ella, pareció latir, palpitar rabiosamente.

—No te muevas... —le murmuró con dulzura ella.

—No me pidas eso... —le contestó él al oído exasperadamente.

—¡Chisst!... Déjame a mí...

Al decir eso, apoyó las manos en la encimera y levantó la pelvis. Se movió suavemente, dejó que su cuerpo bailara al compás de sus movimientos y su sexo jugueteó con él enloquecidamente.

Podía ver cómo entraba y salía de ella, cómo Jonás observaba la imagen, cómo se mojaba paulatinamente a medida que sus jadeos se hacían más latentes y vibrantes. ¡Ah, iba a volverse loca con aquella forma de mirarla! Apoyó los pies sobre la encimera, flexionó las piernas tanto que aquello acabó por sacarlo de sus casillas y no lo soportó más. La empujó brutalmente sobre la encimera, la embistió firmemente. Ella alzó los brazos por encima de su cabeza y se aferró al otro lado de la mesa, arañando sus extremos con las uñas desesperadamente. La mantenía sujeta por la cintura, levantaba su pelvis, se enterraba en ella una y otra vez. Ladeó la cabeza a punto de llegar a un orgasmo devastador y sus ojos se clavaron en una oscura figura.

—Jonás...

Se había inclinado sobre ella y ahora lo tenía a dos palmos de su mejilla.

Daniela centró la vista. La figura continuaba en el umbral de la puerta y permanecía inmóvil observándoles.

—Jonás...

Jonás la miró, ladeó la cara. Sus brazos se tensaron. Ella estaba al borde de la desesperación, del placer, del susto.

—Olvídate de eso. Mírame, Daniela.

—Pero...

—No hay nadie, Daniela, mírame...

Daniela seguía viendo aquella forma definida en el fondo del salón. Apenas podía distinguir la imagen entre las luces y sombras. Cerró los ojos. Estaba a punto de explotar. Al abrirlos la silueta había desaparecido. Comenzó a temblar bajo su peso, sus piernas se tensaron y sucumbió a un espasmo feroz. Jonás cayó sobre ella. Su peso y su calor la envolvieron. Volvió a mirar hacia la puerta, hacia el espacio oscuro al otro lado de los sofás y la ventana. Estaba segura de que había visto a alguien.

—Había alguien... Jonás, te juro que lo vi.

«Olvídate de eso. Mírame, Daniela.»

—Vamos a la cama mi preciosa arpía —dijo besándola—. Eres un soplo de aire, necesito dormir, necesito seguir sin pensar en nada. Quiero que me abrases, quiero dormirme a tu lado.

—Jonás había una persona en...

—Mi amor, no había nadie. Vamos a la cama, estoy agotado.

Subieron a la habitación. Jonás se quedó dormido casi al instante de apoyar la cabeza en la almohada.

Apenas se movió en toda la noche. Se aferró a su cintura, apoyó la cabeza en su pecho y durmió como un bebé.

Eran las nueve de la mañana y los obreros ya aporreaban las paredes.

Jonás

apenas

tuvo

tiempo

de

desayunar. Parecía más tranquilo, más relajado. La besó sin soltar la taza de café y se despidió de ella. Martín apareció vestido impecablemente, con un traje azul cobalto y una bonita camisa blanca.

—Dos días, Martín. Regresaré el miércoles. Cuídalas —le dijo antes de irse.

Ni siquiera se despidió de Alicia y de Colette. Calvin estaba en el jardín y cuando vio salir a Jonás le dio una suave palmadita en la espalda y lo acompañó al coche.

—¿Cómo está Colette? —le preguntó Daniela a Martín.

Martín dejó escapar un suspiro antes de tomar una tostada de la mesa.

—Está, que ya es mucho. Supongo que es más el disgusto por Jonás que la historia en sí. —Bebió su café, se sentó frente a la mesa de la cocina y le sonrió con amabilidad—. Nada que no se pueda solucionar, es el pasado Daniela.

El problema es que Jonás llevaba huyendo de él veinte años.

—Hay algo que no encaja, Martín — continuó

ella—.

Tu

teoría

era

totalmente válida con respecto a lo del trauma,

pero

algo

tuvo

que

desencadenarlo. Tengo la extraña sensación de que se nos escapa algo o de que Alicia, Calvin y Colette nos ocultan algún detalle.

—Yo tengo la misma sensación, pero Colette no está en situación de ser interrogada ahora mismo y cuando vuelva

Jonás

supongo

que

conseguiremos las respuestas que buscamos.

Se inclinó sobre el respaldo de la silla y recapacitó. Martín tenía un cuerpo atlético, casi idéntico al de Jonás, salvo que Martín le sacaba varios centímetros de altura y tenía la piel más pálida. Era muy guapo, cierto, más de lo que le había parecido en un principio. Tenía las pestañas muy largas y rubias, y quizá el hecho de que no se hubiera engominado tanto le daba un aspecto más rebelde y atractivo. Daniela lo miró y le procuró una sonrisita picarona.

—¿Y qué tal con Colette, ayer?

Se metió un buen bocado de tostada en la boca y negó con la cabeza mientras servía más café para ambos.

—Bueno. No tan bien como tú con Jonás. Supongo.

—¿A qué ha venido eso? —dijo riendo—. Eso no es una respuesta.

De repente recordó la imagen de aquella figura inerte frente a la puerta del salón y se encogió de hombros.

Miró a Martín. La miraba de una forma curiosa, siempre sin perder aquella amabilidad que lo acompañaba, aquella forma elegante de sonreír casi paternal, como un hermano.

—Bien.

Solo

bromeaba.

Mi

encuentro con Colette, aunque intenso, fue fugaz. No he podido disfrutar mucho de ella. Y no creo que estos días pueda tener tiempo para quedarme a solas con ella. Está realmente mal y no quiero importunarla.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—Eso me da miedo —contestó él riendo.

—No te molestó mucho que Jonás la viera desnuda, quiero decir, fue un detalle estúpido, pero me llamó la atención. Saltó a la cama por inercia y tú ni siquiera mudaste la expresión, y un hombre... — Se arrepintió casi al instante de haber sacado aquel tema.

Bebió más café y se limpió la boca con la servilleta—. No sé, soy una persona muy observadora. Aunque él no sea una amenaza para ti, ya me entiendes, la inercia hace que ayudes a tu pareja a taparse.

Martín dejó la tostada sobre un diminuto platito de porcelana y se limpió la boca y las manos con la servilleta. Terminó su café y se inclinó sobre la mesa apoyando los codos en la encimera y entrelazando los dedos cuidadosamente.

—Supongo que se debe a la confianza

—contestó

mirándola

fijamente—. Hemos... Hemos vivido mucho juntos.

Era evidente que aquella frase implicaba más significados de los que parecía tener y ella no era tonta. Sintió rubor en las mejillas, pero hizo acopio de todo su valor y no lo pensó más.

—Ayer eras tú el que nos sorprendió en el salón. ¿No es así?

Estaba muerta de vergüenza, pero ella tenía claro que no estaba loca y no había visto una sombra dibujada en la pared, además Jonás lo había dicho.

Estaba demasiado desatado para pensar y lo había dicho sin darse cuenta.

«Olvídate

de

eso...

Mírame,

Daniela.»

Lo recordaba perfectamente.

—Supongo que compartir muchas cosas

—continuó—,

es

compartir

mujeres también. ¿Es eso? Martín. No soy tonta. Contesta.

Más que una orden fue una súplica.

Martín seguía en silencio, con sus ojos azules clavados en ella y las mandíbulas ligeramente tensionadas y duras.

—¡Martín!

—Daniela. Cálmate.

Miró hacia la puerta, como si temiera que en algún momento Alicia o Colette aparecieran por ella y los sorprendieran hablando. Se inclinó hacia delante y arrugó la nariz con gracia. Daniela no estaba enfadada, le irritaba tener que suplicar una respuesta que consideraba obvia.

—Estoy tranquila —dijo bajando la voz—. No me gusta que me traten como una cría y menos que me espíen.

—No espiaba —replicó.

—¡Ajá! —gritó señalándole con el dedo—. Lo sabía.

—Baja la voz... Daniela, por el amor de Dios...

Martín se levantó y cerró la puerta de la cocina.

—¿Estás loca? —gruñó—. Solo faltaría que Colette se enterara de mis...

Frenó en seco. Metió las manos en el bolsillo del pantalón y comenzó a dar vueltas hasta que se desplomó en la silla y dijo:

—A ver si soy capaz de no generar otra catástrofe en esta casa. No te enfades, ¿vale?

La miró fijamente y abrió mucho los ojos.

—Si me das tu palabra de que no te vas a enfadar, te lo cuento. Si no, tendrás que esperar a tu novio para...

—No

me

enfado

—añadió

cruzándose de brazos.

—Joder, estamos todos un poquito tensos en esta casa. Solo faltaba ahora que una tontería sin importancia...

—Martín, corta el rollo —le interrumpió Daniela—. Quiero saber la verdad.

Miró el reloj. Eran las nueve y media de la mañana.

—Además —prosiguió—, voy a ir contigo hasta la ciudad para recoger un libro. Si no me cuentas la verdad de todo este lío ahora mismo, te atormentaré todo el camino, la tarde y parte de la noche, y Colette...

—No... Vale. —Martín alzó las manos y sonrió—. Te lo cuento. Ponme otro café. Ponme dos... Señor...

Tómame tú uno.

—Martín. —Apretó los dientes y pareció gruñirle—. ¿Quieres hacer el maldito favor de empezar ya?

—Vale, Daniela, sí, era yo. Iba a la cocina. Suelo llevarme siempre un vaso de agua a la cama, pero se me olvidó, ¡maldita sea! Me desperté sobre las tres de la mañana y bajé a por él y os vi.

Le dirigió una mirada de soslayo, entrecerró los ojos y suspiró.

—¿Y...?

—Jonás y yo no compartimos mujeres, Daniela. Digamos que soy un poquito retorcido en cuanto a ciertos temas y a él siempre le dio igual que...

—¡Ah! ¡Lo sabía! ¡Eres un mirón!

—Grita un poquito más Daniela...

Un poquito más.

—Perdón. ¡No! ¿Cómo qué perdón?

Estabas

ayer

mirándonos.

Es...

vergonzoso. Eres tú el que deberías disculparte.

Martín se cruzó de brazos y negó una vez con la cabeza.

—No voy a disculparme. Os vi y punto. Estabas muy sugerente. ¿Por qué voy a disculparme? Tu novio lo sabía.

Es más, tampoco le desagradó nunca. Y

no uses esa palabra. Mirón es un término que no me gusta.

¡No podía creer lo que oía!

—¡Pero es así! ¿Y cómo que a mi novio no le desagrada? ¿Y dónde queda mi opinión? ¡Esto es de locos!

Martín parecía un hombre que no perdía

nunca

la

compostura.

Permanecía observándola sin apenas moverse. Alzó una ceja y su gesto pasó a ser realmente cómico.

—Espera, espera. Esto no es algo que yo pacte con Jonás. Creo que estás sacando las cosas de quicio. Yo pasé por delante por pura casualidad y me quedé parado al veros. Él me vio y tú también.

Punto y final. Otra cosa es que Jonás y yo, en nuestra época... más... digamos loca, hayamos... En fin. Esto es un poquito violento. Prefiero continuar esta conversación con él delante.

Además, tampoco es muy normal que os dé por follar en el salón con las puertas abiertas. Si en vez de ser yo hubiera sido Alicia, le hubiera dado un amago de infarto con toda seguridad.

Chica...

Daniela no pudo contener una carcajada al imaginarse la situación, algo que dejó totalmente descolocado al pobre Martín.

—¿Y te ríes? Pensé que estabas molesta.

—Y lo estoy. No importa, tienes razón, no era el lugar ni el momento.

Qué vergüenza...

—No deberías decir eso —le guiñó un ojo y sonrió arrebatadoramente—.

Eres preciosa...

Martín fijó la vista en un punto de la mesa

y

pareció

meditar

unos

momentos.

—Si se entera Colette se muere. Ella nunca había estado con...

—Tranquilo.

Por

eso

no

te

preocupes. Soy una mujer moderna.

No tenía claro si aquello lo decía para tranquilizarlo a él o para convencerse a sí misma de algo. Martín inspiraba una amabilidad y una bondad por encima de todo lo que pudiera hacer o decir. Sintió calor al pensar en la noche anterior. Quizá no le había desagradado tanto la experiencia y empezaba a darse cuenta. No lo sabía.

Pero lo que sí era cierto es que aquel hombre no era una mala persona, ni un degenerado. Solo parecía deleitarse con ciertas situaciones, con ciertas escenas.

Ellos habían sido osados por hacerlo en el salón y eso también era algo a censurar. No le dio más vueltas. Le propinó una palmadita en las manos y sonrió con dulzura.

—Vamos, anda. Quiero ir a Hight.

Me gustaría pasar también por un par de tiendas. Si me esperas podría volver contigo para la comida.

Martín pestañeó aturdido aún por la conversación y asintió.

—Sí... Bueno, tengo que ir al bufete de los abogados de William. Está muy cerca del centro. Podemos quedar allí sobre las doce, si te parece.

Se levantó de la silla y abrió la puerta de la cocina. Alicia justo descendía por las escaleras con un montón de ropa limpia, sobre todo sábanas y pequeños trapitos doblados y amontonados en una pila.

—Alicia. Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

Alicia dejó la ropa sobre la encimera de la cocina y se ajustó el delantal como solía hacer. Profirió una sonrisa amarga y se sirvió un poco de café.

—Mal, hija. ¿Cómo quieres que esté?

Daniela le dio un beso en la mejilla y le pasó su brazo por encima de los hombros, la apretó con cariño y dijo: —Seguro que todo se soluciona, Alicia. Seguro que cuando regrese Jonás estará más tranquilo y todo volverá a la normalidad. Además, no está enfadado con nadie, solo disgustado.

—¡Oh,

ya

lo

sé!

—exclamó

agónicamente—. No tenía que haber regresado. William fue siempre lo que intentó que hiciera, que no recordara nada de aquellos horribles días en Garden Manor. ¡Era tan pequeño! ¡Tan inocente!

Se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar.

—Vamos Alicia, no llores. Tú no has tenido la culpa de nada. Solo lo has protegido siempre. ¡Como todos!

Alicia se enjugó las lágrimas, cogió la taza de café que le entregaba Martín y haciendo un puchero comenzó a beber.

—Doy gracias a Dios de que estéis vosotros en esta casa. No quiero imaginarme la situación sin vosotros.

¡Sería horrible! ¡Horrible!

—Jonás quiere saberlo todo — continuó Martín—. Y no voy a preguntarte nada porque considero que mañana tendrás mucho que explicarle.

Además yo no voy a ser quien te haga recordar dos veces los acontecimientos, pero sabemos que hay algo que no nos contáis...

Alicia se llevó las manos a la boca y sollozó.

—¡Fue horrible! ¡Fue una tragedia!

¡Yo le juré a William sobre la tumba que jamás le haría recordar! ¡Le juré que su secreto moriría conmigo!

—Pero está recordando, Alicia...

—¡Oh, Martín, ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¡Y

es horrible! Ese niño sufrió lo indecible.

No tenéis ni la menor idea de lo duro que es soportar que culpen de algo a un hombre que solo pretendía protegerlo de tanto dolor.

Apoyó la cadera en la encimera de mármol y dando un profundo sorbo al café se quedó pensativa farfullando en voz baja palabras sin sentido.

—Alicia...

—Daniela, por favor —imploró—.

No me hagas contártelo ahora todo. Te lo suplico.

Martín le dirigió una mirada fraternal y negó muy despacio con la cabeza. Daniela volvió a acercarse a la anciana y la besó en la frente.

—Está bien, Alicia. Nosotros vamos a ir a la ciudad. Yo tengo que recoger un libro que dejé reparando, y Martín tiene que reunirse con los abogados de William. Regresaremos para comer.

—Colette está dormida. Se acostó muy tarde ayer. Estuvo llorando hasta las tantas y luego dejé de oírla. Es tan trágico...

—Cuando

volvamos

iremos

a

buscarla para comer. La obligaremos a bajar aunque sea por los pelos.

Alicia sonrió melancólicamente y se arregló los mechones de pelo de su discreto moño. Siempre intentaba que su cabello se mantuviera perfecto en el recogido, aunque se pasara horas trabajando o metida en algún armario arreglando cosas y llenándose de polvo de los pies a la cabeza.

—¿Estarás bien? —le preguntó Martín—. Si necesitas algo de la ciudad podemos traerlo.

—Gracias, Martín. No es necesario.

Eres muy amable. De veras que no sabéis lo importante que es para nosotros que estéis aquí.

Tras decir eso, se despidieron de ella.

Tenían mucho que hacer aquella mañana. Por el camino Daniela recibió varios mensajes de Jonás al

móvil.

Había llegado al hotel y la conferencia y las jornadas se desarrollarían allí mismo. Eso significaba que no tendría que desplazarse. Era más cómodo.

—Me hubiera gustado estar en Londres para verle en su conferencia — murmuró casi con desesperación.

—Tranquila, Jonás se fue disgustado, pero quizá mañana se encuentre mejor.

Siempre podemos ir a verlo si en el último momento cambia de idea. — Soltó un largo suspiro y rió —. Es impulsivo, lo conozco muy bien. Llegará la noche y sentirá nostalgia. Te aseguro que no sería la primera vez que me llama como si hubiera fuego para que le acompañe en algo. Me ha sacado de la cama cientos de veces.

—Debe ser horrible recordar de golpe toda tu infancia.

Martín asintió y pareció perderse en un tumulto de pensamientos y dudas.

Daniela sabía que estaba preocupado por su amigo, por Colette, por todo lo acontecido. Era increíble cómo había pasado a un segundo plano el episodio nocturno que habían compartido: Martín en la penumbra del salón observándolo todo, observándoles a ellos.

Incluso

le

resultaba

algo

perturbador el hecho de que apenas le importara, a veces sentía un extraño cosquilleo por el vientre al recordar la escena, poniéndole rostro a la figura inerte y oscura que les observaba.

Luego sentía vergüenza de sí misma, miraba de reojo a Martín y se lamentaba por aquellos pensamientos tan horribles, o al menos tan poco elegantes en una mujer como ella, sencilla, fiel, incluso algo mojigata. Se despidió de él nada más aparcar frente al despacho de abogados y tras quedar a una hora determinada siguió inmersa en sus pensamientos y en aquella situación tan extraña a la que no hacía más que dar vueltas.

«Juega conmigo Daniela...»

Ni siquiera se había percatado del día tan soleado que tenía frente a ella, del bullicio de la gente, de la actividad frenética y los comercios. Miró la diminuta tienda del anticuario, sus letras curvas en la fachada, el letrerito colgante balanceándose

sobre

su

cabeza. El anciano estaba detrás del mostrador, con aquellas pequeñas gafas apoyadas en la punta de la nariz, el rostro contraído sobre un libro y la espalda arqueada hacia delante de una forma casi grotesca y artificial.

Supo en ese mismo instante lo que tenía que hacer...

El señor Duncan le explicó con todo lujo de detalles cómo había conseguido coser nuevamente las hojas del tomo.

No había sido nada complicado. El anciano parecía haber reconocido la antigüedad y calidad de aquella obra, así como su clara pertenencia a la biblioteca personal de William James.

—William tenía buen gusto para sus caprichos.

Me
he
esmerado
personalmente en este trabajo. No he querido
dejarlo
en
manos
de
principiantes.

—Es muy amable, apenas se nota nada.

Un
gran
trabajo
—dijo
concentrada en el libro. Pasó los dedos por las páginas y sonrió satisfecha—.

Realmente un gran trabajo, señor Duncan.

El anciano hinchó el pecho casi en una mueca dolorosa y se abotonó la chaqueta de punto.

—Creí que vendría con el joven James. Me alegraría que saludara a Alicia y Calvin de mi parte. Hace días que no los veo.

—Así lo haré —murmuró Daniela—.

Últimamente venimos poco a la ciudad, a menos que sean temas de abogados...

ya me entiende. El regreso de Jonás James siempre abre pequeñas brechas...

—¿Usted trabaja para el jovencito James?

—Sí, hago el inventario de sus bienes. Él no quiere estar cerca de todos esos recuerdos. Después de una tragedia de ese calibre... ya me entiende.

Lo miró de soslayo y al alzar la vista le sonrió.

—¡Ah! —exclamó en un suspiro—.

Deme el libro, se lo envolveré para que no absorba polvo o le dé mucho el sol si tiene que hacer alguna gestión por la ciudad.

—Se lo agradezco.

Cogió el tomo de piel y carraspeó.

—Pobre Alicia —dijo entonces—.

Dios sabe que esa mujer hizo todo lo posible por esa familia. William hizo lo indecible para que el pequeño no sufriera, pero aquella mujer...

Daniela meneó la cabeza con displicencia y puso un gesto fingido de enfado.

—Nadie debería pegar a su hijo.

—¿Pegar? —inquirió el anciano—.

Eso no era pegar, muchacha, era un maltrato continuo en todos los sentidos.

Cuando ese niño apareció en la clínica Mercury, no tenía un espacio de piel sin un golpe. Esa mujer debía haber pagado aquel ultraje, pero el idiota de William tapó ese episodio, ¡como muchos otros!, aunque toda esta ciudad sabía lo que le había hecho

al

pequeño

y

la

repudiaban, sin mencionar lo de la hija de Anabella. Que me parta un rayo si lo entiendo. Conocía a William desde que éramos críos, todo el mundo sabía lo que pasaba en esa casa y nadie pudo culpar al chico de la tragedia. Elisabeth se lo merecía. ¡Se lo merecía!

—Una

historia

muy

triste

y

lamentable

—afirmó

Daniela

lacónicamente.

—Triste... —El viejo Duncan le entregó el libro envuelto con sumo cuidado y se quitó las gafas—. Triste es lo que ese chico pasó. Tenía que haberse partido el cuello por aquellas escaleras y no esperar tantos días a morirse. Si yo hubiera estado en el lugar de William, la hubiese matado con mis propias manos. Pobre muchacho...

—¿Qué le debo, señor Duncan?

—¡Oh,

nada!

—dijo

digno—.

Tómelo como un regalo del viejo Duncan, y dígaselo al joven James.

Daniela le agradeció el detalle y se despidió de él. Salió a la calle y miró a ambos lados. Eran las once del mediodía.

Paró

en

varios

establecimientos, no dejaba de darle vueltas al asunto de las escaleras, a los detalles atroces de los golpes que aquel hombre había mencionado. A las doce Martín la esperaba en una coqueta cafetería bajo el edificio de oficinas. Le contó su conversación con el anticuario.

Él parecía meditar sus palabras, sopesar los detalles que Daniela le iba narrando.

—Nos dice mucho y nada —dijo meditativo—. Elisabeth se cayó por las escaleras, o discutió con William y se cayó, no está claro. Igual Jonás fue testigo del accidente, y eso lo traumatizó. No lo sé...

Esto cada vez se parece más a una película mala de terror.

—Jonás no puede culpar a Alicia y Calvin de no decirle nada. Es obvio que han querido protegerle y que la lealtad a William está latente.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos.

—¿Él nunca te contó nada de Garden Manor? —le preguntó.

—Nunca. Solo lo que tú también sabes, supongo. Que su abuelo mató en vida a su madre. He estado pensando algo. Lo he consultado por internet.

Después de un trauma existe lo que se llama «falsa memoria». Es como si el individuo mezclara cosas imaginarias con la realidad para protegerse de ese trauma. No sé si me explico.

—Sí, claro. Y por eso culpa a William.

—Algo así. Pero son suposiciones — señaló—. No tardaremos en saber la verdad y prefiero que sean Calvin y Alicia quienes lo cuenten, y no que Jonás tenga uno de esos sueños reveladores de su subconsciente. Lo que le pasó en Colombia fue muy desagradable.

La

mente

humana

aguanta, pero tiene un límite. Él pasó un infierno para alejarse de otro. Yo nunca lo comprendí, no entendía cómo era capaz de aceptar ciertos trabajos tan suicidas. A veces creía que lo hacía por dinero, que había perdido la cabeza, pero nada más lejos de la realidad.

Cuando lo conoces bien te das cuenta de que es un hombre atormentado por su pasado, siempre me habló de Calvin, de Alicia y de Colette, pero siempre hacía referencia a una infancia feliz.

Solitaria pero feliz.

Se quedó observando la acera y la gente que pasaba muy cerca de ellos.

Daniela no dijo nada. Lo observó durante largo rato. Sin duda alguna Martín sufría por su amigo, le quería, era evidente que le quería. Al cabo de unos minutos pareció volver en sí y le sonrió.

—Regresemos, todavía tenemos que sacar a Colette de su mazmorra y quiero llamar

a

Jonás

desde

la

casa

tranquilamente. Ese coche de Calvin no tiene manos libres y es como un tractor con cuatro ruedas. No me gustan los todoterrenos, me resultan inseguros y demasiado pesados. Tengo la sensación de que voy a salir por la ventanilla cada vez que tomamos una curva. Debería comprarse uno nuevo.

Cuando llegaron a Garden Manor fue imposible hacer entrar en razón a Colette. Seguía atrincherada en su habitación. No quería ver a nadie y no deseaba

comer.

Martín

estaba

desesperado. Le suplicó varias veces que abriera la puerta, que le dejara entrar para hablar con ella y sopesar las múltiples soluciones. Después de varias negativas pasó a las amenazas. Estaba dispuesto a tirar la puerta abajo si con ello conseguía sacarla de la habitación, pero Colette no cedió.

—¡No quiero ver a nadie! —gritaba una y otra vez.

—Colette, por el amor de Dios. No puedes estar encerrada todo el día.

—¡Vete Martín! ¡Déjame en paz!

Quiero estar sola. ¡Sola!

Daniela le explicó a Martín que Colette solía aislarse ante ciertas situaciones, que lo prudente era dejarla, pero él no lo comprendía, no quería entenderlo. Después de comer con Calvin y Alicia pareció relajarse. Había hablado con Jonás y este le había dicho que se encontraba mejor y que deseaba que fueran a Londres al día siguiente.

Martín estaba agotado, pero la idea no le desagradó, aunque le hubiera encantado que Colette fuera con ellos, pasar un día y una noche lejos de la mansión, sacarla de esa casa de nuevo.

—Pero ¿cómo vamos a ir? Ese coche es una carraca, tú mismo lo dijiste.

—Nos enviará un coche a primera hora de la mañana. Ya te lo dije — contestó en un suspiro—. Lo conozco como si lo hubiera parido.

Sintió lástima por él y una fuerte impotencia por no poder ayudarle a convencer a Colette para que fuera con ellos. Entendía que ella no tuviera fuerzas para ver a Jonás, entendía su angustia y su desesperación. Se pasó varias horas sentada en el suelo del pasillo con la cabeza pegada a la puerta de su habitación. Colette no hacía más que llorar. Ella la consolaba para intentar que saliera, le decía una y otra vez que todo se solucionaría, que no debía tomárselo de aquella forma, pero había algo trágico en sus llantos, algo doloroso y siniestro, algo secreto y oculto.

«Llora todo lo que no lloró durante veinte años.»

Aquellas palabras de Calvin durante la comida fueron lo único que tenía sentido en aquel momento.

—¿Qué puedo hacer, Daniela? — preguntó implorante Martín, mientras la miraba bajar desde el primer piso.

Se le quebró la voz cuando lanzó aquella pregunta. Daniela descendía los peldaños de la escalera acariciando con los dedos el papel de la pared.

—Ir a Londres —contestó ella—.

Piensa que cuando regresemos Colette tendrá que enfrentarse al pasado, contarle a Jonás todo lo que sucedió con Elisabeth. Le vendrá bien que nos vayamos un día. Dejarla tranquila con Alicia y Calvin.

Ambos se sentaron en la bonita terraza

regada

de

trepadoras

y

buganvillas.

Daniela

evocó

su

conversación con Jonás la tarde que había llegado a Garden Manor, el día que por primera vez lo vio entrar en la biblioteca, con aquella sonrisa risueña, sus hoyuelos y los rizos cayéndole por la frente que de vez en cuando se apartaba moviendo la cabeza con elegancia. Jamás hubiera esperado que su vida cambiara tanto en dos semanas, que todo se precipitara de aquella manera, que Jonás Belanger pasara a ser parte de su vida, de sus planes, de todo su mundo.

—¿Así que cuando te llamó lo viste mucho mejor? —preguntó.

Martín asintió.

—Su trabajo es su vía de escape, Daniela. Si no hubiese pasado todo esto, no hubiera aceptado ir a esas jornadas y a la conferencia. Pero siempre es agradable que reconozcan lo que haces, que vean tus fotografías, que transmitas lo que de un modo u otro has vivido.

—Creí que el motivo de su viaje era asistir como oyente a unas jornadas — prosiguió Daniela.

—Y así es. Pero mañana hablará de su trabajo. Es una especie de ponencia, al menos eso fue lo que me dijo cuando hablé con él.

Lo imaginó hablando delante de mucha gente, con su encantadora manera de mover las manos y aquellos ojos sobrenaturales apuntando hacia la multitud y sintió mucha curiosidad.

Jonás era un hombre cautivador sin lugar a dudas, un hombre con una personalidad

fascinante

capaz

de

enamorar a cualquiera. ¿Enamorar a cualquiera? Fijó la vista en Martín, que continuaba en un universo paralelo, observando las trepadoras, y dejó escapar una risa lenta.

—Será interesante verle en su papel de periodista suicida —dijo.

Sonrió sin mirarla. Daniela no quiso interrumpir sus meditaciones y se quedó observando el jardín mientras jugueteaba con el borde del mantel.

Oyeron la puertecita lateral y ambos se asombraron. Colette había salido de su cuarto y ahora atravesaba el umbral de aquella puerta con su eterno vestido de institutriz largo y el rostro contraído en una mueca de tristeza. Se había recogido el cabello en una trenza y se había maquillado ligeramente los pómulos y los ojos disimulando de ese modo la palidez. Nada más verla, Martín se levantó y le ofreció sentarse junto a ellos. Dio la sensación de que se había quitado un inmenso peso de encima cuando le sonrió con amargura.

Le tomó la mano y le besó la mejilla con cariño.

—Me agradecería mucho acompañaros a Londres, pero no me siento con fuerzas para ir —balbuceó.

—Lo

entendemos

—contestó

Daniela.

—Hemos pensado que sería bueno para ti que nosotros hagamos ese pequeño viaje —añadió Martín —.

Tendrás tiempo de estar con Alicia y Calvin sin mucha presión y nosotros de hablar con Jonás.

Martín

seguía

transmitiendo

la

desesperación de aquel que no sabe qué sucede. La miró con dulzura y pasó la yema de los dedos por el dorso de su mano.

—Fue todo culpa mía —dijo entonces—. Si yo no hubiera existido o me hubiera ido de esta casa o muerto...

—No

digas

tonterías

—le

interrumpió él—. Lo que dices es una tontería.

—No, Martín, no lo es. Yo tuve la culpa de lo que pasó esa noche. Yo y solo yo —sollozó—. ¡Todo fue culpa mía!

Soltó un gemido lastimero y se llevó las manos a la cara.

—Por Dios, esto es insoportable —susurró Martín—. No entiendo nada.

No... No puedo consolarte si no me cuentas qué demonios pasó esa noche, qué es lo que ocurrió o qué diablos fue tan horrible para mantener a un niño alejado de una casa tanto tiempo creyendo en una falsa infancia. ¡No entiendo nada!

Se levantó irritado y giró sobre sí mismo. Daniela levantó un brazo con la intención de que se sosegara.

—Vale, vamos a calmarnos. Colette, Elisabeth se cayó por las escaleras, ¿verdad?

Colette puso un gesto de estupor como si no se creyera lo que acababa de oír y se inclinó hacia delante.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Dios, Colette... Hight es un maldito pueblo. Siempre hay alguien que habla más de la cuenta —le espetó Martín.

—Vale, por favor —imploró Daniela—. Martín... Cautela... —Dirigió la vista hacia Colette, que miraba fijamente los ribetes de hilo del mantel, y apoyó la mano sobre la suya—.

Colette, fue así, ¿no es verdad? Por eso Jonás odia tanto a William, discutieron y ella cayó por las escaleras y le culpa de su muerte.

Colette negaba con la cabeza una y otra vez a medida que ella seguía hablando.

—Por eso se olvidó de esa noche. Te pegaba. William la sorprendió y se pelearon...

—No... —gimoteó Colette—. No...

no...

Daniela prosiguió.

—Y Jonás lo vio todo. Lo vio todo esa noche y...

Colette levantó la cabeza y la miró fijamente.

—Yo no debía entrar en su habitación. La culpa fue mía. No tendría que haber entrado. Yo sabía que estaba bebida, pero ella me había escondido mi muñeca y quería recuperarla sin que me viera.

—Y William...

—¡No! —gritó mirándola—. No...

No, Daniela, no... Fue Jonás —dijo desgarradoramente—. Fue su hijo, su hijo la sorprendió pegándome, él la empujó por las escaleras. Fue Jonás...

¡Jonás!

Se llevó la mano a la boca, abrió los ojos extremadamente

y

comenzó

a

balancearse sobre la silla hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué he hecho...? —murmuraba una y otra vez—. ¿Qué he hecho...?

Colette parecía a punto de perder su sano juicio. Martín estaba paralizado delante de ella, fija la mirada en Daniela, que no salía de su asombro.

Nada estaba bien. Nada.

—¿Qué? —logró preguntar Martín cruzando los brazos. Parecía como si buscara en Daniela la confirmación a lo que acababa de escuchar.

—Señor, ahora todo tiene más sentido —murmuró Daniela moviendo los ojos muy rápidamente de un lado a otro—. Cómo no se me había ocurrido...

Martín cayó en la silla y apoyando los codos sobre la mesa se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Os suplico que no digáis nada a Jonás. No puede saberlo, no en Londres.

—Colette, pero tiene que saberlo — dijo Daniela—. No podemos ignorar algo que puede recordar en cualquier momento. ¡Era un niño! Un niño que protegía a otra niña...

—Tiene razón Colette —afirmó Martín—.

No

adelantamos

nada

contándole esto en Londres, tienen que ser ellos los que le cuenten lo que sucedió cuando regresemos. No sería justo para nadie que se entere de ese modo y además trabajando. Sería un golpe muy duro.

Al instante recuperó la postura, alzó la cabeza con dignidad y miró a Colette intensamente.

—Dinos qué pasó. Todo.

Durante unos instantes Colette adquirió una expresión de pánico. Se llevó las manos al pecho y luego las apoyó sobre su regazo y miró hacia abajo.

—Me quitaba los juguetes que William me compraba. A veces me rompía las muñecas y los vestidos, otras veces las escondía en su habitación. Yo esperaba que perdiera el conocimiento y entraba muy despacio. Jonás lo sabía.

A veces me ayudaba a recuperar mis cosas. La mayoría de las veces era sencillo. Elisabeth caía medio en coma de tanto beber y no se enteraba de nada, pero otras creíamos que estaba dormida y nos sorprendía. Jonás siempre se interponía entre su madre y yo. Elisabeth iba a por mí, como era de esperar, pero cuando su hijo se metía en medio no dudaba en pegarle a él. Lo hizo muchas veces. Muchas...

—¿Y William? ¿Por qué no paró eso?

—William no se enteraba de la mitad de las cosas. Intentábamos entre todos sobrellevar la enfermedad de esa mujer sin que llegara a él. Su temperamento no era muy sosegado, la hubiera matado con toda seguridad si se hubiese enterado de las palizas que daba a su nieto y a su hija y lo que no podíamos permitir es que esa mujer destrozara la vida de William, que acabara en la cárcel y ella muerta. Creo que siempre tuvimos la esperanza de que recobraría el juicio y dejara de beber. Jonás adoraba a su madre, y cuando le pegaba se volvía un niño introvertido y apagado. Lógico... Ella no siempre había sido así. Era una mujer dulce, pero la muerte de Petro la volvió loca. Totalmente loca... —Se quedó unos segundos en silencio y pareció sonreír—. Aquel día no estaba dispuesta a que Jonás se llevara una tunda por mi culpa y fui sola a la habitación de

Elisabeth.

Estaba

profundamente dormida. Cuando caía inconscientemente se movía y más de una vez Alicia tuvo que tomarle el pulso creyéndola muerta, pero siempre dormía como un tronco.

—Y estaba despierta —apostilló Martín.

Colette afirmó con contundencia.

—Se puso como loca y me sacó por los pelos de la habitación. No dejaba de insultarme, de empujarme y de pegarme. Jonás oyó el alboroto, salió de su habitación y nos vio en mitad del pasillo. Fue horrible. Era un niño. ¡Un niño como yo!

—Se encaró con su madre, como un pequeño hombre, pero ella lo abofeteó con tanta fuerza que lo tiró al suelo, incluso le dio varias patadas mientras se tambaleaba por el efecto del alcohol. Yo estaba aturdida. Me entró el pánico cuando vi entrar a William y Calvin en casa y reulé contra la pared. Lo recuerdo todo como una película a cámara lenta, como una pesadilla.

Alicia entrando por la puerta, William y Calvin a punto de subir las escaleras y ella girándose para volver a por mí...

Alzó las manos y cerró los puños en señal de crispación. Martín y Daniela estaban mudos, inmóviles. Ella les dirigió una mirada de ternura y se encogió de hombros.

—Y pasó. «Maldita zorra bastarda», fue lo último que me dijo Elisabeth.

Jonás se levantó del suelo y la empujó.

Elisabeth cayó por las escaleras como un revoltijo de faldas, brazos y piernas que no dejaban de girar y girar. Aterrizó con un ruido horrible contra el suelo.

Creímos que se había roto todos los huesos del cuerpo, sin embargo no fue así.

—Pero murió a causa de los golpes tiempo

después

—dijo

Daniela

pensativa—. Me lo dijo el anticuario.

Creía que yo sabía la historia.

—Sí —afirmó Colette—. El golpe le perforó no sé qué órgano y eso provocó su muerte días después. Ni lo sé ni me importó, ni me importa ahora. Nadie culpó a Jonás, eso hubiera sido ridículo.

La versión fue la que fue. Elisabeth se había caído borracha una noche.

Tampoco era tan descabellado. Solo unos pocos amigos íntimos de William supieron lo que

realmente pasó. Todo el mundo en Hight odiaba a esa mujer y todo el mundo se compadecía de Jonás y de William. Por eso siempre estaban solos, por eso William dejó de ser el hombre feliz que era. Nunca podía llevar a nadie a casa porque existía el peligro de que Elisabeth montara una escena. Cuando tras el funeral de su madre Jonás lo olvidó todo, William decidió sacarlo de esta casa y alejarlo de sus recuerdos.

—¿Dónde está enterrada Elisabeth?

—preguntó Martín.

—En el mismo cementerio privado que William —contestó sin entender el motivo de la pregunta.

—Lo digo porque si os dais cuenta, Jonás jamás la ha visitado. Es como si en el fondo de su cerebro algo se lo impidiera por mucha adoración que sintiera por su falso recuerdo.

—Yo no entiendo de esas cosas, Martín —prosiguió Colette—. Un buen amigo de William, un doctor polaco que falleció hace varios años, le explicó lo que le sucedía y recomendó por el bien de Jonás que saliera de Garden Manor. Había borrado sus recuerdos como mecanismo de defensa, su joven cerebro había sufrido tanto que se protegía del dolor olvidándolo todo.

Todo...

—Y él creó una falsa memoria de lo que sucedió y su abuelo se ocupó de que aquello continuara así para que no sufriera —apostilló Daniela—. Es muy triste... Realmente doloroso, pobre hombre. Pobre William...

Colette se quedó en silencio. Otra vez el rímel dibujaba serpentinas tétricas por sus mejillas. Estaba derrumbada.

—Fue medianamente feliz conmigo aquí —continuó—. Al menos disfrutó de mí, aunque sufría terriblemente con la ausencia de Jonás. Le prometimos que no le diríamos nada, juramos que a menos que recordara, no le diríamos nada de lo que pasó aquella noche. La casa me importa un pito. ¡Nunca me importó el dinero de William! Jonás lo heredaría todo, sabíamos que querría deshacerse de esto y que con un poco de suerte no recordaría nada, pero estábamos equivocados.

—A veces nunca se vuelve a recordar el suceso en sí —dijo Martín—, pero no siempre pasa. Nuestro cerebro es un misterio, un maldito misterio que ninguno llegamos a entender jamás.

El coche enviado por Jonás llegó a primera hora de la mañana conducido por un chófer de unos cincuenta años.

Era alto y bastante corpulento. Alicia se había acercado hasta la puerta de entrada y su presencia en lo alto de las escaleras le provocó un susto que estuvo a punto de hacerla gritar. El hombre vestía un traje oscuro muy elegante, parecía uno de aquellos individuos de las funerarias, unos guantes de piel y una bonita gorra a juego, que le daban un toque misterioso y duro en la mirada. Con rapidez tomó las maletas de la mano de Martín y Daniela y, tras guardarlo todo en el maletero, les abrió la puerta de atrás con elegancia.

—Vaya, que nivel —le dijo Daniela a Martín con humor.

El chófer subió al vehículo y les dirigió una mirada amigable por el retrovisor.

—Llegaremos en una hora a Londres, señores. El hotel está a las afueras. Me llamo Tom.

Tras las pertinentes presentaciones tomaron rumbo a la ciudad. Martín seguía disgustado con la situación que se había generado entre Colette y él.

Durante el trayecto le confesó a Daniela que no estaba seguro de que ella quisiera mantener ninguna relación por el momento, aunque eso no era lo que más le preocupaba y entendía que se tomara su tiempo con todo lo que estaba sucediendo.

—He hablado con ella antes de irme, Daniela. Pase lo que pase cuando regresemos, lo mejor será no acelerar más las cosas. Además, yo ya pasé por un mal de amor, no quiero empezar algo si no estoy seguro de que funcionará. Creo que lo mejor por ahora es dejar que pasen las cosas y todos se recuperen.

—Mal de amor... —repitió riendo—.

Qué poético eres Martín. Me pierdo contigo.

Martín le dirigió una mirada de reojo y luego negó con la cabeza cuando la vio reír sin dejar de observar a través de la ventana.

—Estamos de acuerdo entonces en no decir nada a Jonás hasta que no regresemos a la mansión, ¿no? — declaró con firmeza.

—Totalmente. No nos corresponde a nosotros. Él espera que Calvin, Colette y Alicia le cuenten lo que vieron y vivieron. Sería cruel por nuestra parte ser quienes le dijéramos algo tan delicado.

Se ciñó el fino cinturón del vestido.

Realmente el modelito que había escogido,

aunque

era

precioso,

resultaba algo incómodo. El cinturón se le aflojaba constantemente y los zapatos de tacón le rozaban levemente el talón.

Se descalzó y subió las piernas sobre el asiento colocándose de lado con el codo apoyado en la ventanilla. Cuando sorprendió a Martín mirándole los pies, recordó la conversación que tenía pendiente con Jonás sobre la noche pasada y lo mucho que necesitaba preguntarle ciertas cosas. Los terribles acontecimientos la habían apartado de aquel pensamiento, pero sentía una insana curiosidad por saber por qué Jonás le había mentado para hacerle creer que lo que estaba viendo era una mera sombra, una pareidolia, como solían llamarlo en aquellos programas de misterio que escuchaba por la radio de noche.

Pasó el resto del viaje dándole vueltas al asunto, recordando la situación, la escena y el rostro de Jonás cuando había mirado al frente y lo había visto, sin darle más importancia.

Cuando faltaban diez minutos para llegar al hotel, Tom, el chófer, les informó de que estaban a punto de llegar a su destino y que deberían dirigirse al salón de actos de la planta baja. El botones de la puerta del hotel se ocupó del equipaje antes de que Daniela pudiera poner un pie en el suelo. En el interior había decenas de personas con sus folletos en mano esperando a que se abrieran las puertas de la sala de conferencias. Daniela intentó divisar por algún lado a Jonás, pero le

resultaba

difícil,

había

demasiada gente y la algarabía cada vez se pegaba más a la puerta con la intención de entrar en primer lugar.

Martín desapareció para ir al baño.

Ella se quedó cerca de la recepción esperándole. Pudo ver a varias personas de la prensa internacional con sus tarjetas identificativas colgando del cuello con un lacito, varias cámaras que desaparecieron por un lateral. Se ajustó el cinturón y arregló los tirantes del vestido. Se miró en el espejo que forraba totalmente una de las columnas más próximas a ella y oyó la voz del recepcionista.

—Señorita Cantelli —dijo en voz baja—. Señorita Cantelli.

Se giró y miró al muchacho. Era un joven rubio que le hacía un gesto con la mano para que se acercara. Detrás de él en el fondo del pasillo estaba Jonás.

—¡Jonás! —exclamó. Saltó a sus brazos y le empujó hacia el interior del pasillo cerrando la puerta—. ¿Toda esa gente viene a verte a ti?

—Me alegro de verla señorita Cantelli. Creí que la devoraría la masa.

Si salgo ahí ahora, la prensa me come.

La besó con intensidad. ¡Ah, qué guapo estaba! Llevaba un pantalón de traje gris, una bonita camisa y corbata.

¡Jonás Belanger con corbata! Aquello era una novedad. Le sentaba de cine.

Jonás la hizo girar y se recreó con el vestido verde que llevaba, luego volvió a besarla y sonrió.

—Te he echado de menos —le susurró al oído.

—Y yo a ti. Estaba preocupada. ¿Has dormido bien?

—No.

Lo dijo con suma seriedad y contundencia. Luego sonrió y aquellos hoyuelos arrebatadores colorearon su rostro.

—¿Has soñado algo más? ¿Has recordado algo?

—Alguna cosa —contestó tirando de su mano—. Ven, vamos al salón que hay al final del pasillo. El hotel me ha cedido un sitio oculto. He mandado ir a buscar a Martín, tengo café, un montón de bollería cargada de colesterol y tabaco. Todavía falta una hora para que empiece la conferencia.

Estaba

rePASANDO mis papeles cuando me avisaron de que el coche había llegado.

—Pero ¿qué es lo que has recordado? —insistió. Entró detrás de él, Jonás parecía tener prisa—. Dime.

—Tonterías Daniela, retazos y trozos sin sentido. Ahora no quiero hablar de eso.

—Yo tengo que decirte una cosa importante —le espetó—. No puedo esperar. Soy así para todo.

Se sentó en un enorme sofá minimalista de piel negra que parecía un cubo y dando una palmada al cojín del asiento la invitó a su lado. Ni siquiera se había fijado en la habitación.

Un lugar bastante moderno como todo el hotel, con varios sofás y una mesa de comedor, un televisor anclado a un brazo telescópico en el techo y ventanales enormes con finas cortinas blancas.

—Sé que la noche que estuvimos en el salón, Martín era quién estaba mirándonos y tú lo sabías.

Jonás levantó una ceja y acto seguido se inclinó hacia la mesa de centro y sirvió dos cafés.

—Me lo confesó él. Lo que no entiendo es por qué me engañaste.

—Le

quité

importancia

—

interrumpió Jonás—. No te engañé.

—Mi pregunta ahora es si realmente me

quieres,

como

dices

—dijo

duramente—. No he conocido nunca a un hombre que...

Jonás dejó escapar una carcajada seductora. Daniela lo miró ofendida y tomó su café bruscamente.

—Daniela... Mírame. ¿Qué importa que Martín bajara y nos viera? Incluso si se sentara ahora mismo aquí delante y me viera follar contigo para mí no tendría ninguna importancia.

Daniela se puso roja. Estaba a punto de decir algo cuando Jonás prosiguió: —Lo que siento por ti no es algo que se altere por un mero juego.

—Ya estamos con los juegos... Señor Belanger, ¿sabe lo que es el parchís o el trivial? Eso son juegos.

Jonás volvió a reír y encendió un cigarrillo. Se colocó la corbata con cuidado y dio una profunda calada.

—Tuviste claro desde el principio que allí había alguien, y no vi que eso interrumpiera tu placer. ¿Debería sentirme yo molesto? No.

Endureció el rostro y la miró fijamente. Daniela estaba perpleja.

—No lo tenía claro... y tú me dijiste que...

—Daniela... mi amor. Te corriste...

Sabías que no estábamos solos, eso se sabe, se percibe. —Se desplazó en el sofá, apoyó el brazo en el respaldo y pegó su rostro a ella—. ¿Y qué problema hay? Ya te dije que te amaba.

Deslizó la mano por su rodilla desnuda y acarició el interior de sus muslos. Estaba caliente, tenía la piel hirviendo.

—Eres mía, Daniela... Mía...

Sintió el tacto de los labios en su mejilla y su nariz rozándole la piel muy despacio. Deslizó los dedos más hacia el fondo y acarició su sexo por encima de la ropa interior.

—No comprendo tus jueguecitos...

—contestó agitada.

—Solo tienes que entender que te amo y que no dejaría que nadie te apartara de mí. Jugar no es malo, Daniela... y tú eres mía...

Sus ojos volvían a desprender ese brillo inusual que adquirirían cuando estaba excitado. Sus preciosos rizos castaños parecían algo más largos, tenía la boca abierta y rozaba la suya muy despacio. La abrió un poco más. Creyó que iba a besarla, pero solo la provocaba.

—¿Y qué significa ser tuya?

—Qué me perteneces, Daniela... No quiero que tu cuerpo me esconda ningún secreto, nada... Que haré contigo lo que desee, que disfrutaré de ti de mil maneras distintas, observaré cada detalle, cada jadeo o cada mirada, por muy oculta que creas tenerla; puedo llegar a conocerte más de lo que ni tú misma te conoces. Eso es ser mía.

Sonó la puerta y Martín apareció con gesto de pocos amigos y el ceño fruncido.

—Seguiremos esta conversación más tarde... —murmuró Jonás con malicia.

—¿Cómo es posible que tenga que subir tres plantas para mear? — preguntó obcecado mientras se servía un café y encendía un cigarrillo. Miró a ambos y añadió—: Esto es de locos. Casi me lo hago encima. Y luego ese botones rubito acosándome para traerme aquí.

Uno no mea en dos segundos.

Jonás se levantó y le estampó una palmadita en la espalda.

—¿Qué tal con Colette? —preguntó.

—Mal —gruñó y bebió.

—¿Alguna novedad por Garden Manor? —preguntó volviéndose a sentar junto a Daniela.

—No —dijeron al unísono ambos.

—Todo sigue igual —añadió Daniela —.

Colette

disgustada,

Alicia

distrayéndose con la casa, y Calvin con el jardín. Yo he terminado con la biblioteca. Empezaré con las pinturas en cuanto regresemos.

«En cuanto regresemos...»

Sintió una palpitación repentina en el pecho. Jonás observaba a Martín con curiosidad. Se había quitado la chaqueta, soltado dos botones de la camisa y estaba arremangado. Era como si tuviera un ataque de calor tropical y se fuera a ahogar en cualquier momento. Pero ¿aquel hombre no sabía mentir? Estaban perdidos. Daniela abrió los ojos y apretó la mandíbula con tanta fuerza que creyó que iba a partirse una muela. Martín la miró y dio una calada al cigarrillo.

—No hace falta que te pongas nervioso, Martín —dijo Daniela—. Ya se lo he dicho.

Ahora sí que Martín iba a sufrir una apoplejía. Si hasta ahora era el hombre más tranquilo y sosegado de la faz de la Tierra,

esas

cualidades

habían

desaparecido en él.

—¿Qué? —preguntó fuera de sí.

Jonás conocía demasiado bien a su amigo. Algo no iba bien.

—Lo del salón es agua pasada. — Daniela ladeó la cabeza, hinchó la nariz y añadió—: Ya está todo aclarado, Martín...

Martín había cambiado de color.

Abrió sus inmensos ojos azules y una bandada de palomas sonaron cuando parpadeó como un loco. Al instante soltó el humo del tabaco y se llevó la mano al pecho.

—¡Ay,

Señor...!

—exclamó

suspirando.

Jonás relajó el gesto. Tomó con la mano la taza y dio un largo trago al café humeante

mientras

parecía

concentrado en su rostro.

—Ya le expliqué a tu novia que bajé a por un maldito vaso de agua.

Además, hay veinticuatro habitaciones en Garden Manor.

—¿Las has contado? —preguntó Jonás riendo.

Martín arqueó las cejas y resopló.

—Es una forma de hablar. Lo que quiero decir es que si os da por...

—Martín —dijo con seriedad Jonás—. Ahórrate la perorata existencial.

Daniela estuvo encantada con la experiencia. Es más, cuando nos interrumpiste me estaba convenciendo para repetirla.

—¿Qué? —gruñó Daniela—. ¿Me tomas el pelo? ¡Eso no es verdad! ¡Yo no he dicho en ningún momento nada de eso!

—¿Tengo cara de chiste?

Martín cayó sobre una butaca y se llevó la mano a la cabeza.

—¡Ah, ya sé! Jonás Belanger está jugando. Los juegos de Jonás.

Estaba nerviosa.

—Voy a hacerte una pregunta y quiero que me contestes con total sinceridad. ¿Me aseguras que no te excitó la idea de que él te observara cuando estábamos en el salón? Ya no digo en el momento, puede ser incluso después.

Daniela miró a Martín y luego volvió a mirar a Jonás. Tenía un gesto divertido, era como si disfrutara provocando aquella tensión entre todos.

Se puso roja, sentía aquel maldito calor en las mejillas y los ojos parecían vibrarle en las cuencas.

—Pues no.

—¿Seguro? —insistió él.

Martín empezaba a negar con la cabeza mirando al suelo.

—¡No! Soy una señorita. Además, tú eres... ¿Mi pareja?

Eso pareció gustarle. Jonás sonrió seductoramente.

—En eso estamos de acuerdo, cariño mío. ¿Y qué? Me molesta esa falsa inocencia moral y mental

que tenéis las mujeres.

—Jonás... —rogó Martín—. ¿No podríamos dejar esta conversación para después de la cena y veinte copas? Hoy llevo el día cargadito... Deja de jugar con ella. Está atacada. Vas a matarla de un susto.

Jonás la besó en la mano y se levantó.

—Qué poco sentido del humor traéis los dos. —Miró el reloj y se ajustó la corbata—. Tenemos que irnos ya. La conferencia empieza en diez minutos.

Os llevaré yo mismo a la primera fila antes de que abran las puertas. Dura dos horas. Unas cuantas fotos y reportajes

de

Oriente

Medio

y

Colombia y nos vamos a comer.

Antes de que le diera tiempo de abrir la puerta, Martín cogió a Jonás por el brazo y le dijo: —
¿Seguro que estás bien?

Jonás los miró a ambos y durante un instante no contestó.

—Sí, Martín. Estoy bien. Tengo mejor cara que tú, todo hay que decirlo.

Abrió la puerta e hizo un gesto con la mano para que pasaran los dos delante de él. Daniela se olvidó de todo nada más ver el terrible follón que se había formado en recepción. Cada vez había más gente, mas medios de comunicación y más curiosos que pasaban por delante del hotel y se asomaban. Un hombre de traje negro, que parecía ser parte del servicio del hotel les acompañó por un lateral y llegaron al salón principal por una puerta trasera que daba directamente con la mesa de presidencia. Había una enorme pantalla de proyección mural en la pared que se iba desplegando automáticamente mientras

se

acomodaban en sus butacas. El sitio era inmenso, parecía un teatro. Jonás se inclinó hacia ella y la besó.

—Ahora me voy a ir. Espero que cierre las piernas un poquito más.

Seremos varios periodistas, no me

gustaría que todos le vieran las bragas, señorita Cantelli...

No se le escapaba una. Había estado dos segundos en lo alto del escenario y ya se había dado cuenta de su pequeño despiste.

—Es que no suelo llevar vestidos tan cortos señor Belanger. A veces se me olvida y mis modales campechanos me meten en apuros.

Jonás levantó una ceja y miró de soslayo a su amigo. Martín parecía concentrado en el folleto.

—Pues inténtelo. Lo que tiene ahí es mío.

Dicho esto volvió a besarla y palmoteó la pierna de Martín con cariño. Se incorporó y subió los dos peldaños que daban al escenario desapareciendo tras la misma puerta por la que habían entrado minutos antes. Daniela se alisó la parte inferior del vestido y cruzó las piernas correctamente. Se palpó las mejillas, seguía hirviendo. Aquel hombre era capaz de ponerla de los nervios con cualquier tontería que se le ocurriera.

¡Maldito Jonás! Estaba atacada y nerviosa. Aquella butaca no era de las más cómodas y era cierto que tenía la mesa de ponentes a dos palmos.

—Martín... Ya empieza a entrar la gente —susurró mientras observaba cómo iba llenándose el salón —.

Perdona por lo de antes, se te notaba mucho.

—Ya lo sé. Nunca en mi vida he mentido a Jonás. Todavía no tengo claro cómo se lo tomará. Por favor, Daniela, intenta que no note nada. A mí me resulta difícil, pero tú vas a pasar más tiempo a solas con él. Lo que nos ha contado Colette es horrible, pero no podemos permitirnos que lo sepa aquí, de esta manera, no sería justo.

Daniela

asintió

y

se

quedó

observándole.

—Ya lo sé, Martín... Lo sé.

Una mujer vestida de azafata les entregó unas tarjetitas para que las llevaran colgadas del cuello. Las primeras filas estaban reservadas para prensa y les comunicó que si alguien les decía algo solo tenían que enseñarlas.

Pocos minutos bastaron para llenar todo el salón. Daniela observó la muchedumbre.

Varios

periodistas

tomaron asiento a su lado y tras inclinar la cabeza en señal de saludo prepararon sus grabadoras y sus libretas. Los ponentes comenzaron a entrar. Jonás iba acompañado de otras dos personas, dos hombres jóvenes de tez oscura que parecían también reporteros. Todos los asistentes aplaudieron. Era increíble.

Jonás Belanger expuso varios reportajes hechos años anteriores con una serenidad

y

una

profesionalidad

impresionante. Todo el mundo guardó silencio durante el tiempo que él habló.

Algunas fotos eran desgarradoras, pueblos devastados por las guerras, madres con sus hijos viviendo entre escombros,

soldados

americanos

armados hasta los dientes junto a los coches blindados, el horror de un mundo que la gran mayoría desconocía sin parangón. Jonás contaba cada paso y cada momento que habían vivido en aquellos lugares abandonados de Dios.

Había fotografías preciosas donde salía junto a algún niño de corta edad, jugando al fútbol o enseñándoles algún libro y sus dibujos. Hubo una imagen que le impactó por encima de todas las demás. Jonás estaba sentado junto a una de las tiendas de campaña y tenía una niña de unos cinco años en brazos.

Señalaba a la cámara y ella sonreía.

Tenía uno de sus bracitos vendado hasta el codo. Jonás explicó que aquella niña había muerto diez días después.

No había superado la intervención del brazo. Una granada le había estallado a varios metros; las infecciones acababan con la vida de los niños más enfermos y debilitados. La audiencia no pudo contener un suspiro. Daniela no pudo contener las lágrimas.

El reportaje de Colombia fue menos aprensivo para todo el mundo, aunque ella sabía que detrás de aquella historia había mucho más. Las selvas, imágenes de las guerrillas, del contrabando, de los narcotraficantes más peligrosos...

Podía hacerse una idea de lo que a él le atormentaba a menudo, podía imaginar incluso una ínfima parte de lo que había pasado allí. Cuando Jonás terminó de hablar y tras una fuerte ovación, varios de los otros ponentes siguieron hablando sobre aquellas imágenes. Jonás se sentó en silencio, alzó la vista hacia ellos y les sonrió, aunque en el fondo de su corazón Daniela sabía que no era fácil para él.

—Es la mejor terapia que ha podido hacer —apostilló Martín—. Ha sido brillante. Había cosas que ni yo sabía.

Daniela lo miró con dulzura. Jonás intentaba abrir una de las botellas de agua y cuando este volvió de nuevo la vista a ella, le lanzó un beso y se puso bizca. Él frunció el ceño, parpadeó varias veces y bebió agua. Daniela se alisó el vestido, descruzó las piernas y con sumo cuidado cambio de postura.

Luego volvió a ponerse bizca y sonrió.

Era gracioso ver las expresiones de su cara. Estaba tenso, no era divertido recordar ciertos aspectos de su pasado, pero la tensión venía por el hecho de tener cientos de personas delante y a Daniela haciendo el tonto en la primera fila. Ladeó la cabeza y miró de reojo al periodista que tenía a su lado. No parecía percatarse de nada. Martín estaba peleándose con un tríptico que habían repartido. Jonás inclinó la cabeza y volvió a beber. Daniela le sacó la lengua y levantó un poco el final del vestido. Lo estaba pasando de miedo y no tenía ninguna intención de parar.

Llegaron

las

preguntas

de

los

periodistas, la primera había sido para Jonás, pero este estaba tan abducido por las tonterías que estaba haciendo Daniela que tuvieron que darle un codazo para que atendiera al pobre hombre que estaba de pie con la libreta en la mano.

—¿Temió por su vida?

—Muchas veces.

Carraspeó suavemente y se aclaró la voz con un poco de agua. Daniela seguía

levantando

la

faldita

y

controlando sutilmente que el resto de ponentes no se diera cuenta.

—Señor Belanger. ¿Tiene algún nuevo proyecto en mente de cara a futuros reportajes? —preguntó una mujer al fondo de la fila de la izquierda.

—No. Ninguno.

—¿Eso significa que aceptaría alguna de las ofertas de los mejores periódicos?

—Estoy... Estoy pensándolo. No tengo prisa.

Separó las piernas de golpe y al instante las cerró. Martín que hasta ahora parecía memorizar todos los folletos que tenía en la mano se giró hacia ella con una expresión de no entender nada.

—¿Qué diablos...? —bufó. Miró a su amigo, miró a Daniela y luego miró alrededor—. No me mates. Parecéis adolescentes.

¿No me mates? Daniela no pudo contener la risa al oír aquella expresión y se colocó correctamente en su butaca.

Las preguntas habían terminado para todos los ponentes y la gente tras aplaudir comenzó a abandonar el salón en silencio. La misma mujer vestida de azafata se acercó por un lateral y les indicó que salieran por la puerta de atrás. Un hombre de seguridad del hotel con un pinganillo esperaba en el pasillo y les dirigió de nuevo al saloncito moderno. Jonás había desaparecido.

Daniela supuso que estaría con el resto de periodistas y tras tomar asiento se quitó los zapatos y se tumbó. Necesitaba urgentemente subir a la habitación y darse una ducha. Hacía mucho calor allí dentro.

—Quiero ir a mi habitación.

Martín la miró desde la ventana y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón caminó hacia ella.

—Estas cosas son un engorro. Yo he asistido a dos más y suelen ser lentas y algo agobiantes.

—Martín. —Dejó caer el brazo muerto sobre el suelo y ladeó la cabeza para mirarlo—. Me generas mucha curiosidad. De veras que sí.

—¿A qué te refieres? —preguntó. Al momento llenó el pecho de aire y lo retuvo—. Oh, venga ya...

—Algo no me cuadra...

Martín puso los ojos en blanco y se balanceó sobre sus talones.

—¿Por qué no nos olvidamos de todo un poco? De Garden Manor, de vuestros espectáculos nocturnos en mitad del salón, y pensamos un poco en cómo...

—Sois un par de perversos que me ocultáis algo. Averiguaré qué es...

Había un precioso banco de madera de caoba rodeando la ventana. Ella misma había cosido los bordados de sus cojines perimetrales, siempre con hilo dorado, como le gustaba. Llevaba varias horas sentada en él, observando el jardín, a Calvin, los obreros de aquí para allá, Alicia correteando de un lado a otro... Pensó en Martín. Su bonita sonrisa, sus ojos grandes y azules, su pelo rubio. Había sido tan delicado, tan comprensivo con ella, que todavía se estremecía recordando el momento en que le había hecho el amor, de aquella forma tan delicada y seductora. Tal como ella había imaginado siempre desde que era una adolescente. Se miró en el reflejo de la ventana. Desde que él había llegado a la casa no dudaba en arreglarse como nunca había hecho, cogía sus pinturas y se perfilaba los ojos sutilmente para hacerlos aún más rasgados de lo que los tenía. Luego se aplicaba sombra y un poquito de color en las mejillas. Ella era muy pálida, siempre había necesitado un toque de color en los pómulos para no parecer una presencia de otro mundo. Se apartó el cabello de la cara y suspiró. Evocó de nuevo el momento mágico e íntimo que había vivido en Hight, la forma de besarla, de susurrarle al oído que estuviera tranquila, que no le haría daño, que todo saldría bien... Toda aquella nube de recuerdos maravillosos la envolvió lentamente. Martín era un hombre perfecto en todos los aspectos.

¿Qué le ocurría? Sentía pánico.

«Colette... Deberías conocer el mundo. Deberías salir, viajar, ver.

Llevas recluida aquí toda tu vida como si fueras una monja. No has vivido y ahora tienes el dinero y la libertad que necesitas para hacerlo.»

Aquellas palabras de Martín la habían asustado. ¿Vivir? ¿Y qué era vivir para unos y otros? Cosas muy diferentes

posiblemente.

Jonás

regresaría mañana y sabría toda la verdad. Era un hombre. Un hombre íntegro y fuerte que había vivido mucho. ¿Soportaría esa verdad? ¿Sería capaz de perdonarle su silencio?

¿Comprendería la razón? No estaba segura. De nada.

«Olvídate de todo por una noche. Hay tiempo para el dolor...»

La habitación del hotel era increíble.

Enorme. Aunque no tenía esa estética que a ella siempre le había apasionado de muebles clásicos, la modernidad se mezclaba con algún detalle antiguo que hacía del espacio un lugar acogedor. Lo más impactante era subir los tres peldaños de mármol y toparse con una suntuosa terraza rectangular bastante amplia y llena de enredaderas. Era una terraza cubierta en la misma habitación, pero a otra altura. Tras la comida se había duchado y lavado el pelo, se sentía fresca y animada. Salió del aseo y lo vio realmente hermoso. Jonás estaba sentado en una de las sillas de teca de la terraza, llevaba puesto solo unos vaqueros e iba descalzo, con las piernas sobre la mesa y la cara enterrada en una libreta donde escribía. Se incorporó al verla en mitad de la habitación y sin decir una sola palabra dejó la libreta en la encimera de la mesa y bajó muy despacio los tres peldaños. El pecho le brillaba, reflejaba

tonos

dorados

exuberantes. Ni rastro de un solo pelo.

Ni siquiera de la posibilidad de que existieran; tenía la piel suave, tersa y bronceada. Daniela alargó la mano y acarició su vientre mientras él parecía observar con humor el recorrido de sus caricias.

—¿Ves la cama? —le preguntó muy despacio alzando el brazo y señalando el lugar exacto.

Daniela miró hacia el lecho y asintió.

Jonás se aproximó a ella, la encaró al espejo y apoyando el mentón en su hombro la miró y dijo:

—Voy a atarte al cabecero. Ahora...

Nada más decir esto, soltó su toalla sin mucho miramiento y la dejó desnuda. Apartó el pelo de sus hombros y los besó. Jonás tenía una mirada juguetona y maliciosa. Una mirada obscena que empezaba a excitarla.

—El señor Belanger quiere jugar — afirmó ella.

—Empiezas a conocerme bien... — contestó mordisqueando su cuello—.

Con lo juguetona que estabas en la conferencia, seguro que no tienes ningún problema.

—Ninguno... Seré su esclava.

Esa última afirmación le hizo reír tétricamente. Tiró de su mano y la llevó hacia el fondo de la habitación, a continuación sacó una cinta larga de uno de los cajones de la mesita y con gran destreza

ató sus muñecas al cabecero.

—No sabía que en los hoteles había cintas para atar —dijo con sarcasmo.

—Estás muy graciosa, Daniela. Un buen jugador siempre lleva los dados en su bolsillo —le murmuró al oído. Y al instante la besó en los labios y pellizcó uno de sus pezones con fuerza—. Separa las piernas... Quiero ver lo que es mío...

Sus labios rosados y seductores le atrajeron como un imán y se quedó observándolos durante segundos que parecieron horas. Daniela se retorció, intentaba soltarse o averiguar si sería capaz de hacerlo, pero era una tarea imposible. Jonás estaba situado entre sus piernas y antes de bajar de la cama pasó una sola vez la lengua por su sexo.

El calor de su lengua mojada en el clítoris la transportó en instantes al paraíso de los sentidos. Estaba ansiosa por tenerle dentro de ella, por que la penetrara y le hiciera el amor. ¿Adónde iba? Levantó la cabeza para seguir sus pasos. Estaba junto a la neverita forrada en madera y sacaba dos copas y una botella de

cava.

¡Ah,

quería

emborracharla! Se tumbó a su lado de costado y llenó una de las copas hasta arriba.

—Bebe —ordenó levantándole un poco la cabeza—. Está muy bueno y te sentará bien.

Daniela no se lo pensó mucho.

Aquel cava estaba realmente delicioso.

Dejó que Jonás volcara la copa en su boca y comenzó a degustar aquel líquido dorado que descendía por su garganta y refrescaba todo su cuerpo. Él bebió de la suya, pero al instante volvió a llenar la copa de Daniela.

—¿Quieres emborracharme? —dijo con un gesto de dolor al tirar del brazo inconscientemente—. Chico malo.

—Bebe, mi amor. Me gusta verte descontrolada. No eres bebedora, dos copas son suficientes para ponerte juguetona.

«Juguetona te voy a dar yo a ti.»

Otra vez deslizó sutilmente la lengua por sus labios y su sexo se contrajo en un espasmo de placer incontrolable.

Mmm. Era obsceno. Era como un animal salvaje pasando la lengua por ella. La miraba con deseo, con malicia, controlando sus reacciones y sus movimientos cuando su lengua caliente se clavaba en

ella y jugueteaba lo justo para sacarla de sus casillas y volver al punto cero.

—Fíjate en esto, Daniela.

¡Ah, se quería morir!

Jonás pasó los dedos por sus labios, los abrió suavemente y al apartarlos un fino hilo de flujo se balanceó entre ellos.

—¡Jonás!

—Es impresionante. Qué obsceno es esto, mira...

Se los metió en la boca y al instante metió la lengua dentro de ella y la besó con intensidad. Se había soltado el botón del pantalón vaquero y su cuerpo sobre ella denotaba la tensión de su sexo y su inmensa erección.

Sonó el teléfono.

—No lo cojas... —murmuró sobre su boca.

—Tengo que hacerlo. Son las cinco de la tarde. Podría ser cualquiera de mis colegas.

Se apartó un poco y rodó hasta él.

—Martín. Sí. ¿Ahora?

Silencio.

—Vale, tráelo y lo firmo. Así se podrán ir al aeropuerto.

Al momento colgó.

—No me digas que viene...

Jonás saltó de la cama. Se abrochó el pantalón y tiró de la colcha por debajo del cuerpo de Daniela, que no entendía qué pretendía. Al momento la tapó cuidadosamente y le dio un beso en la frente.

—Estás de coña, ¿no? —gruñó Daniela—. Estoy atada, verás que estoy atada, Jonás.

—Es lo de menos. Estás tapadita con la colcha. ¿O prefieres que te deje como estabas?

—¡No!

Aquello era de locos. La puerta sonó y Martín entró dando zancadas con una carpeta llena de papeles en la mano.

—¿Qué haces medio desnudo? —preguntó echando una rápida ojeada a la terraza—. ¿Y Daniela?

Jonás movió la cabeza y Martín la vio.

—No me mates.

—Hola, Martín —saludó Daniela—.

Sí, es lo que te imaginas.

Entonces se revolvió como loca intentando soltarse las muñecas, pero lo único que consiguió fue dejar al aire un pecho.

—¡Oh, no! Mierda... ahora no...

Martín meneó la cabeza como si se quitara una mosca de la frente y se sentó en una de las sillas en torno a la mesa.

—Este es el contrato de la revista One para comprarte los derechos de publicación de tus fotografías y reportajes. Lo he leído dos veces con ellos, pagan a lo bestia. Así que firma.

Cada hoja una vez. Todas.

—¿Por cuántos años? —preguntó Jonás.

Daniela soltó un grito.

—¡Jonás suéltame!

—Daniela, calla un momento, ahora mismo estoy contigo —murmuró concentrado—. ¿Cuántos años?

—Dos. Los mínimos ya lo sabes. Así si no cumplen con lo que prometen podremos liberarnos en un plazo medianamente sensato.

Martín levantó una ceja y soltó una risa incontrolable.

—Joder Jonás... Lo tuyo...

—¿Quieres cava?

—¡Jonás!

—Daniela

estaba

achispada, gruñó y luego rió como una histérica—. Suéltame...

—No quiero cava. Quiero que firmes.

Jonás revisó por encima los papeles y antes de firmar levantó el dedo índice y se aproximó a Daniela.

—Un momento. Mi juguete tiene sed.

Martín puso los ojos en blanco y taconeó el suelo con movimientos nerviosos mientras hojeaba los papeles.

—No quiero más cava —gruñó Daniela.

—Un poquito más... —Inclinó la copa en sus labios y la besó—. Buena niña.

—Martín —canturreó Daniela—.

Libérame tú. Rescátame del tirano.

Jonás se aproximó hacia la mesa y cogió el bolígrafo que su amigo le ofrecía.

—Luego firmó.

—No me jodas, Jonás.

Se oyó una risa nerviosa y ambos miraron hacia la cama. Daniela intentaba soltarse, pero ya estaba algo ebria y sus movimientos no eran muy certeros.

—Te dije que quería una vida tranquila, Jonás. Esto no me ayuda. ¡Tú no me ayudas!

¿Estaban

discutiendo

los

dos

machotes? Daniela alzó la cabeza y vio a Jonás con las manos en la cintura y un gesto de humor en la cara. Martín movía la mano al estilo caballero inglés mientras parecía entonar una poesía. Le dio la risa y con la rodilla logró mover la colcha y taparse el pecho. ¿Por qué tenía que ser tan grande esa habitación?

¿Habían dicho las cinco de la tarde?

Repentinamente Jonás se aproximó a la puerta cerró con el pestillo y deslizó la tarjeta electrónica en su bolsillo.

—Jonás... No me hagas esto ahora...

—No te hago nada. ¿No te ves?

Daniela no entendía nada. Levantó un poco la cabeza y aguzó el oído. Ella era una doncella, atada a un cabecero, mientras los dos caballeros allí presentes ni la miraban. Martín clavó entonces los ojos en ella, y luego en Jonás.

—¡No me mates! —exclamó Martín al fondo.

Jonás volvió hacia la cama y luego frenó en seco y se giró hacia él.

—Vamos a jugar... A decir las verdades. ¡Martín! —levantó la voz y se dejó caer sobre la cama. Martín permanecía inmóvil delante de ella—.

Adoro a esta mujer Martín, me provoca esos instintos salvajes que tenía enterrados dentro de mí, lo es todo para mí. Todo... Mírala.

Al instante tiró de la colcha y la desplazó volando al suelo. A Daniela se le pasó la borrachera en milésimas de segundos. Aquello era surrealista.

Como si todo formara parte de un cuadro sacado del mismo Canaletto.

Jonás tenía el tono de voz de un demente, ella estaba desnuda y Martín miraba a Jonás atónito.

—No lo hagas, Jonás. No es necesario...

—Jonás,

tápame...

—dijo

ella

achispada antes de soltar una risita—.

¡Que me tapes!

Jonás

tomó

su

pelo

y

tiró

suavemente de su cabeza.

—Mi

amor,

serénate.

Intento

mantener una conversación con mi amigo. Espera... Si no tendré que amordazarte y eso no lo queremos ¿verdad?

«Los juegos de Jonás.»

Daniela afirmó.

—Escucha bien... —le dijo—. Es importante, Daniela...

—Jonás no lo hagas —repitió Martín con voz queda.

Le separó las piernas a Daniela y deslizó la mano por su sexo. Martín seguía mirándole a él fijamente. Tenía una expresión tensa y mantenía las manos en los bolsillos del pantalón.

—A mi amigo —le susurró Jonás mientras miraba a Martín—, siempre le ha gustado mirar. Eso es algo que ya sabemos todos... No es nada malo, ¿verdad? Pero lo hace por más de una razón. Primero, porque le apasiona el rostro de una mujer cuando se ruboriza y se aproxima al orgasmo tan deseado.

A la culminación de todo...

—Por el amor de Dios... —murmuró Martín.

Jonás pasó dos dedos por los labios de Daniela y abrió su sexo.

—Jonás... —jadeó ella. Estaba fuera de sí.

Su cabeza era un enjambre de confusión. La maestría de Jonás la sacaba de la realidad, pero estaba Martín delante y ella no era una mujer de ese tipo de juegos, con esa facilidad para excitarse sin el rubor y la vergüenza propia de la situación. ¡Se quería morir!

—Jonás no quiero jugar. Ya te lo dije en San Francisco.

—¡A la mierda San Francisco! Llevo observándote desde que llegaste. A mí no me engañas. Martín, a mí no —canturreó—. Mira sus pechos... Esta boca... ¿Estás seguro de que no quieres jugar?

—¡Jonás!

—Daniela

tuvo

un

momento de lucidez y se removió en la cama.

Jonás cerró los ojos apelando a su paciencia y arrugó la nariz.

—Daniela... Un momentito... —dijo apretando los dientes—. Por favor...

—No. No quiero jugar —contestó Martín.

Se giró hacia la mesa y cogió los papeles del contrato. Estaba muy serio.

Su rostro se había endurecido a lo largo de la conversación. Tomó el bolígrafo y se acercó a la cama un poco más. Se sentó en el extremo y Jonás suspirando gateó hacia él.

—Firma, demonio —dijo en un tono afable.

Jonás le entregó una copa de cava y Martín se la bebió de un trago mientras su amigo firmaba los veinte papeles uno a uno.

—Martín —susurró Daniela—. Te dije que algo no me cuadraba y me sigue sin cuadrar.

Martín levantó la cabeza. Estaba de espaldas a ella y tuvo que girarse para verla.

—Lo sé, tesoro, lo sé. ¿Recuerdas la estabilidad que siempre he deseado?

—Sí —contestó ella.

La habitación le daba vueltas, pero era divertido.

—Pues no es esta.

—¡Oh, venga ya! —exclamó Jonás—.

Estamos en Londres, amigo. Tengo la cabeza a punto de estallar, no me apetece pararme a pensar, no quiero.

Mañana vuelvo a casa y no sé lo que me voy a encontrar. Por cierto, Anabella tocaba el piano. Es algo ridículo, pero lo recordé de pronto caminando por la calle cuando llegue aquí.

—Caballeros...

No

querría

molestarles, pero me duelen las muñecas, veo doble y se me empieza a agotar la paciencia...

La explicación de Daniela les hizo reír a los dos. Jonás levantó la mano con la palma hacia arriba y sonrió.

—¿Crees que esta mujer juzgaría algo? Es ella, Martín. Es ella. No hay otra mejor, estoy seguro de ello.

Martín se llevó las manos a la cabeza y pareció balancearse a los pies de la cama. Su espalda era un nido de músculos a punto de reventar la tela de la camisa, crujió el cuello a la derecha y se levantó. Avanzó por el lateral del lecho hasta llegar a Daniela, se sentó en el borde y le acarició la cara

apartándole aquel pelo rojo de sus inmensos ojos.

—Está bien... Una noche más.

Una...

Jonás soltó el aire de los pulmones y se tumbó a su lado.

—Daniela... —murmuró Martín apoyando la mano en su mejilla—.

Quiero que me mires.

¿Una noche más? ¡Si era por la tarde! Daniela estaba anonadada. El rostro amable de Martín la tenía hipnotizada y no entendía qué se proponían. Sintió la lengua de Jonás en su sexo y no pudo contener un jadeo vergonzoso y descontrolado mirando a Martín.

—¿Qué hacéis...?

—Mírame, Daniela —repitió Martín colocándose de lado muy cerca de ella —. Daniela...

Daniela estaba ida. Era el cava, era la lengua de Jonás en sus labios pasando despacio y caliente por cada recoveco.

¡Ah, que placer! Era incluso doloroso.

¿Y esa excitación? Otro hombre la estaba mirando, estaba observando cómo su deseo aumentaba cada vez más y más. Martín ladeó su cara y la besó en los labios. La besó con tanta pasión que tuvo la sensación que se iba a abrir en canal. ¡Era una locura! Dos lenguas, dos lenguas jugando de una forma cruel con ella. Jonás no cesaba, mordía sus muslos, lamía suavemente la entrada de su sexo y luego sus dedos la torturaban deliciosamente. Pero ella no podía apartar la mirada de Martín, no podía.

Si lo intentaba él se apresuraba a tomar su mejilla y la obligaba a permanecer del mismo modo, en la misma posición.

—No... —susurró ella. Estaba a punto de correrse. A punto de llegar a un orgasmo rápido y vehemente—. Dile que pare...

—¿Eso es lo que quieres?

—Te gusta mirar... pero... —se arqueó ansiosa y Martín ladeó la cara hacia ella y la besó—, hay algo más...

—Mucho más. Mírame, tesoro.

Apartó el cabello de sus pechos, estaba en el punto álgido y delicioso de la necesidad de placer aumentado por el efecto del cava. Era capaz de cualquier cosa. Estaba ansiosa, sus ojos se movían de un lado a otro, su cuerpo se arqueaba exquisitamente contra las sábanas y no le importaba estar atada, deseaba saciarse, deseaba llegar a su pequeña muerte,

alcanzar

aquel

placentero

orgasmo

al

que

se

precipitaba sin freno alguno. Y entonces sucedió. Jonás se deslizó hacia arriba, besó su vientre y con un movimiento brusco tiró del cuello de Martín y le metió la lengua hasta la garganta.

Daniela era la viva imagen del susto.

Tenía la boca abierta, los ojos abiertos, las piernas abiertas y levitaba encima de aquellos dos hombres.

—¡Ay, Dios!

Fue lo único que llegó a decir.

—Tranquila. No es lo que crees. Solo le daba a probar de ti... No te emociones...

Nunca en su vida le había latido el sexo como le estaba latiendo en aquel momento. Sintió un abandono total mezclado con una sensación de impotencia y excitación extraña y lacerante. Martín se quitó la camisa. Era tan hermoso como Jonás. ¡Ah, se iba a volver loca! ¿Qué iban a hacer?

Al momento sus manos quedaron liberadas y Jonás la colocó frente a él.

Estaba totalmente desnudo, su erección se clavó en su vientre cuando la pegó a su cuerpo y la besó con intensidad.

—Mi Daniela, solo es un juego. Un juego... Y te gusta demasiado. Estás empapada...

Nada más decir esto comenzó a penetrarla lentamente. Había perdido el sentido

de

la

realidad,

estaba

demasiado excitada como para pararse a pensar qué estaba haciendo en aquel momento. Abrió los

ojos tras su beso y vio que la habitación estaba en penumbra. Martín había desaparecido, o al menos no estaba en la cama. Lo vio caminar por la habitación, pasearse tranquilamente mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba por las rendijas de las persianas venecianas el exterior.

Martín bebió de su copa y se aproximó a la cama, sentándose al lado de Daniela. La elevó apoyando la mano en su nuca y le llenó la boca de cava hasta que le costó tragar. Un fino hilo de líquido ambarino le resbaló por la barbilla y Jonás lo lamió lentamente hasta limpiar su mentón.

—Despacio... —susurró Jonás en su boca.

Notó el peso de Martín detrás, pero Jonás le sujetaba la cara. ¡Ah! Abrió los ojos como platos cuando notó la erección de Martín en sus nalgas y al pasar la mano por detrás buscando su contacto, la piel cálida y dura de su cuerpo la transportó a su paraíso de placer.

Aquello no podía estar pasando. No podía estar sucediendo. Martín se apoyó contra ella y su sexo se enterró en su ano.

—¡Oh, no...! —gritó.

Pero Jonás la besó ahogando su gemido lastimero.

—Tranquila —le susurró Martín al oído—. Escúchame... Solo será un momento... Luego dejará de dolerte...

Se movió despacio y enterró un poco más su sexo. Daniela se sintió morir.

Jonás no se movía y observaba su cara, sus mejillas arrojadas, sus labios húmedos y su lengua pasando nerviosa por ellos.

—Me muero...

—Calma...

—Martín, despacio... despacio... — suplicó nerviosa.

Pero entonces ambos empezaron a moverse lentamente y el mundo tomó otro color y descubrió una realidad desconocida para ella. Era todo una locura, una deliciosa locura. Estaba entre dos hombres, dos hombres que le hacían el amor de una forma diferente.

Sentía sus erecciones en todas las cavidades

de

su

cuerpo,

sus

movimientos, sus jadeos, el calor de sus labios, besándola, mordiéndola. De nuevo Jonás tiró de su amigo y le besó con efusividad y aquello acabó por desarmarla.

Estaban

excitados

y

deseando acabar con aquello, se devoraban como lobos en celo, como animales desatados, como dos hombres salvajes que apenas podían pensar. Y

ella estaba fuera de sí viendo aquello, sintiendo sus movimientos, sintiendo la forma sutil de clavarse en ella acompasadamente.

No necesitó decirles que no podía más, que no podía soportarlo por más tiempo. Su cara, su cuello, el comienzo de su pecho se volvieron más rojos y sus piernas se tensaron desesperadamente mientras temblaba entre aquellos dos titanes que no paraban de moverse y de comerse la boca. Jonás apretó uno de sus pechos con firmeza y mordió su barbilla mientras la embestía con más fuerza. Sintió el primer impacto de calor en su ano. Martín descargaba de una forma brusca y la empujaba contra Jonás que estaba en el punto álgido. No tardó en perder el hilo de la realidad.

Daniela introdujo un dedo en la boca de Jonás y abriéndosela buscó su lengua con la suya. Martín la besaba en la mejilla y el hombro, aferró su rostro y lo arrastró hacia Jonás una vez más para que volvieran a besarse, era una imagen que le gustaba, que deseaba volver a ver una y otra vez.

—Daniela...

Una

suave

voz

la

despertó

levemente. Volvió a dormirse...

Levantó la cabeza al escuchar unos golpes en la puerta. Miró el reloj.

Habían dormido más de tres horas.

—¡Un momento por favor, ahora mismo abro!

¿Había soñado? Le dolía la cabeza terriblemente. Trató de ubicarse. Miró a la derecha y luego a la izquierda, y sintió el corazón a dos mil por hora. Se escurrió de entre las sábanas reptando, como una especie de culebra, y cayó en la moqueta con los pelos por la cara como si fuera una chiflada.

Sentada en el suelo miró hacia la cama. No, no había sido un sueño loco; ahí estaban los dos, durmiendo como leones.

Alguien volvió a llamar a la puerta. Dio un brinco y corrió al baño para ponerse uno de los albornoces blancos del hotel.

Luego, de puntillas, se dirigió a la puerta y abrió.

—Buenas noches, señora. Traemos la cena.

Un camarero de unos treinta años de pelo engominado y una joven rubia empujaban dos carritos con ruedas repletos de platos cubiertos con tapas metálicas. Apenas tuvo tiempo de decir nada. Entraron en la habitación y comenzaron a colocar las cosas en la mesa con sumo cuidado y sin percatarse de nada.

—Lo pedí yo... —se oyó decir a Jonás, y después dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Daniela no podía apartar la vista de la joven rubia. Era más lenta que su compañero y, aunque quiso ayudar, no le permitieron hacerlo. Sacó dinero del monedero, se aproximó a ellos y cuando se disponía a darles la propina la muchacha se llevó la mano a la boca en un gesto incontrolable.

—Oh... Madre mía...

«Mierda.»

El joven engominado miró hacia la misma dirección y se puso pálido. Cogió rápidamente la propina que le ponía delante de la cara Daniela y esta, con leves empujoncitos amigables, logró sacarlos de la habitación.

—Genial... Ahora ya somos la maldita comidilla del lugar... Y yo la ninfómana

del

cuento

—susurró

exasperada.

Optó por sentarse un rato en la terracita cubierta y dejar que durmieran un poco más. Se había servido una taza de café y había cogido un par de cigarrillos de Jonás. Serían los últimos, no quería volverse fumadora, pero las circunstancias eran algo perturbadoras y lo único que le apetecía era fumar y tomarse un buen café colombiano.

Besos. Solo habían sido algunos besos, pero qué intensas se tornaban para ella aquellas imágenes incrustadas en su retina, aquella forma obscena entre ellos, aquel leve roce con lo prohibido que no iba más allá de un simple juego o coqueteo con el otro lado. Sin embargo, para ella fue un espectáculo demasiado excitante, no podía negar lo evidente, ni lo que había sentido entre ellos.

Así que era eso...

Jonás y Martín «jugaban» con la ambigüedad,

levemente.

Besos

seductores cargados de deseo, el placer tácito de observar por parte de Martín y que su amigo permitía y disfrutaba. Era diferente, distinto a todo. Y luego estaba lo que Martín le había dicho, que no compartieron jamás juegos de cama con una mujer, hasta ahora...

¿Por qué?

«Es ella Martín, es ella.»

Las palabras de Jonás martilleaban su

cerebro.

Estaba

totalmente

enamorada de ese hombre, pero ahora, lo que había hecho, le llenaba de confusión. ¿Qué pensaría?

—No le des más vueltas a las cosas —le dijo Jonás, sacándola de sus pensamientos.

Vestido con sus vaqueros, Jonás se sentó frente a ella mientras observaba la ciudad a través de los amplios ventanales.

—Solo ha sido un juego salvaje para olvidarnos de todo.

Encendió un cigarrillo que había sobre la mesa y Daniela pudo comprobar que Martín se había desintegrado.

—¿Martín?

—Derrapando por los pasillos para entregar el contrato antes de que se vayan los de la editorial.

—Es todo tan extraño para mí...

Os... Os besasteis.

Jonás dejó escapar una sonrisa cautivadora. Cruzó las piernas con elegancia y tomó la taza de café de Daniela para beber un poco.

—Así es. Y te volviste loca. Un beso.

¿Qué importa eso? Si cerraras los ojos ni siquiera notarías la diferencia entre el beso de un hombre y el de una mujer.

Solo era un juego delirante y tú estabas asustada por lo que sentías, y muy excitada.

—Pero dejaste que él me hiciera el amor.

—No. Dejé que él completara mi juego. Lo mío es mío, Daniela... — murmuró, y al momento bajó la vista a su entrepierna y la señaló—. Eso es mío.

Ya te lo dije. Martín es mi amigo, mi gran amigo. Imaginarle contigo en determinadas situaciones me gusta. No voy a negarlo. Cosa que no me pasa si me imagino lo habitual, una mujer con otra. Es él. Quizá tenga un lado oculto bisexual en mí, aunque no creo que sea eso, porque no me llama la atención imaginarme con él. Solo es ese pequeño detalle maravilloso que añadir a ciertas situaciones, y realmente me gusta. Me gusta de veras. Quizá porque veo tu cara, tus ansias y esa forma de soportar disimulando la excitación más intensa que no me puedes negar. El hecho de que yo decido cuándo dártelo, cuándo y dónde... —Sonrió con malicia—.

Decido

cuándo

quitártelo

o

si

realmente lo mereces...

—Tus juegos son dolorosos y dominantes.

—Pero te amo, dentro de ese desequilibrio,

te

amo.

¿Puedes

entenderlo?

Se inclinó apoyando los brazos en sus piernas y le cogió ambas manos.

—Dime, Daniela. Yo creo que sí lo comprendes.

Daniela miró al techo de cristal y resopló.

—Sí... No soy una mojigata.

—No tiene nada que ver con eso. No todas las mujeres entenderían ciertos gustos de sus parejas. Te soy sincero y franco. Puede que esto no vuelva a repetirse. Martín tiene ese amago de crisis existencial y Colette revolotea a su alrededor. No somos hombres que engañemos. Nunca lo hemos sido.

—Yo también te quiero y sí... Me gustó el juego. Aunque luego han entrado esos dos camareros y me he sentido como la ramera de Babilonia.

No quiero imaginar qué pasará cuando bajemos a recepción.

Jonás soltó una estrepitosa carcajada y se llevó la mano al pecho.

—¿Has soñado algo más? —le preguntó entonces.

—No. Estoy tomando pastillas para dormir.

Empecé

ayer.

Anulan

totalmente mis sueños. Lo prefiero así.

No quiero pensar más en lo que pasó en Garden Manor antes de irme. Ver a Colette con aquel gesto congestionado, ocultándome tantas cosas... Pero mañana no madrugaremos, nos iremos tarde. Quiero llegar para la cena, aprovechar un poco los lujos de este lugar, apartar un poco más a Martín de Colette. Sabía que no querría venir, por eso decidí que viajarais aquí.

—Todo controlado siempre por el señor Belanger James. Eres una buena persona, un buen hombre.

Jonás sonrió. Iba a decir algo pero la puerta se abrió y Martín entró como un huracán. Daniela se inclinó y le besó en la mejilla, en la frente, besó sus preciosos rizos, sus labios carnosos e infantiles.

—Le quiero, señor Belanger.

—¿Por qué me mira todo el mundo en este hotel? —cuestionó Martín—.

Tengo hambre. He bajado a recepción y la gente me miraba, en el ascensor, en los pasillos, incluso tomando un refresco con los de la revista, la camarera me miraba raro. Eso o me estoy volviendo loco.

Jonás y Daniela se miraron de reojo y sonrieron.

—Es que estás muy bueno — murmuró

Jonás

levantándose

y

caminando hacia la mesa—. Yo también tengo hambre.

—Cenamos en la habitación, pero podríamos bajar a tomar algo, aunque sea para que no parezca que somos conejos.

La intervención de Daniela mientras se colocaba con elegancia la servilleta sobre sus rodillas provocó la risa de ambos hombres.

—Me parece una buena idea — murmuró Martín. La miró de soslayo algo avergonzado y luego se sirvió al más estilo inglés, propio de él, un vaso de agua y algo de cordero y ensalada—.

Que bien huele esto.

—Come, que estás creciendo — ordenó Jonás.

Después de la cena, se ducharon y se arreglaron para bajar a la discoteca que había en la planta baja. Muchos de los periodistas que habían estado en la conferencia todavía pernoctaban en el hotel. Daniela optó por una falda de tubo hasta la rodilla y una camisa blanca con zapatos de tacón a juego; ellos por los cómodos vaqueros y una camisa. Eran las once de la noche y el salón de baile estaba abarrotado de gente. Del techo pendían dos inmensas bolas plateadas que giraban muy a los años setenta sobre sus cabezas. Las mesas estaban

distribuidas

perimetralmente por todo el local con sofás murales que recorrían las paredes tapizados en colores claros, blancos rotos, dorados pálidos, ocre. Había una inmensa barra en forma de serpentina blanca en un rincón, con dos camareras pechugonas y un chico de unos veinte años atendiendo a todo el mundo.

Tenían la cara maquillada hasta la exageración más absoluta, los labios rojos, las sombras negras excesivamente purpúreas sobre los ojos. Daniela pensó que si lanzaba una jarra de agua a esos immaculados rostros de la noche podría obtener un Picasso y venderlo a buen precio. Luego borró de su mente soberana tontería y tras sentarse en un rincón alejado del bullicio pidieron algo de beber y

unas aceitunas.

La gente parecía multiplicarse a medida que pasaba la noche. Había varios periodistas muy próximos a ellos.

—Si te muerdo la boca ahora mismo seguro que aparecen de la nada veinte cámaras —dijo con humor Jonás—.

Nunca he sabido dónde las llevan, quizá se las metan en el agujero del...

—¡Jonás! —exclamó con humor Daniela.

—¿Te duele cuando te sientas?

La pregunta de Martín los hizo mirar a ambos con cara de circunstancias.

Jonás tenía claro que Martín sería educado hasta el día de su muerte.

—Bueno, noto... Noto que estoy rara. Nada más. Qué cosas preguntas Martín, por el amor de Dios.

Se bebió el refresco casi entero y sacando una bonita cinta verde del bolsillo se la ató al pelo mientras Jonás la miraba fijamente. Se apartó los mechones por detrás de las orejas y se pasó el cabello hacia delante por encima de uno de los hombros. Martín, que también la observaba atentamente, miró a Jonás. Jonás se encogió de hombros y le profirió una sonrisa amable y algo maliciosa. Entonces miró al techo y puso los ojos en blanco.

—Voy a pedir otro refresco —dijo Daniela levantándose.

La vieron alejarse con sus andares exuberantes y femeninos hasta la barra.

Se apoyó sobre la encimera y luego rápidamente se apartó al notar que estaba pegajosa.

—Estoy enamorado de ella Martín...

—Dime algo nuevo.

Un

hombre

de

la

prensa

internacional se aproximó a la barra y se situó al lado de Daniela. Pareció que le decía algo, estaba algo contento y achispado.

Daniela

sonrió,

como

dándole las gracias, y luego esperó impaciente por su refresco.

—Problemas en el paraíso — murmuró Martín.

—Es del Nacional Post.

El periodista era un hombre joven de piel cetrina y algo pesado. Volvió a pegarse a Daniela y esta le dijo algo y se apartó.

—Voy —susurró Jonás.

—Cautela. Acuérdate de que hay mucha prensa.

Saltó el altillo que separaba la pista de las mesas y cruzó hacia la barra. Se colocó al lado del hombre y pidió una copa. Daniela al verlo puso gesto de curiosidad, pero él hizo ver que no la conocía y sonrió al periodista.

—Vamos chica. Una copa conmigo y mis amigos —insistió el hombre.

—Muy amable, ya le he dicho que no.

—¿No quiere la chica? —soltó Jonás con humor mientras le indicaba a la camarera la cantidad de ginebra que quería en la copa.

—La convenceré. ¿Verdad pelirroja?

Jonás cogió la copa y se apoyó de lado sobre la barra. El periodista canturreaba algo y Daniela reclamó su refresco.

—¡Venga pelirroja! Una copa con nosotros.

—Amigo —susurró Jonás—. Mírame un momento.

El periodista lo miró y levantó una ceja.

—¡Pero si eres Belanger! —le dio la mano emocionado y sonrió—. Tío, eres la leche. Tienes unos huevos que no te caben en los pantalones. Me quito el sombrero y...

—Escucha amigo. Tenemos un problema. ¿Ves la pelirroja que no dejas en paz?

El periodista miró a Daniela y balanceándose le lanzó un beso con la mano.

—Sí. Está muy buena, aunque es un poquito estrecha.

—Normal. Es mi mujer.

Daniela alzó las cejas y gruñó reclamando su refresco. El camarero corrió hacia la barra, se disculpó por la tardanza y le entregó su copa.

—Ah —dijo el borrachín—. Pues sí, diría que tengo un problema.

—No. Porque vas a coger tu copa y te vas a sentar con tus colegas. Yo haré como si no has estado dando por el culo a mi chica media hora y tú como que yo no te he dicho nada. Lo entiendes, ¿verdad? —preguntó.

Ladeó la cabeza hacia su hombro derecho y sonrió.

—Sí, señor.

—Vamos Daniela.

El periodista borrachín se alejó a trompicones y Jonás pasó la mano por la espalda de Daniela.

—Mi mujer —dijo ella con un tono grave de hombre—. Soy el macho dominante y vengo a mear en mi farola.

—Daniela... Mía. Llámalo como quieras.

¿Qué siente una mujer cuando está con los ojos vendados sobre la cama?

Jonás olvidaba sus miedos jugando entre las sábanas. Ella se había puesto el camisón de raso corto por el mero hecho de estar tapada de algún modo.

Él

parecía

gravitar,

se

movía

suavemente por la habitación, luego se acercaba a ella, posaba los labios en su mejilla y le acariciaba la piel con ellos, para después apartarse.

«Juega conmigo...»

Silencio... Sintió el suave aleteo del aire acondicionado, el leve murmullo del bullicio de la terraza bajo el edificio.

Algo rozó su mejilla, unos dedos apartaron uno de sus mechones de pelo y lo colocaron cuidadosamente detrás de la oreja. Estaba sentada sobre sus talones, las manos reposaban sobre las rodillas, Jonás llevaba su cinta entre los dedos. Ese era el juego. Vendó sus ojos.

Ahora no podía ver nada, tan solo sentir, oír, esperar y desesperarse. ¿O

no?

Se movió nerviosa cuando le desprendió suavemente el camisón.

Casi al instante notó su lengua sobre uno

de

sus

pechos

lamiéndolo

lentamente. Luego vino un leve pellizco, después otro. Se rió y mordiéndose el labio se estremeció cuando sus manos pasaron lentamente por su espalda.

—Separa las piernas —le susurró al oído muy despacio—. Más...

Daniela obedeció al instante. Sus dedos diestros se desplazaron por el vientre, descendieron por su pelvis y acariciaron suavemente su cadera y el centro de su sexo. Estaba excitada, húmeda, y ansiosa. Experimentó una sensación de placer al notar cómo la penetraba con dos dedos, cómo su mano comenzaba a moverse lentamente rozando las paredes de su vagina, alcanzando ese punto maravilloso que hacía que

se

encendiera

repentinamente. Jadeó. Inclino la cabeza hacia atrás y jadeó. ¡Ah, que placer más desgarrador! El pulgar de su dedo se apoyó sobre su clítoris y con un leve movimiento se precipitó hacia un orgasmo terrible, pero cesó en el momento exacto, justo cuando debía de hacerlo para que no llegara al clímax.

Su respiración se había acelerado y el rostro le ardía. Unos labios se apoyaron en su boca. Cálidos, suaves y húmedos a la vez.

—Abre la boca.

La voz de Martín le hizo dirigir el rostro hacia aquel susurro amable. Su boca se aproximó a la suya y descargó lentamente el cava que contenía; aquel leve chorrito dorado y delicioso golpeó su paladar y la lengua y pasó fugaz hasta su garganta; luego él la besó.

Todavía notaba el placer intenso de los dedos en su sexo, pero una mano le sujetaba la cara y le impedía moverse, impedía que ella bajara la cabeza o cogiera con sus propias manos aquellos dedos perversos para clavarlos con más intensidad y ferocidad en sus entrañas.

—Tranquila...

—Martín...

Ella rozó la mano de Martín y siguió el recorrido del brazo. Luego tocó el pecho de Jonás, su mejilla, los suaves y sedosos bucles de su cabello y aquella fina y femenina nariz afilada que tanta gracia le hacía. Sonrió. Otro beso la pilló desprevenida y unos dedos le abrieron la boca buscando su lengua y jugando con ella. Apoyó la mano en la extraña mejilla. La boca se abrió lentamente acaparando su boca, sentía el calor de su aliento, la punta de su lengua repasando el contorno de sus labios.

Alguien metió sus dedos en la boca.

Daniela no daba abasto. ¡No podía!

—Quiero mirar.

No soportaba no hacerlo.

—Ah, no... —murmuró Jonás—.

Perdería todo su encanto. Ahora, inclínate hacia delante, colócate a cuatro patas.

—¿Qué?

—Obedece.

Se quedó unos segundos inmóvil tratando

de

descifrar

todos

los

pequeños sonidos que percibía bajo aquella venda. Una palmada en el culo la precipitó hacia delante y se situó en la posición correcta.

—Buena chica...

Oyó la risa contenida de Martín a su lado. Ladeó la cabeza hacia la suave voz timbrada de aquel hombre y este le pellizcó la nariz suavemente.

—Separa las piernas Daniela —pidió Jonás.

Obedeció.

—Más...

Sintió un intenso rubor, por la postura y por la impotencia de no ver nada. Le inquietaba no saber dónde estaban ellos y qué observaban en ella.

—Jonás...

Otra palmada en la nalga un poco más fuerte la hizo jadear y abrir la boca.

—Obedece —insistió Jonás con suavidad.

¿Otro juego? Le ardía el culo. Se llevó la mano a la cara y sintió otro azote en la otra nalga.

—Daniela. Separa más las piernas. Y

deja la venda.

Un sonido a su izquierda. Martín se había desplazado o levantado y ella estaba totalmente perdida y a cuatro patas mirando hacia algún sitio. Palpó con los dedos la colcha de hilo blanco, palpó el borde de la cama y supo que estaba a los pies, con el culo en dirección al cabecero y que no tenía ni la

menor idea de lo que pretendían hacer con ella.

—Relájate tesoro —dijo Martín delante de su cara.

—¿Qué hace? —susurró.

—Mirarte.

—¿Hay mucha luz?

Al decir esto otra palmada en el culo la hizo gruñir y morderse el labio.

Martín le acarició la mejilla y volvió a besarla.

—Silencio....

¿Silencio? ¡Se iba a volver loca! Notó unos dedos en su sexo. Algo entró despacio dentro de ella y comenzó a vibrar

suavemente,

provocándole

intermitentes oleadas de placer que iban y venían irregularmente.

—¡Oh, madre mía!

¿Qué era aquello? ¿Un vibrador? Se agarró con fuerza a la colcha y jadeó con la cabeza baja y todo el cabello cubriéndole la cara salvajemente.

—Mantén la posición Daniela. Sigue recta, separa bien las piernas —dijo Jonás.

«Jonás, el de las personalidades múltiples.»

—Señor... No puedo más. Es demasiado intenso. No lo soporto...

Un mechón de pelo se introdujo en su boca y alguien se lo quitó de la cara.

Aquella cosa vibraba loca dentro de ella mientras los dedos jugueteaban con su clítoris y la atormentan hasta el límite.

Estaba a punto de correrse por segunda vez y aquellos dos horribles hombres parecían disfrutar viendo sus espasmos y sus movimientos, la colcha no debía de tener forma, sus dedos tiraban de ella y cuando intentaba moverse, le cogían la cara con ambas manos y la mantenía en el mismo sitio.

—Aguanta un poco más...

—No puedo... ¿Martín? Dile que pare, dile que me quite eso.

Tenía su cara a pocos centímetros, por lo que suponía que estaba agachado delante de la cama.

Apartaba su pelo, colocaba sus mechones y observaba atentamente

su

respiración

entrecortada. Mientras Jonás, en algún lugar del otro lado del lecho parecía recrearse en las contracciones de su sexo. Abría sus labios, movía aquella cosa vibrante y aceleraba y desaceleraba el juguete del diablo hasta que ella no podía más, comenzaba a jadear con más intensidad y lo apagaba.

—Para —dijo Martín.

Jonás le dio otra palmada en el culo y Daniela volvió a la realidad de la habitación. Estaba a punto de morirse de un «no orgasmo».

«Malditos capullos.»

Juegos...

Otra vez el silencio más absoluto.

Otra vez la sensación extraña de humedad, soledad y desorientación.

Unas manos la arrastraron hacia atrás y sintió el peso de su cuerpo en la espalda, el perfume delicioso de Jonás y su miembro erecto atravesándola. ¡Iba a morirse! Jonás tiró de su cabeza hacia atrás rodeando su cuello con la mano.

—Abre la boca e inclínate —susurró en su oreja.

La empujó despacio hacia delante y las manos de Martín se apoyaron en su boca, abriéndosela, encajando su sexo en ella muy despacio. Sus dedos se enredaron en su pelo, apartó la melena con una mano y la cogió del cabello con firmeza.

Otra palmada en el culo la precipitó contra Martín.

—Mmm...

Sus embestidas eran duras, eran salvajes. Parecía otro hombre, quería saciarse y ella estaba demasiado excitada y ansiosa para soportarlas.

Lamió el sexo de Martín con avidez, la dureza y anchura de su miembro le penetró la boca salvajemente y a punto estuvo de provocarle una arcada. Se movían bruscamente. Se movían sin compasión, sin pausa, sin tregua y ella no lo soportaba más. No podía más.

—Oh, Señor voy a correrme...

Oyó la suave voz de Jonás sobre su espalda y aquello acabó de matarla.

Notó un calambre por su espalda y sus piernas se tensaron terriblemente.

Seguía lamiendo y chupando hasta que sintió la descarga brusca y repentina en su garganta y aquel sabor amargo le atravesó la lengua hasta la garganta.

—Ey... —murmuró Jonás en su oído aún temblando—. No... No dejes que caiga. Traga Daniela... Todo.

—Suave, Daniela... Suave... — imploró Martín—. Suave.

Martín

recoló

hacia

atrás

y

desapareció

de

su

ángulo

de

percepción. Se limpió los labios con el dorso de la mano y gateó hacia atrás un poco. Alzó la mano y palpó la seda de sus ojos. Dudó unos segundos, pero al ver que Jonás no se pronunciaba se la quitó bruscamente. La habitación estaba en penumbra. Martín estaba sentado en una butaca de un lado de la habitación y apenas veía más que la curvatura de su figura y su pecho subir y bajar en la sombra. Se giró y vio a Jonás, parecía un emperador romano.

Una lamparita de mesa iluminaba sus ojos verdes, estaba recostado de lado y la sábana le cubría hasta la cintura. La miraba con malicia. Sonrió.

—Hola.

—Capullo —dijo ella.

—Yo también te quiero, mi amor.

—Me diste en el culo y con ganas.

Tiró de su mano y la tumbó boca abajo

mientras

observaba

detenidamente las marcas de las nalgas y el color rosáceo que se formaba en torno a ellas.

—Preciosa —apostilló.

Martín se movió entre las sombras, parecía

una

aparición

titánica

caminando

por

la

habitación.

Despareció en la oscuridad del fondo y al cabo de unos segundos apareció con unos pantalones de pijama de raso negros y se dejó caer en la cama como si se hubiera muerto. Alzó la cabeza hacia atrás y miró a ambos.

—Me voy —dijo serio.

—De eso nada. Duermes aquí.

Daniela se inclinó hacia delante y le besó en la frente con dulzura.

—Una noche. Dijiste una noche — gruñó Jonás.

Martín puso los ojos en blanco y giró hasta el cabecero. Se apoyó contra la pared y quedó pegado a Jonás.

—¿Te canto una nana?

—¿Perdón?

Jonás ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Que si te canto una nana. Eres como una pequeña imitación de Calígula. Mira qué pinta. Solo te falta un racimo de uvas.

Daniela

soltó

una

profunda

carcajada y se metió en la cama.

—¿Qué haces? —preguntó Jonás.

Daniela miró a ambos lados y negó con la cabeza sin saber qué quería decir.

—Tú en el medio. ¿No pretenderás que haga la cucharita con este?

Tiró de ella y la situó en el centro.

Cuando los dos se metieron en la cama se aferró con fuerza a la espalda de Martín mientras Jonás la rodeaba totalmente por detrás.

«Una noche...»

Sintió

que

se

quedaba

profundamente dormida. Martín olía a crema y a hombre. Ladeó la cara y besó a Jonás. Estaba casi dormido y se movió acurrucándose más contra ella.

Sí. Le quería con locura y sí, un pensamiento le pasó fugaz mientras se quedaba dormida: era la mujer más envidiada del mundo. Claro estaba, si alguien la viera.

Nunca le habían gustado los cementerios. No recordaba cuál había sido la última vez que había paseado por uno. Quizá cuando era pequeño, o incluso ni siquiera entonces.

Necesitaba estar solo. Necesita pensar. Por un momento creyó que Martín se enfadaría y que Daniela se preocuparía cuando les dejó en Garden Manor. Pero nada más lejos de la realidad. Ellos entendían que antes de enfrentarse a los fantasmas del pasado deseaba pasar un rato en soledad, y nada mejor que aquel camposanto, donde su padre y su madre estaban enterrados, donde su abuelo había construido aquel impactante mausoleo, donde todo estaba envuelto en un profundo silencio y donde nadie le interrumpiría.

Jamás les había visitado y de algún modo entendió la razón. Aquel lugar era siniestro, sobre todo para un niño.

Había estatuas de piedra de ángeles dolientes por todos lados, querubines, rostros anónimos de difuntos alzándose sobre las tumbas. Su abuelo descansaba en el mausoleo más alejado del cementerio y dos calles más allá estaban las tumbas de sus padres. William les había enterrado juntos. Sus restos habían sido trasladados a otro mausoleo un poco más grande rodeado de árboles, hiedra y helechos. Primero entró en el de sus padres. La dedicatoria tallada en la puerta de hierro le provocó un intenso dolor en el corazón.

«Para mi amado hijo Petro James. Lo sentiré toda mi vida y toda mi muerte.»

Oyó el crujido de las ramas y giró la cabeza. Por un momento se sintió ridículo. Había una lápida muy llamativa a pocos metros, tenía a sus pies la figura de un perro, un enorme pastor alemán tallado en piedra que parecía guardar a su dueño, sentado eternamente al borde de su tumba.

Cerró los ojos y trató de no hacer el menor caso a todos aquellos ruidos procedentes de distintos rincones.

Varias personas pasaron por uno de los caminos perpendiculares cargadas de flores y pensó que quizá no hubiera sido mala idea llevar un ramo como señal de respeto, pero ¡qué demonios!, él no tenía ni idea de cómo se hacían esas cosas, era la primera vez que pisaba aquel lugar. Saludó con un movimiento de cabeza a las dos mujeres vestidas de negro que pasaban y atravesó el umbral de la puerta. Permaneció sentado durante media hora delante de las placas conmemorativas y las tumbas.

Pensó en su madre y sintió una profunda melancolía por todo lo que había recordado de ella. Le pegaba. Le pegaba cuando bebía. Era horrible. ¿Por qué había borrado todos aquellos recuerdos? ¿Por qué nunca quiso volver a Hight aunque solo fuera para visitar su tumba y la de su padre? Ahora entendía muchas cosas, muchos detalles de su infancia y su adolescencia. Su cerebro de algún modo le impedía recordar ciertas cosas que su mente guardaba recelosamente. Era la única explicación, la única razón clara y sensata que se le ocurrió. Pasó la mano por la fría piedra y por las bonitas letras talladas en cursiva con el nombre de ambos.

—Fuiste una madre maravillosa. Lo fuiste hasta que perdiste el juicio — susurró a punto de romper a llorar—.

Lo fuiste... Yo te recuerdo así.

Una sensación de desasosiego se apoderó de Jonás nada más terminar de decir aquellas palabras. El corazón comenzó a latirle a una velocidad espantosa y no soportó permanecer allí dentro

por

más

tiempo.

Salió

apresuradamente y cerró la puerta con brusquedad. Miró a su derecha, caminó a toda prisa por la callejuela desierta y atravesó un arco flanqueado por varias columnas. Tenía el llavero de metal que Calvin le había dado en la mano y tintineaba con cada paso, con cada movimiento. No lo pensó mucho más, la puerta también era de hierro y la traspasó con más facilidad que la de sus padres. William había hecho construir un pequeño banco frente a su tumba.

Lo miró desorientado y cayó sobre él mientras intentaba respirar y no romper a llorar como un niño.

—¿Por qué William...?

Tenía

miedo

pero

no

sentía

vergüenza.

—Lo siento tanto...

La imagen de Anabella tocando el piano en el salón central le llenó de amargura y de tristeza. Su abuelo se enamoró de ella y de su música. Se enamoró de su alegría y de su bonita sonrisa y su delicada figura. Lo recordaba con total claridad. Anabella tocaba el piano maravillosamente y él se sentaba en el sofá junto a Colette con apenas cinco o seis años para escucharla. Era el único recuerdo que tenía de ella, el único momento que su memoria fue capaz de rescatar, pero luego estaba aquella imagen terrible de las escaleras que no comprendía. A su madre en lo alto con los ojos inyectados en odio, el maquillaje corrido y Colette en un rincón del pasillo acurrucada contra la pared con las rodillas flexionadas y una expresión de estupor y miedo.

¿Por qué había permitido su abuelo que lo odiara toda su vida? ¿Por qué había protegido con tanto ahínco el recuerdo de su madre? ¿Acaso era esa la penitencia que estaba dispuesto a pagar por el dolor que sentía por Petro?

¿La forma de compensar el pecado de haber odiado a su hijo sin razón? La cabeza le iba a estallar. Dejó el manojito de llaves sobre el banco y se inclinó sobre sus rodillas apoyando los codos en ellas y llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento tanto... Tenía que haber venido a verte, tenía que haber superado ese dolor y no fui capaz de hacerlo. No fui capaz de darte la oportunidad de explicarte.

Las cartas que su madre escribió a su padre eran parte de aquella locura que invadían su mente, parte de sus noches de nostalgia y sus fantasmas. ¡Oh, Elisabeth! ¿Qué faltaba en toda esta historia? ¿Qué era lo que había pasado aquella noche? ¿Por qué no lograba recordar?

«Ella no es buena para ti. No es buena para ti.»

Miró al frente; el jarroncito de metal y cristal albergaba crisantemos, alguna margarita y gerberas. Imposible no identificar el paso de Calvin por allí. No pudo contener un suspiro imaginando las veces que aquel hombre habría recorrido aquel camposanto en soledad atormentándose por todo lo que estaba ocurriendo o pasaría.

—«Me volví pues al jardín del amor.

Donde las más dulces flores crecieran»

—recitó con apenas un hilo de voz—.

Blake era uno de tus preferidos —dijo levantándose—. Es una de las pocas cosas que recuerdo de ti, abuelo.

Pasó los dedos por la fotografía de William y sintió el gélido contacto del cristal. Ordenó las flores y recogió las llaves, luego se giró y sonrió con amargura.

—Perdóname por favor... —dijo.

Salió y cerró la puerta.

Era el momento que más había temido durante veinte años. El momento exacto que su mente había imaginado cientos de veces. Alicia ni siquiera era capaz de mirarle a los ojos, y cuando sacó el arrugado papel del bolsillo, el pulso le jugó una mala pasada y tembló.

Jonás vio el sobre y lo cogió. Miró hacia la mesa, todos estaban sentados alrededor

de

ella

y

parecían

profundamente compungidos. No le gustó el gesto de Martín, no le miraba a la cara, y Daniela parecía tan angustiada como los demás.

—Veo que soy el último en enterarme —murmuró con dureza.

Se sentó a la cabecera y abrió el amarillento trozo de papel. Una misiva, una carta en cursiva. Era la letra de su abuelo, los trazos elegantes de William.

Alzó la vista hacia el frente sin mover la cabeza y vio a Colette, miraba la encimera.

—¿Qué es esto? —preguntó a punto de encolerizar.

—Una carta de William para ti — contestó Calvin—. Consideró en vida que si llegaba este momento era su responsabilidad contarte las cosas y no la nuestra.

Se le quebró la voz y sacó la petaca apurando el resto del ron que llevaba en su interior. Jonás miró con frialdad a Martín y luego a Daniela. Dudó unos segundos pero luego desplegó las hojas y leyó su carta.

Querido Jonás:

Jamás me perdoné odiar a tu padre como lo hice. Era mi hijo, mi pequeño

Petro,

enfermizo

y

desvalido, y yo nunca le quise. Le culpé de la muerte de mi esposa y perdí los estribos de una vida que ya no me pertenecía, que no era más que una caricatura de lo que realmente había sido a su lado.

Me arrepiento de muchas cosas que he hecho a lo largo de mi vida, querido nieto. Algunas me han proporcionado

momentos

maravillosos, es cierto, otras me convirtieron en un monstruo sin valores, en un tirano. Sin embargo, cuando tu padre falleció, juré que cuidaría de ti como jamás lo hice de él. Lloré durante días y noches frente a su tumba y le repetí una y otra vez que no cometería el mismo error, pero fracasé. Fracasé porque supe que tu madre, esa fiera enajenada por el alcohol, os hacía daño a ti y a Colette.

Fracasé estrepitosamente y sentí ganas de acabar con ella porque mi

pobre

Elisabeth,

nuestra

Elisabeth ya no era la mujer dulce y amable que te sostenía en brazos o solía cantarte. ¿Cómo hacértelo entender?

Has

perdido

la

memoria, no recuerdas nada de lo que pasó y después de lo sucedido, con todo el dolor de mi alma, tomé la decisión de enviarte por Europa, lejos de tu casa y de tu familia, porque no podía consentir que recordaras. No podía permitir que mi inocente nieto se culpara de la muerte de su madre, de ese suceso trágico y accidental que te llevó a defender tu moral, tu orgullo y amor propio, y la debilidad de mi hija Colette, ante una mujer que ya no era tu madre.

Son las doce de la noche de un día gris, impregnado de olor a lavanda, y me muero, Jonás. Lo sé.

Percibo el tañido de mis propias campanas, percibo la esencia de mi alma abandonando mi cuerpo.

Mi corazón está débil y no puedo seguir buscándote.

Si algún día Alicia te entrega esta carta, será con la única intención de que comprendas qué me llevó a enviarte lejos durante diez años, internándote en colegios que te mantenían aislado de todo lo que habías querido y de todo lo que te había hecho daño, de tus recuerdos y tus miedos. De tus fantasmas.

Pero ¿sabes algo Jonás? Siempre he sabido de ti, de tu trabajo, de tus

triunfos

personales

y

profesionales. Cada palabra que has escrito la he leído mil veces y luego he pensado: ese es mi chico, ese es mi pequeño James, sangre de mi sangre, hijo de mi hijo. Mi Jonás.

Perdóname por apartarte de tu hogar, pero era la única forma de que tu mente te mantuviera alejado del dolor más punzante que un muchacho podría sentir.

Una

vez,

Garden

Manor

floreció

bajo

las

máscaras

venecianas,

las

calesas

retumbaban frente a las preciosas flores y las buganvillas. Yo fui capaz de hacer de esta casa un hogar, aunque apenas lo recuerdo.

Ojalá tú, mi muchachito lleno de sueños hagas florecer esa luz que una vez iluminó mis ojos.

Te quiero por encima del dolor y el abandono, y te querré eternamente.

William James.

Dobló las hojas y miró al vacío.

Colette sollozaba quedamente, pero Alicia mostraba un gesto impávido y duro en el rostro. Miró a Calvin, estaba inmóvil y en silencio.

—Pegó a Colette esa noche más de la cuenta y luego tú saliste en su defensa —dijo Alicia—. Estaba tan borracha que te empujó para librarse de ti y te propinó dos patadas, yo estaba en el hall, corrí cuando vi aquel espectáculo dantesco pero te levantaste y la empujaste por las escaleras. Murió cinco días después a causa de la caída, sufrió una hemorragia interna y nada pudieron hacer por ella. Válgame el cielo, al día siguiente estaba bien, estaba como siempre; bebiendo, gritando, insultando a

todo el mundo, así que su caída no nos preocupó. Creímos que había sido un pequeño accidente y que todos olvidaríamos aquel incidente.

Pero murió, Jonás, y no podíamos permitir que tú sufrieras más. Tu abuelo entró con Calvin en ese mismo momento; habían ido a dar un paseo por los jardines y te sacó de allí... Te sacó de allí...

Jonás alzó la vista y dejó la carta sobre la mesa.

—¿Desde cuándo lo sabíais? — preguntó a Martín. Luego miró a Daniela y se dibujó un gesto de dolor en su rostro—. ¡Decidme!

—Jonás, por favor. No era el sitio ni el momento. ¡No podíamos!, por el amor de Dios —suplicó Martín.

—Escúchame Jonás.

Daniela alargó el brazo con la intención de cogerle la mano, pero Jonás se apartó y se levantó.

—Me voy —afirmó.

—¿Cómo que te vas? ¿Adónde te vas? Son las once de la noche.

Martín estaba desorientado. Miró a su amigo, pero este no se detuvo. Salió por la puerta dando un portazo y subiendo al coche se alejó de Garden Manor.

Pasaron una semana y cuatro días y nadie sabía nada de Jonás. Daniela no podía disimular su angustia, le resultaba difícil concentrarse en el trabajo. Los cuadros eran una tarea desagradable en ese momento, las figuras egipcias y los preciosos objetos africanos y aztecas apenas despertaban su interés. No sabía nada de Jonás.

Su

teléfono

móvil

permanecía

apagado o fuera de cobertura. Martín y Calvin habían recorrido cada rincón de Hight con la esperanza de encontrarle, pero nada se sabía de él. Londres fue la segunda opción y pasaron varios días dando vueltas como idiotas por toda la ciudad, pero tampoco sirvió de nada.

Todo el mundo estaba desesperado.

Jonás había desaparecido con su coche y no daba señales de vida.

Eran las cinco de la tarde del duodécimo día y Martín entró en el desván con una expresión en el rostro de

preocupación.

Daniela

desempaquetaba figuras para bajarlas a la biblioteca, y al ver a Martín supo que pasaba algo.

—Daniela. Baja, tenemos que hablar.

Daniela se quitó la cinta del pelo y los guantes de látex y descendió las escaleras con la sensación de que el corazón le iba a salir del pecho. Pero aquel no era el momento para detenerse y tomar aire, aquel gesto en el rostro de Martín le oprimió el corazón y sintió que algo realmente malo había sucedido.

—¿Qué pasa Martín?, por el amor de Dios...

Martín encendió un cigarrillo y se sentó en una de las butacas del saloncito de la primera planta. Todavía olía a velas. Daniela se sintió morir cuando recordó la noche que había pasado en aquella sala junto a Jonás.

—Toma asiento por favor.

—¿Qué? ¡Qué! ¿Le ha pasado algo?

¡Dime!

Tiró de su brazo desesperada, pero Martín la tomó de la mano y la tranquilizó.

—Tranquila Daniela. No le ha pasado nada. Me...

Tragó saliva y pareció que le costaba seguir. La miró con tristeza y dio una calada al cigarro.

—Me ha mandado un correo electrónico y yo soy su abogado. Lo que quiero decir con esto es que soy su amigo y su abogado y tengo que hacer lo que me pide.

—¿Qué pasa Martín? Me estás asustando —sollozó con un puchero.

—Tesoro... —Se abrazó a ella con fuerza y luego se apartó para mirarla con ternura—. Ha dado orden de ceder la mansión a Colette. Me ha pedido sin darme muchas más explicaciones que lo tramite todo en Hight antes de que acabe la semana y me ha ordenado que te pague todo tu trabajo, lo estipulado más un suplemento, dado que no quiere que se siga con la tasación de los bienes a menos que Colette, que me ha mandado a la mierda cuando se lo he dicho, decida lo contrario.

Daniela no daba crédito a lo que oía.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿Quiere que me vaya? ¿Así, sin verle?

Martín estaba destrozado. Se frotó la frente y apretó los puños mientras parecía meditar lo que acababa de decir sin entenderlo ni siquiera él. Su voz había ido adoptando un tono más triste a medida que hablaba, como si aquella situación no pudiera por menos que generar en él una profunda impotencia, una profunda desesperación.

—Es que no sé dónde está, tesoro.

Ha sido un mail frío, directo y claro. Le he contestado al momento, pero ni siquiera lo ha recibido. Lo hubiera visto cariño. ¡Es Jonás Belanger! —exclamó exasperado—. Puede estar en el puto culo del mundo, joder...

Daniela se levantó. Se sentía mareada y por un momento tuvo la sensación de que la habitación daba vueltas en torno a ella.

—Daniela... Lo siento. Si pudiera decirte algo más, pero no tengo ni la más remota idea de dónde está, no puedo ir a buscarlo, no puedo llamarle, no puedo hacer nada...

La voz de Martín sonaba lejana.

Avanzó varios pasos y cuando notó su mano sobre el hombro se giró hacia él.

—No volverá...

Martín se encogió de hombros. No sabía qué contestar.

—Daniela.

—Tengo que hacer la maleta — susurró suavemente—. Discúlpame Martín.

Estaba de pie delante del frigorífico y sentía un hambre voraz. Si seguía comiendo de aquella manera, se pondría como una vaca.

—¿Sabes una cosa, Remedios? — preguntó sentándose con su segundo bocadillo de jamón en el salón—. Voy a comprarte una pareja, alguien que te haga compañía.

Miró al pájaro y suspiró. Encendió el ordenador y comenzó a revisar los mails. Mañana pondría rumbo a París, el último lugar que le quedaba por conocer, por recorrer y descubrir. Tenía varias confirmaciones de viajes y un mail del dulce Martín.

«Espero que te encuentres bien, tesoro. Yo ya estoy en Madrid, cuando regreses de tus aventuras no tardes en pasar a verme por el bufete.»

Se quedó pensativa unos segundos y tras dar un buen bocado a su cena escribió:

«Hola, caballero inglés. Como siempre he regresado sana y salva de El Cairo. Me voy a París mañana. Cuando vuelva te debo un café. Te quiero.»

Dio otro mordisco a su bocadillo y depositó el platito junto al ordenador.

Tenía que llamar de nuevo a Colette.

Todavía se sentía culpable por la forma en que se había ido de Garden Manor, cuando todo se había precipitado, sin una despedida o un abrazo, pero, como siempre, ninguno de ellos le habían hecho sentir culpable de su decisión.

Martín se había reunido con ella dos semanas después y le había mandado recuerdos de todos. Comprendían su dolor ante el abandono de Jonás y deseaban que pronto pudieran verse.

Ella ni siquiera sabía si al final Colette habría vendido la mansión, y si todas aquellas maravillas de William se habrían donado a los museos...

El sonido del correo la sacó de sus meditaciones y, cogiendo el bocadillo, comprobó la bandeja de entrada.

Martín le contestaba.

«Estupendo, señorita. Me alegro de que por fin se sienta con fuerzas para conocer la ciudad del arte y del amor. Espero que me traigas un detalle. Yo también te quiero, tesoro.»

«Fuerzas para conocer la ciudad del arte y el amor.»

Aquellas palabras le provocaron una punzada en el estómago; dejó la cena sobre el platito de

porcelana blanca.

Hubiera sido su primer viaje de ensueño, pero cuando regresó de la mansión no tenía fuerzas para ir allí. No tenía fuerzas para nada más que sentir su ausencia y su abandono.

Releyó el mail antes de irse a dormir.

Martín seguía sin saber nada de Jonás.

Para qué engañarse. No tenía claro si se recuperaría de aquel golpe psicológico y sentía

un

dolor

lacerante

al

imaginárselo por el mundo sin más compañía que su tristeza o su odio hacia todos y todo. ¿Cómo se supera una vida de odio hacia una persona que te quiso con toda el alma? Ella le hubiera ayudado a sobrevivir a ese dolor. Le hubiera ayudado a combatir sus demonios, ese lado oscuro y abismal que se precipitaba sobre él cuando aquella carta le había hecho mirar con despecho a todos y cada uno de los que estaban allí reunidos para luego huir una vez más de la única forma que sabía; sin mirar atrás.

«No puedo culparte por tu dolor.»

Se puso el camisón, se metió en la cama y, apoyando la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormida mientras soñaba...

A las nueve de la mañana el aeropuerto era un tumulto de turistas bajo los focos de luz fría que centelleaban sobre miles de pasajeros que parecían multiplicarse por todos los rincones de aquel lugar.

Tenía el billete, la reserva del hotel y la maleta a punto de reventar. Una semana. Era el último lugar que le faltaba por conocer de su lista de lugares maravillosos que visitar antes de morir.

Atravesó la puerta de embarque, facturó el equipaje y subió a un avión demasiado pequeño para sentirse segura.

Varias horas después sobrevolaba Francia.

Se

había

quedado

profundamente dormida con los cascos puestos y ni siquiera había escuchado al sobrecargo anunciar

que faltaba menos de media hora para aterrizar en el destino.

Nada más bajar del avión, se compró un perrito caliente y un refresco, encendió el teléfono y envió dos correos electrónicos a sus colegas de la universidad.

Estaba

dispuesta

a

matarlos de la envidia durante ese mes de vacaciones. Bebió con avidez el refresco y se dirigió a la puerta de entrada del aeropuerto. No tenía claro dónde estaba el hotel, solo tenía el nombre y la promesa de Martín de que era un lugar precioso, clásico y muy cercano a los Campos Elíseos. Que era del año 1909 y que estaba repleto de cuadros con marcos dorados y que no podía perderse bajo ningún concepto su estética victoriana.

«Los dormitorios dan a la Rue de Berri —le había dicho—. Si de verdad quieres ver arte no deberías ir a otro hotel, es impresionante.»

¡Y qué razón tenía!

La habitación tenía unos magníficos techos altos y una chimenea original del siglo XIX. El baño era de estilo victoriano y las cornisas decoradas la recorrían por entero. La cama era alta y muy amplia, tenía un cabecero de madera de caoba y dos mesitas a juego con dos lámparas doradas con soportes decorados con ribetes y flores.

Tenía mucho que hacer y volvía a tener hambre. Sacó de su monedero un puñado de billetes y los dejó en la mesita. El servicio de habitaciones tenía una carta amplia e interesante llena de comida basura y golosinas. Miró la hora. Pediría la comida, luego tomaría un baño, daría una vuelta por la ciudad para familiarizarse con el entorno más cercano y hablaría con recepción para que le indicaran los sitios de interés más cercanos o si podía contratar algún viaje programado por todos los museos de la ciudad.

—Sí. Quería hacer un encargo.

Acabo de llegar de viaje y me gustaría comer algo en la habitación. Una ensalada y una hamburguesa con patatas. La especial. Sí. Gracias.

Saltó de la cama y se miró en el espejo. Había perdido mucho peso desde que había vuelto de Garden Manor, y aunque estaba comiendo un poco más de lo habitual no recuperaba los kilos que le faltaban. Se ató el pelo y se dirigió al baño para llenar la bañera.

Cuando estaba a punto de quitarse la ropa para darse un baño sonó la puerta.

Un camarero entró con su comida y la depositó sobre el aparador de la entrada.

Se comió aquella bandeja en menos de quince minutos y luego se zambulló en la calidez del agua y las sales minerales. ¡Ah, se estaba quedando profundamente dormida! El vapor del agua y el suave

ronroneo del ventilador la transportaban a los brazos de Morfeo.

De repente el sonido del teléfono de la habitación la despertó de su viaje onírico haciéndola saltar de la bañera sin apenas quitarse el jabón y la espuma de todo el cuerpo.

—Señorita Cantelli, acaba de llegar un paquete a su atención, urgente.

La mujer de recepción la dejó patidifusa y tuvo que hacérselo repetir varias veces.

—Sí señorita. Hace media hora, como no descolgaba el teléfono hemos pensado que estaría ocupada. No queríamos molestarla, se lo hacemos llegar ahora mismo.

Se metió a la velocidad de la luz en la bañera y se aclaró. Salió dando saltos mientras se secaba y se vistió con lo primero que sacó de la maleta. Un pantalón de traje de raya diplomática y una camisa. Casi al mismo tiempo que terminaba de arreglarse un muchacho joven de pelo rizado y rubio llamó a la puerta y le entregó el paquete, y con una sonrisa dulce se despidió en francés de ella. Tenía el tamaño de un paquete de cereales y ningún remitente por ningún lado.

«Este Martín y sus bromitas», pensó.

Lo movió como una niña y luego lo abrió bruscamente. Era una cajita de madera con cerradura. En la parte posterior había una llave pegada a un sobre.

«Primero lee antes de abrirme.»

Le dio la risa. Definitivamente Martín se superaba. Suspiró. Sin lugar a dudas él había sido una terapia en la distancia y un apoyo incondicional. Tiró del sobre y lo despegó de la tapa.

Apartó la pequeña llave y sacó la tarjeta que llevaba dentro.

Señorita Cantelli:

Ha viajado a todos los lugares maravillosos que siempre había deseado desde niña. Durante quince días ha conocido ciudades como Venecia, Roma, Grecia y El Cairo. Sin lugar a dudas ha logrado su sueño. Solo le quedaba este... París. Tengo algo que ofrecerle...

Miró el papel varias veces por las dos caras y frunció el ceño. Tomó la pequeña llave dorada y abrió con ella la caja. El pulso se le aceleró. La soltó como si quemara y se llevó las manos al pecho. Había un pequeño papel dentro con una frase: «Juega conmigo...»

Miró en ambas direcciones pero seguía sin tocar la caja ni su contenido.

Trastabilló hacia la puerta y se tapó la boca con ambas manos.

De pronto recuperó el sentido de la realidad. Se giró hacia la puerta y tras calzarse dando saltos salió corriendo por el pasillo y bajó apresuradamente al hall. Miró en todas direcciones. Sin duda parecía una loca. La mujer de recepción y el joven rubio que había subido el paquete la miraron algo

desconcertados mientras ella parecía estar buscando algo que no encontraba.

—Oigan...

—Madame, dígame.

—¿Quién trajo ese paquete? Ya sabe.

El paquete que me subió este chico a la habitación hace un rato.

—¡Ah, le chevalier! —murmuró el joven.

—¿Cómo?

—El caballero. Dijo que se lo hiciéramos llegar sin prisa.

—¿Y dónde está? —preguntó.

La mujer se giró hacia el muchacho y le dijo:

—Sais-tu où est été?

Daniela no entendía nada.

—Naturellement. Il n'avait pas de rapidité. Dans le bar —contestó el joven.

Miró al chico y luego a la mujer.

Empezaba a desesperarse.

—Por el amor de Dios. ¡Que no entiendo nada!

—El caballero no tenía prisa —señaló con el dedo la cafetería y sonrió—. Se fue hacia allí.

Corrió como en su vida había corrido y cuando entró en la cafetería del hotel tuvo la sensación de que todo el mundo la miraba como si acabaran de ver a una histérica. No veía a Jonás por ningún lado. Un camarero se aproximó a ella y se inclinó.

—¿Señorita Cantelli? —preguntó en voz baja—. Salón anexo.

Le miró como si fuera a matarlo y avanzó digna por el pasillo. Jonás estaba de espaldas frente a un gran ventanal.

Tenía las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y su camisa blanca revoloteaba por la suave brisa del ventilador que giraba sobre su cabeza.

—Tenía que dejarte ir Daniela —dijo al instante como si la hubiera percibido sin darse la vuelta—. Tenía que dejar que vivieras tu vida, que viajaras, que recorrieras el mundo y te desintoxicaras de mí... Todo fue demasiado intenso, demasiado rápido y tú... Tenías muchos planes. Tenías sueños.

Daniela se mordió el labio e hizo un puchero. Jonás se giró y clavó sus ojos verdes en ella hasta hacerle daño.

—Me rompiste el corazón —sollozó.

—No mi amor. Solo le di un respiro —dijo él con melancolía—. Un respiro...

Daniela aferró con los dedos la tela del pantalón. La expresión de Jonás era serena, resignada y tranquila. Sin embargo, ella sentía que su corazón estaba a punto de saltarle del pecho mientras él seguía inmóvil a un par de metros y la miraba.

—Te fuiste. Ni siquiera me llamaste en todo este tiempo. ¡Te fuiste y mandaste un triste mail para que Martín pagara mi trabajo! Te hubiera ayudado ¿Sabes? Incluso hubiese entendido que te fueras un tiempo, pero lo hiciste sin contar conmigo y...

Se le quebró la voz y se ofuscó. La rabia y los nervios que había mantenido guardados dentro de su corazón parecieron salir de pronto de su interior y quiso gritar y llorar. Pero no lo hizo, tan solo lo miró con irritación y sollozó.

—No, Daniela. Me fui aquella tarde porque tenía que salir de esa casa.

Necesitaba pasar unos días solo con toda aquella historia tétrica que me rondaba la cabeza. Necesitaba pensar, asimilar todo... Aceptarlo. Vosotros lo sabíais. ¡Los dos!

—No era nuestra guerra, Jonás. ¡No era nuestro papel decírtelo! ¡Maldita sea, eras un niño que protegía a otra niña, y todo fue un maldito accidente!

Jonás ensombreció el rostro y dejó escapar

un

hondo

suspiro

de

resignación.

—Me pasé la vida odiando a un hombre que me quería y no fui capaz de darle una oportunidad para que se explicara. Idealicé a mi madre en sus mejores años y borré de mi mente el daño y el dolor que nos ocasionó a todos culpando a mi abuelo de todas sus miserias. ¿Es suficiente razón para perder la cabeza Daniela? No lo sé.

Se acercó a una de las mesas de comedor

que

había

dispuestas

irregularmente por el salón y recorrió con los dedos el contorno de sus bordes.

—Me fui a Londres y acepté mis recuerdos

Daniela,

pero

luego

comprendí que no quería volver a equivocarme más en mi vida, no quería hacer daño. Tenías sueños, querías viajar, ver el mundo. Tenía que dejar que lo hicieras sola, que salieras de esa casa y que vivieras todo lo que anhelabas... —murmuró con voz queda—. Tenía que dejarte ir y que experimentaras la libertad que yo tuve toda mi vida.

—Quizá te olvidé por eso —dijo con orgullo.

Jonás sonrió con pereza, se dejó caer en una de las sillas y asintió.

—Entonces no nos amamos como creíamos —dijo. Levantó la cabeza hacia ella y negó lentamente—. Pero no te creo, Daniela... No te creo...

—Como tú has dicho, he viajado.

Podría haber conocido a otras personas, podría haber...

—Podrías —interrumpió—, claro que sí. De eso se trataba. Tenías que vivir y elegir. Yo lo hice una vez y escogí viajar por todo el mundo. Ese era mi sueño, era mi felicidad. Podrías..., pero no lo hiciste.

Daniela avanzó hacia él y frenó en seco a un metro de distancia.

—Tú no sabes nada. ¡No te importó nada cuando me fui!

—Ven. Quiero que veas algo.

Tras decir eso, sacó del bolsillo de su camisa un sobre blanco y lo depositó sobre la mesa.

—Siéntate, por favor. Necesito enseñarte algo. Por favor...

Daniela avanzó hacia la mesa y se sentó frente a él muy despacio. Jonás apoyó la mano en el sobre y lo abrió sin prisa. Durante unos segundos observó el contenido, luego sacó lo que parecía una fotografía y la depositó delante de Daniela.

—Nunca te dejé sola, Daniela... Te dije una vez que no dejaría que nadie te apartara de mí.

Sus preciosos ojos verdes se tornaron melancólicos al apoyar los dedos en la imagen y acercarla un

poco más a ella.

Daniela sintió que el mundo se le venía abajo. Era una fotografía de ella frente a una de las pirámides. La aproximó con los dedos hacia ella y pasó las yemas por encima del papel brillante. Allí estaba ella, con sus pantalones caquis, sus gafas de sol y su libreta de anotaciones en la mano detrás de una enorme cola de turistas. Jonás sacó otra fotografía, era otra imagen de ella sentada en la Fontana de Trevi en Roma; sonreía mientras un guía parecía explicarle algo y señalaba hacia la izquierda mientras ella seguía sus indicaciones y miraba en la misma dirección.

—Pero...

Varias fotografías más completaban sus diversos viajes. Ella en Grecia, ella en El Cairo, en Roma, Venecia, Florencia. Quedó estupefacta y lo miró con

desesperación.

Jonás

seguía

manteniendo aquella postura sosegada que a menudo parecía más de agotamiento que de tranquilidad.

—Me seguiste...

—No. Te acompañé a mi manera — dijo—. No te dejé sola. No lo hice...

Jonás se levantó y alzó los brazos como si se dispusiera a rezar, luego los dejó caer y sonrió.

—Pero llegó París. No podía dejarte sola en París.

Repentinamente se acercó a ella, la separó de la mesa y se situó de cuclillas entre sus piernas.

—Daniela... No puedo dejar de amarte. No sé si lo entiendes, quizá mis métodos no sean muy ortodoxos, pero no puedo dejar de quererte. ¿Puedes entenderlo?

Daniela comenzó a llorar con la fotografía de Venecia en la mano. Jonás se la arrancó de los dedos y le cogió ambas manos para besárselas.

—Creí que no iba a volver a verte nunca... —murmuró y rompió a llorar—. ¡Podías haberme llamado una vez!

¡Una!

—No... Tenía que dejar que respiraras... Daniela... Me enamoré de ti el mismo día en que me lanzaste aquel libro a la cabeza... Tú... Eras la mujer de mi vida, eras tú.

Daniela se rió sin dejar de llorar y se pasó el dorso de la mano por la nariz.

—Oh, por Dios... Te lanzaría otro ahora mismo...

Jonás la besó en los labios y le limpió las lágrimas con los dedos. Se incorporó, tiró de su mano y la situó frente a él haciendo sus mejillas con firmeza.

—Quédate conmigo Daniela... No me iré nunca más...

—¡Jonás! —lloriqueó.

—Déjame ver contigo esta ciudad; me aburriré como una ostra con tus museos pero me da lo mismo. Me da lo mismo...

—Eres idiota —dijo hipando—.

Idiota...

Jonás sonrió y levantó las cejas con humor.

—Soy lo que tú quieras.

—Martín sabía lo que ibas a hacer, ¿verdad? ¡Dímelo! Maldito Martín...

Me engañó como a una estúpida.

La abrazó con fuerza y la besó en la frente con dulzura.

—Todavía me quieres. No me digas que no...

—Sí. ¡Claro! ¿Cómo no voy quererte?

—Entonces veamos esta ciudad, es tu última ciudad. Y luego vuelve conmigo a casa...

Daniela sorbió los mocos como una niña pequeña y lo miró fijamente.

—¿A San Francisco? Santo cielo, ni siquiera sé...

Frunció el ceño cuando vio su expresión. Jonás tenía una ceja levantada y la miraba con sorna y picardía.

—Jonás. ¿Habéis vendido Garden Manor? ¿Adónde vamos a ir?

—Aún no me has contestado. ¿Vas a jugar conmigo, Daniela?

—¡Tengo

hambre!

—gimoteó—.

Jonás me vuelves loca. ¿Adónde se supone que vamos a ir? Sí, sí voy a jugar contigo, pero respóndeme.

Le sonrió, tiró de su brazo y besándole la mejilla la aferró por el hombro.

—Es una historia un poco larga.

Vamos a ver París y te lo cuento todo por el camino...

Atravesó a gran velocidad el caminito que daba a la parte norte de la casa y giró hacia la izquierda topándose de frente con la cristalera de la terraza.

Pegó la nariz apoyando las manos en los vidriados y observó atentamente la puerta de acceso, pero no había nadie.

Hacía demasiado calor, sentía cómo entraba a través de su camisa de lino y de los finos pantalones de algodón. Se volvió un instante, lo suficiente para que los rayos apabullantes de sol le dieran en la cara y le cegaran. Aquel calor era horrible y tenía que entrar en casa, ducharse y cambiarse, de lo contrario se vería en un grave problema. Ni siquiera tenía un reloj para saber la hora. Durante unos instantes se quedó observando las enredaderas del interior del porche cubierto hasta que volvió en sí. El sonido de las campanadas del reloj del salón le sacaron de su mutismo; contó hasta once. ¡Oh, maldita sea! Se giró bruscamente y chocó de frente contra Calvin, que azadón en mano lo observó amenazadoramente con

el

ceño

fruncido

y

un

rictus

casi

fantasmagórico.

—Caballere. Hace media hora que le están esperando. No sé qué diantres hace todo el día metido en esa cabaña del árbol, pero no es un canario y tiene obligaciones. Hoy es...

—¡Ya lo sé! —gimoteó—. Se me ha cerrado la puerta y no encuentro la llave.

Calvin apoyó el azadón sobre el hombro y se giró hacia la derecha como si fuera una veleta.

—Vamos, sígame soldadito. Tiene que bañarse y prepararse. Alicia está echando humo y esa mujer es como una mosca de la fruta detrás de uno cuando se pone nerviosa.

Echaron a andar por el camino que rodeaba la casa y cuando se disponía a subir los peldaños, la puerta de doble hoja se abrió. Alicia salió llevándose las manos a la cabeza cuando lo vio tan sudado y con las rodillas llenas de tierra y los calcetines blancos manchados de barro.

—¡Válgame Dios! William James, ¿se puede saber dónde demonios te habías metido? ¿Sabes qué

hora es hijo de mi vida?

Tiró de su mano y lo entró a rastras en casa. Varios empujoncitos fueron suficientes para hacerle subir las escaleras de dos en dos. Calvin tenía razón. Alicia estaba tan vieja como su profesora, pero por mucho que se apresurara por el pasillo siempre la llevaba pegada a la coronilla, con su respiración en la nuca.

—¡Las once! —exclamó. Y abriendo la puerta del baño le quitó la camisa y los pantalones. Al segundo estaba sumergido en un baño de espuma y agua y apenas veía lo que tenía enfrente —. Vamos, vamos... Tenemos que ir al cementerio y tus padres están a punto de llegar.

—¿Y los tíos?

—En Hight con tus padres.

Alicia sacó varias toallas y las depositó sobre una silla junto a la bañera.

—Vamos, no te duermas en los laureles William. Cuando vuelva te quiero limpio y fuera de la bañera o llegaremos tarde y sabes que hoy si eres un buen niño podrás quedarte a la fiesta un ratito.

William sintió una palpitación en el pecho cuando Alicia mencionó la fiesta.

Cogió la esponja con firmeza y comenzó a frotarse las rodillas a gran velocidad.

—Tía Alicia. ¿Solo un ratito?

—Tienes siete años, William. Un ratito después de la cena es suficiente.

Se acercó a la puerta y se ajustó el delantal, le apuntó con el dedo y levantó las cejas en señal de aviso.

—¡Vamos hijo!

¡Ah, pero qué nervioso estaba! Era la primera vez que sus padres le dejaban asistir a la gran fiesta que celebraban todos los años. Mientras se afanaba en lavarse se imaginó por un momento las imágenes carnavalescas del año anterior y suspiró. ¡Y tenía su disfraz y su máscara! La tía Colette le había comprado aquel bonito traje lleno de parches de colores y purpurinas brillantes en Londres. Ahora ya no tendría que espiar desde la escalera a los primeros invitados, ni correr antes de que Alicia lo descubriera gateando en el piso de arriba mientras su tío Martín disimulaba su presencia dándole codazos a Colette en la mesa del salón para que no dijera nada. Esa noche cenaría con todos los invitados y luego podría ver bailar a las mujeres con aquellos bonitos trajes pomposos y las máscaras, incluso Calvin le había prometido que jugaría con los caballos de las calesas que llevaban a los invitados. Se sumergió bajo el agua y saltó de la bañera casi a punto de perder el equilibrio y resbalar. Quince minutos después ya estaba vestido con su traje de los domingos y se secaba el pelo con la toalla mientras intentaba no mojar el suelo y lo ordenaba todo.

—Veo que te ha dado tiempo de vestirte a tiempo mi niño.

Su madre entró en la habitación y William saltó a sus brazos. Ella siempre llevaba una bonita cinta

del pelo rodeándole el cabello y cuando lo cogía con aquella dulzura se la quitaba de la cabeza y jugueteaba con ella mientras parecía flotar sobre sus bonitos ojos rasgados.

—¡Mamá! ¿Hoy puedo quedarme hasta la media noche? ¿Puedo ver los disfraces? ¿Me dejarás mamá? ¡Dime!

Daniela le besó en ambas mejillas y en la frente. Lo dejó en el suelo y se sentó en la cama colocándolo junto a ella para arreglarle sus rizos cobrizos aún empapados. Con la pequeña toalla secaba los chorretes de agua que le resbalaban por las mejillas y la nuca.

—Te mojarás la camisa, y es blanca, William. ¿Te has puesto bien el cinturón?

—¡Mamá!

Daniela se rió.

—Sí. Convenceremos a tu padre para que te deje quedar hasta medianoche...

Pero tienes que portarte bien y obedecer a Alicia —añadió.

William abrazó a su madre con tanta fuerza que creyó que la partiría en dos.

¡Era un gran día! Le devolvió la cinta del pelo apresuradamente y saltando de la cama se dirigió a la puerta. Jonás estaba subiendo las escaleras cuando vio a William en el umbral con un tembleque en la pierna como si se dispusiera a salir corriendo, algo muy habitual en él. Al verlo fue hacia él y saltó a su cuello y lo besuqueó tan emocionado que Jonás tuvo que dejarlo en el suelo para que se tranquilizara un poco.

—Hijo, me estás llenando de babas.

¿Estás ya listo para irnos?

—¡No! Tengo que bajar a por mi chaqueta.

Jonás le pasó la mano por el pelo y al momento le dio una palmadita en la espalda mientras entraba en la habitación en la que estaba Daniela.

—Pues corre. Nos vamos ¡ya! —dijo con humor, se giró hacia la habitación y entró—. Señora James. ¿Qué hace aquí?

¿No le queda un poco pequeña esa cama?

Daniela se dejó caer sobre la colcha y miró al techo mientras Jonás se sentaba a su lado y se tumbaba mirando en la misma dirección.

—Estaba pensando en que el tiempo pasa muy rápido, señor James. Hace dos días estaba entrando por la puerta de esta casa...

Dejó ir un suspiro y se incorporó, se colocó la cinta en el cabello y se volvió a tumbar de lado junto

a su marido.

Jonás dejó escapar una risita pícaro.

—¿De qué te ríes? —preguntó dándole una palmada en el hombro.

—De tu cara cuando llegamos a Garden Manor y te enteraste de todo.

Cuando supiste que el ala oeste sería la casa de Colette y Martín te quedaste pasmada y luego la galería en Hight...

Daniela dejó escapar un suspiro y le besó en la mejilla.

—Esa galería fue el mejor regalo que jamás podrían haberme hecho. Todo lo que William tenía, todas sus colecciones y sus maravillosas obras, ahora pueden ser vistas por toda la ciudad y mira la expectación que aún tiene. Fue increíble señor James. No obstante, cabe recordarle si hablamos de caras y nos ponemos a burlarnos de gestos, de la suya cuando nos enteramos de que estaba embarazada.

Jonás se colocó de lado y apoyó la mano sobre la cabeza.

—Por eso te comías hasta las paredes en París. Sí... Casi me da algo, pero me devolviste el regalo —contestó con dulzura—. El mejor sin duda.

Daniela le besó en los labios con pasión y luego le peinó los rizos con los dedos.

—Una tercera generación de James idénticos. Lo único que tiene de mí es el color del pelo. ¡Y de milagro! —rió con humor.

—Es igual de zalamero que su madre.

Al decir eso se levantó de la cama y Daniela lo observó con curiosidad.

—Cada domingo te ocupas de que tu hijo visite la tumba de sus abuelos y de su bisabuelo. Es un niño que respeta a sus antepasados y adora las historias de Calvin sobre William y su juventud.

Has hecho un gran trabajo con él, señor James. Su abuelo estaría muy orgulloso de usted si pudiera verlo ahora mismo.

Jonás ladeó la cabeza y sonrió con ternura al escuchar aquellas palabras.

—¿Tú crees?

—¿Te acuerdas de la carta de William? ¿La que te dio Colette y Alicia el día que te fuiste?

Asintió con la cabeza y volvió a sentarse a los pies de la cama. Daniela se incorporó y le abrazó por detrás.

—Una vez Garden Manor floreció bajo las máscaras venecianas, las calesas retumbaban frente a las

preciosas flores y las buganvillas. Yo fui capaz de hacer de esta casa un hogar aunque apenas lo recuerdo. Ojalá tú, mi muchachito lleno de sueños hagas florecer esa luz que una vez iluminó mis ojos —recitó—. He leído esa carta tantas veces estos últimos años que ya me la sé de memoria, Jonás. Lo has hecho.

—Lo hemos hecho —le corrigió.

—Hight

espera

cada

año

la

Mascarada de Garden Manor y esta casa es un hogar para todos. Martín es feliz con Colette... y se ha vuelto formal —dijo con sorna—. Alicia y Calvin siguen aquí y nosotros hemos formado una familia como tu abuelo quería.

Garden Manor sigue brillando, Jonás, es lo que William había deseado.

Se aferró a sus brazos con fuerza y sus mejillas se rozaron deliciosamente.

—Sin ti esto no sería lo que es y lo sabes, Daniela. La galería de arte es un tesoro para la ciudad y es gracias a ti.

Tú fuiste la que decidió hace siete años recuperar esas fiestas de máscaras que a mí me parecían una locura y ahora es el referente de una población, como lo fue cuando mi abuelo vivía y era feliz. Y tu hijo es como es porque le has inculcado unos valores que yo no recibí cuando tenía su edad. Ese niño es un privilegiado.

Jonás miró la hora y palmoteó la pierna de Daniela con cariño. Ella se incorporó rápidamente y se arregló el vestido, el pelo y lo miró. Le colocó el cuello de la camisa correctamente y volvió a atusar los rebeldes rizos que le caían por la frente.

—¿Listo, señor James? Hoy nos espera un día intenso y largo.

—Listo, señora James.

Eran las doce y media del mediodía y todos estaban en el cementerio.

Mientras Alicia limpiaba con un pañuelito la tumba de Elisabeth y Petro, Colette y Martín colocaban los ramilletes de flores en los diversos jarroncitos que habían dispuesto para tal fin. Con el paso de los años aquel cementerio tan abandonado y antiguo había vuelto a recobrar vida con las nuevas generaciones de visitantes. Se habían podado

los

setos

y

el

ayuntamiento

de

Hight

había

contratado

un

servicio

de

mantenimiento que hacía de aquel camposanto un lugar más agradable y menos tétrico. William disfrutaba como un loco con aquellas visitas. Su tío Martín siempre le contaba infinidad de historias sobre las tumbas que allí reposaban. Había un domador de leones enterrado a pocos metros de su bisabuelo y su tumba tenía forma de león de piedra. Un perro pastor alemán precedía otra. Martín le contó en su día que era la tumba de un hombre que adoraba a su animal de compañía y cuando el perro falleció pidió que lo enterraran con él y levantaran aquella preciosa figura junto a sus restos. Cada sepulcro tenía una historia, cada panteón o mausoleo una leyenda o un cuento que recordar.

Había llegado el momento de abandonar el cementerio. Como era habitual comerían en la ciudad en uno de los bonitos restaurantes de la avenida principal y luego regresarían a casa para empezar a organizar la mascarada.

—¿Qué desea Alicia hoy de menú?

Martín la aferró con humor por los hombros y la zarandeó cariñosamente mientras entraban en el coche.

—¡Ah! ¿Elijo yo? Un buen solomillo no estaría mal, ¿verdad Calvin?

Calvin abrió sus diminutos ojos y meneó la cabeza.

—Mi colesterol me pide comer sano, pero si tengo que ver tragar a esta mujer tal manjar creo que optaré por imitarla aunque me lleve a la tumba.

—¡Oh, vamos Calvin! —Colette le ayudó a subir al vehículo—. Tienes que prescindir de la sal, pero creo que por esta vez haremos una excepción.

—Vamos todos al coche. Son casi las dos y me muero de hambre —suplicó Martín—. ¿Veis el coche de Jonás y Daniela?

—Están detrás desde hace media hora —contestó Colette con sorna.

—Gracias mi amor. Cuando pierda la vista definitivamente recuérdame que compre una de esas pizarras colgantes para el cuello.

Martín la miró con dulzura y luego dirigió una ojeada al coche de Jonás.

—Te regalaré un perro lazarillo — contestó Colette pasando la mano por su pelo.

—¿Queréis dejar los arrumacos para luego o pretendéis que estos dos viejos se mueran de hambre mirando para vosotros? —Calvin resopló y se arrellanó en el asiento.

El coche de Jonás les adelantó y el pequeño William sacó la cabeza por la ventanilla con la lengua fuera y los ojos bizcos.

—Ahí va el futuro de Garden Manor —murmuró con ironía Martín.

La ciudad resplandecía bajo un cielo tachonado de estrellas, había decenas de calesas decoradas con bordados de oro o plata, sedas, detalles brillantes y ornamentos

carnavalescos

en

sus

puertas. Nadie podía subir a la fiesta si no era en una calesa, así era la tradición, la norma más importante para todos los que estaban invitados. La gente se trasladaba desde Londres. La gran mayoría de los invitados era de Hight. Todos querían participar de la belleza de Garden Manor durante la mascarada. Todos llevaban los preciosos vestidos de seda negra o borgoña, sombreros de tres puntas, máscaras blancas, plateadas o doradas.

Garden Manor abría sus puertas una noche al año con motivo de la mascarada. En los salones centrales las mesas estaban decoradas con lazos y brillos. Sobre los manteles de hilo se diseminaban todo tipo de canapés, licores y diminutos platitos con exquisiteces traídas desde Italia. No había nada que no recordara a la belleza del siglo XVII. Había dos inmensos salones dedicados a la fiesta, se extendían a ambos lados del hall principal del ala norte. En uno los invitados podían beber y comer hasta hartarse, en el otro se bailaba y charlaba. Había amigos, clientes, socios de la galería, pintores reconocidos, artistas importantes que no dudaban en donar alguna de sus obras de arte para la Galería James de Hight.

—Hermosa

y

única

incluso

escondida bajo esa bonita máscara de encaje negra —murmuró Martín al oído de Daniela—. Imposible no reconocer a una de las anfitrionas...

Tomó su mano y con un gesto elegante se la besó. Parecía el fantasma de la ópera. Daniela sonrió y se situó a su lado mientras observaba al pequeño William corretear entre los invitados y a Colette y Jonás hablando con un hombre al fondo del salón.

—Gracias. Tú disfraz de este año es más siniestro. Morboso...

Martín dejó escapar una risita tétrica.

—El apogeo del Carnaval de Venecia tuvo lugar en el siglo XVII. Los aristócratas llegaban de todos los rincones del mundo para gozar de las noches del libre albedrío en una época intolerante y poco permisiva, querida.

Danielaladeó la cabeza hacia él y lo miró con picardía.

—¿Me está proponiendo algo, señor Baseti? No sé si recuerda que soy una mujer casada y madre de un hijo. Toda una dama.

Alicia pasó por delante de ellos buscando al pequeño William. En ese instante Jonás dejó a Colette con el invitado y caminó hacia ellos embutido en un bonito traje negro con ribetes plateados y una máscara hasta media nariz que ocultaba sus ojos y parte de sus pómulos.

—Yo nunca haría eso, señora James... —murmuró Martín.

—¿No harías qué? —Jonás les entregó unas copas de cava y miró el salón abarrotado de gente.

La música comenzaba a sonar en el otro extremo de la casa y alguno de los invitados dejó el salón llevado por la melodía y los suaves acordes de los pianos y los violines.

—¿Con quién está mi vampira?

—Con el dueño de la cadena de hoteles de los Palms. Quiere hacer una donación a la galería. Colette es fina...

Le has enseñado bien.

—Mascarada,

libre

albedrío.

Dejemos que disfrute. Solo tiene una noche.

Daniela soltó una suave carcajada y rozó los labios de Jonás ligeramente para luego sonreír y beber de su copa.

—Ese niño debe irse ya —prosiguió Jonás—. Son más de las doce y no se agota.

—Alicia lo persigue —dijo Martín—.

La he visto pasar tres veces por el salón.

Una pena que Colette le comprara un disfraz lleno de cascabeles, es imposible perder a tu hijo esta noche.

Soltó una carcajada al decir esto y se situó junto a su amigo.

—Es tu noche Martín... La noche de la mascarada... ¿Juegas...?

Jonás lo observó con malicia bajo la fina máscara.

Daniela sonrió negando con la cabeza mientras Martín bebía de su copa con tranquilidad.

—¿Quién soy yo para romper una tradición tan deliciosa?

—Un perverso —musitó Jonás.

—Guarrete era tu apelativo ¿no? — Martín levantó la copa y se deslizó entre dos invitados—. Voy a ayudar a cazar a mi sobrino, tendré una charla con mi vampira y regreso...

Hizo una reverencia a ambos y después

desapareció

entre

la

muchedumbre.

Quizá no era más de la una de la mañana. El baile era una maravillosa locura de música, vestidos, máscaras, chocar de copas, risas en todos los rincones. Jonás tiró de ella y cuando el pequeño William apareció de la mano de Alicia y se despidió de sus padres sin quejarse, como había prometido, se fue dormir.

—Sube conmigo —murmuró Jonás.

Daniela caminó de su mano y atravesaron el pasillo que daba al ala oeste. La música se fue haciendo cada vez más lejana. Una pareja apoyada en la pared con sus trajes carnavalescos les saludó cuando pasaron. El hombre tenía el brazo apoyado contra la pared, muy cerca de la cabeza de la mujer, de la cual solo se podía ver una larga melena rubia llena de tirabuzones, pues su máscara le cubría el rostro por completo a excepción de la boca.

Al instante unos dedos diestros se deslizaron por su espalda y comenzaron a soltarle cuidadosamente los cordones del corsé. Estos cedieron y después de varios tirones la tela se abrió y liberó parte de sus senos frente Jonás.

—Ella siempre será hermosa... —oyó en su nuca. Y al instante unos labios se posaron sobre su cuello y con un nuevo tirón el vestido cedió y cayó al suelo.

Las manos enguantadas le rodearon los pechos bajo la atenta mirada de Jonás y los apretaron con fuerza, sus pezones se elevaron más de lo normal.

Jonás se inclinó hacia ella y los bañó con parte del contenido de la copa, luego lamió primero uno y después el otro, con calma.

—Medias blancas y botines... Muy victoriano, tesoro —le susurró Martín por detrás. Había grupos dispersados por todo Garden Manor, parejas que buscaban algo de intimidad, charlar, y otros que cuchicheaban entre ellos y reían.

—Adelante,

señora

James

—

murmuró Jonás abriendo una de las puertas.

Daniela entró en la habitación. Todo estaba envuelto en una deliciosa penumbra y salpicado de diminutas lamparitas ocres que daban un aire cálido a la estancia. Se situó frente a Jonás y lo miró.

—¿Me traes aquí para aprovecharte de mí? —preguntó con humor.

—Solo tomo lo que es mío cuando lo quiero.

Sus ojos verdes destacaban bajo la máscara negra. Ladeó la boca en un gesto cómico y se desprendió de la capa que llevaba sobre los hombros. Daniela iba a decirle algo, pero súbitamente sintió la puerta y unos pasos rotundos y acompasados detrás de ella. Intentó girarse, pero Jonás le sujetó la mejilla y sonriendo la besó en los labios.

—Juguemos —murmuró en su boca.

Jonás metió los dedos por debajo de las tiras de la ropa interior y tiró hasta romper sus bragas. La fricción provocó un gesto de dolor en Daniela. Los guantes de Martín le causaban una sensación erótica al contacto con la piel, era morboso, era frío y a la vez excitante, pellizcaba sus pezones y luego deslizaba las manos hacia sus caderas para acabar acariciando sus nalgas y su pelvis.

—¿Qué

vais

a

hacer?

Cada

mascarada es un juego diferente.

Daniela ardía en deseos. Martín la levantó en el aire y se la llevó hacia una de las butacas. Se sentó y la situó sobre sus rodillas separándole las piernas bajo la atenta mirada de Jonás, que no dejaba de

sonreír

como

un

desequilibrado.

—Con esas máscaras me dais miedo —apuntó Daniela.

—Separa las piernas —le susurró Martín a Daniela pasando las manos por sus caderas y abriéndole el sexo.

Daniela estaba colocada de espaldas a él y veía a Jonás sirviéndose otra copa de cava en el fondo de la habitación.

Avanzó hacia ellos y derramó parte del líquido en el sexo de su mujer. Martín levantó sus piernas aferrando sus muslos con las manos y el cava se escurrió por sus labios hacia atrás.

—Vas a...

—Chist... —susurró él mientras Jonás se agachaba y pasaba la lengua por ella.

¡Ah, se moría! Su lengua le recorrió el sexo desde atrás hacia delante y bebió cada pequeña gota de cava que mojaba su piel. Sentía bajo sus nalgas la erección de Martín, pero apenas podía moverse. Estaba presa por sus manos, la cabeza de Jonás entre sus piernas comenzaba a hacerle perder el norte y tampoco le permitía moverse hacia ningún lado. Jonás levantó la vista y sin dejar de mirar hacia ella pasó una vez más la lengua por su sexo y se incorporó.

—¿Preparada?

—preguntó

quitándose la ropa sin ninguna prisa.

Martín se levantó repentinamente y se la llevó hacia la cama. La lanzó sobre la colcha y se puso sobre ella besándola, lamiéndola,

mordiendo

cada

centímetro de su piel, sus hombros, su cuello, sus pechos.

—¡Martín! —rió.

Los dedos de su amigo se colaron ansiosos entre sus piernas y le hicieron gritar de placer, pero este le tapó la boca con un beso y la arrastró hacia la almohada. Todo era una locura deliciosa y para variar no daba abasto.

Jonás se acercó por la derecha y se situó frente a ella colocándola de lado. Ahora sus pechos se rozaban, notaba el calor de su piel, la erección de su sexo contra su pelvis. Detrás de ella la situación se repetía. Martín estaba situado entre sus piernas, sus manos le separaban las nalgas y comenzaba a penetrarla muy despacio. Daniela gritó, y al hacerlo Jonás le rozó el clítoris con los dedos y comenzó a masturbarla apretándolo mientras dibujaba pequeños círculos sobre él.

—Esto

le

gusta...

—murmuró

pasándole la lengua por los labios—.

¿Me equivoco? No...

Daniela volvió a jadear cuando sintió la cadera de Martín chocar contra sus nalgas. Él se quedó inmóvil, le pasó las manos por las piernas y levantó sus muslos, dejando su sexo tan expuesto a Jonás que este no tardó en clavarse en ella con la misma tranquilidad y lentitud que su compañero.

—Y ahora tú —jadeó Daniela—, no solo notas la presión de mi sexo, también notas el roce de su polla contra la tuya.

—Oh, qué lista es mi mujer...

—Y tú —murmuró ladeando la cara hacia Martín.

Martín estaba en otro mundo, volvió en sí y la besó en la mejilla. Jonás comenzó a moverse y eso hizo que Martín se retorciera contra la espalda de Daniela y se aferrara con más ímpetu a sus pechos.

—Frena Jonás... Frena... —suplicó.

—¿Lo notas? —preguntó curiosa.

Martín suspiró profundamente y se rió.

—Lo noto.

Jonás movió la cadera con fuerza y la embistió con firmeza.

—Oh, joder, Jonás... —dijo Martín —, despacio...

Jonás dejó ir una risa lenta y, sujetando la cara de Daniela, abrió la boca y le pasó la lengua por la mejilla.

—Daniela... Estás llena... En un año se pierde la costumbre. Estás cerrada...

Muy cerrada...

Aquello era demasiado para ella. Se sentía invadida por todas partes. Se giró levemente, como pudo, hacia Martín y movió el culo con destreza. Cuando se clavaba en uno, salía un poco del otro y así una y otra vez hasta que ya no pudo más.

—No... No. Daniela, mírame —le ordenó Jonás.

Ella lo miró desesperada.

—No puedo más...

Otra embestida desde atrás la empujó contra él y gritó ansiosa a punto de llegar al clímax más intenso, al apogeo de su placer, a un orgasmo fuera de lo común.

—Bésale —pidió desesperada.

—Sucia... —murmuró Jonás.

—Bésale, quiero verlo. Me pone, me pone muchísimo.

La lengua de Martín se metió en su oreja y jugueteó con el lóbulo mientras se movía muy despacio en su interior.

—Dice... que me beses...

Martín tiró de la nuca de su amigo y le besó en los labios bajo la atenta mirada de Daniela.

¡Ah, pero qué obsceno era todo aquello! ¡Qué sucios sus juegos! Sintió cómo todo su cuerpo se contraía, cómo se tensaba cada parte de su piel, su espalda sucumbió a una descarga progresiva

y

ascendente.

Estaba

temblando entre ellos. Notó un golpe seco en la nalga seguido de otro dado con más dureza. Jonás la sujetó por el cuello con fuerza y comenzó a hundir la lengua en su boca mientras no dejaba de embestirla una y otra vez. El calor se apoderó de

ella,

sus

entrañas

comenzaron a recibir aquel líquido lechoso y caliente que se desparramó por sus muslos y la colcha justo en el mismo momento que salía de ella; Martín la empujó boca abajo y se colocó sobre ella para terminar del mismo modo que su compañero.

«Una noche... Solo una...»

Cerró los ojos durante unos instantes y al abrirlos observó el ventilador y sus movimientos perezosos sobre ellos.

Martín estaba desnudo de pie frente a la ventana, observaba a la gente sentada a las mesas que habían dispuesto delante de la casa y en el jardín. Había cientos de farolillos desperdigados por los caminitos

de

acceso,

varios

camareros servían bebidas a los invitados y otros entraban y salían de la casa con canapés y bandejas repletas de comida. Jonás se levantó, y tirando de su esposa la sentó en la cama y comenzó a ponerle el bonito vestido de carnaval.

—Este corsé tiene más cordones que el de Escarlata en Lo que el viento se llevó —dijo Jonás frunciendo el ceño.

Trenzó los cordones por detrás y comenzó a ajustar la pieza con maestría.

—No me lo aprietes tanto o me estallaran los pechos —suplicó Daniela.

—Jonás, ven aquí —dijo Martín de repente.

Martín ladeó la cabeza hacia ellos y les hizo un gesto para que se aproximaran. La noche era casi veraniega, había invitados incluso sentados por el césped mientras jugueteaban y reían haciendo chocar sus copas.

—Mirad al fondo.

Más allá del bullicio que se acumulaba en la entrada y las mesas había un hombre alto apoyado en el tronco de un árbol observándolo todo.

Vieron

a

Calvin

conversar

animadamente

con

dos

hombres

vestidos de negro con una máscara dorada mientras acariciaba a uno de los caballos de las calesas en un extremo de la finca.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniela peinándose.

—¿Veis al hombre que está junto al árbol?

—Sí. —Jonás pegó la nariz al cristal y observó que el individuo llevaba un traje oscuro y una máscara negra bajo una capucha.

—Esta es la séptima fiesta que celebramos y siempre lo veo en el mismo árbol, apoyado de la misma manera. ¿Quién es?

—Ni idea, Martín. Será alguno de los jóvenes de Hight. No me había dado cuenta de su presencia.

Martín

meneó

la

cabeza

afirmativamente y se giró para vestirse.

Besó a Daniela con intensidad y luego le rozó con la punta de la nariz.

—Hasta el año que viene, tesoro — dijo con sorna.

Jonás le dio una palmadita en el culo y este se giró ligeramente ofendido.

—Jonás...

—¿Martín?

Suspiró y se subió los pantalones.

Tenían que irse, aún quedaba mucha fiesta por delante y los invitados empezaban a disfrutar de una noche que aún tenía demasiadas horas por delante.

Jonás dejó a Daniela con un grupo de amigos que habían llegado de Londres hacía una media hora y se unían a la fiesta por primera vez. Salió al jardín y observó el bullicio, la gente se desperdigaba por el césped, se oían risas, algún grito juguetón de alguna mujer. Más invitados al fondo. Vio al hombre de la máscara y la capucha junto al árbol y avanzó con curiosidad hacia él. El individuo apenas se movió cuando Jonás llegó a su altura y sonriendo saludó con cortesía.

—¿Disfruta de la fiesta?

El hombre alzó la vista y sonrió. Su boca era gruesa y bien dibujada, casi femenina, aunque tenía un mentón pronunciado y unos ojos verdes intensos y vivaces.

—Mucho. Siempre lo hago.

—Me alegro —contestó Jonás—. No es la primera vez que viene, ¿verdad?

¿Está solo?

—No. No estoy solo. Mi familia anda... —sonrió mirando a la casa y meneó la mano enguantada con elegancia—, anda perdida por el tumulto. Dejándose llevar por la noche de la mascarada, ya me entiende.

Jonás asintió con humor y tomó una copa de una bandeja que sujetaba un camarero que pasaba a su lado.

—Bonita fiesta, señor James — murmuró el hombre. Se enderezó con elegancia y pasó las manos por detrás de la espalda—. Ha sabido captar la esencia de Venecia en todo su esplendor.

—Veo que mi disfraz poco me oculta.

—Indudablemente —murmuró el hombre. Se apartó la capa con soltura y avanzó dos pasos.

—¿Ya se va? ¿No bebe nada? Aún es pronto.

El hombre se giró hacia él. La máscara brillaba bajo el destello de los farolillos y le confería un aire fantasmal.

—Creo que por hoy es suficiente, pequeño James. Garden Manor florece.

¿Verdad? Eso era lo primordial, mi muchachito...

—¿Cómo?

Jonás se apartó del árbol y lo miró descolocado. El hombre había avanzado varios pasos hacia el camino y ahora lo miraba desde las calesas con una sonrisa

perturbadora.

Hizo

una

reverencia y pasó por delante de varios caballos. Jonás avanzó rápido, pero cuando llegó a la zona de calesas el hombre había desaparecido.

—No me jodas... —susurró mirando de un lado a otro.

—¿Cómo? —Calvin que lo vio correr en distintas direcciones no entendía nada—. ¡Jonás!

—¿Lo has visto pasar?

—¿A quién?

—A un hombre con un traje negro y una capucha con una capa. Llevaba una máscara negra brillante con la nariz tapada, la boca gruesa, guantes. Y unas botas con remaches. ¡Acaba de pasar por aquí!

Calvin miró en todas direcciones y se encogió de hombros.

—No. Por aquí no ha pasado nadie.

Solo los cocheros, y estaban conmigo hablando en la parte de atrás.

Jonás no dejaba de mirar en todas las direcciones.

—¿Jonás qué sucede?

—Nada.

Me

pareció...

¡Ah,

tonterías!

Echó a andar por el camino de piedra que daba a la entrada de la finca y se aproximó a la verja. El bullicio ahora parecía más lejano. Desde allí podía ver las luces de la casa, los puntitos luminosos de los farolillos del jardín haciendo caminitos como si fueran luciérnagas, el gentío, las risas.

Sacó el tabaco del bolsillo interno del traje y encendió un cigarrillo. ¿Podría ser cierto? ¿Había visto a William?

¿Hablado con él? Aquello era una locura, una locura real y grotesca. Y

ahora tendría que esperar otro año más para saber quién era aquel desconocido y

por

qué

le

había

llamado

«muchachito», tal como hacía su abuelo. Se rió mientras pensaba en la posibilidad de haber hablado con un fantasma, aunque con todas las copas que había tomado, hubiera hablado con toda la jerarquía infernal aquella noche y no se habría enterado «¡Ah, qué retorcido podrías llegar a ser querido abuelo! Ahora esperaré tu mascarada con más ganas», pensó con sorna y una duda rabiosa. Soltó una risa y enseguida un grito. Daniela había aparecido por un lado del camino y no la había oído llegar. Al rozarle ella la espalda, Jonás había dado un salto.

—Dios de mi vida qué susto me has dado —dijo con el corazón en la garganta.

Daniela se rió, enrolló los brazos a su cintura y apoyó la cabeza en su espalda.

—¿Qué haces aquí solo apoyado en la verja de la entrada?

—Respirar. ¿Martín?

—Con Colette y Alicia. He ido a ver a William, duerme como un tronco.

Jonás suspiró y le ofreció una calada.

—Otro

año

más.

Ha

sido

maravilloso. Los periódicos hablarán de Garden Manor, y la galería crecerá un poco más. ¡Oh, Jonás! Si William pudiera ver todo esto...

—Lo ve. Estoy seguro de que lo ve.

Sonrió. Se dio la vuelta y la besó con pasión.

—Sabes que eres la mujer de mi vida ¿verdad, señora James?

—Lo sé —contestó abrazándolo—.

Espero que tú sepas que eres el hombre de mi vida. Y que te quiero con toda mi alma, señor James.

Jonás sonrió. Apoyó la barbilla sobre su cabeza y observó la oscuridad del cielo y las estrellas rutilantes sobre ellos.

—¿Y sabes lo mejor? —susurró con dulzura Jonás.

Daniela lo miró y su gesto se volvió algo travieso

—¿Sí?

—Que no dejaré de jugar contigo.

Daniela dejó escapar una sonora carcajada y se aferró a su cintura mientras volvían hacia la casa paseando entre los farolillos y las flores.

—Y yo me alegro de que no dejemos de hacerlo. Como diría tu abuelo... —apostilló Daniela—. Señor James, le querré eternamente.

Ahí estaba Garden Manor, con sus luces, su algarabía, el fragor de la música y los gritos de alegría de todo el mundo. Una silueta se dibujó más allá de la verja de hierro, de las enredaderas y las flores

que trepaban perezosas por el metal gastado y las flores metalizadas cubiertas de pequeñas telarañas recién tejidas. El vasto firmamento se alzaba eterno sobre toda la finca.

«Eternamente...»,

pareció

decir

antes de desvanecerse.



Redes sociales

<http://www.facebook.com/SelloTitania>

http://www.twitter.com/ediciones_urano



<http://www.edicionesurano.tv>

Presencia

internacional

[Ediciones Urano Argentina](#)

Distribución

<http://www.delfuturolibros.com.ar> papel: →

→

Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.ar> digital: Contacto:

info@edicionesurano.com.ar [Ediciones Urano Chile](#)

Distribución

<http://www.edicionesuranochile.com> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.cl> digital:

Contacto:

infoweb@edicionesurano.cl [Ediciones Urano Colombia](#)

→

Distribución

<http://www.edicionesuranocolombia.com> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.co> digital: Contacto:

infoco@edicionesurano.com [Ediciones Urano España](#)

Distribución

<http://www.disbook.com> papel:

Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.es> digital:

Contacto:

infoes@edicionesurano.com →

→

[Ediciones Urano México](#)

Distribución

<http://www.edicionesuranomexico.com> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.mx> digital: Contacto:

infome@edicionesurano.com [Ediciones Urano Perú](#)

Distribución

<http://www.distribucionesmediterraneo.com.pe> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.pe> digital: →



Contacto:

infope@edicionesurano.com [Ediciones Urano Uruguay](#)

Distribución

<http://www.edicionesuranouruguay.com> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.uy> digital: Contacto:

infofour@edicionesurano.com [Ediciones Urano](#)

[Venezuela](#)

Distribución

<http://www.edicionesuranovenezuela.com/>

papel:



Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.com.ve> digital: Contacto:

infoes@edicionesurano.com [Urano Publishing USA](#)

Distribución

<http://www.spanishpublishers.net> papel: Distribución

<http://www.digitalbooks.pro/>

digital:

Librería

<http://www.amabook.us> digital:

Contacto:

infousa@edicionesurano.com

ECOSISTEMA DIGITAL

www.edicionesurano.com

NUESTRO PUNTO
DE ENCUENTRO

2 AMABOOK

Disfruta de tu rincón de lectura y accede a todas nuestras **novedades** en modo compra.

www.amabook.com

3 SUSCRIBOOKS

El límite lo pones tú, **lectura sin freno**, en modo suscripción.

www.suscribooks.com



DISFRUTA DE 1 MES
DE LECTURA GRATIS



1 REDES SOCIALES:

Amplio abanico de redes para que **participes activamente**.

4 QUIERO LEER

Una App que te permitirá leer e interactuar con otros lectores.



iOS



Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Cita](#)
- [Contenido](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Más información](#)
- [Ecosistema Digital](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Contenido](#)

[Más información](#)

[Ecosistema Digital](#)